ENTREPASADOS

ENTREPASADOS (

AÑO XV - NÚMERO 29 - COMIENZOS DE 2006



Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar / La Revolución de Mayo en el discurso del régimen rosista / Modas y continuidad en la investigación histórica /

Entrevista a Antonia Byatt / Acerca del documental sobre Cándido López /

Dossier: Trabajo, raza, género y nación:

dimensiones históricas del Brasil posemancipación

Sumario V

DOSSIER

Trabajo, raza, género y nación en Brasil después de la emancipación:

Esclavizados y libres en la formación de la clase trabajadora en Río de Janeiro, 1850 a 1910

La lenta construcción de identidades colectivas: trabajadores en el final del Imperio

Elementos para una historia del trabajo sexual femenino en Buenos Aires y en Río de Janeiro a fines del siglo XIX

Una mirada racial sobre las diferencias regionales: São Paulo versus Brasil, 1932

ARTÍCULOS

Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar

La Revolución de Mayo en el discurso del régimen rosista

GALERÍA DE TEXTOS

Modas v continuidad en la investigación histórica. Sobre la trayectoria de Ezequiel Gallo

ARCHIVOS

Entrevista a Antonia Byatt: "No se debería desconectar la historia de los temas contemporáneos"

LECTURAS

Sobre Cándido López, los campos de batalla

ш 29 VISTA [XV - NÚMERO 2

29

PENTREPASADOS

AÑO XV - NÚMERO 29 - COMIENZOS DE 2006

Consejo de dirección

Silvia Finocchio Mirta Zaida Lobato Lucas Luchilo Gustavo Paz Leticia Prislei Fernando Rocchi Juan Suriano

DirectorJuan Suriano

ENTREPASADOS se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscriptores: En Argentina \$ 40

En el exterior, vía superficie u\$s 30, vía aérea u\$s 40

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Carmelo Juan Suriano, Cuenca 1949 (1416), Ciudad de Buenos Aires. Argentina. Tel.: 4582-2925.

e-mail: entrepasados@websail.com.ar

Distribución internacional: Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires,

Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493

e-mail: cambeiro@latbook.com.ar

Impresión: Indugraf, Sánchez de Loria 2251, Ciudad de Buenos Ai-

res, República Argentina



Foto de tapa: Tarsila do Amaral, Operários (detalle), óleo sobre tela, 150 x 205 cm. 1933

Índice

Dossier

Presentación

Henrique Espada Lima

Trabajo, raza, género y nación: dimensiones históricas del Brasil posemancipación

Esclavizados y libres en la formación de la clase trabajadora: en busca de la conciencia de clase. Río de Janeiro, 1850-1910 Marcelo Badaró Mattos

7

9

43

107

139

La lenta construcción de identidades colectivas: trabajadores en el final del Imperio Beatriz Ana Loner 27

a Tarsila do Amaral.

Esclavitud en blanco y negro: elementos para una historia del trabajo sexual femenino en Buenos Aires y en Río de Janeiro a fines del siglo XIX Cristiana Schettini Pereira

Una mirada racial sobre las diferencias regionales: São Paulo versus Brasil, 1932 Barbara Weinstein 63

Artículos

Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar Daniel Dicósimo 87 La Revolución de Mayo en el discurso del régimen rosista

Galería de textos

Fabio Wasserman

Modas y continuidad en la investigación histórica Ezequiel Gallo 127

Archivos

"No se debería desconectar la historia de los temas contemporáneos" Entrevista a Antonia Byatt Cecilia Belej

Las ilustraciones pertenecen Fundación Finambrás, s/f

ISSN: 0337 649 X

Lecturas

Andrés Levinson	147
Reseñas	
María Teresa Constantin y Diana Beatriz Wechsler Los surrealistas. Insurrectos, iconoclastas y revolucionarios en Europa y América Sylvia Saítta	155
Graciela Batticuore La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870 Alejandra Laera	158
Diego Armus (compilador) Avatares de la medicalización en América Latina, 1870-1970 Karina Ramacciotti	161
Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga (compiladores) Historia, memoria y fuentes orales Daniel Lvovich	166
María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (editores) Instituciones y formas de control social en América Latina, 1840-1940 Germán Soprano	169
Pilar Calveiro Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70 Diego Hernán Benítez	174
Robert Gellately No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso César Mónaco	178

Dossier Trabajo, raza, género y nación: dimensiones históricas del Brasil posemancipación



Presentación

Henrique Espada Lima*



Pasil fue el último país americano en poner fin a la esclavitud. Los desafíos planteados en el horizonte de la posemancipación se extendieron, sin embargo, más allá del hito de 1888, penetrando en las décadas siguientes. La propia cuestión de la definición de la nación y sus límites estuvo profundamente marcada por las experiencias y tensiones que la esclavitud y su superación produjeron.

Los artículos reunidos en este dossier se ocupan de algunas de las transformaciones vividas en Brasil entre los siglos XIX y XX. Esas transformaciones tienen como horizonte la relación con la esclavitud y con sus legados. Algunos ejes de investigación se entrelazan: trabajo, raza, género y nación son algunas de las categorías puestas en acción en las investigaciones que aquí se desarrollan.

El entrelazamiento entre la historia del trabajo y de los trabajadores y los significados políticos de la libertad constituye el primer eje de discusiones aquí reunido. De este modo, en el artículo que abre el dossier, Marcelo Badaró investiga, sobre todo a partir de los textos de la prensa de Río de Janeiro, el surgimiento de un lenguaje de clase entre los trabajadores de la ciudad, desde la década de 1850. Al hacerlo, muestra también cómo la experiencia de la esclavitud alimentaba la comprensión de los trabajadores libres y libertos sobre los antagonismos sociales que marcaban su condición: la conciencia de la continuidad entre la lucha de los esclavos por la libertad y la lucha de los trabajadores "liberados" era uno de los elementos sobresalientes de esa naciente "conciencia de clase".

Beatriz Loner recorre senderos semejantes en su artículo sobre los trabajadores al final del Imperio. La autora analiza la vida asociativa de los ex esclavos en las ciudades de Pelotas y Río Grande (importantes centros urbanos del estado brasileño de Rio Grande do Sul en el período) buscando identificar los elementos formadores de una conciencia unificada de los intereses colectivos de los trabajadores. Partiendo de la constatación de que la gran lucha política de los trabajadores esclavos era por la libertad, Loner muestra cómo con la liberación, la promoción del trabajo y el esfuerzo por otorgar dignidad a los trabajadores se transformaban en ejes centrales de la nueva articulación de las luchas de aquellos hombres y mujeres, en su intento por encontrar un lugar digno en la nueva sociedad que se construía.

El tercer artículo de este dossier indaga algunas de las sugestivas cuestiones comparativas presentes en la relación entre esclavitud y libertad. Contrastando el mundo de la prostitución en las ciudades de Buenos Aires y Río de Janeiro del siglo XIX, Cristiana Schettini

^{*} Universidad Federal de Santa Catarina.

Pereira muestra cómo el problema de la "esclavitud blanca" y del control sobre las actividades de las prostitutas exponía más que simples metáforas. El control sobre la prostitución revelaba prácticas que poseían una fuerte semejanza con las formas de control de la esclavitud. Si la noción de libertad postulaba individuos propietarios de sus propios cuerpos, que ponían su trabajo en venta en el mercado sin coerción, el trabajo de las prostitutas presentaba elementos de dependencia y de tutela que hacía que los aspectos de continuidad con la esclavitud fueran más que sólo metáforas. Las "ficciones legales" manejadas por legisladores brasileños y argentinos -en contextos políticos e institucionales muy diferentes-, que iban desde la idea de que la relación de trabajo era apenas un "contrato" impersonal hasta la de que las mujeres cedían "libremente" su "honra" y la protección del Estado cuando se aventuraban en la prostitución, tejen el cuadro ideológico de esa disputa. Aquí, el análisis comparativo -Brasil/Argentina, libertad/esclavitud- es enriquecido por consideraciones en torno de las cuestiones de género y etnia. Las ambigüedades de la condición del trabajo doméstico (del cual la prostitución es una modalidad, así como el trabajo infantil) definen un horizonte de investigación ciertamente muy promisorio para los estudios comparativos de esta naturaleza.

El último artículo aquí reunido, de la historiadora estadounidense Barbara Weinstein, aborda una dimensión que se entrelaza de un modo menos obvio con las discutidas en los artículos anteriores. Se trata de investigar cómo categorías "racializadas" se articularon en las luchas políticas brasileñas de las primeras décadas republicanas.

Así, cuando en 1932 los conflictos políticos que oponían el rico estado de São Paulo al esfuerzo centralizador del primer gobierno del presidente Getúlio Vargas se transformaron en una guerra civil (la Revolución Constitucionalista de 1932), el discurso de la identidad regional, muestra Weinstein, se tiñó de matices *racializados*. La supuesta superioridad de São Paulo frente a Brasil —y en especial a las "atrasadas" y "oscuras" provincias del norte del país— era justificada en términos raciales. El lenguaje político de los "paulistas" —común, por lo demás, a segmentos radicalmente distintos del espectro político— articulaba "modernidad" y homogeneidad étnica y racial, al mismo tiempo que borraba explícitamente los profundos vínculos de São Paulo y de su prosperidad con un, todavía reciente, pasado esclavista. La lucha se daba así también contra el modelo de "democracia racial" que era reforzado por el proyecto getulista de una "identidad nacional" homogénea para el país.

Como se puede ver, los artículos hilvanan algunos hilos de una red de cuestiones que es, ciertamente, mucho más amplia de lo que el espacio de un dossier puede contemplar. Sin embargo, son trabajos que sugieren caminos de investigación que merecen atención por parte de quienes se interesan por los estudios comparativos sobre las sociedades de posemancipación en las Américas.

Traducción: Diego Bussola

Esclavizados y libres en la formación de la clase trabajadora: en busca de la conciencia de clase, Río de Janeiro, 1850-1910

Marcelo Badaró Mattos*

ste artículo aborda un aspecto —el de las manifestaciones discursivas de una identidad de clase— del proceso de formación de la clase trabajadora en Río de Janeiro, capital del Imperio y, luego, de la República brasileña. Se trata, por lo tanto, de un estudio sobre aspectos de la conciencia de clase. El análisis se retrotrae a los años 50 del siglo XIX, fase en la que había alcanzado su auge y luego iniciaría un descenso progresivo la utilización intensiva de mano de obra esclava en el medio urbano. Era también el momento inicial del asociacionismo de cuño mutual y una época en la que ocurrieron las primeras "huelgas", así como también se publicaron los primeros periódicos identificados con los trabajadores. El estudio se extiende hasta 1900-1910, cuando las experiencias huelguistas ya se habían generalizado, los partidos obreros habían sido creados y clausurados y había una relativa estabilidad en la constitución de las entidades sindicales.

No sería posible acompañar el proceso de formación de la clase trabajadora a partir de una única dimensión. Hay que tener en cuenta que el Río de Janeiro de entonces, una ciudad que además de sede del poder político era un importante puerto comercial y principal centro financiero del país, fue también el espacio en el que surgieron las primeras fábricas de mayor dimensión. Toda una tradición de estudios en el área de historia económica ha demostrado que, tanto en las primeras fábricas como en las calles de la ciudad, trabajadores esclavizados y libres trabajaron lado a lado. 1

Investigaciones sobre los trabajadores libres de la ciudad en las últimas décadas del siglo XIX demostraron que, sea definiéndose como artistas o como obreros, éstos fueron capaces de generar organizaciones colectivas. Generalmente con carácter de asociaciones de ayuda mutua, tales entidades cumplieron un papel importante no sólo por sus objetivos mutualistas explícitos, sino también como espacios de sociabilidad colectiva y, en algunos casos, como canales de presentación de reivindicaciones profesionales de sus asociados. Pero también los trabajadores esclavizados poseían sus formas organizativas –como las hermandades negras o, en el otro extremo, los *quilombos*– y compartían algunas veces modelos asociativos típicos de los libres y libertos, como las propias mutuales.²

Otro nivel importante del mismo proceso es el que se manifiesta en las movilizaciones y acciones colectivas. Luchas de resistencia, movimientos reivindicativos y, en especial, huelgas constituyen otra dimensión importante para el análisis de la formación de la clase. También desde ese punto de vista hubo una interesante convivencia entre modalidades es-

^{*} Departamento de Historia de la Universidad Federal Fluminense.

clavas de resistencia y lucha por la libertad, y movilizaciones de los trabajadores libres por mejores salarios, condiciones de trabajo o disminución de la explotación.³

Pensando en situaciones como la de Río de Janeiro, o de ciudades que vivieron procesos similares, investigaciones recientes, tanto del campo de estudios sobre la esclavitud como del área del movimiento obrero, convergen en demostrar que 1888 no es el año cero del proceso de formación de la clase trabajadora y que los esclavizados tienen algo para decir sobre el proceso de formación de la clase.⁴

Estos elementos alimentan la hipótesis fundamental que impulsó la investigación sobre la cual se basa este artículo. Dado que esclavizados y libres convivieron en ambientes comunes de trabajo urbano; que protestas colectivas de unos y otros, aproximándose o distinguiéndose en la forma y el contenido de las reivindicaciones, fueron contemporáneas en el tiempo y próximas en el espacio; que formas asociativas fueron muchas veces compartidas y discursos identitarios surgieron a partir de comparaciones entre el trabajo esclavo y el trabajo libre, trabajamos con la hipótesis de que en el proceso de formación de la clase trabajadora, en la ciudad de Río de Janeiro, en el período que va de mediados del siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX, la presencia de la esclavitud, las luchas de los esclavos por la libertad y las formas mediante las cuales las clases dominantes locales buscaron controlar a sus esclavos y conducir un proceso de *desesclavización* sin mayores trastornos en su dominación fueron factores decisivos para la conformación del perfil de la nueva clase de trabajadores asalariados.

Tal hipótesis se sustenta, es cierto, en las evidencias empíricas, pero también se nutre de determinadas referencias teóricas. En especial, en la tradición crítica del materialismo histórico, particularmente en la historia social británica, en sus estudios sobre la clase trabajadora. En esta tradición se destaca la importancia de E.P. Thompson, quien desarrolló una lectura del concepto de clase como proceso y relación y sugirió el estudio de la clase en varios niveles (relaciones materiales de producción, formas de organización, acción colectiva, conciencia de clase). Una propuesta interpretativa que sostiene, además, que el análisis del proceso de formación de clase debe volver a momentos anteriores, formadores de patrones y valores forjados en la lucha de clases, que orientan la cosmovisión de la nueva clase.

Patrones, valores y visiones del mundo son elementos constitutivos de aquella dimensión de la clase más difícil de reconstituir, aunque central para una definición procesual y relacional como la que inspira este trabajo: la conciencia de clase.

Ante la imposibilidad de profundizar la discusión en los límites de este artículo, rescatamos apenas un aspecto de la conceptualización de clase dado por E.P. Thompson, según el cual: "Las personas se ven en una sociedad estructurada de cierto modo (por medio de relaciones de producción fundamentalmente), soportan la explotación (o buscan mantener poder sobre los que las explotan), identifican los nudos de los intereses antagónicos, se baten por esos mismos nudos y en el curso de tal proceso de lucha se descubren a sí mismas como una clase, descubriendo, entonces, su conciencia de clase. Clase y conciencia de clase son siempre el último y no el primer escalón de un proceso histórico real". ⁵

Caminos de la identidad

En su Contribuição à história das lutas operárias no Brasil, publicada originariamente en 1955, Hermínio Linhares es uno de los autores que sitúa la huelga de los tipógrafos, de 1858, como "la primera huelga de Río de Janeiro, tal vez de Brasil". ⁶ Esa huelga, que va es objeto de estudios académicos, 7 es de hecho bastante significativa. Luego de meses de reclamo a los dueños de los tres principales diarios de la Corte (Correio Mercantil. Diário do Rio de Janeiro y Jornal do Comércio) un reajuste en sus salarios, en una coyuntura de carestía explícita, los compositores-tipógrafos resolvieron recurrir a la paralización del trabajo a partir del 9 de enero de 1858. Lo más interesante de la huelga es que de ella tenemos registros relativamente amplios porque los huelquistas, apoyados por la Imperial Associação Tipográfica Fluminense, fundaron el Jornal dos Tipógrafos, de circulación diaria, que durante las semanas siguientes presentó los argumentos de los trabajadores. En las páginas del diario encontramos un grupo profesional relativamente pequeño (el mayor de los diarios, el Jornal do Comércio, empleaba cerca de treinta y dos tipógrafos), que se presentaba como constituido por "artistas", artesanos especializados, empobrecidos por la ganancia de los propietarios de los periódicos que se negaban a pagarles un salario digno. Además, la huelga llama la atención por el papel activo de la asociación de los tipógrafos, cuvo objetivo principal era la ayuda mutua, pero que asumió la función de representación de los intereses de sus afiliados, intercediendo ante las autoridades y financiando la compra de maguinaria para la impresión del periódico de los huelguistas.

En aquel momento, el *Jornal dos Tipógrafos*, que registraba las posiciones de los huelguistas, presentaba definiciones diferenciadas, algunas veces combinadas, sobre quiénes eran los tipógrafos. En la mayor parte de las notas de aquel periódico los compositores-tipógrafos son presentados como "artistas", trabajadores libres y calificados, poseedores de un oficio especializado. En varios momentos sería posible trazar un paralelo entre tal perspectiva y la idea de "respetabilidad", asociada por Eric Hobsbawm a los trabajadores calificados, identificados por un "oficio". En la Inglaterra industrial de inicios del siglo XIX, los asalariados manuales calificados poseían "características, valores, intereses y, en realidad, sus mecanismos de protección estaban profundamente arraigados en el pasado preindustrial de los «oficios»". En este sentido, "«tener un oficio», por lo menos para los que poseían uno o que se comparaban con los que lo poseían, mantenía sus connotaciones de satisfacción personal y orgullo".⁸

En algunos momentos, los "respetables" tipógrafos asumían un tono más radical, que indicaba la constatación de la oposición de intereses entre patrones y empleados, pregonando el fin de la explotación. Como en el artículo "Os artistas", en el que se propone la superación de las desigualdades: "Ya es tiempo de que se acaben las opresiones de toda casta; ya es tiempo de guerrear por todos los modos legales contra toda explotación del hombre por el hombre, y encaminarse desafiante y libremente bajo el estandarte de la libertad a la adquisición de la justa igualdad y dignidad moral del hombre [...] que el egoísmo estúpido de los emprendedores de la industria, capitalistas y otros [...] conservan en la esclavitud".

Para el mismo artículo, sin embargo, la superación de la desigualdad dependería de la concientización de los capitalistas y de los trabajadores, que dándose las manos, en socie-

dad, fomentarían un progreso material y moral común, que los llevaría a un nivel superior: "El conocimiento de los derechos individuales en la relación del individuo con los otros y con la sociedad, la dignidad del hombre, la ilustración individual y el interés harán que los ciudadanos, que, con desdén, los barones de la industria llaman artistas, obreros, trabajadores, etc. [...], den benevolente y fraternalmente las manos a sus actuales antagonistas, a los egoístas explotadores de sus capacidades, de su actividad, de la mayor parte de sus sudores, si por ventura éstos les extendieran fraternales manos de socios, de coparticipantes en los lucros de la producción, como incluso su propio interés y la sociedad reclaman". 10

Tal propuesta se presentaba distinta de los proyectos socialistas y radicales contemporáneamente formulados en Europa que, como demuestra el redactor de la nota, eran conocidos por aquí. Como el artículo insistía en destacar, ciencia y religión eran las bases de la propuesta presentada: "Bien lejos está todo esto del comunismo de Cabet y de Luis Blanc, de Babeuf y de Buonaroti, e incluso de todas las usanzas del socialismo. Esto nace de los sanos principios de la ciencia y de las riquezas de las naciones, que deben organizar el trabajo hacia la conservación más perfecta de la sociedad y del individuo, y de la realización de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, con los sólidos elementos del organismo social, obra del Mecánico Eterno, y con la doctrina del Cristianismo al gusto de las aspiraciones actuales debidas a las luces del siglo". 11

No hay, en ningún caso nacional de formación de clase, la posibilidad de encontrar un proceso lineal de acumulamiento progresivo, unívoco y homogéneo de una conciencia de oposición de intereses de clase entre trabajadores y capitalistas. En la mayoría de los casos, tal aspecto de la conciencia de clase debió surgir en la disputa, en el interior del propio movimiento de los trabajadores, con perspectivas que enfatizaron la posibilidad de la convivencia armónica entre capital y trabajo. En el caso estudiado, es posible acompañar una larga trayectoria de este tipo de perspectiva, que constataba las pésimas condiciones de vida de los trabajadores asalariados en las fábricas y talleres, algunas veces aseguraba esas condiciones para su explotación, pero que defendía salidas conjuntas y armónicas con los capitalistas para superar esa situación. Así parecían pensar, por ejemplo, los ingenieros redactores de O Artista, en 1870-1871, para quienes "la clase artística lucha con todas las dificultades posibles [...] y no posee un solo elemento en el país para vencer esas resistencias [...] y por eso mismo la oprimen". 12 Sin embargo, defendían una visión de unidad entre industriales y artistas en una única "gran clase": "En todas las sociedades la parte industrial, incluyendo en ella a los artistas, forma una gran clase de la cual depende la felicidad de la nación y también la que más siente los reveses que sobrevienen al país. Cuando leves sabias y liberales le proporcionan la posibilidad de desarrollarse, el país avanza a pasos agigantados, corre en el camino del progreso; pero cuando alguna causa [...] entorpece la actividad útil de los hombres, ella es la primera que se resiente [...] y sus hombres del trabajo son los primeros que caen víctimas de la catástrofe". 13

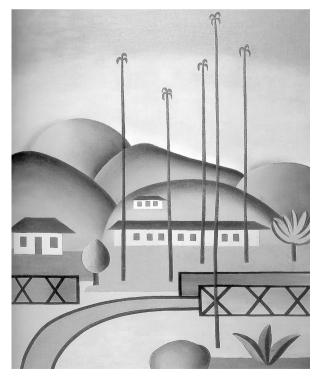
Según este punto de vista, la responsabilidad por los sinsabores de los trabajadores directos resultaba de factores externos a las relaciones en el interior de los establecimientos industriales. No era fortuito, por lo tanto, que el mismo periódico defendiera propuestas nítidamente desfavorables a los trabajadores, como el pago por "obra", bajo el argumento del mayor interés industrial de una ampliación de la productividad, de la facilidad de planificación empresarial y de una supuesta posibilidad de ampliación de los ingresos de los trabaiadores. 14

Se percibe inmediatamente que esa posición estaba lejos de la identidad construida a partir de la oposición de intereses, a la que se refieren las referencias conceptuales anteriormente comentadas. Los ecos de una perspectiva de colaboración entre capitalistas y sus empleados, hermanados en objetivos comunes, "en la comunión industrial", podrían ser encontrados dos décadas después, en el momento de la constitución de las propuestas de organización partidaria de los trabajadores. De este modo, entre los trece puntos del programa presentado por el Partido Obrero liderado por el tipógrafo França y Silva, en 1890, el último presentaba la propuesta de la resolución pactada de los conflictos industriales, entendida como un objetivo común a patrones y empleados: "Establecer un tribunal compuesto por miembros de la clase obrera e industriales, para juzgar todas las cuestiones suscitadas, evitando así huelgas y otros disturbios que, además de ser un sistema bárbaro de obtener justicia, son altamente costosos y sólo sirven para malgastar los recursos económicos, que son la sangre y la vida de las comuniones industriales". 15

Sin embargo, los discursos – que atravesaron décadas– que buscaban identificar los intereses de obreros y empresarios como complementarios no fueron predominantes entre las líneas de argumentación identitarias. Por el contrario, retrocediendo en el tiempo es posible encontrar referencias claras a la oposición de intereses entre patrones y trabajadores desde mediados del siglo XIX, estableciendo las bases a partir de las cuales se podría constituir la conciencia de clase.

En la línea de la oposición de intereses entre patrones y empleados, encontramos, por ejemplo, el artículo "Uma coligação", publicado en O Tipógrafo, en 1867, en el cual se planteaba la siguiente cuestión sobre la legitimidad v la necesidad de unión para superar la explotación: "¿Por ventura no nos podemos erguir del estado humillante a que nos ha conducido la codicia siempre egoísta de esos fanfarrones que se denominan propietarios?".16

A fines del siglo XIX, cuando las propuestas de superación del capitalismo -defendidas de diferentes formas por anarquistas y socialistasganaron espacio en las páginas de la prensa obrera, la



oposición de intereses de clase era, evidentemente, uno de los elementos centrales del discurso identitario en construcción. El tono de condena moral a la explotación, sin embargo, permanecerá muy similar al de aquellos discursos centrados en la defensa de la dignidad del artista a los que nos referimos anteriormente. Como en las páginas del periódico anarquista *O Protesto*: "Las clases dirigentes, el capital, oprimiendo y tiranizándolo con el peso de su codicia y el peso de su egoísmo, lo ha hecho pasar hambre que le disipó todas las esperanzas de mejor futuro; al ver, dirigiendo los destinos de la humanidad, a hombres sin brío, que para que no les falte oro en cantidad y, con éste, el lujo más requintado y la sensualidad más impúdica, sacrifican la vida de los que trabajan, el proletariado se preparó para la lucha que no tardará en reventar terrible y sangrienta". ¹⁷

En este caso, sin embargo, la condena moral de las actitudes de los patrones no desemboca en llamados a la reconciliación. En clara afirmación de la oposición de intereses entre patrones y empleados, se constatan llamados a la abolición de la propiedad y, consecuentemente, de los propietarios, como afirmaban los redactores de otro periódico anarquista, *O Despertar*: "Queremos abolir a los capitalistas". ¹⁸

Artistas, obreros, clases, clase

Si la conciencia de la oposición de intereses entre "nosotros" y "ellos" –trabajadores y patrones– es un elemento fundamental de la formación de la conciencia de clase, no hay modo de percibir claramente tal oposición sin la definición de quiénes somos "nosotros". Entre mediados del siglo XIX y el inicio del siglo XX, los términos autoidentificatorios para los trabajadores libres, en especial los empleados en los sectores manufactureros, variaron entre dos polos. Por un lado, el artista, asociado a la idea del trabajo calificado, del profesional digno, "respetable", pero que, en medio del proceso de proletarización, no veía reconocida por la sociedad su importancia. Por otro lado, el obrero: trabajador fabril, asalariado industrial.

Los nombres de los primeros periódicos identificados con estos trabajadores dan una idea de esa variación y de las combinaciones posibles. Así, encontramos O Artista, Tribuna dos Artistas, O Eco dos Artistas. Pero también Tribuna Operária y Gazeta Operária (denominación encontrada en periódicos a lo largo de más de treinta años, entre los estudiados). Existen también los que se presentan por su identidad corporativa, como Jornal dos Tipógrafos, O Tipógrafo, O Caixeiro y O Panificador. Los subtítulos de esos periódicos, combinaciones interesantes, particularmente después de la década del 80, indicaban una cierta perspectiva de unidad por sobre las diferencias, como la Gazeta Operária de 1881, que se presentaba como "Órgano dedicado especialmente a los intereses de los Artistas y Obreros". O el periódico A Voz do Povo, de 1890, que definía mejor "el pueblo" en su subtítulo "Órgano Obrero de los Estados Unidos de Brasil". Alrededor de la década de 1900, sin embargo, ya no había más referencias frecuentes a la expresión 'artista', ni siquiera combinadas con el término dominante, 'obrero'.

Simétricamente, es posible acompañar las alteraciones en el uso del término 'clase', sea indicando una definición de categoría u oficio artesanal y, por lo tanto, también empleado

en plural – "las clases de los artistas" – cuando se trataba de definir puntos de unidad, o si no presentado en singular para definir "la clase obrera".

Además, se encuentran varias referencias del uso de "clases", en plural, para definir varios oficios artísticos entre los textos de la huelga de los tipógrafos de 1858. Como en un artículo que versa sobre el impacto que tuvo la decisión de los compositores tipográficos de paralizar el trabajo en los otros grupos de trabajadores libres especializados de la ciudad: "una sorda y amenazadora fermentación reina entre todos los otros obreros de diversas clases en cuyos pechos halló eco doloroso la resolución". ¹⁹ El mismo sentido de varios grupos profesionales podría asociarse a la expresión 'trabajadores', como en la definición de objetivos del periódico *Tribuna Artística*, de 1871, que afirmaba su fin de "defender los intereses sociales de los trabajadores de todas las profesiones artísticas". ²⁰

En algunos momentos hay referencias directas a una sola clase de artistas, o clase artística. Así, *Eco dos Artistas* afirmaba, en 1861, que la "clase artística debería ser más apreciada por los grandes de la tierra". ²¹ De manera similar, *O Artista*, en 1870, atribuía sentido semejante a la "clase de los hombres de trabajo [que] se encuentra completamente decaída en Brasil" y a la "clase artística [que] lucha con todas las dificultades posibles". ²²

Ya en la década del 80 es posible encontrar definiciones de clase más próximas a la idea de compartir experiencias e intereses entre los que viven del trabajo asalariado. Como en el diario A Gazeta Operária, en 1881, que definía su aparición como "manifestación pujante [...] de toda una clase que se siente proscripta del gremio social". ²³ Tres años después, el periódico también llamado Gazeta Operária definía sus objetivos en términos de clase claramente delimitados: "La Gazeta Operária desde su primer número precisó su objetivo; la unión de todos los obreros, el desarrollo y la independencia de clase". En otros pasajes del mismo artículo se enfatizaba la necesidad de unión de los obreros, que constituían una clase, señalándoles que no se olvidaran de "la aspiración de la clase, que es la nuestra, que pertenece a todos, porque sus resultados provechosos a todos serán útiles". ²⁴

Algunos meses después, en el mismo periódico, se publica un artículo con el título "As classes operárias", orientado hacia la defensa de la creación de una asociación que reuniera obreros y artistas de los más diversos oficios para funcionar como "cabeza" del cuerpo constituido por la unión de las diversas "clases". La compleja interacción entre las heterogeneidades profesionales y la unidad fundamental de la clase eran presentadas, así, a partir de la metáfora orgánica: "La clase obrera se compone también de partes heterogéneas. Ella es también un organismo completo con sus leyes de estabilidad, que acentúan las transformaciones necesarias por las que pasan sus partes diferentes". 25

No se podría precisar un momento único, un punto de inflexión preciso, en el que la afirmación más objetiva de que experiencias compartidas, que se traducían en una identidad común, de clase, fueran generalizadas. Combinaciones entre usos de "clases" y "clase", o de identidad de oficio e identidad de clase, todavía aparecían en las formulaciones del inicio de la República. Así, el manifiesto del Partido Obrero, liderado por França y Silva, en 1890, en uno de sus párrafos presentaba la formulación de su adhesión a métodos pacíficos para alcanzar "la mejoría y el bienestar de las clases menos favorecidas por la fortuna". Inmediatamente, sin embargo, en el primer punto de sus metas, afirmaba apoyar a los "representantes de la clase que ella envíe al Parlamento". ²⁶

Es sintomático, sin embargo, que a partir del fin de los años 90 ya no encontremos con mucha frecuencia las menciones a artistas o clases artísticas. En la década de 1900 sería posible hallar entre los socialistas una definición más claramente marcada por la lectura clasista del período de la II Internacional. Como dejaba en claro el programa del Partido Socialista Brasileño, de 1902, que en su primer "considerando" afirmaba "la división de la sociedad en dos clases (capitalistas y trabajadores); [y] la dominación y explotación del trabajador por el capitalista". Por esa época, al menos en lo que se refiere a la prensa obrera, como demuestran también los periódicos de orientación anarquista y su lectura de la lucha de clases anteriormente comentada, se puede decir que ya predominaba nítidamente la referencia a *una clase*, en singular y con identidad definida por el hecho de compartir experiencias e intereses opuestos a los de otra clase.

Una referencia que se construyó, por lo tanto, entre otras. De hecho, resultaría extraño si la construcción de una identidad homogénea de clase entre los trabajadores cariocas se hubiese dado de forma más lineal o acabada. En el caso específico estudiado, como en tantos otros casos nacionales, es en la heterogeneidad donde se construye tal identidad. Superar barreras, prejuicios y afirmaciones identitarias particularistas no se hace sin dificultades.

Cabe recordar la heterogeneidad de los trabajadores cariocas. Podemos volver a ella por el lado de la construcción de la conciencia. El primer punto de distinción de trabajadores al que nos podemos referir tiene que ver con el origen nacional. En una ciudad fuertemente marcada por la presencia inmigrante, a lo largo de todo el período estudiado, y donde el mercado de trabajo para los asalariados, incluso los más calificados, vivía severas restricciones impuestas por la propia presencia de la esclavitud, trabajadores nacionales y extranjeros no siempre fueron vistos como compartiendo intereses y proyectos. La presencia portuguesa era dominante entre los inmigrantes y debido a la propia historia reciente de colonización, reforzada por el perfil de los propietarios de la ciudad, la asociación entre patrones y portugueses era muy común. Por eso fue con relación a los portugueses como se manifestaron más frecuentemente los prejuicios internos a la clase.²⁸

Como podemos observar en el artículo sobre los tipógrafos publicado en la *Tribuna Artística* en 1871, allí se afirma que los males vividos por los artistas nacionales derivaban de la desvalorización de los oficios heredada de la tradición colonial; del apego de las clases dominantes locales a los modismos extranjeros, adquiriendo productos importados en lugar de valorizar la producción nacional; de la explotación de los patrones, principalmente portugueses, pero también de la postura de los trabajadores portugueses, que aceptaban dócilmente tal explotación: "Los patrones portugueses no se convencieron de que deben ser más generosos con esos obreros, que son también sus patricios, así como esos obreros portugueses deben estar convencidos de que el trabajo insano desde las cinco horas de la mañana hasta las seis horas de la tarde, a menor valor, no va a mejorar su suerte. [...] Concluyendo, diremos que la clase obrera en general jamás mejorará mientras la inmigración portuguesa insista en aglomerarse en las ciudades, dejando el campo, para el que son apropiados visto que ellos en Portugal son labradores y no artistas".²⁹

Otro factor de distinción entre los trabajadores se daba por la diferencia de género. Con el crecimiento del empleo de mujeres en el sector fabril a partir de finales del siglo XIX, se vuelven más frecuentes las afirmaciones de que era de ellas la responsabilidad por los bajos salarios que recibían y por la reducción del nivel salarial general. Incluso en los momentos en que la afirmación de la identidad de clase se daba de forma más explícita, como en el Congreso Obrero de 1906, es posible encontrar esas marcas de discriminación de género manifestadas a través de una culpabilización de las mujeres por la forma como su trabajo era explotado por los patrones. Más que parte de la clase, ellas fueron allí definidas como "competidoras". En una de las tesis del congreso se afirmaba "que la principal causa de la explotación contra las mujeres, que por su situación se transforman en terribles competidoras de los hombres, reside en el hecho de que les falta cohesión y solidaridad". 30

La mayor marca distintiva entre los trabajadores urbanos, sin embargo, era aquella que separaba a los libres de los esclavizados. Ya afirmamos que la convivencia entre esclavizados y libres en el mismo espacio de trabajo y en la vida urbana generaba intercambios y experiencias comunes. Pero tales experiencias no siempre eran compartidas de forma tranquila. Muy por el contrario, en algunas de aquellas manifestaciones de identidad de los "artistas", involucradas en la afirmación de la dignidad surgida de la especialización del oficio, los esclavos eran presentados como incapaces de ejercer un oficio especializado. Aunque los esclavos ejercieran los más diversos oficios especializados, es posible encontrar afirmaciones como la del artículo "Um compositor de folha diária", publicado en 1867, en el que se pregunta, con la respuesta ya formulada: "¿Se aplicarán estos predicados [de trabajador especializado] a todo y cualquier individuo? ¿Un africano, por ejemplo, podría alguna vez ser un buen tipógrafo? No creemos que eso sea fácil, ni incluso posible". 31

Sin embargo, las organizaciones colectivas construidas por los trabajadores a lo largo del período estudiado en este trabajo se presentaban, justamente, como instrumentos de construcción de la unidad en medio de la heterogeneidad de clase, como afirmaba Otaviano Hudson con relación a las distinciones de origen nacional en el momento de fundación de la Liga Obrera: "La igualdad y la fraternidad reinarán en esta asociación, compuesta por nacionales y extranjeros, la divisa será uno para todos y todos para uno". 32

El mismo sentido se percibía, en la década del 80, en el artículo ya comentado de la *Gazeta Operária* que representaba a los trabajadores de los diferentes oficios (pero también de diversos colores y nacionalidades) como parte de un mismo organismo, una misma clase: "Todo colectivo se divide y subdivide en muchas otras clases; que no son más que los diversos miembros de su cuerpo, unidos por las mismas necesidades, por los mismos derechos y deberes; no hay superiores ni inferiores, no hay blancos ni negros, no hay pequeños ni grandes, no hay nacionales ni extranjeros, hay sí ciudadanos trabajadores que se deben mutuo respeto". 33

De forma más elaborada, en el II Congreso Obrero Brasileño de 1913 la cuestión de la inmigración es apreciada con un sesgo de clase y los trabajadores inmigrantes aparecen no como competidores sino como víctimas, en sus países de origen, de las crisis de empleo originadas por la lógica del capital. Así, una de las resoluciones del congreso tenía entre sus considerandos la formulación de que "los trabajadores [...], son obligados a transportarse de un país a otro, impelidos por las crisis de desocupación provocadas por la ganancia del capitalismo, en busca de trabajo".³⁴

Con relación a las diferencias de género, no sería tan fácil localizar elementos de clara afirmación de igualdad por un largo período, pero llamados inclusivos a la participación en la lucha sindical parecen haber comenzado a hacer eco después del citado congreso de 1906. Finalmente, en 1920, en el III Congreso Obrero Brasileño, la presidencia de la mesa de cierre de los trabajos le cupo a Elvira Boni, dirigente del Sindicato de las Costureras.³⁵

En cuanto a la perspectiva de la unidad entre obreros blancos y negros –ex esclavos, africanos y sus descendientes de forma general—, escaparía a los objetivos de este artículo evaluar el grado de racismo que puede haberse perpetuado en el medio obrero, incluso porque el racismo se propaga de tal forma en las relaciones sociales del período posabolición que sería difícil no encontrarlo como parte del "sentido común" de la época. Sin embargo, es relevante y significativo que, por parte del discurso de los líderes del movimiento, haya dos caminos (no opuestos) en los que percibimos la afirmación de la identidad común, por sobre las diferencias de color, entre los obreros. El primero de ellos es el del paralelo entre la esclavitud y la explotación de los obreros. El segundo se refiere a la afirmación directa de la necesidad de unión, independientemente de las distinciones, definidas en términos raciales o de color de piel. Pero esos paralelos y llamados a la unidad no surgieron sólo después del fin de la esclavitud. Rastrear su historia en un lapso más amplio de tiempo significa buscar las traducciones, en el campo de la conciencia en formación, de los impactos de aquella experiencia de convivencia en el espacio de trabajo y vida urbana de trabajadores esclavizados y libres.

Esclavizados y obreros, obreros esclavizados

A comienzos del siglo XX podemos citar innumerables ejemplos de paralelos entre trabajadores esclavizados y obreros, construidos a partir de la denuncia de los límites de la "libertad" en una sociedad gobernada por la lógica del capital, y también de la comparación entre jornadas y condiciones de trabajo en ambas formas de explotación. Por la centralidad de estas categorías en las discusiones pertinentes a las continuidades e intercambios de experiencia en los períodos pre y posabolición, tomamos un ejemplo de paralelo producido a partir de la experiencia de los obreros en panaderías y otro de los trabajadores de trapiche y café.

En un artículo de 1908, que se refiere a los panaderos y a sus condiciones de trabajo (de domingo a domingo, con turnos en la madrugada y tareas diurnas), ³⁶ la comparación es realizada de la siguiente forma: "La ley de 1888 que abolió la esclavitud en Brasil parece que sólo no alcanzó a los obreros panaderos, más esclavos de lo que fueron los de aquella raza, porque de todos los lucradores y explotadores sobresalen los dueños de panadería".³⁷

Asimismo, el artículo "A escravidão moderna", de 1913, se refiere a los cargadores ligados a la Sociedad de Resistencia de los Trabajadores de Trapiche y Café, haciendo un paralelo muy semejante al anterior: "Es un hecho que se acabó la esclavitud el 13 de mayo de 1888, y dice, además, el proverbio popular que «contra los hechos no hay argumentos»;

sin embargo, yo digo que hay. Hay porque si bien la esclavitud acabó, no acabó en el pensamiento de nuestros verdugos, que son éstos para quienes nosotros derramamos hasta la última gota de sudor y que no nos saben recompensar, y nunca sabrán, si a eso no los obligamos con nuestras propias manos. A esa clase de gente nosotros denominamos, en nuestro lenguaje obrero: burgueses". 38

Más allá del interesante final, en el que se afirma un lenguaje de clase obrera definiendo la burguesía, cabe destacar que en esta última, como en la cita anterior, la situación de esclavitud está asociada a la explotación burguesa, agravada en el último artículo por el diagnóstico de la permanencia de una perspectiva señorial, persistente entre los patrones.

De manera más explícita, ése era el argumento del artículo "A luta proletária no Brasil", de 1913, en que el autor (firmando Graco) sostiene que los burgueses en Brasil "todavía sienten con horror el grito del 13 de mayo y recuerdan con saudade³ los bellos tiempos en que se deleitaban oyendo los gritos lancinantes de las víctimas azotadas en la «senzala»". 40 La explicación para tal "saudosismo" no residía en las ganancias sino en la crisis de legitimidad que el cuestionamiento obrero imponía a la dominación. Tales patrones eran "saudosistas": "No porque obtuviesen entonces más lucro con el esfuerzo de los trabajadores, puesto que hoy la vil muerte de los esclavos asalariados no afecta sus intereses y la abundancia de brazos reduce infinitamente el valor del trabajo productivo, sino porque ven descender vertiginosamente su prestigio entre los productores, siendo por ellos considerados como usurpadores o ladrones que se apropian de lo ajeno, es decir, de lo que por naturaleza pertenece al pueblo trabajador". 41

Sería necesaria una "nueva abolición" y ésta sólo podría ser obra de los trabajadores. En las organizaciones y luchas sindicales y políticas, en su sentido más estricto, podría estar entonces la clave para la superación de las marcas más fuertes de la esclavitud. Pero, incluso reconociendo las dificultades para superarlas, cabe recordar que, en muchas evaluaciones de la propia época, aparecían nuevas caras de la esclavitud detrás de las formas asalariadas de trabajo.

Además, también estaba presente la afirmación de la identidad de clase, transcendiendo las barreras de color. Como en el artículo "O problema social: os preconceitos de pátria, raça e religião", firmado por Francisco Tomaz Cardoso, en 1913, que defendía "lo que de forma más intransigente debemos combatir son: los prejuicios de razas, principalmente etiópica, de religión y de patria". 42

La discusión racial, sin embargo, no se hacía sin referencia a la situación de clase. Como se percibe en el artículo "Exploração política", donde se critica a un "político burgués" que, amenazado de perder su lugar en el Parlamento, apela, por ser negro, a un apoyo de su raza. El articulista, destacando que para los obreros tal político era un oponente de clase, señala que "como obrero militante y como negro, protesto enérgicamente contra la explotación que el señor Monteiro Lopes está haciendo con los hombres de su raza y con el proletariado de Brasil". Para el autor del artículo el referido político, aunque hablara en defensa del proletariado, era en el fondo un "vivo" que buscaba engañar a los "ignorantes", ofreciendo la "ayuda del Estado" para los problemas obreros. Buscaba demostrar su tesis de una forma interesante: según él, Monteiro Lopes había inscrip-

to a su hijo en el Colegio Militar –espacio de aprendizaje militar para integrar el Ejército, cuya función era "asesinar a sus semejantes, principalmente a los obreros cuando salieran a la calle a reclamar sus derechos"–. La conclusión del artículo vuelve a la cuestión de la necesidad de cruzamiento de criterios raciales y "debido a la habilidad política de su progenitor, es esperable que en breve Brasil tenga un general negro. Mucho lucrará con eso el proletariado...". ⁴³

No se trataba de un mero argumento de retórica, pues hay en las páginas de la prensa obrera varios registros de denuncia de casos concretos de racismo. Como en el artículo "Vergonhoso", publicado en 1909, que relata la situación de una tejedora negra, impedida de participar en un baile en Vila Isabel. La denuncia se hizo con el siguiente tenor: "Una de las obreras que supo distinguirse por su actividad durante la huelga pasada se dirigió a la sede del club, donde un grupo constituido por señoritas daba un baile, y fue sorprendida por la noticia de que no era bastante clara para poder mezclarse con las demás que allí estaban. Si la razón es ésta, es lo que nos resta saber, pero creemos que es, porque esos clubes, en su totalidad, asientan sobre bases retrógradas". 44

Además de la denuncia de racismo, el artículo podría ser un buen ejemplo de valorización de la participación sindical de las mujeres, puesto que la obrera "supo distinguirse por su actividad durante la huelga", como también de denuncia moral a los bailes y "clubes sociales" como símbolos de una decadencia burguesa –"bases retrógradas" – que cabía a los obreros y obreras evitar.

Los paralelos entre esclavitud y asalariamiento, sin embargo, son anteriores. De la misma forma que hay manifestaciones más antiguas de valorización de las continuidades entre las situaciones de esclavizados y libres. Unidad en la experiencia de explotación, aunque a través de formas diversas, que debería traducirse en conciencia de la necesidad de unidad de la clase en la posabolición.

Recurriendo a un ejemplo en este sentido, mencionamos la actuación del líder panadero João de Mattos. Seguir la trayectoria de João de Mattos es entrar en un terreno de muchas aventuras en las luchas que emprendió en defensa de los suyos. Podemos hacerlo gracias al texto que escribió, bajo el título "Histórico social". El manuscrito incompleto se localizó entre la documentación secuestrada por la policía política carioca en los años 30 y parece ser una copia hecha por él mismo de un resumen escrito con anterioridad sobre la experiencia de organización y lucha de los panaderos, entre 1876 y 1912. Por la datación final citada, se puede suponer que había sido encomendado para dar fundamento al informe presentado por la Liga Federal de los Empleados de Panaderías en el II Congreso Obrero, aunque algunas fechas citadas en los dos documentos sean divergentes. 46

Su lucha comienza todavía en pleno Imperio esclavista, cuando organizó fugas de esclavizados que trabajaban en panaderías, desde Santos, en 1876, pasando por São Paulo y Río de Janeiro en los años siguientes. En Río de Janeiro fundó aquella que, según él, sería la primera organización de los panaderos, un "bloque de defensa", en 1880, que reunía cerca de cien socios. Como el Bloque de Combate de los Empleados de Panadería, cuyo lema era "¡Por el Pan y Por la Libertad!", tenía como principal objetivo "luchar por la libertad", o sea, organizar fugas; funcionaba clandestinamente, bajo la fachada de un "curso de

danza". Después de algunas escaramuzas, entre las cuales hubo varios pasos por las cárceles de Santos y de Río, concluida la abolición de los "esclavizados de hecho", en 1888, João de Mattos y sus compañeros, lejos de abandonar la lucha, pasaron a "guerrear" por la libertad de los "esclavizados libres" de las panaderías.

Así, en 1890, crearon la Sociedad Cooperativa de los Empleados de Panaderías de Brasil, cuyo lema "¡Trabajar para nosotros mismos!" resumía el objetivo principal de la organización de reunir fondos para comprar panaderías que serían organizadas de forma cooperativa. La idea parece que tuvo receptividad, puesto que João de Mattos relata reuniones de trescientos a cuatrocientos participantes y afirma que estaban a punto de comprar la primera panadería cuando el tesorero de la organización huyó, llevando toda la recaudación de más de un año de existencia de la cooperativa, cuya historia terminaría allí.

Insistiendo en el camino de la organización colectiva, João de Mattos y sus compañeros crearon en 1898 (en el informe de 1913 fechan en 1893 el mismo episodio) la Sociedad Cosmopolita Protectora de los Empleados de Panaderías. Sus objetivos iban más allá del mutualismo, representando en algunos momentos los intereses de sus asociados en un sentido sindical. Llegó a poseer cerca de dos mil socios, según el informe de 1913, que retrata la organización por parte de la entidad de una amplia movilización por la garantía de condiciones higiénicas de trabajo. Políticamente, la orientación de la asociación era, también según el informe de 1913 (que no esconde la inclinación de los que lo redactan hacia el "sindicalismo de acción directa"), cercana a la de los socialistas, y era el de Evaristo de Moraes un liderazgo influyente en su interior.

Aun teniendo en cuenta el hecho de que sus "memorias" de lucha hayan sido escritas, probablemente, en los años 10, y en revistas de comienzos de la década del 30, por lo tanto sus afirmaciones sobre el siglo XIX responden a una lógica de organización del raciocinio posabolición, es posible notar, por el encadenamiento de organizaciones y movimientos en que João se involucró, que su visión sobre la esclavitud y la libertad realmente ya estaba presente en los años 1870-1880.

Finalmente, como se destaca en sus memorias, los empleados de panaderías fueron pioneros del abolicionismo. Según él, las grandes figuras del abolicionismo surgieron de 1879 en adelante (con lo que demuestra conocimiento de la periodización clásica de Nabuco), pero "los empleados de panadería, nadie más se acuerda, pero digo y afirmo que fueron los primitivos luchadores antiesclavistas, y que mucho hicieron y lucharon, con un fanatismo único por su causa, de 1876 en adelante, debido a nuestros incansables esfuerzos se hacía sentir cada vez más debilitando, como debilitó, destruyendo el poderío de los esclavistas de hecho". 47

Este protagonismo de los trabajadores y de sus luchas en el proceso de la abolición sería confirmado en 1888 cuando, según su evaluación, "nosotros realizamos la mayor victoria de nuestra intransigente lucha, quedando el camino libre de los esclavizados de hecho". Esta gran victoria, sin embargo, no significaba el fin de las luchas, puesto que "nosotros, los esclavizados libres, hasta el presente estamos luchando". Su propia trayectoria de líder de fugas y "levantamientos" en 1870-1880 a fundador y dirigente de asociaciones obreras en las décadas de 1890 y 1900 ilustraba la continuidad entre las luchas de los "es-

clavizados de hecho", por la abolición, y la de los "esclavizados libres", "que continúan sólo con el derecho de escoger este o aquel se \tilde{n} or". 48

La dimensión política de los conflictos sociales no estaría ausente en su relato. También la República era vista como algo defendido por los movimientos que João de Mattos integró, pero no habría victoria para conmemorar con relación a sus desdoblamientos, ya que "un año y siete meses después [de la abolición], se proclamó la República, que también operamos mucho, esperando lo que respondió negativamente de lo que esperábamos obtener". La lección que sacó del episodio era incisiva en la afirmación de la oposición de intereses de clase entre los trabajadores y sus patrones, o entre "dirigentes" y "dirigidos": "No podemos esperar nada de la política de la Sociedad Dirigente, por ser antagónica a la Sociedad de los Dirigidos; porque universalmente son parásitos succionando el jugo de los productores como los vampiros nocturnos". 49

Al justificar la necesidad de creación de una asociación de clase de los panaderos en los años 90, João de Mattos remarcaba la continuidad de la experiencia de la explotación y afirmaba, con sus palabras, que la superación de aquella situación sólo podría ser "obra de los propios trabajadores": "De modo que con ésta [la República] no conseguimos aquello a lo que aspirábamos. Y verificamos que la esclavitud era ahora general, continuábamos inhumanamente trabajando dieciséis y dieciocho horas consecutivas, día y noche, y verifiqué más: que sólo de nuestro único y exclusivo esfuerzo es que podríamos alcanzar mejoras". ⁵⁰

Estos elementos –lucha por la libertad seguida por la lucha obrera, decepción con el Estado republicano, conciencia de la oposición de intereses de clase entre patrones y empleados; necesidad de la acción colectiva organizada– serían traducidos en el lema de la Sociedad Cosmopolita Protectora de los Empleados de Panadería, fundada por João de Mattos y sus compañeros, en 1898: "Trabajo, Justicia y Libertad, sin distinción de color, creencia o nacionalidad". ⁵¹

Algunos puentes para la conciencia

Tomamos como referencia en este artículo la contribución de E.P. Thompson sobre la formación de la clase trabajadora en Inglaterra. Para retomar esta referencia, en este momento del análisis, debemos tener un cuidado fundamental: como proceso y relación, la clase, en Thompson, es un fenómeno histórico, encarnado "en personas y contextos reales". ⁵² Así, para el caso inglés, Thompson puede localizar tres elementos fundamentales de tradiciones anteriores que, a fin del siglo XVIII, son rescatados y reconfigurados por la nueva identidad de clase que comienza a formarse: "La tradición de la disidencia y su modificación por el resurgimiento metodista; la tradición compuesta por todas aquellas vagas nociones populares que se combinan en la idea del «derecho de nacimiento» del hombre inglés; y la ambigua tradición de la «turba» del siglo XVIII, temida por Wyvill, y que Hardy trató de organizar en comités, secciones y manifestaciones responsables". ⁵³

Saltan a la vista las diferencias con relación a la realidad aquí estudiada. No sólo por la distancia cronológica, ya que estamos encarando un proceso histórico que tuvo lugar cerca

de un siglo después, sino también en el contenido de las tradiciones evocadas por la nueva conciencia de clase en construcción. En un país marcado por más de tres siglos de esclavitud y en una ciudad que fue por tanto tiempo movida por brazos esclavos, como Río de Janeiro, no hay paralelismo posible con la idea del "inglés libre de nacimiento". La libertad era algo reciente y duramente conquistado y cualquier valoración positiva del trabajo tendría que ser obra de los propios trabajadores.

Se trata, por lo tanto, de situar en las "personas y contextos reales" las tradiciones que podrían ser heredadas y reinterpretadas por la nueva conciencia de clase en formación en el Río de Janeiro de entonces. Dos pistas nos parecieron, por las evidencias aquí reunidas, las más fértiles para recomponer las ideas fuertes de aquel proceso: la dignidad del artista –o respetabilidad del oficio– y la lucha por la conquista de la libertad.

Los elementos aquí destacados del discurso de valorización profesional y social de los artistas –especializados, dignos y respetados– podrían adquirir, como de hecho adquirieron, en diversos momentos, un tono de contraste con el ejercicio del trabajo manual no calificado, o con el trabajo esclavo. Sin embargo, a lo largo de las décadas finales del siglo XIX fueron estimulados en muchos momentos en una perspectiva de aproximación entre artistas y obreros -trabajadores, asalariados-, y "las clases" artísticas pasaron a ser representadas, en muchos casos, como parte de una clase, la trabajadora. En la década de 1890 y en muchos registros del período posterior tal perspectiva de dignidad del oficio fue rescatada como único hilo conductor posible de una tradición de valoración positiva del trabajo que era nítidamente subalterna durante la vigencia de la esclavitud. Es un hecho que en gran parte de esos registros la valorización del trabajo y del trabajador se daba en los marcos de una tentativa de convencimiento a las demás clases de que la disminución de la explotación sería el camino para una "igualdad de clases". Pero también se percibe, en varias voces -como en la del citado João de Mattos al destacar el antagonismo entre la "sociedad de los dirigentes" ("parásitos succionando el jugo de los productores") y la "sociedad de los dirigidos"-, que ahí también había un camino para la afirmación más incisiva de la incompatibilidad de los intereses de los trabajadores y de sus patrones en la sociedad capitalista. Al fin de los años 90 casi no encontraremos referencia a "artistas" o "clases artísticas", pero la idea de la dignidad del trabajador sería uno de los elementos constitutivos centrales de los discursos identitarios de la nueva clase en formación.

La larga marcha de la lucha por la libertad definió para los esclavizados y sus aliados abolicionistas –que como vimos eran muchas veces trabajadores libres organizados y militantes ligados a ellos– la posibilidad de acción autónoma de los "de abajo" en la transformación social. Superar las diferencias entre esclavizados y libres formaba parte de ese movimiento. Y ese esfuerzo de superación –que, como sabemos muy bien, tampoco llegó a completarse– se constituía en otra referencia fundamental para ser accionada en otros contextos. Superar entre sí las diferencias color/raza/etnia sería un valor central para los que experimentaron el cautiverio o vivieron sus marcas más directas. Pero pasaba entonces a definirse también como ejemplo a seguir por cualquier movimiento que tuviera por objetivo el protagonismo de los trabajadores en la superación de la desigualdad social mayor, impuesta por la explotación de clases.

Y si el fin definitivo de la esclavitud fue, en gran medida, una revolución social digna de

conmemoración por los que por ella lucharon, tempranamente surgieron evaluaciones de que los resultados de esta lucha eran todavía incompletos desde el punto de vista del ideal mayor de libertad para los trabajadores. Pero el arsenal de valores y prácticas acumulado en aquella larga marcha continuaría presente para aquellos que se empeñaban en la movilización contra las nuevas caras de la explotación del trabajo. La conciencia de la importancia de la libertad y la comparación entre las antiguas y las nuevas modalidades de la esclavitud constituían, por lo tanto, un relevante patrimonio acumulado por los trabajadores.

En sus combinaciones, no siempre exentas de contradicciones, esas tradiciones —de dignidad del trabajo y de lucha por la libertad— alimentaron una generación que guerreó la "esclavitud de hecho", pero también extendió su combate a la "esclavitud de los libres", percibiéndose como clase trabajadora en medio de esas luchas.

Traducción: Diego Bussola

Notas

¹ Véase, por ejemplo, Eulália M.L. Lobo, História do Rio de Janeiro (do capital comercial ao capital industrial e financeiro), 2 vols., Río de Janeiro, IBMEC, 1976, y Geraldo de Beauclair, Raízes da indústria no Brasil, Río de Janeiro, Studio F&S, 1992.

² Sobre las asociaciones mutuales, véase Cláudio Batalha, "Sociedades de trabalhadores no Rio de Janeiro do século XIX: algumas reflexões em torno da formação da classe operária", *Cadernos do AEL*, № 11-12, Campinas, 2000. Con respecto a las hermandades, véase João José Reis, "Identidade e diversidade étnica nas irmandades negras no tempo da escravidão", *Tempo*, № 3, Niterói, junio de 1997. Los quilombos y otras formas de resistencia de los esclavizados fueron estudiados por Flávio Gomes, "História, protesto e cultura política no Brasil escravista", en Jorge Prata de Souza (org.), *Escravidão: ofícios e liberdade*, Río de Janeiro, APERJ, 1998.

- ³ Sobre este punto véase Marcelo Badaró Mattos, "Greves e repressão policial aos sindicatos no processo de formação da classe trabalhadora carioca", en M.B. Mattos (coord.), *Trabalhadores em greve, polícia em guarda*, Río de Janeiro, Faperj-Bom Texto, 2004.
- ⁴ Algunos ejemplos significativos de estudios que llegan a conclusiones de este tipo son Maria Cecília Velasco Cruz, "Tradições negras na formação de um sindicato: sociedade de resistência dos trabalhadores em trapiche e café, Rio de Janeiro, 1905-1930", *Afro-Ásia*, N° 24, Salvador, 2000; João José Reis, "De olho no canto: trabalho de rua na Bahia na véspera da abolição", *Afro-Ásia*, N° 24, Salvador, 2000; Beatriz Ana Loner, *Construção de classe: operários de Pelotas e Rio Grande (1888-1930)*, Pelotas, Unitrabalho-EdUFPel, 2001; Sidney Chalhoub, *Machado de Assis: historiador*, São Paulo, Companhia das Letras, 2003.
- ⁵ E.P. Thompson, "Algumas considerações sobre classe e falsa consciência", en *As peculiaridades dos ingleses e outros artigos*, Campinas, Unicamp, 2001.
- ⁶ Hermínio Linhares, *Contribuição à história das lutas operárias no Brasil*, São Paulo, Alfa-Omega, 2ª ed., 1977, p. 33.
- ⁷ Véase, por ejemplo, Artur José Renda Vitorino, *Máquinas e operários: mudança técnica e sindicalismo gráfico (São Paulo e Rio de Janeiro, 1858-1912)*, São Paulo, Annablume-Fapesp, 2000.
- ⁸ Eric Hobsbawm, "Artífices e aristocratas do trabalho?", en *Mundos do trabalho*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1987, pp. 349-352.

- ⁹ Jornal dos Tipógrafos, Río de Janeiro, 23 de enero de 1858, p. 2.
- 10 Ibídem.
- ¹¹ Ibídem.
- ¹² O Artista, Río de Janeiro, 27 de noviembre de 1870, p. 3.
- ¹³ Ídem, 26 de febrero de 1871, p. 1.
- ¹⁴ Ídem, 15 de enero de 1871, p. 1.
- ¹⁵ O Eco Popular, Río de Janeiro, 27 de mayo de 1890, p. 1.
- ¹⁶ O Tipógrafo, Río de Janeiro, 4 de noviembre de 1867, p. 3.
- ¹⁷ O Protesto, Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1899, p. 3.
- ¹⁸ O Despertar, Río de Janeiro, 2 de noviembre de 1898, p.1.
- 19 Jornal dos Tipógrafos, Río de Janeiro, 14 de enero 1858.
- ²⁰ Tribuna Artística, Río de Janeiro, 19 de noviembre de 1871, p. 1.
- ²¹ O Eco dos Artistas, Río de Janeiro, 22 de septiembre de 1861, p. 1.
- ²² O Artista, Río de Janeiro, 27 de noviembre de 1870, p. 3.
- ²³ A Gazeta Operária, Río de Janeiro, 8 de enero de 1881, p. 1.
- ²⁴ Gazeta Operária. Río de Janeiro. 18 de diciembre de 1884.
- $^{\rm 25}$ Gazeta Operária, Río de Janeiro, 7 de febrero de 1885, p. 2.
- 26 Eco Popular, Río de Janeiro, 29 de abril de 1890, p. 1.
- $^{\rm 27}$ Gazeta Operária, Río de Janeiro, 28 de septiembre de 1902, p. 2.
- ²⁸ A tal respecto, véase Gladys S. Ribeiro, *Mata-Galegos*: os portugueses e os conflitos de trabalho na República Velha, São Paulo, Brasiliense, 1990.
 - $^{\rm 29}$ Tribuna Artística, Río de Janeiro, 3 de diciembre de 1871, p. 3.
- 30 "Resoluções do 1º Congresso Operário de 1906", según A Voz do Trabalhador, Río de Janeiro, 1 de febrero de 1914, p. 7.
 - $^{\rm 31}$ O Tipógrafo, Río de Janeiro, 13 de noviembre de 1867, p. 2.
 - ³² Tribuna Artística, Río de Janeiro, 25 de febrero de 1872.
 - $^{\rm 33}$ Gazeta Operária, Río de Janeiro, 7 de febrero de 1885, p. 2.
 - ³⁴ A Voz do Trabalhador, Río de Janeiro, 1 de octubre de 1913, p. 4.
- 35 Véase el testimonio de Elvira Boni en Angela Gomes (coord.), Velhos militantes: depoimentos, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1988.
- ³⁶ Sobre las condiciones de trabajo de los panaderos en los años 10, ver el testimonio de João Lobes, en ídem.
 - $^{\rm 37}$ A Voz do Trabalhador, Río de Janeiro, 15 de julio de 1908, p. 2.

- ³⁸ A Voz do Trabalhador, Río de Janeiro, 1 de julio de 1913, p. 2.
- ³⁹ La palabra 'saudade' no tiene traducción exacta, si bien un significado cercano puede ser nostalgia o melancolía. [N. del T.]
 - ⁴⁰ Aldea o cabaña de negros. [N. del T.]
 - ⁴¹ A Voz do Trabalhador, Río de Janeiro, 1 de enero de 1913.
- 42 A Voz do Trabalhador, Río de Janeiro, 1 de enero de 1913, p. 3. Destáquese que el artículo, no obstante defiende tal postura, trabaja el prejuicio racial a partir de una perspectiva "nosotros" y "ellos".
- ⁴³ A Voz do Trabalhador, Rio de Janeiro, 17 de mayo de 1909, p. 1. Referencias a Monteiro Lopes como militante representativo del proletariado *gaúcho* [del sur] se pueden encontrar en B. Loner, ob. cit.
 - ⁴⁴ A Voz do Trabalhador, Río de Janeiro, 30 de octubre de 1909, p. 3.
- $^{\rm 45}$ Véase Leila Duarte, Pão e liberdade: uma história de escravos e livres na virada do século XIX, Río de Janeiro, Aperj-Faperj-Mauad, 2002.
 - ⁴⁶ Reproducido en *A Voz do Trabalhador*, Río de Janeiro, 5 de agosto de 1914, p. 3.
 - ⁴⁷ L. Duarte, ob. cit., pp. 70-71.
 - ⁴⁸ Ídem, p. 71.
 - ⁴⁹ Ibídem.
 - 50 Ibídem.
 - ⁵¹ Ídem, p. 76.
- ⁵² E.P. Thompson, A formação da classe operária inglesa, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1987, vol. 1, p. 10 (hay traducción en castellano).
 - ⁵³ Ídem, p. 23.

La lenta construcción de identidades colectivas: trabajadores en el final del Imperio

Beatriz Ana Loner*



ste artículo¹ pretende abordar el complejo proceso de construcción de la identidad obrera entre los sectores de trabajadores brasileños en el final del Imperio de las ciudades gaúchas, especialmente Pelotas, en el estado de Rio Grande do Sul, mediante el análisis de las relaciones entre trabajadores, sus vínculos intraétnicos y con otros grupos, así como también con otros sectores sociales, y evaluando los factores que facilitaron su adhesión a una identidad obrera y los posibles

conflictos con otras identidades-intereses que se les presentaron en aquel entonces.

Al analizar el período del final del Imperio, los investigadores dedicados al estudio del movimiento obrero encuentran difícil distinguir en el conjunto de trabajadores sujetos a diversas y variadas formas de explotación de su trabajo trazos de una identidad común en proceso de formación que represente a todo el conjunto. Esta dificultad se produce porque la construcción de una identidad colectiva de clase presupone que los individuos en cuestión que ocupan la misma (o semejante) posición en la escala social tengan condiciones de vida y de trabajo también semejantes, que faciliten y propicien el establecimiento de relaciones entre ellos y, principalmente, se reconozcan mutuamente como pertenecientes al mismo conjunto. Sin embargo, esto no sucedía con los trabajadores de Brasil, sometidos a regímenes de trabajo diferenciados, divididos por la situación jurídica, por la etnia y el color, el género y la edad, además de las diferencias entre categorías y tipos de trabajo según el nivel de especialización.

Se sabe que el proceso de desarrollo de identidades colectivas es un proceso lento, sujeto a múltiples influencias. La identidad de un grupo se construye cuando sus integrantes toman conciencia de que tienen algo en común y que sus objetivos partidarios superan sus intereses individuales. Para construirse, la identidad colectiva parte del *principio de oposición* y del *principio de totalidad*, y así, "la identidad del actor no puede definirse independientemente del conflicto real con el adversario y del reconocimiento de lo que está en juego en la lucha".²

Partimos de una posición teórica que considera que, en la mayoría de las sociedades, está en desarrollo un proceso permanente de lucha de clases, cuyo resultado está en la base no sólo de la estructuración de la propia sociedad sino también en la constante organización, desorganización y reorganización de sus clases sociales internas. En este proceso ninguna posición es inmutable, ninguna hegemonía es definitiva, pues todas las clases están sometidas a él y a sus resultados, presionando constantemente por redefiniciones en la

^{*} Departamento de Historia y Antropología, Universidad Federal de Pelotas, Brasil

esfera de poder. Así, las clases y/o los sectores de clase también están continuamente redefiniéndose, rearticulándose o desorganizándose, conforme a las coyunturas específicas y a sus propios proyectos y acciones, hayan tenido o no éxito en la disputa intrasocial.³ Ocurre, sin embargo, que no sólo las clases y los sectores de clase intervienen en esta redefinición social, también compiten en este proceso diversas instituciones y asociaciones, que disputan entre sí la atención de los actores sociales, dispuestas a fomentar elementos para la creación o el refuerzo de una determinada identidad social.

Esta posición, a pesar de las diferencias teóricas entre los autores, integra a la contribución de Benjamin Arditi, para quien las identidades, incluso en su forma de clase, requieren de un proceso de construcción y varían regional e históricamente. Son precedidas por la solidaridad entre sus miembros, pero no son deducibles de las relaciones de producción. Según este autor, no es posible pensar en la identidad en términos de una construcción monoposicional: "Además de los lugares que ocupan en el aparato productivo, como asalariados, rentistas o capitalistas, los agentes sociales también se integran en estructuras familiares, sexuales, étnicas, religiosas, culturales o nacionales... Independientemente del peso relativo que adquieren en los distintos casos, cada una de las determinaciones del sujeto constituye verdaderos polos, posiciones o posicionalidades articuladoras de su identidad".⁴

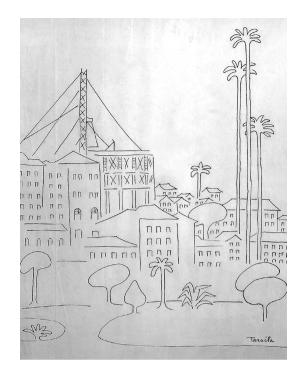
A su vez, esta constatación de la multiposicionalidad conduce a una concepción necesariamente más compleja acerca del sujeto, pues no es posible derivar todas las posicionalidades de éste partiendo únicamente de una de ellas. Así, aunque puedan existir identidades congruentes y complementarias relativas a un mismo sujeto, también se abre la posibilidad de que las identidades de un actor, independientes y múltiples, puedan parcialmente entrar en conflicto.

Otros autores que se dedican al estudio de la clase obrera enfatizaron la idea del discurso como constructor de la identidad de clase. William Sewell, en su libro sobre la formación de la clase obrera francesa, muestra que en determinadas situaciones la construcción de una identidad no sólo es uno de los elementos de constitución de la propia clase sino que, en cierta medida, puede incluso antecederla. En este sentido, al analizar las primeras décadas del siglo XIX, observa que los trabajadores franceses se apropiaron de elementos del discurso revolucionario de 1789, otorgándoles nuevos significados y utilizándolos para la formación de una identidad propia, en la que superaban los límites individualistas del discurso liberal y profundizaban la comprensión de la noción de asociación de clase.⁵

Sin embargo, no pretendemos reducir la construcción de la identidad solamente al discurso, pues eso significaría confinar al grupo o a las categorías sociales a sus prácticas discursivas, lo que implicaría el empobrecimiento del análisis concreto y, en cierta forma, omitiría el extenso terreno de las prácticas sociales interrelacionadas, de la experiencia y la vivencia del grupo y de sus formas organizacionales. No obstante, consideramos que el discurso es una faceta básica del proceso de construcción de una clase, pues da cuenta de la representación articulada de lo que el grupo, sector o clase piensa acerca de sí mismo, de la sociedad y de los demás grupos y, así también, de lo que aspira a ser.

De esta forma, entendemos que la construcción de una identidad colectiva está indisolublemente relacionada con el medio en el cual ella florece y puede asumir aspectos dife-

rentes por la acentuación de uno o más de los variados elementos que la componen. Experiencias, vivencias y resultados de luchas pasadas provocan continuamente diferenciaciones o readecuaciones en esa identidad que, al igual que las clases, está en proceso perpetuo de transformación. La estrategia de constitución de esa identidad varía también según la clase social agente del proceso pues mientras para algunas son los intereses económicos los que constituyen la amalgama capaz de mantener unido el bloque representante de sus intereses, en aquellas que componen el polo explotado de la sociedad el énfasis estará puesto en los aspectos relacionados con sus organizaciones políticas, como sus formas de representación en asociaciones y partidos, elaborándose y reelabo-



rándose continuamente, a la luz de sus experiencias y vivencias, una representación ideológica articulada de su inserción e identidad en el conjunto social.

Después de conformada, una identidad colectiva de clase presenta atributos que van mucho más allá de los individuos que forman parte de ella e, incluso, esta identidad puede interpelar a los actores individualmente con intensidad, reforzando algunos rasgos de su comportamiento y redefiniendo otros, subordinándolos a aquella identidad, o incluso obligándolos a modificaciones de comportamientos originados en identidades anteriores, ahora descartadas o "sujetadas".

La formación de una identidad colectiva presupone también que cada uno de los individuos que la posee haya privilegiado, en su definición, determinadas identidades y asumido una jerarquización entre ellas, concediendo privilegio a la identidad articuladora del grupo. La identidad de clase surge cuando, dentro del conjunto de elecciones posibles de cada individuo, la identidad que contiene un atributo de pertenencia a una clase o categoría profesional sale victoriosa de la confrontación con el resto de las identidades, en términos absolutos, o tiene un papel relevante, en términos relativos. Por ejemplo, un individuo metalúrgico, afiliado a una central sindical y perteneciente a un partido de izquierda, a su vez puede también adherir a una infinidad de otras identidades, como "hincha" de un cuadro de fútbol, hombre religioso, nordestino, etc. Podrían hacerse otro tipo de combinaciones pero, mientras la referencia identitaria principal sea su inserción en el mundo del trabajo como metalúrgico, su identidad de clase estará preservada.

Sin embargo hay casos en que una identidad entra en conflicto violento con otra, co-

mo la de un obrero sindicalista afiliado a un partido comunista ortodoxo que se deja atraer, por ejemplo, por una religión que ve, en el leninismo, la obra del demonio. Las dos identidades son conflictivas entre sí, pues ambas se descalifican una a la otra y probablemente llevarán al individuo a una oposición. También existen situaciones en las que, aunque con un vínculo más armónico, identidades conflictivas pueden subsistir. Es el caso de un obrero que logra formar su propia empresa y contrata como asalariados a otros trabajadores. Si ha permanecido mucho tiempo en la posición de asalariado, es posible que preserve una profunda marca de esa situación anterior y que entonces prefiera presentarse a sí mismo como trabajador. Pero sus nuevos intereses terminarán provocando conflictos a esa antigua identidad y ella, obviamente, tendrá un papel secundario en la nueva composición identitaria del individuo.

Hasta aquí se han tratado ejemplos en los que existe una identidad formada que sufre una presión debido a nuevos intereses del actor que pueden terminar con la deconstrucción de esa identidad ya constituida. No obstante, el Segundo Imperio es un período en que el propio concepto de trabajador englobaba realidades profundamente diferentes, condicionadas por la institución de la esclavitud que proyectaba un espectro de descalificación social que afectaba a todos los agentes de trabajo, independientemente de su situación jurídica. En la sociedad colonial o imperial brasileña, realizar trabajos manuales era una condición descalificatoria de los individuos. En ese contexto era necesario, inicialmente, calificar la identidad obrera, entendida en sus términos más amplios, independientemente de si el trabajador⁶ actuaba como propietario de los medios de producción o sólo vendía su fuerza de trabajo.

La necesidad de terminar con la institución de la esclavitud fue uno de los primeros puntos de convergencia de intereses entre los más diversos tipos de trabajadores en Brasil. La abolición no interesaba sólo a los sectores trabajadores que aún sufrían el yugo esclavista, o a aquellos que, aunque formalmente libres, sufrían las restricciones que el estatuto de liberto o contratado traía consigo. Para los trabajadores blancos, que cada vez en mayor número se dirigían al país, resultaba molesto el hecho de que el trabajo manual en Brasil fuera igualado a cosa de esclavos, de negros. Aunque buena parte de estos trabajadores blancos haya llegado a Brasil justamente para sustituir el trabajo esclavo, la permanencia de una baja valorización ideológica del elemento trabajo en la sociedad conspiraba contra la dignidad individual y contra cualquier aspiración de ciudadanía que pudiesen desarrollar estos trabajadores. De esta forma se creaba una convergencia de intereses de todos los trabajadores marcada por la necesidad de valorar el factor trabajo como bandera, dentro del cuadro de una cultura discriminatoria y adversa al trabajo manual.

Debido a esto habrá una colaboración discreta, a veces escondida, frecuentemente subestimada, de innumerables trabajadores blancos en la lucha contra la esclavitud. La creación de sociedades abolicionistas de variado tipo, la compra de libertad de esclavos por asociaciones mutualistas de oficios, o el auxilio a la fuga de esclavos, en fin, el apoyo a la campaña abolicionista y a variadas actividades, legales o ilegales, para precipitar el fin de la esclavitud, son aún elementos que merecen ser recuperados. Esta convergencia de intereses no logró mantenerse posteriormente, pero representó uno de los primeros momentos de una actuación conjunta.

Esta autovalorización del trabajador, si bien contribuyó a la creación de una identidad de "hombre de trabajo", se reveló frágil por ser extremamente abarcativa y, por lo tanto, fácil de diluirse en otras innumerables identidades anteriores a ella que, aunque eclipsadas en el momento de la campaña abolicionista, en el período inmediatamente posterior retornaron, redefiniéndose con nuevas bases. Después de la abolición, la redefinición integró a los trabajadores con relación a su *estatuto* jurídico, desapareciendo las definiciones anteriores, pero no las diferenciaciones internas en el conjunto que, incluso sin ser verbalizadas, eran evidentes (como color, nacionalidad y especialización profesional), diferenciaciones que se reforzaron en el período republicano y condicionaron las oportunidades y posibilidades de cada individuo dentro de aquella sociedad y a la vez dificultaron el proceso de formación de la clase obrera brasileña.

Quien esté interesado, entonces, en analizar la formación de la clase obrera en el Brasil en el período del Imperio debe considerar situaciones y episodios en los que el hecho de pertenecer a una categoría profesional llevó a una identificación no sólo con esa categoría sino también con un conjunto mayor, aunque este conjunto aparezca en términos no muy claros, permeado de expresiones como "hombres de trabajo", "hijos del trabajo", "humildes obreros". O sea, en este período, identificarse con el trabajo era una estrategia de aceptación y reivindicación de un lugar en aquella sociedad y las acciones de los actores se pautaron a través de esta determinación, aunque más no fuera en forma episódica y temporal. Uno de los mejores modos para observar esa preponderancia es a través de las organizaciones construidas por los trabajadores, analizando cómo la inserción en el mundo del trabajo los aglutinó, más allá de las divisiones que pudieran darse por otros factores.

Pero antes cabe aún una referencia a la elaboración del significado del término 'trabaja-dor' para el final del período imperial e inicios de la República. En un proceso que se acentuó hacia el final del período imperial, el trabajo fue pasando de una posición en la que sus agentes eran discriminados y humillados en el conjunto social a otra en la que el trabajo era valorado como una herramienta necesaria para el progreso de la nueva sociedad. El trabaja-dor estuvo sujeto al mismo proceso de resignificación de su posición social. Pero trabajador entendido como el gran conjunto de los hombres que viven de su trabajo, lo cual ocultaba las diferenciaciones entre clases y sectores de clase, pues en el contexto de la época aún estaba en disputa el propio sentido semántico de los términos 'obrero' y 'trabajador'. Y, en nombre de las "clases trabajadoras", varias propuestas comparecían en la escena política, muchas de ellas provenientes de otras clases o sectores sociales, como lo prueba, poco después de la proclamación de la República, la creación de varios partidos políticos efímeros, partidos todos ellos que tenían en común presentarse como "obreros" aunque los contenidos de sus programas fueran poco representativos. Era un momento de disputa por la misma palabra 'obrero' y por sus formas de presencia política en la sociedad.⁷

Pero el uso del término 'trabajador' también comenzaba a ser un arma de lucha en el discurso de algunos de los más perjudicados por la discriminación. En la ciudad de Río Grande se desarrolló durante febrero de 1890 una asamblea de empleados/as domésticos/as, pertenecientes en su mayor parte a la población negra, para protestar contra la obligatoriedad del uso de la libreta de trabajo⁸ por parte de los criados, legislación que se intentó implantar en varias ciudades en aquel momento. En esa oportunidad uno de los oradores des-

tacó en su discurso que la lev del 13 de mayo trajo libertad e igualdad a todos los hombres y por lo tanto el uso de la libreta de trabajo, así como también la represión de la protesta contra su imposición, era humillante y vejatorio. La realización de una asamblea por parte de un grupo que sufría doble discriminación (por color de piel v status social) v que recién alcanzaba un bajo grado de cohesión interna da cuenta del espíritu social de aguel momento, en el que la integración de intereses era vista como una señal de progreso y desarrollo, pero también revela que aquel sector se sentía extremadamente amenazado con la imposición de la libreta de trabajo. Sin embargo, considerando que en aquel contexto este tipo de imposiciones humillantes en la vida de los empleados domésticos debían ser innumerables, llama la atención que aún no aparecieran reclamos contra la gran cantidad de horas de trabajo, la falta de descanso en los fines de semana o la exigencia de vivir en la casa del patrón, por ejemplo. Por lo tanto, la protesta contra el uso de la libreta de trabajo debe entenderse como una negación a cualquier medida que recordara la antigua situación jurídica y social de estos empleados, la esclavitud. De ahí la protesta vehemente contra esa forma de control, hecha para impedir el libre movimiento de la población negra en la sociedad, cosa que, después de la abolición, ellos no estaban dispuestos a tolerar. En sus discursos se evidencia que tenían conciencia exacta de la separación entre lo que habían sido y ahora eran. Y la identidad que reivindicaban era la de trabajadores, iguales a los demás, y exactamente en nombre de esa igualdad no aceptaban más el control de sus pasos.

Realizar aunque sea esa asamblea debió haber sido extremadamente difícil para ellos. No sólo por los problemas derivados de la dispersión en diversas residencias, la presión de los patrones para que sus empleados no participaran y la burla prejuiciosa de los periódicos, sino que además tenían en contra la falta de reglas (o costumbres) regulatorias del trabajo libre en residencias particulares; incluso es posible imaginar que muchos continuarían sometidos a regímenes de trabajo servil o semiservil. Algunos de estos factores aún siguen influyendo en la actualidad, comprometiendo la organización de este sector de servicio. En aquel tiempo, ellos fueron beneficiados y afectados por dos procesos paralelos en curso: la constitución de una ideología dignificadora del trabajo y del trabajador y la difusión de la idea de que, a través de organizaciones representativas, cada sector podría luchar más eficazmente por sus intereses.

Las entidades mutualistas

Recién hoy comienza a tomar dimensión la importancia del papel de las asociaciones de intereses, principalmente las mutualistas, del período aquí estudiado. ¹⁰ Muchas sirvieron como verdaderos soportes para la integración de los individuos en la sociedad, amparándolos y dotándolos de instrumentos (círculos de amistades, difusión de leyes, conocimientos específicos), además de amplificar los mecanismos de solidaridad interna del grupo. Sin embargo, aunque las asociaciones cumplieran un papel importante en el proceso de organización de la clase obrera, según la evolución de su dinámica interna, también podían representar un papel negativo en esta cuestión, colaborando en la deconstrucción de identidades marcadas por el trabajo.

Ellas tenían un papel positivo en la medida en que sus criterios de pertenencia enfatizaban la representación de clase y/o de categoría. No obstante, en muchas el criterio de diferenciación étnica¹¹ estaba yuxtapuesto al de clase y así, de cierta manera, se impedía una definición identitaria más clasista. Sin embargo, incluso en este último caso, ya estaba funcionando la conformación de una ética que priorizaba el trabajo como fuente de un comportamiento digno exigible para los miembros de estas organizaciones, y por lo tanto sus miembros podían ser de distintas nacionalidades y condiciones sociales, pero estaban unidos por el hecho común de ser "hijos del trabajo", "honestos, educados y de hábitos refinados", tal como eran presentados los socios en la mayor parte de los estatutos disponibles de las primeras entidades. Normalmente la participación en una entidad mutualista se complementaba con el ingreso en una verdadera red asociativa, que se desdoblaba en diversas asociaciones mutualistas, recreativas y deportivas, de acuerdo con el grupo étnico o profesional analizado.

El período de finales del Imperio e inicio de la República, que concentra muchos cambios y transformaciones, estuvo pleno de posibilidades para los actores individuales. La posición de cada individuo podía modificarse en un espacio relativamente corto de tiempo y esta situación llevó a que los actores recién estuviesen formando, embrionariamente, las identidades de referencia para su actuación futura. Esas referencias identitarias, a su vez, implicaban elecciones, determinadas y condicionadas por variados factores, como el color, la etnia, el género, las condiciones financieras, el nivel de especialización y otras menos ponderables. Si se considera las identidades como multiposicionalidades en disputa, todas estas elecciones eran posibles para un individuo.

Dentro de una trayectoria poco común, pero posible, un inmigrante italiano y maestro zapatero podría participar de una asociación de fabricantes de calzados, que a su vez podría dar origen a una asociación representativa de intereses obreros, en la cual él participaría en algunos cargos dirigentes. Él se dedicaría a reforzar los lazos en su comunidad de origen tomando parte de una de las tantas asociaciones italianas normalmente existentes y complementando esta participación con otras sociedades recreativas de artesanos blancos. Entrando en alguna de estas redes, también sería encontrado posteriormente en entidades teatrales o carnavalescas y, si lo quisiera, podría formar parte de alguna entidad musical, como una banda. Podría incluso ser masón o haber participado en entidades de este tipo. En todas estas asociaciones estaría participando de dos o tres redes asociativas. Pero, por fin, nuestro zapatero, haciendo juicio al concepto de Eric Hobsbawm sobre la categoría, podría ser socialista y participar de entidades obreras que reunirían a trabajadores de variados grupos étnicos y situaciones sociales y, en esa condición, participar como delegado en un congreso obrero. O incluso este sujeto podría colaborar en periódicos socialistas.

Todo eso era posible y todo eso fue hecho. Ésta fue la trayectoria de Giovanni Thomaso Mignoni desde mediados de 1880 hasta el inicio del siglo XX, en Pelotas. Obviamente, se trata de un individuo excepcional pero cabe señalar que si fue posible conocer su trayectoria es porque participó en la dirección de todas esas entidades, lo que hace suponer que varios otros pudieron haberse afiliado en varias sociedades, pero sin ejercer cargos y, por lo tanto, sin que puedan reconocerse sus participaciones.

El proceso de construcción de una identidad obrera fue lento; abarca todo el período

de la República Vieja y no concluyó siquiera cuando ésta cayó. Estuvo marcado por retrocesos, indefiniciones y seducciones de propuestas más ventajosas que la identidad de trabajador u obrero. Su inicio tuvo variaciones temporales y regionales en el interior del país. Para Río, por ejemplo, Cláudio Batalla¹³ indica su presencia a partir de mediados del siglo XIX, con la creación de asociaciones de socorros mutuos, que trajeron consigo un proyecto de organización profesional. En el estado *gaúcho*, la década del 80 del siglo XIX fue un momento clave en la difusión y construcción de esas asociaciones y allí parece haberse iniciado el proceso de construcción identitaria del obrero y del artesano como agente de trabajo.

Las asociaciones mutualistas negras

Se tratará aquí sobre la construcción de identidad obrera entre la población negra en las ciudades de Pelotas y Río Grande en el final del Imperio a través del estudio de sus entidades mutualistas, entendiendo que ellas poseyeron especificidades y ocuparon un papel destacado entre otros grupos étnicos. Se entiende por entidades mutualistas negras aquellas que contaban con considerable número de individuos negros o mulatos entre sus cuadros –aunque eran abiertas a otros grupos étnicos— y poseían entre sus objetivos principales el socorro mutuo. Estas asociaciones tuvieron un gran desarrollo en las ciudades de Pelotas y Río Grande, debido al alto grado de discriminación racial existente, especialmente en Pelotas, merced a su cultura aristocrática y a la presencia de gran cantidad de negros llevados allí como esclavos en el período de la producción de charqui, negros que permanecieron en la región después de la abolición prestando servicios como obreros en la misma producción de charqui, en las fábricas del puerto, en la construcción civil y en otros sectores.

La población negra formó sus primeras asociaciones durante la esclavitud, ¹⁴ aunque esto sucedió con posterioridad a la creación de asociaciones étnicas de población blanca. En Pelotas las primeras asociaciones mutualistas étnicas, a excepción de las Asociaciones de Beneficencia (portuguesa y alemana), surgieron a mediados de la década de 1870. Recién a mediados de la década siguiente comienzan a formarse las primeras asociaciones de beneficencia no étnicas, la mayoría basadas en categorías profesionales. Fue entre este último grupo donde surgieron las primeras "asociaciones negras", que intentaban sumar a sus asociados por su identidad como trabajadores, como la Sociedad de Beneficencia Fraternidad Artística, fundada en Pelotas, el 28 de octubre de 1880, y la Sociedad de Beneficencia Armonía de los Artistas, también en Pelotas, el 17 de septiembre de 1881, compuesta por "artistas nacionales y extranjeros". Otra entidad que tuvo notoria presencia de individuos de población negra en su dirección inicial fue la Sociedad de Beneficencia Socorros de los Artistas, existente en 1890, pero ella parece haber sido solamente una entidad de categoría profesional. Posteriormente, existieron otras entidades étnicas formadas exclusivamente por población negra, pero sus estatutos no fueron encontrados y no sobrevivieron mucho tiempo: Montepío de la Unión Africana, fundada en Pelotas en 1890, y Sociedad Progreso de la Raza Africana, fundada el 25 de diciembre de 1891.

Además de éstas, la Sociedad Cooperativa Hijos del Trabajo, fundada en Río Grande el

30 de noviembre de 1890, fue la única exclusiva para pardos y negros, y utilizaba el color como criterio de filiación, pero "sin distinción de sexo, edad, clase y nacionalidad". También fue la única que restringió el número de socios a mil quinientas personas. Se asemejaba a las demás sociedades en cuanto a valores morales y a la exigencia de salud perfecta para la filiación.

Significativamente, las sociedades que sólo aceptaban negros perecieron en pocos años, en tanto aquellas en que negros y mulatos eran dominantes, pero aceptaban individuos de otros grupos étnicos, sobrevivieron durante décadas. El mejor ejemplo es precisamente el de una sociedad no profesional que subsistió durante más de cuarenta años, la Sociedad de Beneficencia Feliz Esperanza, sociedad étnica nacida a mediados de la década de 1870 como Asociación de Lotería y que aceptaba incluso esclavos como socios, y contribuyó para su libertad. Va a tener un papel importante en el período de la abolición y después consolidará su organización al contar con sede propia y transformarse en un baluarte de la representación negra en la ciudad. Contaba con dictado de clases nocturnas y biblioteca para sus socios.

Por parte de las entidades mutualistas conformadas por mayoría de población negra no había discriminación con relación a elementos de otros grupos étnicos o colores. El hecho de contar con mayoría, o incluso la totalidad, de socios pertenecientes a la población negra no significaba necesariamente que ellos seleccionaran a sus integrantes por el color, pero sí que los demás grupos no participaban de esas asociaciones, aunque les fuera permitido. Esta situación tiene su origen en su condición de sector más discriminado de la sociedad y, como tal, segregado socialmente. Por sufrir duramente los efectos de la discriminación, procuraban luchar por la integración de todos los grupos en la sociedad, incluso el suyo y, por lo tanto, para ellos era interesante que en sus entidades participasen elementos de otras etnias, lo que ayudaba a atenuar la segregación. Una comprobación de ese hecho es la trayectoria de la sociedad Armonía de los Artistas. Nacida de una escisión de una entidad predominantemente negra, a partir de 1881, a lo largo de los años ella va incorporando una serie de artistas blancos, algunos incluso inmigrantes. Restaurada en 1895, pasó por una nueva escisión en 1898, a partir de la formación interna de grupos diferenciados que se enfrentaron en dos elecciones sucesivas, cuando la lista perdedora y sus simpatizantes consumaron la escisión, y se fueron de Armonía de los Artistas para formar la Sociedad de Beneficencia Unión Humanitaria, también de artesanos, pero con mayoría de portugueses en sus cuadros.

La Fraternidad Artística y la Armonía de los Artistas son, en la definición de Silva Jr., entidades etnoclasistas, en tanto presentan una "yuxtaposición de identidades" entre las étnicas y las puramente clasistas; eran inestables y, con el tiempo, se redefinieron por una u otra identidad. ¹⁶ Comparando las trayectorias de estas dos entidades a través del tiempo, se observa que hay una referencia diferente en cada una de ellas, pues mientras Fraternidad siempre fue clasista en primer lugar y étnica (negra) en segundo, Armonía tendrá una identidad clasista muy clara y definida, cosa que no ocurrirá con su definición étnica, pues ella será prácticamente reducida a una sociedad mutualista negra a partir de la escisión de 1890, pero nunca asumirá totalmente esa identidad, incluso en términos de participación en las festividades del grupo étnico. En cuanto a Feliz Esperanza, pasa por un proceso in-

verso, pues de entidad étnica va asumiendo paulatinamente funciones de representación de clase, auxiliando en la organización obrera, acogiendo sindicatos centrales, como la Unión Obrera Internacional en 1890, y reuniéndose con entidades de categorías clasistas, además de promover conferencias socialistas y buscar tener representación en el Congreso Obrero Gaúcho de 1890. La observación de su trayectoria a lo largo de las décadas también confirmó ese perfil obrero, en su práctica social y política, configurando una estrategia mayor a la de su grupo dirigente.

Desgraciadamente, la sociedad Hijos del Trabajo no sobrevivió el tiempo suficiente para poder observar su evolución, no obstante es de considerar que en sus estatutos se proponía establecer dictado de clases nocturnas y bibliotecas para los socios, preocupaciones obreras y también de la población negra.

Las sociedades mutualistas conformadas por población negra tendían a permitir la asociación de mujeres más que las conformadas por individuos blancos, sin embargo, eran más rígidas con relación al comportamiento de las socias que de los socios, quienes estaban condicionadas a un incuestionable comportamiento y a los criterios de moralidad vigentes. En la concesión de auxilios, las viudas, en cualquier asociación, sólo eran beneficiadas en caso de conducta ejemplar y a condición de no tener ninguna relación amorosa con otro hombre luego de la muerte del marido. Armonía incluso determinaba que las socias no podrían frecuentar el club en carácter social, y que tenían derecho solamente a los beneficios y auxilios. A pesar de las restricciones, su posición representaba un avance con relación a la situación de la mujer en otras entidades étnicas de beneficencia de la época, que, cuando aceptaban mujeres, restringían la filiación a esposas e hijas de los asociados masculinos. Esto refiere a la posición de la mujer en el grupo étnico negro. Según George Reid Andrews, ¹⁷ que observa las estrategias de supervivencia de las familias negras de São Paulo, en el inicio de la República frecuentemente era la mujer el verdadero sustento de la familia, pues conseguía ocupaciones más estables que las que lograba obtener el hombre negro, incluso en servicios domésticos. Además, entre la población negra era donde se encontraban mayor cantidad de grupos familiares encabezados por mujeres, debido a la ausencia de hombres, sea por muerte, trabajo itinerante u otras eventualidades.

Solamente el estatuto de la sociedad Hijos del Trabajo aceptaba que las mujeres votaran, no obstante no podían ser electas. Su estatuto es ambiguo con relación a si las viudas de los asociados tenían derecho a una pequeña pensión, pues afirma expresamente que "para los debidos efectos, sólo reconoce herederos a los siguientes: los padres legítimos, los hijos legítimos o maridos y hermanos" (art. 8, § 1), pero en el parágrafo siguiente reconoce el derecho de la familia a recibir auxilio. Sin embargo, la cita llama la atención por el uso de la expresión "legítimo", que restringe a los posibles beneficiarios. Ahora, si en esta asociación exclusiva de negros, únicamente hijos y padres legítimos tenían derecho al auxilio, el texto sólo puede interpretarse como una estrategia de condicionamiento de la vida privada de sus socios, por la cual se intentaba obligarlos a la formación de las familias a través del casamiento, asumiendo por completo el orden burgués de la sociedad, todavía no del todo difundido entre los sectores populares.

Finalmente, una diferencia marcada entre los estatutos de las entidades mutualistas con mayoría de población negra y las de población blanca de aquella época es el hecho de que

las primeras se preocupaban mucho más por la imposición de reglas de convivencia y comportamiento de sus socios que las segundas. Comparados los primeros estatutos de Fraternidad, Armonía e Hijos del Trabajo con congéneres de otras sociedades étnicas de la misma época, se observa que hay una gran preocupación por el comportamiento de los socios, que es detallado minuciosamente con relación a cómo comportarse en asambleas y demás actividades sociales, y estipula multas o incluso expulsión por mínimas infracciones. El vicio de embriaguez¹⁸ es explícitamente citado como impedimento de la condición de asociado, lo que demuestra la importancia dada a la figura del ciudadano de buenas costumbres, trabajador y honesto. Esta última palabra, además, consta específicamente en el artículo 1º del estatuto de la Fraternidad Artística, en la definición de sus socios: "que serán artistas y hombres de trabajo, honestos...". Esto proviene, sin duda, de la necesidad de la conformación de un patrón de comportamiento para el grupo, que venía de una condición de liberto, contratado o incluso esclavo en la sociedad imperial, y su readecuación a los nuevos valores asociados a su condición de trabajadores libres, que dignificaba su situación profesional.

Las entidades conformadas por población negra exigían el pago de una matrícula de ingreso, aunque sus mensualidades eran normalmente más bajas en comparación con entidades de beneficencia de grupos blancos. 19 Con respecto a los beneficios ofrecidos, había mayor preocupación por el entierro que por la supervivencia posterior del grupo familiar. Efectivamente, en sus primeros estatutos poco o nada ofrecen estas entidades a las familias, pues no había pensión y se limitaban a proveer a un auxilio durante pocos meses, sólo en caso de absoluta miseria y condicionado a la relevancia social interna del afiliado. Mientras tanto, el auxilio para el entierro implica una cuantía de mayor valor que el ofrecido por entidades de artesanos blancos. De esta manera, en el entierro de un asociado de Fraternidad Artística o de Armonía de los Artistas, la entidad podía desprenderse de un valor de hasta 60 mil pesos, mientras que en otras mutuales, por ejemplo en Clases Laboristas, de socios blancos y más ricos, el valor no superaba los 36 mil pesos. Otro indicativo de la importancia dada al ritual de la muerte es el hecho de que, en los estatutos de las tres entidades negras a los que se tuvo acceso, hay parágrafos que estipulan multas a los asociados que, sin justificativo, no comparecen al entierro o a la misa del séptimo día de los miembros de la sociedad. Estos parágrafos permiten observar que aún estaba vigente la preocupación católica por la "buena muerte", uno de los principales objetivos de las hermandades, en parte predecesoras de estas asociaciones. Incluso en Fraternidad Artística parecía haber un temor de que la familia del muerto no utilizara el dinero destinado al funeral, por lo que había un parágrafo que prohibía expresamente el traspaso de la cuantía del entierro a la familia (art. 49). Disposiciones iguales no fueron encontradas en entidades de otros grupos étnicos.

Además, todos los estatutos presentaban una marcada preocupación por la protección de los huérfanos menores de doce años y les brindaban empleos o clases públicas; en este sentido, se asemejan a otras sociedades de beneficencia de la época. Ello se explica fácilmente, pues estaba en juego la calificación profesional de los nuevos trabajadores, algo difícil de lograr en aquellos años en los que no existían escuelas públicas abiertas a los negros, y mucho menos centros de formación profesional. Debido a la gran au-

sencia de amparo y educación de los niños de color, en 1901 la población negra de Pelotas auxilió en la fundación y el mantenimiento del asilo San Benito. Hijos del Trabajo propuso que, en ausencia de los padres, la asociación se encargara de la crianza y educación de los huérfanos.

Las asociaciones mutualistas étnicas contemplan también una forma de auxilio extra en caso de que el socio estuviera preso, sin juicio, situación que podía ser común en una sociedad desigualitaria y en la cual el color oscuro de la piel era normalmente asociado a individuos peligrosos que debían ser contenidos-fiscalizados por la policía, haciendo de muchos de los integrantes de este grupo étnico víctimas de injusticias policiales, situación expresamente citada en el estatuto de Hijos del Trabajo (art. 6). En algunas asociaciones clasistas de inicios del siglo XX se encontraron cláusulas iguales, lo que reafirma la idea de que los trabajadores en general eran víctimas de la sospecha de las autoridades y estaban sujetos a muchas formas de injusticia.

Las mutuales negras, clasistas o no, procuraban darles a sus socios un perfil de trabajador que ya se hacía reconocer por la sociedad: buen padre de familia, de buenas costumbres, orgulloso de su trabajo, aspectos enfatizados frecuentemente en el artículo1º de los estatutos: "Hijos del trabajo [...] artistas [...] honestos [...] de hábitos moderados...". De forma más amplia, ésa fue la representación dominante de lo que debía constituir la identidad de un trabajador brasileño durante buena parte del siglo XX. Todo muchacho de la clase trabajadora, blanco o negro, en ocasiones importantes, como pedir la mano de su novia a los padres o cuando necesitaba presentarse frente a las autoridades, reproducía esta identificación: honesto, trabajador, sin vicios.

El hecho de que en Pelotas hubiera mayor número de asociaciones mutualistas negras en comparación con Río Grande, en la que apenas fue encontrada una, refiere no sólo a la menor discriminación en esta última ciudad sino también a un desarrollo asociativo de tipo diferente. En Pelotas el grupo étnico negro era mayor en número y más discriminado socialmente que en Río Grande. En esta última ciudad, el presidente de la Liga Obrera, asociación de trabajadores surgida en 1892, fue un negro que anteriormente había participado en Pelotas de las sociedades aquí estudiadas. Asimismo, a partir de 1893 se instaló también en Río Grande la Sociedad Unión de Obreros, de naturaleza clasista, que reunía al proletariado y a los artesanos de la ciudad sin discriminación racial, y se consolidó como una fuerte entidad obrera que ofrecía distintos tipos de asistencia y beneficios a sus socios. De esta forma, es fácil imaginar que los obreros negros, que como grupo luchaban por la integración social, no sintieran problemas en asociarse a la liga, hecho que terminó inhibiendo la formación de una entidad étnica negra específica. Mientras tanto, la Liga Obrera de Pelotas, que también integraba a obreros y artesanos, siquió una trayectoria diferente pues, liderada por una dirección compuesta por empresarios y dueños de talleres, terminó discriminando a los obreros más pobres y de color, con lo que éstos se congregaron en otras asociaciones de clase, como la Unión Obrera Internacional (1897), el Centro Obrero Primero de Mayo (1899) y la Unión Obrera (1905).

Concluyendo, es importante destacar que a inicios de la República los negros buscaban integrarse a la sociedad en Río Grande del Sur. No obstante, cuando fueron discriminados, reaccionaron formando asociaciones de lo más variadas constituyendo redes asociativas

propias, intentando satisfacer todas las necesidades sociales del grupo, como amparo material y moral, instrucción educacional, además de festividades, placer y deporte. Las entidades mutualistas estudiadas, como asociaciones más antiguas y establecidas, cumplirán, además del papel de sociabilización de sus miembros, el de representación étnica del grupo y acogerán en su seno a otras tantas asociaciones, incluso de representación clasista. La conmemoración del 1 de Mayo siempre fue tan importante como la del 13 de mayo, día de la abolición.

Los estudios realizados en redes asociativas de población negra²⁰ a lo largo del siglo XX demostraron que, en momentos en que las asociaciones clasistas de obreros no estaban en actividad, sea por no estar aún formadas, sea por coyunturas desmovilizadoras o represivas, las entidades negras continuaban empuñando las banderas y los ideales de lucha obrera y guardando su memoria, lo que aconteció incluso con sociedades carnavalescas.

La identificación de este grupo étnico con los trabajadores en Brasil es obvia, pero no es tan obvia la comprensión de su papel en el movimiento obrero. El seguimiento de estos grupos de trabajadores negros a lo largo del siglo XX demostró que ellos tuvieron un papel fundamental en la dirección y el liderazgo de la clase obrera. Al comparar las nóminas de los integrantes de las asociaciones de beneficencia negras con aquellas de otras entidades del más variado tipo, incluyendo las obreras, se encuentra una gran correspondencia, pues frecuentemente los dirigentes de las asociaciones de beneficencia eran también los líderes en la fundación de otras sociedades o en la conducción de luchas obreras. Esto tiene dos motivos. El primero se debe a que para el negro, interesado en la integración de su grupo étnico en un orden social hegemonizado por los blancos, era necesario estimular el surgimiento de organizaciones que, simultáneamente, avudasen a aglutinar a los elementos negros de la sociedad y promoviesen su elevación cultural. El segundo motivo partía de la constatación de que, para esta etnia, la simple ocupación de posiciones asalariadas estables, fijas, con empleos anuales y una profesión definida, incluso tratándose de un trabajo manual, la condición obrera en general, era un avance frente a la situación de trabajador eventual, trabajador estacional o subempleado en servicios arduos y desvalorizados socialmente. Así, ser obrero, para ellos, era una posibilidad concreta de integración a la que apostaban. Y, de esa forma, luchar por mejoras en las condiciones de trabajo, por aumento salarial o por la organización del proletariado era una forma de contribuir, al mismo tiempo, a la mejora de las condiciones materiales y a la valorización de la posición del grupo étnico en la sociedad.

Traducción: Irene Cosoy

Notas

¹ Este texto es resultado de proyectos de investigación que contaron con la recolección de datos realizada por alumnos becarios de la FPERGS y del CNPq. Una primera versión de este artículo fue discutida y criticada por los colegas del GT-RS de la Asociación Nacional de Historia (ANPUH), "Mundos del trabajo".

- ² Alain Touraine, La production de la société, París, Seuil, 1973, p. 362.
- ³ Véase Adam Przeworski, Capitalismo e social democracia, São Paulo, Cia. das Letras, 1989.
- ⁴ Benjamin Arditi, "Argumentos para um socialismo pós-marxista", texto presentado en el VII Seminario de Estudios Latinoamericanos "Relaciones sociales en América Latina. Estructura y acción", Porto Alegre, 23-25 de agosto 1988, CLACSCO/PPG Sociologia, UFRGS.
- ⁵ Véase William Sewell Jr., Work & Revolution in Francia. The Language of Labor from de Old Regime to 1844, Cambridge University Press, 1980.
- ⁶ Véase Emília Viotti Costa, "Introdução ao estudo da emancipação política", en C. Mota (org.), *Brasil em perspectiva*. São Paulo, Difel, pp. 67-68. En tiempos de la colonia, el blanco que trabajaba en oficios manuales se arriesgaba al ser rebajado socialmente, perdiendo la posibilidad, para sí y sus descendientes, de candidatearse a cargos superiores. La contradicción entre una sociedad de privilegios según origen nacional, condición jurídica, color de piel y ejercicio profesional, formando varios grados sucesivos de exclusión social, y las ideas de igualdad, es bien visualizada en Ubiratan Araújo, "A política dos homens de cor no tempo da independência", *Clio*, N° 19, 2001, Recife, UFPE, pp. 7-28.
- 7 Véase Beatriz Loner, "Trabalhadores e cidadania: a recusa à segregação", *História, debates e tendências*, vol. 4, N° 1, UPF, julio de 2003, pp. 55-64.
- ⁸ Esas libretas de trabajo servirían para controlar el comportamiento y el movimiento de los empleados domésticos. Era obligatorio exigirlas en el momento de la contratación y los datos contenidos en ellas debían estar supervisados por la policía.
 - ⁹ O Bisturi, 9 de enero 1890. La ley del 13 de mayo abolía la esclavitud en Brasil.
- ¹⁰ Véase al respecto Tânia Regina De Luca, O sonho do futuro assegurado, São Paulo, Contexto, 1990, y Adhemar Lourenço da Silva Jr., "Sociedades de socorros mútuos: estratégias privadas e públicas, no estado do Rio Grande do Sul (1845-1940)", tesis de doctorado en Historia, PUCRS, 2004.
- ¹¹ El tema étnico aquí está englobando grupos diferenciados por el color y/o la nacionalidad, pues se entiende que estas asociaciones, al elegir como criterio de filiación la pertenencia a un determinado Estado nacional, terminaban estimulando la diferenciación de sus miembros con relación a los demás grupos.
- 12 Véase Eric Hobsbawm, *Mundos do trabalho*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1987, cap. 7, "Sapateiros politizados", en coautoria con Joan W. Scott.
- 13 Véase Cláudio Batalla, "Sociedades de trabalhadores no Rio de Janeiro", *Cadernos AEL*, vol. 6. N° 10-11. 1999.
- ¹⁴ Había también hermandades católicas, como la del Rosario, en dos ciudades, formadas por población negra y que mantenían un carácter asistencial o de asociación.
 - ¹⁵ Estatuto de la Sociedad Cooperativa Hijos del Trabajo de Río Grande, 1890.
- ¹⁶ Véase Adhemar Silva Jr., "Etnia e classe no mutualismo do Rio Grande do Sul (1854-1889)", *Estudos Ibero-Americanos*, vol. 25, N° 2, pp. 147-174, 1999.
- ¹⁷ Véase George Reid Andrews, Negros e brancos em São Paulo (1888-1988), Baurú, Edusc, 1998.

- ¹⁸ También el estatuto de las Sociedades Italianas Reunidas, de 1902, impide la filiación o permanencia de "viciados de bebidas" en la asociación.
- ¹⁹ El estatuto de la Sociedad Italiana Unión y Filantropía de 1877, sin embargo, consigna una cuantía aun mayor, 80 mil reales, pero parte de ella puede servir para proveer a necesidades de la familia del socio.
- ²⁰ Para Pelotas y Río Grande véase Beatriz Loner, Construção de classe; operários de Pelotas e Rio Grande, Pelotas, UFPel, 2001. Para Puerto Alegre existe una disertación de maestría en Liane Müller, "As contas do meu rosário são balas de artilharia. Irmandade, jornal e sociedades negras em Porto Alegre, 1888-1920", PUCRS, 1999.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com(ar

Esclavitud en blanco y negro: elementos para una historia del trabajo sexual femenino en Buenos Aires y en Río de Janeiro a fines del siglo XIX*

Cristiana Schettini Pereira**



Intre los siglos XIX y XX los temas de la prostitución y de la esclavitud han ido de la mano. Los historiadores de la prostitución siempre estuvieron atentos a las metáforas de la esclavitud en distintos discursos que, a partir de la mitad del siglo XIX, buscaban denunciar la violencia en la creciente movilidad internacional de prostitutas europeas. Por aquella época, las prostitutas eran referidas como "esclavas blancas" y su movilidad como "tráfico de blancas", con el fin de resaltar el carácter for-

zado de tales desplazamientos. Aun antes, en la Inglaterra de los años 1830, la expresión "esclavitud blanca" hacía referencia tanto a la explotación de mujeres en el trabajo fabril como a la explotación en la prostitución de jóvenes judías por hombres también judíos. En el Río de Janeiro de los años 1840, cuando los médicos empezaron a dedicarse al estudio de la prostitución como un "hecho social", la esclavitud era una referencia obligatoria, y no sólo como metáfora de degradación moral: la mayoría de prostitutas en la corte imperial brasileña era de esclavas negras. Sólo a fines de siglo ellas empezaron a compartir el centro de la ciudad con una mayor cantidad de prostitutas europeas. ²

A partir de la década de 1870 el uso de metáforas de la esclavitud para referirse a la prostitución forzada de europeas se generalizó en muchos países, simultáneamente al desplazamiento de trabajadores europeos hacia el continente americano. Si bien los movimientos obreros siguieron empleando metáforas de esclavitud y prostitución para denunciar la explotación abusiva en el trabajo fabril, la expresión "esclavitud blanca" terminó siendo predominantemente asociada a la prostitución de mujeres europeas en otros continentes. Mujeres europeas e historias de "tráfico de blancas" desembarcaron en distintas partes del mundo a fines del siglo XIX, y en cada lugar alcanzaron una dimensión política y significados particulares, de acuerdo con las historias de las relaciones de trabajo, las configuraciones de género y las prácticas locales de comercio sexual.

En contrapartida a la circulación internacional de mujeres e historias de tráfico, muchos países de los continentes europeo y americano empezaron a articular lo que recientemente una historiadora denominó el "tráfico internacional de políticas para la prostitución". En ese otro "tráfico", distintos proyectos y prácticas de reglamentación de la prostitución por

^{*} Agradezco los comentarios de Fabiane Popinigis, Henrique Espada, Magdalena Candioti y Valeia Pita.

^{*} Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de San Martín.

parte del Estado fueron debatidos y adoptados en el marco de relaciones internacionales desiguales. La principal cuestión discutida en ese tráfico de políticas era hasta qué punto y en qué términos los poderes públicos nacionales y municipales deberían o podrían intervenir en ámbitos domésticos y privados para regular relaciones sexuales y distintas formas de trabajo doméstico.

En ese marco, no era casual que el vocabulario empleado para describir las dinámicas internacionales de la prostitución -esclavitud blanca, tráfico de blancas, posturas abolicionistas- fuese el mismo que el que utilizaron los movimientos contra la esclavitud africana en Occidente a lo largo del siglo XIX. A la par de evidenciar las dimensiones de violencia, inmoralidad v coerción que caracterizarían tanto a la esclavitud negra como a la blanca, ese vocabulario legitimaba moralmente la intervención política de ciertos grupos a favor de las víctimas, los esclavizados. Además, estaba sembrado de significativas connotaciones raciales v de género. La referencia a las mujeres europeas que se dedicaban a la prostitución en otros continentes como "esclavas blancas" las encasillaba como víctimas pasivas e indefensas, predisponiendo a una interpretación de cualquier desplazamiento u otra acción de esas mujeres siempre en términos de coerción.⁵ Para eso recurría a la oposición irreductible e irreconciliable entre esclavitud y libertad, que ganaba aires de algo natural y autoevidente en medio de las luchas abolicionistas del siglo XIX. Mientras que por un lado esa operación legitimaba la actuación política de ciertas mujeres que hablaban públicamente en nombre de las víctimas, por otro justificaba ciertas modalidades de intervención del Estado en la regulación de relaciones sexuales con fines profilácticos y moralizadores.⁶ La metáfora de la esclavitud, así, confería un sentido de atraso y violencia a ciertas prácticas de prostitución, a las que se oponía una intervención de grupos organizados y de los poderes públicos, construida como civilizada y moderna.

Otra consecuencia de la fuerte asociación entre la movilidad internacional de mujeres europeas y la prostitución forzada, enunciada a través de la expresión "esclavitud blanca", fue el encubrimiento de otras prácticas de prostitución que involucraban a mujeres no europeas. La variada y compleja experiencia internacional de prostitutas en el período terminaba restringida a una única modalidad de violencia y coerción: aquella ejercida por el proxeneta. En este artículo, enfoco los debates locales sobre las políticas para la prostitución en Buenos Aires y en Río de Janeiro, y algunos arreglos de trabajo sexual que involucraban a mujeres nativas. Las fuentes judiciales revelan que prostitutas argentinas y brasileñas enfrentaban prácticas de coerción y violencia muy diferentes de las que afectaban a mujeres europeas. En ese sentido, argumento que los arreglos locales de trabajo sexual son tan cruciales para la comprensión de los significados de las historias de tráfico de mujeres y los debates sobre el control de la prostitución en Buenos Aires y Río de Janeiro como lo es reconocer la dimensión internacional de esas historias.

Muchos autores han defendido la pertinencia del tema de la prostitución para interrogar sobre la participación del género en el trabajo y para investigar el trabajo doméstico e infantil, las relaciones entre trabajo remunerado y no remunerado, las tensiones entre público y privado, y finalmente entre trabajo forzado y trabajo libre. Siguiendo sus sugerencias, encontramos que los debates y las experiencias de prostitución en Buenos Aires y Río de Janeiro nos permiten plantear preguntas más efectivas respecto de las percepciones

contemporáneas sobre trabajo libre y mecanismos de coacción al trabajo. La confrontación entre ambos casos amplía la posibilidad de complejizar ciertas dicotomías que aparentan ser inmóviles y excluyentes, tales como prácticas antiguas y modernas o trabajo esclavo y libre. Los significados del vocabulario de la esclavitud blanca en Río y Buenos Aires son sugestivos de cómo ciertos problemas novedosos (como la circulación internacional masiva de mujeres europeas) podían ser entendidos por los contemporáneos en claves nada novedosas (como a través de las historias de coerción y victimización y metáforas de trabajo esclavo).

El artículo está dividido en dos partes. En la primera, examino brevemente algunos momentos de los debates sobre la reglamentación de la prostitución en Buenos Aires y en Río de Janeiro en el siglo XIX. En ambas ciudades, la intervención reguladora del Estado sobre relaciones domésticas y privadas era vista con desconfianza y resistencia. Sin embargo, las políticas públicas sobre la prostitución tomaron caminos muy distintos. En Río de Janeiro, la crisis del trabajo esclavo en las últimas décadas del siglo XIX fue un factor crucial que impidió la reglamentación de la prostitución, lo que les confirió significados específicos a los debates reglamentaristas. Mientras tanto, en Buenos Aires, el eje de la discusión de la reglamentación involucraba una defensa menos contestada, ora como una medida "moderna" y europea, ora como una medida calcada en el carácter latino y pasional de los argentinos, lo que justificaría su perfil autoritario.

Algunas modalidades de trabajo sexual vigentes en las dos ciudades a fines del siglo XIX son brevemente discutidas en la segunda parte. Mientras médicos y hombres de la ley discutían la reglamentación de la prostitución como medida profiláctica y moralizante y empezaban a preocuparse por el tráfico de mujeres blancas, la mayor parte de las prostitutas que se exponían en las ventanas de las calles centrales de Río eran esclavas negras, y en Buenos Aires una cantidad de niñas eran conchabadas por sus padres en casas de prostitutas. No son necesariamente las experiencias más típicas ni ilustrativas del trabajo sexual, pero iluminan un aspecto de la prostitución poco estudiado en ambas ciudades: el que involucra a mujeres nacionales, niñas, esclavas y negras. Sus vidas dimensionan la coerción y los márgenes de libertad posibles en las prácticas de trabajo sexual del período. En las décadas siguientes, esas experiencias contribuirán a moldear los significados sociales de la inmigración de mujeres europeas.

Peculiaridades sudamericanas

Hasta bien entrado en siglo XX, Buenos Aires poseyó una indeseada fama internacional como uno de los principales centros mundiales del tráfico de mujeres europeas. La mala fama también alcanzaba a Río de Janeiro, fuese como una escala de los traficantes o como un punto de llegada alternativo. Sin embargo, la reputación de Buenos Aires siempre sobrepasó a la de Río en distintos ámbitos internacionales. Lejos de poder ser atribuida simplemente a características geográficas (por la ubicación de Río a medio camino entre Buenos Aires y Europa), la consolidación de esas reputaciones internacionales diferenciadas se debió principalmente a las políticas públicas de control del comercio sexual adoptadas en cada ciudad. En Buenos Aires, sucesivas ordenanzas municipales que reglamentaban el ejer-

cicio de la prostitución pública fueron aprobadas a partir de 1875, basadas en argumentos higiénicos y morales. Como otros países que implementaron reglamentaciones inspiradas en el llamado "sistema francés", la municipalidad porteña creó un status legal diferenciado para las prostitutas públicas, definiendo reglas para su circulación en el espacio público, así como horarios y condiciones de trabajo y vivienda. En cambio, en la corte imperial brasileña, aunque el tema de la reglamentación municipal de la prostitución llegó a ser objeto de discusión entre los ministros del Consejo de Estado, nunca hubo consenso acerca de la pertinencia de su aplicación.

En la Argentina y en Brasil, médicos, abogados y políticos se dividían entre posturas "reglamentaristas" y "abolicionistas". Sin embargo, los debates respecto de las políticas públicas sobre la prostitución estaban lejos de reducirse a dos posturas antagónicas en ese período. Tanto el debate internacional como las políticas puestas en práctica en distintas ciudades comprendían una extensa gama de formas e intensidades de la intervención estatal sobre el comercio sexual. En un momento en el que los discursos higienistas se configuraban como ideologías, justificando la intervención pública, científica y técnica en relaciones privadas y domésticas, a nadie se le ocurría dejar el comercio sexual a salvo de tal tendencia. Pero no había consenso sobre la intensidad o los límites de la intervención. El debate internacional se concentró sobre todo en el sistema francés, que preveía la reclusión de las prostitutas en las "casas de tolerancia" y exámenes médicos periódicos compulsivos, además de la internación forzada de las enfermas venéreas. Los que cuestionaban ese sistema, tanto en el continente americano como en el europeo, defendían medidas de salud pública y de moralización social, pero no aceptaban el autoritarismo de medidas que no reconocían derechos individuales a las prostitutas, y cuestionaban, además, la eficacia de ese esfuerzo de aislamiento social como medida profiláctica contra la sífilis.

En Inglaterra, en particular, una breve tentativa de reglamentar la prostitución en ciudades portuarias provocó un fuerte rechazo social, no sólo sobre la base de argumentos liberales sino también a partir de un pensamiento puritano que cuestionaba la doble moral sexual, sostén de la idea de la prostitución como un "mal necesario". ¹⁰ Aunque en las ciudades inglesas las medidas reglamentaristas terminaron derogadas, ellas siguieron siendo implementadas en las colonias y fueron referencia para otros países, como Estados Unidos. ¹¹ Sin embargo, la fuerte militancia abolicionista en la isla, combinada con la actuación de otros grupos reformistas europeos y organizaciones filantrópicas judías, llevó a la construcción de un consenso internacional acerca de la relación entre reglamentación de la prostitución y tráfico de mujeres. ¹² La idea de que los países reglamentaristas, al adoptar medidas consideradas autoritarias y atrasadas, se transformaban en locales de tráfico ganó tal fuerza que, a comienzos del siglo XX, la mayor parte de la movilidad internacional de mujeres europeas que viajaban solas para América del Sur tendía a ser interpretada como una movilidad forzada: como tráfico, no como inmigración.

Esa asociación entre reglamentación y tráfico nos ayuda a entender la extensión de la fama internacional de Buenos Aires con relación al tráfico de mujeres, pero seguimos sin saber por qué Buenos Aires tuvo ordenanzas municipales que reglamentaban el comercio sexual y Río no las tuvo. La resistencia carioca a adoptar ordenanzas reglamentaristas fue ampliamente atribuida a la idiosincrasia del emperador Don Pedro II, cuyas convicciones li-

berales y abolicionistas frenaron los proyectos reglamentaristas de los médicos entusiastas de la experiencia francesa. Más allá de la dimensión anecdótica, esa explicación remite a una diferencia del status político de las dos ciudades: mientras Buenos Aires gozaba de mucha más autonomía y fuerza política local, Río de Janeiro estaba sometido al fuerte poder imperial centralizado. En la sede del Imperio brasileño, las propuestas reglamentaristas, aun siendo municipales, dependían de la aprobación del emperador y su Consejo de Estado. Lesa diferencia es fundamental para la comprensión de las medidas de control de la prostitución efectivamente implementadas en cada ciudad, así como el peso de la presencia de los médicos higienistas en las municipalidades locales. Aunque la higiene ganó foros de ideología en las dos ciudades, las condiciones políticas de implementación en cada lado llevaron tiempos y procesos diferenciados. En las dos ciudados.

Asimismo, la ausencia de reglamentación en Río de Janeiro significó que las medidas públicas de control y vigilancia sobre las prostitutas fueron más un asunto de la policía y de la Justicia que de los médicos y de la municipalidad. Es así como, a comienzos del siglo XX, un abogado abolicionista brasileño criticaba el peculiar "sistema brasileño". Como el tema de la prostitución estaba en manos de la policía, que tendría una visión "achicada" del problema, el autor lamentaba no poder definir el sistema brasileño como reglamentarista y tampoco como abolicionista. Lo que el abogado denunciaba como una falta de política era, en realidad, una cierta política que surgió de múltiples conflictos entre autoridades policiales, prostitutas y autoridades judiciales, y que se caracterizó por cambiantes reglas no escritas y por negociaciones locales y puntuales. Su implementación, a lo largo de las primeras décadas republicanas, terminó provocando la concentración de prostitutas notorias



en calles cercanas al centro de la ciudad, de manera no tan distinta a la que predominó en ciudades latinoamericanas que adoptaron sistemas reglamentaristas.¹⁸

En cambio, el reglamento porteño de 1875 combinaba argumentos de orden higiénico -para proteger la salud del consumidor y garantizar el porvenir de la nación argentina frente a la amenaza de la sífilis- con argumentos relativos al orden moral en la ciudad, más familiares a los contemporáneos. Así, a la vez que disponía exámenes médicos obligatorios a las prostitutas inscriptas, también definía los horarios de su circulación por las calles, la disposición externa de las casas de prostitución v la ubicación de las casas con relación a templos, teatros y establecimientos educativos. Desde luego, los controles previstos sugerían su escasa posibilidad de implementación. Como resaltó Guy, las sospechosas de ser prostitutas clandestinas debían pagar una multa a la municipalidad, pero no eran obligadas a inscribirse; las que se inscribían tenían que someterse a los exámenes médicos regulares, pagar impuestos, además de ser tratadas como "reclusas de medio tiempo". ¹⁹ Más que pretender moralizar e higienizar la ciudad y la nación, el reglamento creaba un mecanismo de transferir el dinero ganado por el trabajo de las prostitutas a los cofres municipales. De hecho, ése fue uno de los principales ejes de los conflictos entre las autoridades municipales, las policiales, las dueñas de casas de prostitución y las prostitutas mismas. ²⁰

A la vez que participaba de los debates internacionales acerca de las políticas sobre la prostitución, la ordenanza porteña de 1875 también era parte de los debates públicos sobre diversas prácticas de coerción laboral en la Argentina. La obligatoriedad de una tarjeta de identidad para las prostitutas no dejaba duda sobre la dimensión de la ordenanza en tanto una manera de regular el trabajo sexual femenino. El requerimiento de tal documento reflejaba los recurrentes esfuerzos estatales, a lo largo del siglo XIX, para controlar la circulación de hombres y mujeres locales. Durante los primeros años de vigencia de la ordenanza, una cantidad de mecanismos coactivos estaban siendo implementados y también ampliamente cuestionados. Así, ciertas medidas eran más socialmente aceptadas, a pesar de ser consideradas autoritarias y violentas, como la oficialización de un status aparte para las prostitutas, mientras que otras eran más cuestionadas, como la edad mínima para su inscripción y el respaldo del Estado a ciertas prácticas de explotación de su trabajo.

El debate sobre la coacción laboral está presente en el principal supuesto del texto de la ordenanza de 1875: la prostituta que se inscribe sería una persona libre, mayor de edad, autónoma, que decide, espontáneamente, ponerse bajo el dominio de las leyes municipales. Por eso, la ordenanza disponía que, a fin de ser registradas, las mujeres deberían "ser mayores de dieciocho años, a no ser que se pruebe que antes de esa edad se hayan entregado a la prostitución". Mayores de edad o no, lo fundamental era que las mujeres inscriptas hubiesen desistido, por su libre voluntad, de su honestidad y, por lo tanto, de la protección del Estado. La necesidad de tal ficción legal para legitimar la reglamentación sugiere los límites de la aceptación social de ciertas prácticas coercitivas.

En una de las muchas propuestas de reforma de la reglamentación, eso se torna evidente. Pasada casi una década de la primera ordenanza, en 1887, a un médico entusiasmado con las ideas del neorreglamentarista francés Alfred Fournier le pareció importante explicitar en su propuesta de reforma: "Ninguna mujer puede permanecer en contra de su voluntad en una casa de prostitución y le bastará indicarlo así al inspector que visite la casa para que sea atendida en su pedido por la policía". Además de sugerir las crecientes críticas que llovían sobre los reglamentaristas, su texto insinúa una creciente dificultad social en aceptar prácticas de coacción sobre las prostitutas. Por eso, ese autor consideró necesario perfeccionar la ficción original.

Empero, era difícil encontrar voces en Buenos Aires que se alzaran contra las medidas reglamentaristas. La mayoría de los médicos y juristas argentinos parecía considerar aceptable, y hasta inevitable, una cierta dosis de coacción en la reglamentación de países latinos. El propio médico que propuso una reforma en 1887 resaltaba la conveniencia de bus-

car en los ejemplos europeos un modelo adecuado a "nuestras costumbres y legislación". ²³ Por más que la Argentina estuviera en el camino de la civilización, a ciertas "costumbres" locales no se las podía obviar. La práctica de "vender y rifar" jóvenes mujeres, que en los años siguientes sería denunciada como una característica de los traficantes extranjeros de prostitutas, en 1887 era definida como una práctica "eminentemente criolla". ²⁴ La venta de mujeres era asociada, ante todo, a la persistencia de formas no asalariadas y no contractuales de trabajo que caracterizaron distintas modalidades de servicio doméstico a lo largo del siglo XIX. ²⁵ Frente a la persistencia social de tales prácticas de coacción, especialmente en el ámbito del trabajo doméstico, cierto autoritarismo estatal hasta era recomendable. "Nuestras costumbres y legislación" no terminaban heridas con la violencia que la reglamentación conllevaba.

Ese razonamiento era tan fuerte que afectaba incluso el pensamiento de los abolicionistas. Algunas décadas después un joven abogado, convencido de que el régimen de las casas de tolerancia tenía sus días contados, ponderaba lo difícil que le parecía que "se llegaran por ahora a aceptar" las ideas abolicionistas en la Argentina. Para él y muchos de sus contemporáneos, a comienzos del siglo XX había una verdadera cultura reglamentarista arraigada entre los porteños.²⁶ En 1907, otro abolicionista opinaba cautelosamente a favor de la manutención de la reglamentación, que definía como un sistema "compenetrado con la costumbre y con la tradición, que se armoniza con la índole de nuestro pueblo, con el grado de cultura en que nos encontramos, y hasta con las condiciones étnicas u psíquicas de la propia raza, en sus derivaciones de índole moral". ²⁷ Por más que las críticas médicas y morales a la reglamentación fueran aceptadas, por más que se reconociera su dimensión de coacción y violencia, había una gran dificultad entre doctores y otros hombres ilustrados argentinos en reemplazar un sistema afinado a las "costumbres y tradiciones" por los resultados de "lejanos congresos científicos". 28 Aunque el tráfico de mujeres fuera considerado un "cáncer de la civilización" y un síntoma de la modernidad, era en el pasado y en la tradición donde esos autores se apoyaban para defender la reglamentación del comercio sexual.²⁹

Entre las peculiaridades argentinas que justificarían la reglamentación estatal del comercio sexual estaba también la tradición legal que no reconocía el delito de proxenetismo, sea como inducción de una mujer a la prostitución o como la obtención de lucros con la prostitución ajena. En la tradición legal latina de la cual la Argentina era parte, el delito de proxenetismo fue, por mucho tiempo, parte del delito de "corrupción de menores". En otras palabras, la Justicia sólo intervenía en la explotación del trabajo de una prostituta cuando se trataba de una mujer considerada legalmente incapaz (como las menores de edad), lo que estaba totalmente acorde con la mencionada ficción reglamentarista de que la prostituta que se inscribe lo hace por su libre voluntad. Era atribución del Estado la protección de las mujeres que todavía no estaban "perdidas", mientras que las otras deberían ser controladas para protección de la sociedad. Sólo en 1913 los legisladores argentinos debatieron la "Ley Palacios", que preveía "la represión de la corrupción de mujeres". Por primera vez se reconocía que no sólo las menores de edad e incapaces sino cualquier mujer podría ser "corrompida" con "violencia, amenazas, abuso de autoridad o cualquier otro modo de intimación". ³⁰ La dificultad en admitir oficialmente la coacción sobre una mujer mayor de edad

contrastaba con la creciente circulación de un vocabulario que se refería a las experiencias de prostitución femenina a través de metáforas de esclavitud. Asimismo, también contrastaba con una variedad de mecanismos de coacción del trabajo sexual comunes en Buenos Aires de fines del siglo XIX.

La situación era muy distinta en Río de Janeiro. En un país donde, hasta 1888, la mavor parte del trabajo era realizado por esclavos, admitir que una mujer mayor de edad podría ser coaccionada al trabajo sexual no era difícil. En las tesis médicas sobre el comercio sexual carioca que empezaron a surgir a mediados del siglo XIX, la prostitución fue asociada, de distintas maneras, a la esclavitud. La mayor parte de los jóvenes autores de esas tesis defendía algún tipo de reglamentación y consideraba, de modo similar a sus pares porteños, que las prostitutas, esclavas o libres, eran amenazas sociales. Sin embargo, cuando miramos fuera de los claustros de la Facultad de Medicina, lo que se nota -especialmente cuando se evoca, por contraste, el caso porteño- es la ausencia de la implementación de los proyectos elaborados por esos doctores, hasta bien entrado el siglo XX. Para comprender los sentidos de esa ausencia, dos momentos de la década de 1870 son útiles: la campaña por la libertad de esclavas prostitutas, en 1871, y la discusión de un proyecto de reglamentación municipal de la prostitución por el Consejo de Estado, en 1877. Ambas ocasiones sugieren los límites de la repercusión del pensamiento de los jóvenes médicos en la sociedad brasileña y a la vez marcan el proceso por el cual la prostitución se transformó en objeto de políticas estatales.³¹

La cuestión de las esclavas prostitutas en 1871 fue empleada por dos historiadores para interpretar los debates políticos sobre el futuro de las relaciones de trabajo en Brasil. 32 En septiembre de aquel año, la Ley del Vientre Libre fue aprobada luego de duros debates parlamentarios. La ley se tornó famosa por libertar a los hijos de esclavas nacidos a partir de aquella fecha. Pero su otro aspecto crucial, como mostró Sidney Chalhoub, fue el reconocimiento formal del derecho de los esclavos al peculio y a comprar su propia libertad a sus señores. Aunque esa práctica ya era común (y los señores no tenían el hábito de negarse a ello), 33 el reconocimiento de tal derecho en la ley significaba la admisión de que la libertad prescindía de la voluntad señorial para realizarse. En ese sentido, la Ley del Vientre Libre fue un fuerte golpe en las bases del orden señorial. Asimismo, también puede ser entendida como un esfuerzo por parte de la clase señorial para mantener su control y autoridad sobre la crisis de las relaciones laborales en curso, sobre todo al garantizar la prestación de servicios por parte de ex esclavos, fuese a título de indemnización (en el caso de los niños libertos), fuese para pagar la deuda contraída en la compra de su libertad. 34

La iniciativa de un comisario de la zona central de la ciudad, que en 1870 concentraba la prostitución visible, se inscribe en ese debate. Con una lista de las esclavas que ejercían la prostitución en su distrito, el comisario Miguel Tavares inició alrededor de doscientas acciones de libertad, sobre la base del principio del derecho romano que disponía que forzar esclavas a la prostitución justificaba la pérdida de la propiedad. En su informe al jefe de Policía, Tavares describía con minucias "la triste situación" de la esclava forzada a la prostitución. Esas mujeres "prostituyen su corazón y el sentimiento más íntimo y puro, el del recato y el pudor, a que tiene derecho toda mujer, aunque sea esclava—". ". La intervención de la autoridad pública en una relación hasta entonces considerada privada y doméstica entre

el señor y su esclava era justificada cuando tal relación, por su inmoralidad, iba en contra de la propia naturaleza femenina. Lo que las acciones de libertad de 1870 indican, sin embargo, es que lejos de generar unanimidad, tal intervención era una verdadera arena de disputas, como se nota por la dificultad en encontrar abogados para las esclavas y por las sentencias favorables que algunos señores obtuvieron. El propio Tavares no era un abolicionista sino que buscaba "moralizar" la sociedad, en el sentido de preservar su autoridad moral. Asimismo, es significativo que sus acciones no hayan sido dirigidas a las prostitutas mismas —de acuerdo con las indicaciones médicas de reglamentación— sino a los señores de esclavas que no se portaban como deberían. En realidad, esos "señores" eran mujeres nacionales y portuguesas sin muchos recursos, lo que Graham llama el "eslabón débil" del poder señorial. Ellas podían ser punidas sin que eso fuera visto como una gran amenaza al orden social ³⁶

Fue en esas circunstancias cuando la prostitución se volvió un tema de la incumbencia del Estado en Brasil: en medio de los debates sobre el poder señorial y sobre el futuro de las relaciones de trabajo. Por un lado, como veremos en el próximo apartado, eso favoreció que las esclavas prostitutas recurrieran a la policía y a los tribunales en busca de protección contra abusos y, especialmente, de libertad. Por otro lado, esa situación llevó al fortalecimiento de la asociación entre esclavitud y prostitución, tornando cada vez más impensable que el Estado asumiera el rol de "señor" de las prostitutas, reglamentando su trabajo. La reticencia y la cautela que caracterizaron todos los debates del período sobre la prostitución –las mismas reticencia y cautela de los interminables debates públicos sobre el fin del trabajo esclavo en Brasil– se vuelven más comprensibles.³⁷

Ello se hace aun más visible cuando, pasados seis años de la campaña de las esclavas prostitutas y dos años después que Buenos Aires aprobó la primera ordenanza reglamentando el comercio sexual, la Cámara Municipal de Río de Janeiro votó un proyecto de reglamentación de las "casas de tolerancia". Considerado un tema "de los más delicados que se ha presentado al Gobierno Imperial" por el funcionario de la Secretaría de Estado de los Negocios del Imperio, la reglamentación de la prostitución fue cautelosamente rechazada por los funcionarios llamados a dar su opinión en el ámbito del Consejo de Estado. 38 A semejanza de la ordenanza porteña, en ese proyecto también se establecían exámenes obligatorios para las "mujeres públicas inscriptas", se disponían horarios y condiciones de su exposición pública y se responsabilizaba a las "directoras de tales casas" por las multas en caso de infracciones. A diferencia de la ordenanza porteña, delegaba en la policía la facultad de reglamentar la implementación del registro de mujeres públicas, extendiendo las obligaciones de las inscriptas "a cualquier otra casa en que haya mujer pública", inscripta o no. Además, dedicaba un artículo a prohibir a los señores "consentir" que sus esclavas vivieran de la prostitución, lo que sugiere que la campaña de 1871 no resultó en un cambio significativo en la realidad carioca.

Presentaron su opinión la Secretaria de Estado de Negocios del Imperio, las secciones reunidas de los Negocios del Imperio y Justicia del Consejo de Estado, y el barón do Lavradio, que además de consejero también era presidente de la Junta Central de Higiene. Todos fueron favorables al rechazo de las posturas que "reconocen y reglamentan las casas de tolerancia", acordando en que la figura de las casas de tolerancia, "escuelas de desmoraliza-

ción y del crimen", no debería ser reglamentada sino combatida.³⁹ Eso no significaba que los autores se opusieran a la prostitución; al contrario, como ocurría en Buenos Aires, todos la consideraban necesaria. Lo que rechazaban era la versión francesa de la reglamentación, el sistema de las "casas de tolerancia" en las que muchas mujeres vivían bajo la vigilancia de una regenta y del Estado. En su lugar, fueron sugeridas medidas como la de no aceptar casas de prostitución en que hubiera más de dos mujeres, "para que no se configurara que una vive de la otra". 40 Un funcionario llegó a apoyarse en el ejemplo del reglamento belga, una de las inspiraciones de la ordenanza porteña, para proponer que las casas de prostitución se concentrasen fuera del centro de la ciudad y lejos de establecimientos religiosos y de educación. Recurría también a la corta experiencia reglamentarista inglesa para defender la obligatoriedad del examen médico de prostitutas.⁴¹ Esa mención de ejemplos reglamentaristas europeos en medio de una argumentación abolicionista sugiere que, en la práctica, las posiciones no eran tan polarizadas. Nadie cuestionaba la necesidad de intervención del Estado sino su forma y extensión. El eje del debate era hasta dónde el Estado podría ir sin invadir relaciones sociales de ámbito privado, especialmente las que estaban bajo un fuerte debate en el mismo momento, como aquella entre señores y esclavas.

El barón do Lavradio seguía el mismo tono al oponerse a la existencia de las "casas de tolerancia". Sin embargo, consideraba necesario un "reglamento policial severo" que dispusiera sobre la ubicación de las casas y la exposición de las prostitutas. 42 Pero las "secciones reunidas" expresaron la crítica más dura a la reglamentación y sus efectos en los países europeos. Las secciones cuestionaron la eficacia de los exámenes médicos obligatorios para combatir la sífilis, así como la inscripción de las prostitutas públicas como medio de combatir la explotación de los proxenetas. Reforzando la asociación entre reglamentación v tráfico, afirmaron que en los países que adoptaban el sistema reglamentarista se especulaba con jóvenes honestas "como se especula con mercancías". 43 En medio de la intensificación de los debates sobre el fin de la esclavitud, la intervención estatal para sancionar la explotación del trabajo sexual de una prostituta por terceros era considerada por todos los consultados como nada menos que escandalosa. Pero esa postura no implicaba rechazar la vigilancia moral sobre el comercio sexual. Es así como todos los consultados defendieron con vehemencia otras medidas de vigilancia, que iban desde ubicaciones específicas para las prostitutas en ciertos puntos de la ciudad hasta la ampliación de las atribuciones policiales para celar por la moralidad pública.

En suma, la precaución frente al "delicado" tema de la prostitución contrasta con la decisión y el consenso a la hora de condenar al sistema de las casas de tolerancia y la prostitución de esclavas. Sobre ese último tema, uno de los consultados llegó a afirmar que "si yo no temiera los abusos, exigiría más rigor sobre el asunto de la disposición, puniendo la tolerancia criminosa de los señores con la libertad de sus esclavas". 44 Pero el arrebato abolicionista de ese funcionario era contenido por su temor, y el de sus contemporáneos, frente a la inestabilidad social que percibían a su alrededor. En el mismo sentido, las secciones resaltaban lo difícil que sería someter a exámenes obligatorios a las prostitutas clandestinas. Por ser esclavas en su mayoría, y por vivir en el "lar de las familias", tales mujeres no podrían ser inscriptas e inspeccionadas "sin gran alarma y resistencia", ponderaban. 45 La precaución generalizada tenía que ver, por un lado, con el peligro que representaría la inter-

vención del Estado en el ámbito de las relaciones laborales domésticas. Por otro, evidencia-ba la reluctancia estatal en legitimar la explotación del trabajo sexual por terceros. En ese sentido, el comentario del abolicionista francés Louis Fiaux sobre la peculiaridad del caso brasileño gana resonancia. Al explicar que Brasil no reglamentaba la prostitución como otros países latinos, Fiaux mencionaba que el emperador Pedro II era personalmente contrario a "toda medida coercitiva en esa materia". ⁴⁶ La percepción de la reglamentación como una medida esencialmente coercitiva, más que moralizadora o higiénica, parece haber sido la interpretación predominante entre los funcionarios imperiales brasileños. En medio de tanta resistencia, el Consejo de Estado terminó por recomendar "dejar las cosas como estaban" hasta que el Poder Legislativo tomara alguna otra decisión.

Las peculiaridades sudamericanas de los debates sobre la reglamentación de la prostitución se vuelven más visibles a la luz de las relaciones de trabajo predominantes en cada ciudad. En Buenos Aires la reglamentación tenía simultáneamente una dimensión moderna, en la medida en que el Estado, siguiendo el ejemplo de las naciones europeas, empezaba a intervenir en las relaciones sociales del ámbito doméstico y una dimensión más "peculiar", en la medida en que el autoritarismo y la violencia que conllevaba tal intervención eran justificados con base en la "tradición y las costumbres" de los arreglos laborales argentinos. A su vez, la peculiaridad brasileña de la esclavitud y del espectro de relaciones sociales domésticas y privadas que ella había generado era uno de los principales factores que diferenciaba el caso carioca del caso porteño. En Río de Janeiro, la intervención estatal en el comercio sexual significaba necesariamente una intervención en un inestable orden social y en la jerarquía que ese orden implicaba. Argumentos de orden moral e higiénico estaban presentes en los dos casos y justificaban tomas de posición distintas. Asimismo, tanto en el caso porteño como en el carioca, los debates sobre la reglamentación de la prostitución iluminan un amplio espectro de relaciones sociales y arreglos de trabajo doméstico y sexual.

La vida de "recibir visitas"

Mientras las historias de tráfico de mujeres asociaban la coerción del trabajo sexual femenino con la experiencia de prostitutas europeas emigradas hacia el continente americano, había otro mundo que involucraba a jóvenes mujeres nativas en una amplia gama de arreglos de trabajo doméstico y sexual en las dos ciudades sudamericanas. Las maneras como esas experiencias de trabajo fueron registradas revelan el status legal de la prostitución en cada ciudad, a la vez que indican rasgos comunes de la acción judicial sobre la explotación sexual en ambos casos, en particular los límites de la intervención estatal en relaciones de poder domésticas. En Buenos Aires, la reglamentación convivía con una tradición legal en la cual el proxenetismo no era tratado como un delito separado sino como parte de la figura penal de "corrupción de menores". En cambio, en Río de Janeiro los hombres públicos se vieron obligados a discutir la explotación de las prostitutas, menores o mayores de edad, por terceros.

Por eso, aun antes de la aprobación del Código Penal argentino, los juicios que se refieren a la explotación de prostitutas en Buenos Aires eran caratulados como "admitir una

menor en su lupanar", "secuestro de menor" o "seducción", diferentes expresiones que confirmaban que lo que se consideraba delito no era la explotación sexual de cualquier mujer sino de menores de edad. En Río de Janeiro el Código Penal republicano, aprobado en 1890, consolidó otra manera de tratar la explotación del trabajo sexual de mujeres. Al no reglamentar la prostitución, las leyes brasileñas consideraban que cualquier mujer, mayor o menor de edad, "honesta" o prostituta, era pasible de ser sexualmente explotada. ⁴⁷ Aun antes de la aprobación del delito de "proxenetismo" en el Código Penal republicano, encontramos una variedad de situaciones en las que la inducción o la explotación del trabajo sexual femenino eran condenadas. Entre ellas están las acciones de libertad a favor de las prostitutas esclavas. Otro ejemplo son las prácticas administrativas de la policía de investigar y expulsar del país a extranjeros acusados de lucrar con la prostitución de mujeres, sea a través de alquileres considerados abusivos o de otras prácticas de crear dependencia con prostitutas. ⁴⁸

Las prácticas penales registradas en ambos países develan acuerdos y prácticas de trabajo sexual y doméstico que sorprenden por sus puntos en común: la poca diferenciación de la prostitución con relación a otros tipos de trabajo doméstico y la recurrencia de prácticas coercitivas semejantes sobre mujeres y niñas involucradas en el amplio espectro del trabajo doméstico. No obstante esos puntos en común, se destacan diferencias en lo que se refiere a las posibilidades de recurrir al Estado y a los mecanismos judiciales en situaciones conflictivas.

La intersección entre trabajo doméstico y prostitución aparece con recurrencia en los juicios de corrupción de menores en Buenos Aires, puesto que la mayoría de los casos que llevaban a una investigación judicial de "corrupción de menores" involucraban a niñas "conchabadas" por sus padres para realizar tareas domésticas en casas que, posteriormente, se descubría ser de prostitución. La práctica de conchabar hijas era una de las "costumbres" locales a que se referían los autores argentinos que discutían la reglamentación. Historiadores argentinos sugieren que el servicio doméstico, identificado socialmente con el trabajo esclavo y con relaciones paternalistas, fue considerado un ámbito de persistencia de prácticas de coacción laboral. ⁴⁹ En ese sentido, los juicios de corrupción de menores sugieren que, en la práctica, la prostitución podía ser parte de esas prácticas "tradicionales" de trabajo doméstico e infantil.

Es así como, ajenos a los debates que llevaron a la reglamentación municipal de la prostitución, los padres de las hermanas Luisa, de nueve o diez años, y Rosa, de ocho años, las "conchabaron" en la casa de la modista francesa Juana Auriau, en 1875. El arreglo, como tantos otros a lo largo del siglo XIX, era que las niñas quedarían en la casa de la francesa "en calidad de sirvientas", a cambio de "cien pesos mensuales de sueldo". Por aquel entonces, vender el trabajo doméstico de niñas a cambio de un sueldo para los padres era una práctica tan común que el propio defensor de menores operaba como un agente laboral, al promover el encuentro entre empleadores y empleadas. La situación de los padres de las niñas sólo se complicó cuando una de ellas le contó al defensor de menores haber sido obligada "a permanecer con un individuo en una pieza completamente solos, encerrándola y halagándola con ofertas de regalos y con un sueldo mayor del que gozaba si cedía a los propósitos deshonestos y criminales de aquel individuo". La modista Juana confirmó al

defensor de menores que una de las niñas estaba en su casa para "lavar y planchar la ropa y demás servicio de la casa y la otra para cuidar una chiquita". Que la niña mayor recibiera visitas era explicado como resultado de que la menor "se la rogó" a Juana.

Casos semejantes aparecen a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Así, va en 1891, la niña Josefina, de diez años, fue conchabada en casa de una pareja para realizar trabajos domésticos y "ayudar a sostener a su familia", para lo que su madre recibiría diez pesos mensuales.⁵² En los primeros días. Josefina explicó al defensor de menores que "la destinaron a lavar los platos". Pero pasados unos días la obligaron a arreglarse y "a recibir visitas" de hombres "que le hacían doler en los órganos genitales". Los clientes le pagaban diez pesos a los empleadores de Josefina por cada encuentro con la niña. La discusión judicial que caracterizó ese tipo de juicio se concentró en torno de quién debería asumir la responsabilidad moral sobre esas niñas: si los padres que las conchabaron, la empleadora que descuidó su vigilancia, o la Justicia, a fin de proteger su honestidad amenazada. Frente a una práctica tan socialmente aceptada como la de conchabar niñas en el servicio doméstico, las autoridades porteñas encontraban una gran dificultad para responsabilizar a sus padres de lo que les podía pasar en casa de sus empleadores. En el caso de las dos hermanas en 1875, esa dificultad es escandalosa. Examinada, cuestionada, revisada, Luisa, la niña mayor, terminó siendo ella misma objeto del escrutinio médico y judicial. El médico, el defensor de menores, la acusada y los padres discutieron largamente sobre la honestidad y la virtud de la niña, sospechada por ser "bastante inteligente", según el médico, y "bastante viva", de acuerdo con su empleadora. Mientras tanto, los dos acusados de violarla, descriptos por la niña como "un médico de barba rubia" y "el cónsul brasileño" (¡!) no fueron molestados ni siquiera para prestar declaraciones. Aunque el examen médico comprobara para todos los involucrados en el caso que la niña Luisa ya no era virgen, ni el propio agente fiscal consideró que existían elementos para condenar a la modista francesa.

Como ése, en ningún otro caso de los quince juicios de corrupción de menores identificados en ese período el Poder Judicial intervino para sacar a las niñas de la responsabilidad paterna. De hecho, en algunos de los casos, como en el de Josefina, eran los propios padres los que presentaban la queja, esperando que los mecanismos judiciales actuaran a su favor. Esa expectativa de que la acción judicial estaría del lado paterno tenía fundamentos. En 1868, por ejemplo, dos hermanas huérfanas huyeron de la casa de su madrina hacia un prostíbulo en Montevideo. Aun con sus declaraciones de los maltratos recibidos por la madrina, fueron devueltas a ella por orden judicial.⁵³ Así, también en Buenos Aires, ciertas relaciones de poder domésticas parecen haber quedado a salvo de la creciente intervención de los poderes públicos en las relaciones sociales.⁵⁴ Es verdad que la intervención estatal sobre el comercio sexual en Río de Janeiro tenía implicaciones más amenazadoras sobre el poder señorial. Pero ello se debía menos a las intenciones de las autoridades públicas con sus proyectos higiénicos y moralizadores que a los usos que los esclavos y sus aliados hacían del Estado. Los historiadores han mostrado que para las esclavas prostitutas, así como para muchos otros esclavos, las comisarías policiales y los tribunales eran instancias a recurrir ante la explotación y el abuso de sus señores.

Como ocurría con las niñas conchabadas en Buenos Aires, para las esclavas en Río la actividad de la prostitución se mezclaba con una variedad de servicios domésticos. En 1870,

la esclava bahiana Honorata, de diecinueve años, declaró a la policía que, siendo alquilada por su señora como lavandera o cocinera, a veces era obligada a ponerse en la ventana y a "recibir visitas". Pero al contrario de lo que sugieren los discursos indignados de los hombres de la ley sobre la prostitución de esclavas, Honorata no parecía ser pura y simplemente forzada a la prostitución por su señora. Sus quejas fueron tomadas como una acusación a su señora de explotación exagerada, como cuando se empleó en una casa donde debería "lavar y planchar durante el día y recibir visitas por la noche". Considerando inaceptable tal acumulación de trabajo, Honorata se rehusó a seguir en esa casa. La historiadora Sandra Graham observa, en la historia de esa joven bahiana, que la relación con su señora estaba marcada por un gran margen de autonomía. Una vez que le aportaba a la señora la suma diaria pactada, Honorata podía vivir como si fuera libre: tenía libertad de circulación y hasta llegó a vivir en compañía de un brasileño. Su señora no le proveía sustento material de ninguna naturaleza.

En el mismo año, la esclava Josefa, de diecinueve años, entró con una acción de libertad contra su señora, quien la compró "diciéndole destinar a servicio doméstico" y, al final, terminó obligada a ejercer la prostitución. ⁵⁶ La esclava Colombina, a su vez, era destinada por su señora a la venta de frutas en la calle. Su autonomía de circulación por la ciudad le permitió movilizar muchos testigos que confirmaron en los tribunales que ella efectivamente ejercía la prostitución, y ello la ayudó en su planteo por libertad. ⁵⁷ Esos casos sugieren que el servicio doméstico estaba vinculado a la prostitución de varias maneras en Río de Janeiro, y que ambos estaban asociados a la esclavitud. Los historiadores han mostrado cómo esas mujeres recurrieron a las autoridades públicas, con la acusación de prostitución forzada, para librarse de la autoridad privada de sus dueños y dueñas. Es probable que, además de permitirles encontrar aliados a su causa, la actividad de la prostitución les propiciara a esas jóvenes mujeres una mayor posibilidad de acumular peculio para comprar su propia libertad, como ya ocurría en las primeras décadas del siglo XIX. ⁵⁸

Aun después de la abolición de la esclavitud, en los primeros años del régimen republicano todavía se podían encontrar, en las mismas calles del centro de Río, jóvenes negras y bahianas expuestas en las ventanas y puertas de sus casas. Esas mujeres brasileñas siguieron recurriendo a las comisarías y tribunales para acusar, por ejemplo, a los dueños de sus casas que obtenían lucros con su trabajo al cobrar alquileres considerados exorbitantes por las habitaciones con ventanas a la calle. Pero a esa altura las ventanas eran cada vez más disputadas a las prostitutas blancas y extranjeras, que pasaban a ser vistas como las víctimas de otros señores irresponsables: los proxenetas.

La prostitución forzada de niñas en Buenos Aires y la de esclavas negras en Río de Janeiro guardan enormes diferencias entre sí, pero son sugestivas de cómo ambas sociedades vivieron y enfrentaron el tema de la coacción al trabajo sexual y doméstico. Al evidenciar los usos del vocabulario de la esclavitud y una variedad de prácticas coercitivas, anteriores a las historias de esclavas blancas, los debates y las experiencias de trabajo brevemente examinados en esas páginas son fundamentales para la comprensión del cuadro que encontramos a comienzos del siglo XX: mientras en Buenos Aires había una gran dificultad para aprobar leyes que penalizaran el tráfico de mujeres europeas, en Río encontramos jóvenes brasileñas y extranjeras denunciando a regentas y ex amantes en la policía con la esperan-

za de encontrar respaldo para conflictos sobre sus condiciones de trabajo. La prostitución de mujeres europeas y su visibilidad fue una novedad de gran significación política en las dos ciudades. Pero "el problema de la prostitución" no empezó con la presencia de esas mujeres. De hecho, es difícil entender los significados políticos de las historias de mujeres blancas traficadas, así como sus repercusiones locales, sino a la luz de esos antecedentes históricos que hacían del trabajo sexual y doméstico un gran problema político a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

Notas

- ¹ Véase Edward Bristow, *Prostitution and Prejudice: the Jewish Fight Against White Slavery,* 1870-1939, Oxford University Press, 1982, pp. 35-38.
- ² Me refiero a la disertación del doctor Lassance Cunha, considerada la primera sobre prostitución en Río de Janeiro, de 1845. Véase Herculano A. Lassance Cunha, Dissertação Sobre a Prostituição, em Particular na Cidade do Rio de Janeiro, Río de Janeiro, Tipografia de Paula Brito, 1845, citado em Luis Carlos Soares, Rameiras, Ilhoas e Polacas... A Prostituição no Rio de Janeiro do século XIX, São Paulo, Ática, 1992, pp. 19-21. Véase también Magali Engel, Meretrizes e doutores: Saber Médico e Prostituição na Cidade do Rio de Janeiro, 1845-1890, São Paulo, Brasiliense, 1990.
- ³ Véase Laura Briggs, Reproducing Empire: Race, Sex, Science and U.S. Imperialism in Puerto Rico, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 2002, pp. 21-41.
- ⁴ Ése fue el caso de las feministas inglesas, que se organizaron en contra de las políticas reglamentaristas británicas, que ellas asociaban al tráfico de mujeres. El vocabulario común les permitió tratar ambas luchas como parte de una misma "cruzada moral". El obituario de una feminista inglesa evidenciaba tal conexión: "Para ella, fue natural la transición de la lucha contra la esclavitud negra en las Indias Occidentales y en la América del Sur para la lucha contra la tentativa de esclavizar a las mujeres en una vida de vicio"; citado por Judith Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class and the State*, Cambridge University Press, 1980, pp. 123-124.
- ⁵ Para el caso de Río de Janeiro, véase Cristiana Schettini Pereira, "Que Tenhas Teu Corpo": uma história social da prostituição no Rio de Janeiro das primeiras décadas republicanas, Río de Janeiro, Arquivo Nacional, 2005 (e/p). Para un análisis semejante en la actualidad, véase Adriana Piscitelli, "Entre a Praia de Iracema e a União Européia: turismo sexual internacional e migração feminina", en Adriana Piscitelli et al., Sexualidades e Saberes, Convenções e Fronteiras, Río de Janeiro, Garamond, 2004.
- ⁶ Entre otros, véase J. Walkowitz, ob. cit.; Alain Corbin, Women for Hire: Prostitution and Sexuality in France after 1850, Cambridge, Harvard University Press, 1990, p. 297; Mary E. Odem, Delinquent Daughters: Protecting and Policing Adolescent Female Sexuality in the United States, 1885-1920, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.
- ⁷ Este punto es desarrollado por Donna Guy en "Medical Imperialism gone Awry: the campaign against legalized prostitution in Latin America", en Teresa Meade *et al.* (ed.), *Science, Medicine and Cultural Imperialism*, Nueva York, St. Martin's Press, 1991.

- ⁸ Se destacan los trabajos de Luise White, *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi*, University of Chicago Press, 1990, y Philippa Levine, "Consistent contradictions: prostitution and protective labour legislation in Nineteenth-Century England", *Social History*, 19, 1, 1994, pp. 17-35.
- ⁹ El "sistema francés" es un estilo de reglamentar la prostitución heredado de leyes napoleónicas de comienzos del siglo XIX. Con una serie de cambios persistió a lo largo de todo el siglo, y fue adoptado en distintos países latinos. Véase A. Corbin, ob. cit., pp. 3-111.
 - 10 Véase J. Walkowitz, ob. cit.
 - ¹¹ Es el argumento de L. Briggs, ob. cit., pp. 21-41.
- ¹² Véase D. Guy, *El sexo peligroso*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994. pp. 17-54; J. Walkowitz, ob. cit.; A. Corbin, ob. cit., pp. 214-246; E. Bristow, ob. cit.
- ¹³ El médico abolicionista francés Louis Fiaux fue uno de los que atribuyó la excepcionalidad del caso brasileño entre los "países latinos del Nuevo Mundo" al emperador. Dice el médico que Pedro II afirmó "que, durante su reinado, el régimen de la policía de costumbres no será nunca introducido en Brasil"; Louis Fiaux, La Police des Moeurs en France et Dans les Principaux Pays de l'Europe, París, E. Dentu, 1888, pp. 593-594. Le agradezco a Henrique Espada por enviarme esa referencia. Sobre el uso de esa explicación, véase Sergio Carrara, Tributo a Vênus: a Luta contra a Sífilis no Brasil, da Passagem do Século aos Anos 40, Río de Janeiro, FIOCRUZ, 1996.
- ¹⁴ Véase Américo Freire, *Uma Capital para a República: Poder federal e forças políticas locais no Rio de Janeiro na virada para o século XX*, Río de Janeiro, Revan, 2000, pp. 25-39.
- ¹⁵ La reforma urbana argentina ocurrió en la década de 1880, mientras que la brasileña no fue implementada sino en los primeros años del siglo XX. Buenos Aires tuvo su sifilicomio inaugurado en 1888, mientras que en Río se puede decir que sólo hubo una política desde el Estado para combatir las enfermedades venéreas en los años de 1920. Sobre las políticas médicas de combate a las enfermedades venéreas en la Argentina, véase D. Guy, El sexo peligroso, pp. 104-133, y María Luisa Mugica, Sexo bajo control: la prostitución reglamentada. Rosario entre 1900 y 1912, Universidad Nacional de Rosario, 2001, pp. 87-117. Sobre las políticas brasileñas de combate a la sífilis, S. Carrara, Tributo a Vênus.
- ¹⁶ Sin embargo, conflictos con autoridades municipales eran frecuentes en el caso carioca, y la policía era una presencia evidente en el caso porteño. Véase C. Schettini Pereira, "Que Tenhas Teu Corpo", cap. 1. Al privilegiar el análisis de fuentes municipales, el estudio de María Luisa Mugica sobre la prostitución en Rosario evidencia la centralidad de ese ámbito en contextos reglamentaristas; Sexo bajo control, esp. pp. 47-49.
- ¹⁷ Véase Evaristo de Moraes, *Reminiscências de um rábula criminalista*, Río de Janeiro-Belo Horizonte, Briguiet, 1989, p. 84.
- ¹⁸ Para la Argentina, véase D. Guy, *El sexo peligroso*; un patrón semejante de conflictos entre distintas autoridades y de concentración espacial de la prostitución también ocurrió en Montevideo. Véase Yvette Trochon, *Las mercenarias del amor. Prostitución y modernidad en el Uruguay (1880-1932)*, Montevideo, Santillana, 2003.
 - ¹⁹ D. Guy, El sexo peligroso, p. 69.
 - ²⁰ Ídem, cap. 2.

- ²¹ Sobre la gran movilidad que caracterizaba a la clase trabajadora argentina en el siglo XIX, véase Ricardo Salvatore, Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires During the Rosas Era, Durham, Duke University Press, 2003, pp. 61-69. Sobre la implementación y el cuestionamiento de leyes de conchabo en Tucumán, María Celia Bravo, "Liberales, socialistas, Iglesia y patrones frente a la situación de los trabajadores en Tucumán", en Juan Suriano (ed.), La cuestión social en la Argentina (1870-1943), Buenos Aires, La Colmena, 2000, p. 32. Uno de los cuestionamientos a ciertas prácticas coactivas fue la huelga de empleadas domésticas contra la libreta de conchabo en 1888, citado por Mirta Lobato, "Entre la protección y la exclusión: discurso maternal y protección de la mujer obrera, Argentina 1890-1934", en J. Suriano (ed.), La cuestión social, p. 247. Véase también Hilda Sábato y Luis Alberto Romero, Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado (1850-1880), Buenos Aires, Sudamericana, 1992, pp. 188-190.
- ²² Al asociar sífilis y degeneración, el médico francés Alfred Fournier se volvió el más importante exponente del "neorreglamentarismo", rediseñando propuestas reglamentaristas frente a los argumentos abolicionistas. Véase S. Carrara, *Tributo a Vênus*, pp. 61-64. El autor de la propuesta de 1887 fue el doctor Eugenio Ramirez, *Profilaxia pública de la sífilis. Reformas urgentes a la reglamentación de la prostitución. Estudios de higiene social*, Buenos Aires, El Censor, 1887, p. 149.
 - ²³ E. Ramírez, *Profilaxia*, p. 173.
 - ²⁴ Ídem, p. 111.
 - ²⁵ Véase H. Sábato y L.A. Romero, Los trabajadores de Buenos Aires, p. 185.
- ²⁶ Véase Manuel Gálvez, La trata de blancas. Tesis presentada para optar al grado de doctor en jurisprudencia, Buenos Aires, Imprenta de José Tragant, 1905, p. 85.
- ²⁷ Carlos Saavedra Lamas, *Estudio sobre la prostitución en Buenos Aires*, Buenos Aires, s/e, 1907, p. 65.
 - ²⁸ C. Saavedra Lamas, Estudio, p. 65.
- ²⁹ Sobre la tendencia historiográfica de asociar prostitución y modernidad, véase T. Gilfoyle, "Prostitutes in History: From Parables of Pornography to Metaphors of Modernity", American Historical Review, 104, 1, 1999, pp. 117-141; para el caso argentino, véase Francine Masiello, Entre civilización y barbarie: mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997, pp. 151-160; la referencia al tráfico de mujeres como cáncer de la civilización es del diputado Arturo Bas en el debate de la Ley Palacios, citado por Enrique Feinmann, Policía social. Estudios sobre las costumbres y la moralidad pública, Buenos Aires, Imprenta y Enc. de la Policía, 1913, p. 43.
- ³⁰ E. Feinmann, *Policía social*, 39. La novedad de la idea aparecía hasta en la manera de nombrar el delito –como corrupción de mujeres–, para seguir con la denominación de lo que sí era reconocido como criminoso: la corrupción de menores. En Brasil, en cambio, el lucro obtenido con la explotación de una prostituta conformaba un delito diferenciado de la corrupción de menores –el lenocinio– desde el Código Penal de 1890. Véase Galdino Siqueira, *Direito penal brasileiro*. *Parte especial*, Río de Janeiro, Jacinto Ribeiro dos Santos, 1924, p. 488.
- ³¹ Al reseñar algunos trabajos sobre la prostitución basados en fuentes médicas, la historiadora Sandra Graham alertó sobre la necesidad de contextualizar la repercusión social de los proyectos médicos, en "Dangerous fantasies: the altered vocabulary of commercial sex", *Luso-brazilian Review*, 30, 1, 1993.

- ³² Véase S. Chalhoub, Visões da Liberdade, São Paulo, Cia. das Letras, 1990, pp. 151-161, y Sandra Graham, "Slavery's impasse: slave prostitutes, small-time mistresses, and the Brazilian Law of 1871", *Comparative Studies in Society and History*, 33, 4, 1991, pp. 669-694.
- ³³ El vizconde de Rio Branco comentó, en los debates parlamentarios, que por aquellos días "no habrá señor prudente que rehúse la alforría a sus esclavos" comprada con sus economías; S. Chalhoub, *Visões da Liberdade*, p. 157.
 - ³⁴ Véase S. Chalhoub, Visões da Liberdade, pp. 151-161.
- ³⁵ Oficio de Miguel Tavares al jefe de Policía, Francisco Faria de Lemos, reproducido en su informe al ministro de Justicia, *Relatório da Repartição dos Negócios da Justiça apresentado à Assembléia Geral Legislativa*, Río de Janeiro, Imp. Nacional, 1871.
 - 36 Esos aspectos son resaltados por S. Graham, "Slavery's Impasse...", pp. 669-694.
- ³⁷ Véase S. Chalhoub, Visões da Liberdade; Joseli N. Mendonça, Cenas da Abolição: escravos e senhores no Parlamento e na Justiça, São Paulo, Ed. Fund. Perseu Abramo, 2001.
- ³⁸ Consejo de Estado, Sección del Imperio, "Consulta e Parecer Sobre o Projeto de Postura Relativo a Casas de Tolerância", Caixa 555, Pac.3, Doc.3, 1877, Archivo Nacional, Río de Janeiro.
- ³⁹ Jesuíno Ferreira, Secretaría de Estado de los Negocios del Imperio, Consejo de Estado, "Consulta e Parecer...", p. 4.
 - ⁴⁰ Ídem, p. 5.
 - ⁴¹ Ídem, pp. 6-7.
 - 42 Barón do Lavradio, Consejo de Estado, "Consulta e Parecer...", pp. 8-10.
 - ⁴³ Secciones, Consejo de Estado, "Consulta e Parecer...", pp. 11-17.
 - ⁴⁴ J. Ferreira, Consejo de Estado, "Consulta e Parecer...", p. 6.
 - ⁴⁵ Secciones, Consejo de Estado, "Consulta e Parecer...", p. 16.
 - ⁴⁶ L. Fiaux, La Police des Moeurs, pp. 593-594.
 - ⁴⁷ Sobre la legislación republicana, véase G. Siqueira, *Direito penal*.
- ⁴⁸ Sobre las expulsiones de proxenetas extranjeros, véase Lená Medeiros de Menezes, Os Indesejáveis: desclassificados da modernidade. Protesto, crime e expulsão na Capital Federal (1890-1930), Río de Janeiro, EdUERJ, 1996.
- ⁴⁹ Véase H. Sábato y L.A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires*, pp. 185-187. La persistencia de esas prácticas en el siglo XX se nota en las prácticas de encarcelamiento infantil. Véase Donna Guy, "Niñas en la cárcel. La Casa Correccional de Mujeres como instituto de socorro infantil", en F.G. Lozano, V.S. Pita y M.G. Ini, *Historia de las Mujeres en la Argentina, Siglo XX*, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 25-45.
- ⁵⁰ Juana Auriau, legajo A, N° 1, 1875, Tribunal Criminal, Archivo General de la Nación, Buenos Aires (AGN). Ese caso también fue analizado por María Dolores Quaglia, "Corrupción y prostitución infantil en Buenos Aires (1870-1904). Una aproximación al tema", en José Luis Moreno (comp.), *La política social antes de la política social*, Buenos Aires, Trama-Prometeo, 2000, pp. 205-223.

- ⁵¹ Véase Mark Szuchman, *Order, Family and Community in Buenos Aires (1810-1860)*, Stanford University Press, 1988, pp. 68-70.
 - ⁵² Victoria Cabard, legajo C, N° 60, 1891, Tribunal Criminal, AGN.
 - ⁵³ Juan Sabate, legajo S, N° 1, 1868, Tribunal Criminal, AGN.
- ⁵⁴ Juan Suriano documenta la falta de interés de las autoridades argentinas por regular el trabajo infantil en las fábricas en "Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos del siglo", en Diego Armus (ed.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990. Las causas para la pérdida del patrio poder sólo fueron definidas legalmente en 1919. Véase Julio Cesar Ríos y Ana Maria Talak, "La niñez en los espacios urbanos (1890-1920)", en Fernando Devoto y Marta Madero (comps.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, t. II, Buenos Aires, Taurus, 1999, p. 154; también Donna Guy, "Lower-class families, women, and the law in Nineteenth-Century Argentina", *Journal of Family History*, 10, 3, 1985, pp. 318-330.
 - ⁵⁵ La historia de Honorata es analizada por S. Graham en "Slavery's Impasse",
 - ⁵⁶ Véase S. Chalhoub, Visões da Liberdade, pp. 73-74.
 - ⁵⁷ Ídem, pp. 153-154.
- 58 Ese argumento es desarrollado por Sheila de Castro Faria, "Mulheres forras: riqueza e estigma social", Tempo, 9, 2000, pp. 65-92.
 - ⁵⁹ Véase C. Schettini Pereira, "Que Tenhas Teu Corpo", cap.1.

Una mirada racial sobre las diferencias regionales: São Paulo *versus* Brasil, 1932

Barbara Weinstein*



os paulistas constituyeron una ostensible aberración dentro de la raza y la nación. São Paulo se ha vuelto demasiado grande para Brasil. Brasil todavía no se ha vuelto una civilización, (mientras que) São Paulo es una civilización cristiana y europea, con la mentalidad, el clima, el cosmopolitismo y los recursos de una civilización cristiana y europea.

La narrativa clásica sobre la historia del Brasil poscolonial muestra la consolidación del Estado centralizado bajo el gobierno de Getúlio Vargas

en los años 30 mediante la eficaz supresión de las robustas identidades regionales que eran los aspectos salientes de la política y la cultura brasileñas durante el primer siglo de la independencia. De acuerdo con esta crónica sobre la formación del Estado-nación bajo el nuevo orden posfederal, las oligarquías políticas regionales se habrían subordinado ellas mismas a la hegemonía del Estado central mientras que las elites económicas locales gradualmente articularon sus intereses en un proyecto de integración económica nacional.² Y los brasileños de cada región y clase social adoptaron la "democracia racial" como el discurso hegemónico de la identidad nacional, reemplazando a la ideología que proponía "blanquear a la población" que dominaba el pensamiento en torno de la raza durante la Vieja República (1889-1930). El concepto de democracia racial definido por su principal arquitecto intelectual, Gilberto Freyre, imaginó una nación basada en la armoniosa fusión entre la cultura europea, africana y americana en una sola nacionalidad que, más allá del rol principal reservado para los brasileños de origen europeo, rechazaba la discriminación racial y valoraba las tradiciones culturales no europeas.³ Resumiendo, el régimen de Vargas no sólo se las arregló para centralizar el sistema político y económico sino que también promovió una identidad nacional homogénea que trascendió las variaciones y costumbres regionales.

En las últimas décadas ha habido una gran cantidad de libros y artículos que han realizado una severa crítica al concepto de democracia racial en tanto mito que oscurece la continua discriminación que sufren las personas de color en Brasil o en tanto discurso oficial que ha generado limitaciones a los movimientos a favor de la igualdad y la justicia racial y social. Estos estudios han sido muy valiosos para la actual encrucijada política, pero generalmente caen en una falacia funcionalista que trata la "democracia racial" como un concepto que emerge con el único propósito de ocultar la discriminación racial y absolver a las elites de cualquier responsabilidad por las desigualdades raciales. Para estar seguros, este aspecto del discurso ciertamente ayuda a explicar la prolongada popularidad entre los sec-

^{*} Department of History, University of Maryland, Maryland-College Park.

tores poderosos de la sociedad, pero difícilmente explique cómo y por qué la democracia racial emergió como un elemento de la identidad nacional (con una apelación que iba más allá de las elites), en primer lugar, y además no se consideran las circunstancias históricas (y los discursos raciales en competencia) en las que se produjo el trabajo de Freyre y permitió que sus ideas florecieran, en segundo lugar.⁶

Otra vez, durante largo tiempo se ha supuesto que "democracia racial", con todos sus defectos y limitaciones, había reemplazado anteriores discursos sobre la raza y sirvió para homogeneizar la identidad nacional. De todos modos, en este artículo sostengo que la pluralidad de discursos sobre la raza y su lugar dentro de la identidad nacional no desapareció v que estuvieron íntimamente conectados con las identidades regionales que se mantuvieron fuertes durante los años de Vargas. Crucial para el continuo despliegue de la identidad regional (cum nacional) fue la construcción de diferencias raciales basadas en los orígenes regionales, junto a imágenes de modernidad y progreso económico, tradiciones y atrasos. que estuvieron firmemente entretejidas en la representación de la raza. Realmente, en una nación "racialmente democrática" donde la discusión sobre el tema fue mirada cada vez más con recelo, la identidad regional pudo sostener convenientemente nociones de negritud o blancura. Más específicamente, sostengo que la identidad regional en el estado de São Paulo, la identidad paulista, se asoció en la cultura brasileña no sólo a la industria, a la modernidad y al progreso económico sino también a su población blanca y a una narrativa particular dentro de la historia de Brasil que marginó el rol de los afrobrasileños en la construcción de la nación. Además, esta identidad ha continuado generando debates sobre ciudadanía e inclusión política durante el siglo XXI.

Existen muchas formas diferentes de explorar la relación entre raza y regionalismo en Brasil, pero ningún momento parece más adecuado para mi propósito que el período 1931-1932, cuando se produjo una escalada de tensión entre São Paulo y el recientemente instalado régimen de Vargas, situación que culminó en una guerra civil de tres meses entre el gobierno de un estado provincial y las fuerzas federales. La Revolución Constitucionalista de 1932 resulta un momento crucial porque allí se considera qué significa ser paulista, cómo se relaciona con ser brasileño y qué implicó para otras identidades regionales. Si bien la derrota de São Paulo sonó como el toque de muerte para la maquinaria política regional de la Vieja República, su prolongada posición como el centro económico dominante permitió una particular construcción de la identidad paulista que sobrevivió largo tiempo luego de que las fuerzas constitucionalistas habían depuesto las armas.

En el caso de São Paulo, la variedad del regionalismo en cuestión es una versión que emerge junto con la desigual dispersión del desarrollo capitalista y de la modernidad, un proceso que es particularmente conspicuo en Brasil. El discurso, según esta versión, afirma de manera agresiva las distinciones regionales como equivalente de superioridad, generalmente acompañadas de un reclamo donde se sostiene que esa región es desproporcionadamente responsable de la grandeza y el sostenimiento de la nación. Estos movimientos pueden encubrir su resentimiento y demandas en términos políticos y fiscales, pero su crítica al statu quo generalmente descansa en el reclamo implícito de que la prosperidad de la región (y, por extensión, de la nación) es una consecuencia de los atributos culturales superiores de su población, argumento que fácilmente se presta a ideologías racia-

les. A diferencia de los discursos regionales más comunes cuya posición es la causa de movimientos de excluidos y oprimidos, ¹⁰ los escritores, intelectuales y políticos que han construido la identidad de São Paulo valoran su región cultural y económicamente superior, la juzgan la vanguardia del progreso y la civilización, mientras que al resto de la nación se lo considera como "lo otro", en una relación cultural que remite a la de colonizadores y colonizados. ¹¹

Al armar estos discursos sobre superioridad regional, los paulistas asumen posiciones raciales acerca de la modernidad y la civilización compartidas por las elites de toda la sociedad brasileña; después de todo. Brasil tiene la dudosa distinción de ser el último poder esclavista del hemisferio, pues abolió la esclavitud recién en 1888. Las décadas posteriores a la emancipación coinciden con el apogeo global del racismo científico y con la preocupación de gran cantidad y variedad de intelectuales brasileños y hombres de Estado en promover la modernidad y la honorabilidad mediante el proceso de blanquear a la población. 12 Estas nociones tuvieron particular aceptación en São Paulo. Allí, las crecientes rentas del Estado producto del boom del café permitieron al gobierno subsidiar la llegada masiva de inmigrantes y alentar la industrialización. Este mismo tipo de política llevó a que la posición marginal de los ex esclavos, cuyo exhaustivo trabajo había hecho posible la prosperidad estatal, aumentara, a la vez que se rechazaba a los brasileños de otras regiones. 13 A pesar de que hacia la década del 20 el prestigio del racismo biológico o científico declina, algunas características atribuidas a los brasileños de acuerdo con su región de origen permanecieron inmutables tanto en la elite como en la cultura popular. Incluso mientras los discursos basados en la civilización, la modernidad y el progreso reemplazaron las antiquas preocupaciones acerca de la mezcla de razas y su degeneración, las diferencias basadas en la raza (ampliamente difundidas), lejos de marchitarse, florecieron en contextos discursivos nuevos.

Las desigualdades regionales y la lucha por la hegemonía política

Los historiadores tradicionalmente han asumido que el regionalismo y el nacionalismo son tendencias antitéticas, pero la Vieja República ofrece un ejemplo histórico de un período que fue testigo del resurgir regionalista y de la emergencia del nacionalismo. Prasenjit Duara, al escribir sobre el cambio de siglo en China, sostiene que el regionalismo y el nacionalismo florecieron en tándem, pero su preocupación principal es acerca de regiones que luchan por mantener su identidad contra la marginalización u homogeneización representada por las fuerzas centralistas dominantes. ¹⁴ En el caso de São Paulo, hablamos de elites regionales que ejercitan un considerable dominio político a nivel federal, un dominio que enérgicamente buscaron "naturalizar" mediante estrategias narrativas y discursivas, especialmente una vez que el ascendiente de Vargas amenazó la existente configuración del poder.

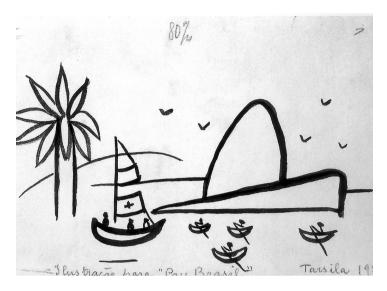
De todas maneras, los políticos paulistas (y la formidable guardia pública del estado, la Força Pública) no se mostraron inmediatamente alarmados frente a la toma del poder por parte de Vargas en 1930. Gracias al incremento del sentimiento nacionalista, a la inten-

sificación de la crítica hacia el sistema republicano y a las muchas crisis de los años 20 (incluyendo las revueltas militares y la caída de la bolsa de valores), la respuesta de los paulistas a la "Revolución de Vargas de 1930" fue desde una cauta neutralidad hasta el apovo entusiasta. 15 A cambio esperaban que Vargas reafirmara la privilegiada posición de São Paulo dentro de la federación eligiendo a un paulista civil como interventor (gobernador interino) y que convocara rápidamente una nueva asamblea constituyente. En cambio Vargas eligió a un "lugarteniente" (tenente) del nordeste llamado João Alberto Lins de Barros como interventor y designó a Miguel Coxta, un tenente aun más radical, como jefe de policía. Esto inmediatamente provocó manifestaciones de descontento entre las elites políticas paulistas, pero la lucha de facciones entre los líderes políticos regionales puso trabas a los intentos iniciales para deponer el régimen de Vargas. Cada vez más exasperados por la "humillación" del dictador contra São Paulo, a comienzos de 1932 las dos facciones políticas más importantes se unieron contra Vargas y el movimiento alcanzó mayores dimensiones, incluidas protestas masivas para volver a un orden constitucional. Para evitar un enfrentamiento directo, Vargas finalmente eligió a un paulista civil, Pedro de Toledo, como interventor, pero removió al ampliamente despreciado Miguel Costa y no permitió a Toledo elegir un gabinete "paulista". Los constitucionalistas paulistas (así llamados por su reclamo por una asamblea constituyente) respondieron con la captura del gobernador del estado el 23 de mayo, aunque sin provocar todavía una verdadera revuelta armada. Mientras tanto los oficiales opositores (anti tenente) apoyaron a São Paulo junto a la Forca Pública paulista.

Esto llevó, el 9 de julio, a una declaración de guerra contra el gobierno central. Durante los siguientes ochenta y tres días las tropas "leales" a São Paulo, un puñado de soldados regulares, así como un gran número de voluntarios paulistas mal entrenados y mal equipados, se enfrentaron en una lucha desigual contra las tropas federales. A comienzos de octubre, oficiales de la Força Pública, al ver la desesperada situación, negociaron un acuerdo con el gobierno central, poniendo fin al conflicto. 16

La interpretación oficial (getulista) acerca de la Revolución de 1932 la considera simplemente como un intento de último recurso de la oligarquía paulista para recuperar el poder y los privilegios perdidos bajo el gobierno de Getúlio Vargas (cuyo régimen representaba la inevitable marcha de la nación hacia la centralización y unificación). ¹⁷ Durante mucho tiempo los historiadores han reproducido la historia oficial, a pesar de que en muchos aspectos ni siquiera coincide con la evidencia empírica. Por ejemplo, entre los instigadores de la revuelta había miembros del Partido Democrático, un partido crítico con la maquinaria estatal y que apoyó con fuerza a Vargas cuando recién alcanzó el poder. ¹⁸ Además, lejos de posicionarse como el baluarte de la tradición contra los cambios radicales, los paulistas basaban sus reclamos a los líderes nacionales en la modernidad de São Paulo comparada con el resto de Brasil. Fue precisamente el declarado retraso de las regiones pro Vargas lo que los paulistas públicamente criticaban.

Finalmente, la noción de la revolución como un último intento ingeniado por la oligarquía paulista no explica el enorme chorro de entusiasmo regionalista producido durante el curso de la campaña constitucionalista, ni el masivo apoyo popular que tuvo el movimiento durante varios momentos de la lucha. Estoy asumiendo también, en sintonía con "la nue-



va historia política", que el lenguaje v la acción política son lo que da sentido a un movimiento, en contra de un vieio acercamiento marxiano que busca descubrir la "verdadera" clase o intereses sectoriales por debajo del conflicto político. Por cierto, hubo facciones de la elite que pensaron obtener be-

neficios económicos promoviendo la rebelión, pero esto difícilmente explique por qué o (más importante) cómo ocurrió el levantamiento y el sentido que tuvo para aquellos que participaron.¹⁹

Como era esperable, la campaña constitucional y la Revolución de 1932 generaron torrentes de textos, polémicas, poesía, posters, música y artefactos donde los paulistas buscaron delinear y clarificar su identidad regional y justificar sus reclamos de dominio nacional. La lucha contra el gobierno central proveyó un terreno fértil para el cultivo de representaciones y discursos sobre la identidad regional. Pero estas narrativas e imágenes sobre la superioridad paulista no produjeron un gran revuelo en la arena política al primer ataque de la campaña constitucionalista (así como no desaparecieron una vez que la revuelta fue derrotada). Más bien, los líderes y quienes apoyaron el movimiento capitalizaron casi seis décadas de discursos, ensayos e iconografía para avanzar en sus reclamos acerca de la grandeza regional.²⁰

El material básico de estos reclamos ya fue suficientemente trabajado dentro de la historiografía brasileña, por lo tanto las referencias serán breves. Hacia la década de 1870, con el alza de los precios del café, el mayor centro de producción para la exportación (y mayor centro de trabajo esclavo) se mudó a la provincia de São Paulo, que durante la última década del imperio (1879-1889) se transformó de una adormecida ciudad capital en la provincia más rica del Brasil; atravesada por vías férreas y prósperas plantaciones, fue el centro urbano de crecimiento más rápido en América Latina. Durante la década del 90 miles de inmigrantes europeos arribaron a São Paulo para reemplazar a los esclavos emancipados en las haciendas del café y hacia las primeras décadas del siglo XX comenzó la transición hacia una economía industrial.²¹ De hecho, durante la década del 30 São Paulo aspiraba al título del mayor centro industrial de toda América Latina.²² Además, para entonces São Paulo ya no se encontraba a la zaga de Río de Janeiro como centro de la cultura erudita. Los años 20 vieron el rimbombante debut de los modernistas paulistas,

un audaz v heterogéneo grupo de escritores v artistas avant-garde que establecieron su lugar de origen como la apoteosis de la modernidad brasileña, incluso mientras criticaban la vida urbana contemporánea.²³ Gracias a estos múltiples desarrollos, a los intelectuales paulistas les costó poco trabajo establecer una imagen de su provincia natal como la más favorecida por la fortuna. Durante la década del 20 todas las elites de Brasil reconocían de mala gana a São Paulo como el lugar más próspero a nivel industrial y agrario, y el de mayor innovación cultural. 24 Debido a que el regionalismo paulista más adelante será equiparado al separatismo por muchos de sus opositores, es importante señalar que la anterior concepción de la superioridad paulista fue en algún sentido contraria al separatismo: concebían la nación como un todo, incluido São Paulo.²⁵ Al mismo tiempo, la construcción paulista de la identidad nacional que le atribuye virtualmente todo instrumento de cambio histórico y todo progreso y modernidad nacional a São Paulo difícilmente fue más inclusiva que un programa separatista. No sólo fue ésta una identidad regional cum nacional, sino que relegó a la mayoría de las otras regiones al status de un "otro" premoderno o escasamente civilizado.²⁶ De este modo, incluso un autoproclamado antirracista y nacionalista como Antonio Baptista Pereira declaraba que São Paulo siempre estará al frente en la marcha hacia la modernidad y que su región natal era "el apóstol de los pueblos [...] que recoge la antorcha de las cruzadas para enseñar a Brasil el sentido de la identidad brasileña (brasilidade), para enseñar a Brasil el camino de la grandeza (Brasil Maior)". 27 Como perspicazmente sostiene Tânia de Luca, los paulistas hablan de grandeza nacional en términos enteramente regionales.²⁸ Durante la Revolución de 1932 un popular slogan -"Tudo por São Paulo! Tudo pelo Brasil!" (¡Todo por São Paulo! ¡Todo por Brasil!)- muestra nítidamente esta inclinación.

Tanto el dominio político de São Paulo durante la Vieja República federal como su notable crecimiento económico durante esos años contribuyeron a la imagen metonímica de São Paulo como "o Brasil que deu certo" (el Brasil exitoso). Pero ni el poder político ni el éxito económico pueden tratarse como evidencias que en sí mismas establecen las bases de la formación identitaria; no proveen los materiales básicos para la construcción de una identidad regional que tuvo gran aceptación popular. Incluso, en comparación con otros regionalismos, la identidad paulista es relativamente débil en el aspecto cultural, en parte porque un movimiento regionalista inspirado en el rápido progreso económico y que reclama modernidad no puede jactarse de la riqueza folclórica o de las tradiciones (inventadas o no).²⁹ São Paulo parece ser sumamente pobre en esos aspectos formativos del regionalismo que Pierre Bourdieu señala como cruciales a la hora de cultivar lealtades regionales.³⁰ Con una excepción: los intelectuales paulistas, especialmente historiadores, pueden señalarse como los exitosos constructores de un mito fundacional de origen, que sitúa a São Paulo no sólo como crucial para la formación de la nación sino también como cualitativamente diferente al resto. En esta narrativa histórica el Brasil más allá de São Paulo aparece fundamentalmente rezagado, oprimido por un legado colonial vinculado al declinante poder portugués, a una oscura monarquía y a las plantaciones de esclavos. En contraste, la idiosincrasia colonial de São Paulo supuestamente explicaría la singular aptitud de la región y su receptividad para la modernidad. La representación cultural de este mito fundacional fue la saga de los bandeirantes.

Brevemente, las bandeiras eran bandas de hombres asentados en São Paulo desde donde organizaban expediciones de larga distancia para explorar el interior de Brasil durante el siglo XVII y comienzos del XVIII, mayormente en busca de minerales preciosos y de indios para esclavizar. En la leyenda negra escrita por los misioneros españoles, el bandeirante tiene un carácter cruel e insípido pero, en manos de los publicistas paulistas de comienzos de siglo XX, es reescrito como un empresario protocapitalista. En contraste con la parasitaria, decadente y tradicionalmente cerrada clase de plantadores de azúcar del Nordeste colonial, el bandeirante es emprendedor y asume riesgos de inversión. Es más, fueron los bandeirantes, al explorar intrépidamente los lugares más lejanos del interior de Brasil, quienes garantizaron los límites territoriales de la futura nación (de esta forma establecieron su irrecusable reclamo de grandeza). 31

Lo que este canto congratulatorio a São Paulo habitualmente ha suprimido fue el más que crucial "interludio" de las plantaciones de esclavos. Incluso uno puede leer relatos populares y escolares sobre la historia de São Paulo y jamás enterarse de que la región fue durante largas décadas en la segunda mitad del siglo XIX el lugar de la mayor economía de plantación esclavista del país. Cuando ello es reconocido, suele decirse que los plantadores paulistas fueron progresivamente renuentes a confiar en el trabajo esclavo y que rápidamente adoptaron nuevas tecnologías. No sólo el plantador paulista no fue un típico esclavista sino que jugó un rol crucial a la hora de abolir la esclavitud y modernizar la agricultura. Sobre la mancha esclavista en la población de São Paulo, el célebre folclorista Dalmo Belfort de Mattos consuela a sus lectores al asegurar que sólo por poco tiempo las personas de color fueron mayoría durante la primera fase del boom del café: "Esto pronto pasó. La mortalidad y la mezcla eliminaron gradualmente el exceso africano". 33

El éxito de la saga de los *bandeirantes* y su rol dentro de la construcción de la identidad regional difícilmente resulte exagerado. Virtualmente cada pieza de poesía o cada polémica del período de la campaña constitucionalista realizaban alguna referencia a los *bandeirantes* paulistas. Los retratos de Fernão Dias, Domingo Jorge Velho y otros *bandeirantes* históricos adornaban los billetes de banco impresos por el breve gobierno revolucionario, y los *bandeirantes* revoloteaban en el fondo de los posters editados por las milicias voluntarias para reclutar gente. A comienzos de la década de 1930 el *povo bandeirante* se volvió un sinónimo generalmente aceptado de *povo paulista* (pueblo paulista). Resumiendo, los *bandeirologistas* crearon una exitosa "etnicidad ficticia" basada en una "magistral narrativa del *discent*", ³⁴ para usar la feliz frase de Prasenjit Duara. ³⁵

El discurso sobre la superioridad paulista y la Revolución de 1932

El resto de este artículo va a enfocarse en primer lugar en la campaña constitucionalista de 1932 y la guerra civil. Durante este histórico episodio, los líderes regionales forjaron una defensa particularmente intensa sobre la superioridad paulista y retratos inusualmente descalificativos sobre los brasileños de otras regiones, haciendo explícita una suposición que solía mantenerse implícita en "tiempos normales". Utilizando libremente las teorías del darwinismo social acerca de la adaptación de las razas al progreso y la modernidad, así como

también las claramente contradictorias teorías acerca de las etapas de civilización, los periodistas e intelectuales paulistas celebraban las virtudes cívicas de la población regional, que ellos atribuían a un carácter más "civilizado". Discurso tras discurso y ensayo tras ensayo los paulistas exaltaban la fibra moral y cívica del *povo bandeirante*, el carácter culto y civilizado del pueblo paulista y la directa asociación entre su región "cuna de la civilización" y su compromiso por el gobierno de la ley.

¿Qué pasaba en el resto de Brasil? ¿Cómo el discurso regionalista paulista construyó un "otro" dentro de la nación brasileña? Esto, de manera típica, varió de acuerdo con los propósitos políticos del individuo o del grupo, aunque algunos supuestos recorrieron los discursos políticos a través de todo el espectro de facciones políticas. El reducido número de paulistas que abiertamente abogaron por la separación en 1932 no dudaron al realizar una construcción de cada región de Brasil notablemente inferior al estado de São Paulo y en los términos más descalificativos. De manera inversa, la mayoría de los líderes constitucionalistas mantuvieron sus esperanzas de recibir apoyo de los grupos contrarios a Vargas de Río de Janeiro, Minas Gerais, Paraná y Rio Grande do Sul, y por lo tanto tuvieron que representar estas regiones con una luz más favorable; pueden ser inferiores a São Paulo, pero la tendencia entre los "moderados" era subrayar su compartida preocupación por el gobierno de la ley y el mantenimiento del orden. ³⁶ ¿Qué era, entonces lo que tenían en común? Era el norte/nordeste de Brasil, que constantemente sería retratado como una tierra atrasada, poblada mayormente por gente primitiva o degenerada.

De hecho, uno de los puntos salientes del discurso paulista durante este período fue la cada vez mayor identificación del régimen de Vargas con las empobrecidas y escasamente blancas regiones del norte/nordeste, más allá de que Vargas y muchos de sus colaboradores más cercanos eran del lejano sur de Brasil. Las bases para esta identificación variaban, pero muchos prominentes escritores clamaban que sólo las personas que hubieran alcanzado el grado "industrial" de civilización sentían la necesidad del gobierno de la ley; las sociedades agrícolas y pastoriles como las del Nordeste tenían una afinidad natural para el gobierno arbitrario y autoritario.³⁷ Y las tropas federales que "invadieron" São Paulo eran, en consecuencia, descriptas como reclutadas entre los habitantes semisalvajes de las tierras atrasadas del Nordeste. Mediante este proceso de representación los paulistas realzaron el carácter civilizado e ilustrado de su propia campaña mientras situaban las fuerzas de Vargas en el campo de los atrasados, incivilizados y más "oscuros" elementos de la sociedad brasileña; según Mário de Andrade durante la campaña de 1932 los paulistas se referían en tono de broma al régimen de Vargas como la "dictanegra". ³⁸ Tal vez nada exprese mejor este proceso de "otredad" que la descripción de Vivaldo Coaracy sobre las "fuerzas de ocupación" que entraron a la ciudad de São Paulo luego de la rendición: "Eran soldados de aspecto extraño, parecían pertenecer a otra raza, bajos, amarillos, de pómulos prominentes y ojos rasgados. Muchos de ellos tenían los dientes puntiagudos y afilados. Todos llevaban en sus oscuros ojos, mezclado junto al asombro frente a la gran ciudad, un destello de amenaza y provocación".³⁹ Otra expresión llamativa de los paulistas despreciativa hacia los "invasores" es el comentario de Paulo Duarte, un líder del Partido Democrático: los nordestinos "son parecidos a esos negros de Dakar, sombrero alto en sus cabezas y pies desnudos en la tierra. y están convencidos de tener la alta posición de «ciudadanos franceses»". 40

Algunos relatos contemporáneos de la guerra contienen incluso misteriosos ecos del Os Sertões de Euclides da Cunha, su renombrada crónica del conflicto de 1896 entre los miembros de una comunidad milenarista en las atrasadas tierras de Bahía y las tropas republicanas. Es la quintaesencia de la lucha entre los "dos Brasil": la civilizada y cada vez más europeizada nación del litoral y la atrasada, racialmente mixta y religiosa sociedad del interior. Durante el breve período de lucha armada en 1932, los corresponsales de guerra paulistas y los combatientes se negaban a admitir que las fuerzas constitucionalistas se encontraban técnica y materialmente en clara desventaja, dado que admitir semejante cosa habría socavado la noción de São Paulo como la región más avanzada y materialmente próspera de Brasil. En cambio preferían culpar a los miles de nortistas que "fanáticamente" lanzaban sus cuerpos contra las tropas paulistas y abrumaban a las fuerzas constitucionalistas con su número compacto. Este escenario de soldados racionales y modernos contra irracionales bárbaros es similar a la lucha que Da Cunha narra sobre los Canudos, pero esta vez serían las autoproclamadas "fuerzas de la civilización" las derrotadas.⁴¹

Blancura, modernidad y construcción de la identidad paulista

En este apartado voy a ofrecer algunos ejemplos específicos sobre las diferentes formas en que la identidad paulista fue explícita o implícitamente *racializada*⁴² en el contexto de las luchas políticas regionales por el poder nacional. Antes de comenzar la discusión sobre la "racializada" identidad paulista (y brasileña), debo aclarar a qué me refiero con esto. De ninguna manera sostengo que quienes participaron de la Revolución Constitucionalista eran exclusivamente blancos de clase media. Las fuerzas paulistas incluían una importante Legião Negra (Legión Negra) y muchos de los batallones municipales, a juzgar por las fotografías, incluían hombres de color. Más bien sostengo que a nivel de la representación, y esto pretendo afirmarlo, los paulistas eran irrefutablemente blancos y de clase media. Como observa C.R. Cameron, el cónsul general de Estados Unidos en São Paulo durante la rebelión de 1932, "São Paulo [...] tiene una extraordinaria moral, engendrada durante veinte meses de humillación y por la convicción de estar luchando por su posición política, *por la cultura blanca*, el bienestar, las vidas y las casas de sus ciudadanos".

El punto clave que quiero señalar sobre el material siguiente es que, más allá de los diferentes grados de explicitud sobre las diferencias raciales, todos los líderes de la Revolución Constitucionalista justificaron su rebelión contra el gobierno federal mediante alusiones a la superioridad de São Paulo, posición que sólo podía ser sostenida con referencias a explicaciones *racializadas* acerca de la evolución de la nación. Existieron variaciones en el lenguaje y en la retórica, así como ajustes por razones de conveniencia política, pero resulta mucho más llamativo ver las numerosas coincidencias en los argumentos propuestos por un líder del supuestamente "progresista" Partido Democrático, Paulo Duarte, y un racista declarado, miembro del Partido Paulista Republicano, como Alfredo Ellis Júnior, cuando comparan a los paulistas con otros brasileños. También debo enfatizar que los ejemplos citados más adelante provienen casi enteramente de fuentes de la elite o intelectuales con acceso privilegiado a la prensa y a ser publicados. Entre la "tropa" la mirada acerca de la

raza y la identidad regional no siempre siguió a la de los líderes. Igualmente, quienes se comprometían con la lucha debían adoptar ciertos puntos sobre la superioridad paulista que circunscribía severamente las posiciones discursivas sobre raza, clase o género, que podían ser expresadas públicamente. 45

El pequeño pero ruidoso grupo de paulistas que abiertamente abogaron por el separatismo -lo que podríamos llamar "construir la nación en otro sentido" - pudo, por obvias razones, utilizar imágenes claramente racistas. Previsiblemente, expresaron su animosidad contra norteños y nordestitos, otra vez señalando la pobreza y la decadencia económica (v el retraso, claro) de la región, así como su ínfima población blanca; todo esto proporcionaba los elementos perfectos para sostener la vasta superioridad de São Paulo. 46 En su diario O Separatista, de corta vida, generalmente recurrían a caricaturas degradantes y a un humor racista para satirizar a los nordestinos (por ejemplo decían "chistosamente" que los paulistas planeaban hacer un monumento a la banda asesina del nordeste, Lampiao, por haber reducido el número de nordestinos). Pero en los momentos de mayor desesperanza los separatistas dejaron de lado el ya descosido velo de la cordialidad v recurrieron a formas más explícitas del racismo, como en un manifiesto editado luego de la derrota de octubre que urgía a los paulistas a la secesión sosteniendo que era mejor ser una "nación pequeña" antes que seguir como "meros asociados de una tierra inviable, dominada por mestizos con alma de esclavos, que fueron removidos de un paso por sus ancestros cuyos cuerpos fueron esclavizados aquí y en África". El manifiesto continuaba describiendo a estos invasores rapaces como "hijos de los esclavos y de la miseria, víctimas de climas destructivos, incrustados en la ignorancia más grosera, personas que van perdiendo la forma humana, tal es la degeneración física que los azota". Y finaliza denunciando a "los mestizos nacidos de esclavos, los sucios hijos de esclavos, que ahora quieren esclavizarte a ti". 47 Más allá del uso explícito del imaginario racista, los separatistas no adhirieron exclusivamente a las nociones clásicas del racismo "científico". También recurrieron a las ampliamente sostenidas miradas sobre las etapas de la civilización; decían que el Amazonas se encontraba todavía en la etapa de la caza y recolección, el Nordeste todavía era pastoril o agricultor y sólo São Paulo había ingresado en la "era industrial", que lo diferenciaba del resto de Brasil. 48 Incluso el grosero manifiesto citado, con sus referencias a los efectos de la esclavitud, el clima, las enfermedades y la miseria, no confió totalmente en los principios convencionales del racismo biológico para denigrar a brasileños de otras regiones.⁴⁹ Al no cargar con la necesidad de obtener los favores de potenciales aliados de otras regiones, la pequeña facción separatista pudo producir las versiones más extremas del discurso racializado, pero yo sostengo que hubo una considerable superposición (en ambas direcciones) entre la retórica de este grupo y otras facciones ostensiblemente más moderadas que apoyaron la Revolución de 1932. Incluso esos paulistas que aparentemente rechazaron ideologías racistas y prefirieron explicaciones culturales o económicas sobre la "diferencia" de São Paulo muchas veces utilizaron discursos de civilización y progreso de modo que implícitamente racializaban el conflicto entre São Paulo y el gobierno central.⁵⁰

Muchos paulistas que abogaban por la autonomía regional y una endeble confederación de estados brasileños —un gobierno que apenas evitara una verdadera secesión— profirieron

argumentos que eran una versión algo más discreta del discurso separatista. El más prominente dentro de la facción autonomista fue el de Alfredo Ellis Júnior, un conocido historiador y político republicano. En su *Confederação ou Separação*, publicado a comienzos de 1932, Ellis acentuaba dos aspectos: la "divergencia" étnica de muchas regiones de Brasil y el desarrollo extremadamente desigual de ellas. Ambos rasgos, sostuvo, se habían vuelto mucho más pronunciados desde la abolición de la esclavitud y durante la transición de la monarquía a la república, cuando la inmigración "blanqueó" a São Paulo, y este estado se convierte, por lejos, en el más rico de la nación.

Ellis, a diferencia de sus más templados colegas en el movimiento, no duda en desplegar argumentos y "evidencia" de tipo racial. Por ejemplo, reconociendo que todas las regiones brasileñas tenían mixturas raciales, sostuvo que São Paulo tenía 85 por ciento de la población "puramente blanca", mientras que Bahía tenía apenas 33 por ciento. Entonces estableció que estas "divergencias" raciales se traducían automáticamente en lazos nacionales débiles: "Sería puro lirismo sentimental si tuviéramos que considerar como hermanos a un dolico-louro de Rio Grande do Sul, a un brachy-moreno de São Paulo, o a un dolico-moreno de Minas, un Platycephalo amongoilado de Sergipe o Ceará, o a un negro de Pernambuco". 51

Nada de lo anterior resulta especialmente sorprendente dada su posición como historiador, cuvo trabajo sobre los bandeirantes contribuvó a construir la levenda de una "raza de gigantes" en la meseta paulista (así como era el devoto descendiente de un confederado expatriado a Brasil). De todos modos, la mayoría de sus argumentos en estos dos libros no derivan directamente de categorías raciales, en cambio se apoyan mucho más en las nociones "canónicas" sobre la superioridad cultural, cívica y económica de São Paulo. Incluso, la mayor parte del libro citado consiste en argumentos económicos a favor de la autonomía paulista durante el empuje centralizador de Vargas, con particular énfasis (ampliamente ilustrado con docenas de cuadros) en la masiva contribución de São Paulo al tesoro federal. Así, mientras estos argumentos revelan que los elementos explícitamente racistas se decoloran, a su vez vuelven a resurgir en el contexto de las teorías sobre las etapas de la civilización, un concepto que Ellis tiñe de una gama de implicaciones políticas y culturales. Así, en A Nossa Guerra, Ellis afirma que los nortistas apoyan la dictadura de Vargas porque su estadio de desarrollo según su civilización y economía hace de un "régimen constitucional" algo innecesario: "Estos pequeños estados, que tienen un nivel de civilización tan atrasado, un menor desarrollo económico, etc., no tienen las mismas necesidades [que São Paulol".52

El poeta modernista Menotti del Picchia, en su *A Revolução Paulista*, sostiene algo similar. Menotti, una prominente figura nacional entre los escritores modernistas de São Paulo durante la década del 20 (muchos de los que con más impaciencia sostuvieron la revuelta paulista), insistió en que el movimiento de 1932 fue una expresión de la "revolución cultural" que había comenzado con la Semana de Arte Moderno (1922).⁵³ A pesar de, o quizá debido a, sus simpatías nacionalistas, Meñotti apoyaba el federalismo y la autonomía regional, y ofrecía como justificación "la heterogeneidad étnica de la población brasileña, sus experiencias históricas como pueblo, y las diferencias industriales y económicas".⁵⁴ Y continúa su argumento en la misma línea que Ellis: dice que "no hay nación [en el mundo] tan

desigual como Brasil". Uniendo coherentemente los niveles de desarrollo económico con la cultura política, Menotti sostiene que la etapa de progreso económico de São Paulo hace a sus habitantes especialmente temerosos de una dictadura que puede alterar el orden y la industria. Además, entre los brasileños, sólo los paulistas eran suficientemente "cultos" (cultivados) para oponerse a la dictadura. Una vez más, volviendo a Ellis, él afirma que la mayoría de las otras regiones, predominantemente rurales y preindustriales, se ajustan perfectamente a un régimen dictatorial, mientras el gobierno de la ley sólo resulta atractivo a sociedades (como São Paulo) que están "cultivadas y vigiladas". ⁵⁵

En este mismo sentido, Vivaldo Coaracy argumenta que São Paulo, debido a su carácter único, "basado en un severo y robusto individualismo", se encontraba sola entre todas las regiones de Brasil en denunciar a la dictadura: "Lo que hizo excepcional a São Paulo dentro de la Unión fue su determinación económica [...] el espíritu de iniciativa que se despertó en reacción contra la compulsiva rutina de la era colonial, contra la acumulación de tradiciones, esa entera red [de hábitos] que constituye la viva fundación de la Historia. São Paulo se volvió diferente. Y porque es diferente, no es comprendida. ¡Es por esto que São Paulo está sola!". ⁵⁶

En otra parte Coaracy (como Ellis) acentuaba la diversidad geográfica racial brasileña como un factor principal para explicar la desigual evolución nacional. ⁵⁷ En otras palabras, intelectuales y políticos paulistas no necesariamente abandonaron el discurso racista cuando cambiaron al discurso de "las etapas de civilización". ⁵⁸ Incluso Mário de Andrade, hoy famoso como uno del los más críticos y profundo de los escritores modernistas en lo que concierne al racismo, sostuvo que São Paulo era "demasiado grande para Brasil," y ridiculizó a las tropas federales que vinieron para "matar paulistas" como semejantes a tribus primitivas. ⁵⁹

Nuevamente, este tipo de argumentos y este tipo de lenguaje no estaban confinados a los escritos de un puñado de intelectuales paulistas. Prácticamente, en cada diario, en revistas populares, en programas de radio, en prospectos y volantes, incluso en cartas y diarios privados, pueden encontrarse no sólo afirmaciones sobre la superioridad y la grandeza de São Paulo sino también aserciones sobre la inferioridad y la barbarie de los brasileños de otras regiones. Un excelente ejemplo es la siguiente descripción de los esfuerzos del gobierno de Vargas por aplastar la Revolución Constitucionalista del periódico *O Estado de São Paulo*: "Contra la juventud de São Paulo, contra los estudiantes, médicos, abogados, ingenieros, comerciantes, terratenientes, industriales e intelectuales [el gobierno ha] lanzado una banda de asesinos fanáticos *[jagunçada]* recogida cual rebaño en las tierras bárbaras... Contra personas civilizadas, lanzan batallones de rufianes". ⁶⁰ Asimismo, un titular de *A Gazeta* informa a los ciudadanos que "el dictador hace uso de fanáticos *Jagunços* contra el Consciente Ejército de la Libertad". ⁶¹

Tal vez más relevante es una narración sobre un insólito encuentro entre los soldados paulistas y las fuerzas federales. Durante un improvisado cese del fuego, según el relato de un soldado paulista, él y sus compañeros, en una conmovedora conversación con muchachos de Rio Grande do Sul, ambos bandos expresaron su dolor por pelear "contra hermanos". Pero el idilio terminó cuando un "desquiciado mulato norteño" se introdujo en la conversación y comenzó a amenazar a los paulistas. En otras palabras, a pesar de la guerra

existía una solidaridad natural entre blancos de clase media de dos estados diferentes, pero la mosca en la sopa era el mulato norteño cuyo atraso e ignorancia se traducía en una irracional hostilidad y envidia contra los paulistas.

Los paulistas, impacientes por incorporar apoyo de otras regiones y combatir las "mentiras" de los opositores sobre las ambiciones separatistas de São Paulo, insistían en que el constitucionalismo era un sacrificado movimiento "formado en el espíritu de *brasilidade*" para salvar a Brasil de una opresiva dictadura. En consecuencia, el "revolucionario" *Jornal das Trincheiras* (Diario de las Trincheras) inicialmente retrató la identidad paulista más allá de los límites regionales; con el fin de ampliar el sentido del término paulista, éste "se había elevado, expandido, ampliado y extendido para incluir en su articulado algo más que una simple designación por el accidente del nacimiento"; más bien se había vuelto una categoría que incluía a todos aquellos que "pensaban como São Paulo". 63

Este mensaje de *paulistinidade* (paulistinidad) encontró resonancia entre algunos grupos fuera de los límites de São Paulo, particularmente profesionales de clase media, en las universidades de medicina y abogacía de otros centros urbanos. Pero los cargos de separatismo demostraron ser difíciles de remover, precisamente porque incluso aquellas facciones del movimiento que sostenían la mayor devoción a la *brasilidade* (brasileñidad) no pudieron establecer lazos de solidaridad horizontal con el resto de la nación. ⁶⁴ A pesar de algunos serios esfuerzos, el *Jornal das Trincheiras* no pudo sostener esta postura: cuando se acumularon las derrotas y la guerra estaba por concluir, el diario recurrió a una retórica más inflamada, incluyendo un artículo en la primera página que definía la guerra como una lucha entre dos ideas diferentes de civilización, "para no decir entre civilización y barbarie". ⁶⁵

Raza, identidades regionales y discursos sobre la democracia

La limitada resonancia del discurso constitucionalista fuera del estado no es sorprendente dado el énfasis puesto en la superioridad y distinción de São Paulo comparado con el resto de Brasil (indicando los límites de un esfuerzo manifiestamente regionalista para reimaginar la nación). Así los paulistas pudieron tildar como ridículos los reclamos anticonstitucionalistas que decían que São Paulo estaba tratando de convertir a las otras regiones de Brasil en sus colonias económicas, pero allí había, sin embargo, algo distintivamente "colonial" en el modo en que São Paulo posicionaba al resto de Brasil, y especialmente las áreas más pobres del Nordeste, representadas como políticamente inmaduras, económicamente subdesarrolladas y culturalmente atrasadas.

Estas actitudes ayudan a explicar el desconcertante silencio inicial en el discurso constitucionalista. Uno podría esperar que un movimiento que estaba reuniendo gente contra un dictador habría hecho un uso más extenso del término 'democracia', una palabra que incluso en los tempranos 30 era ampliamente considerada como la expresión antitética de una dictadura. Pero hubo muy pocas referencias a la necesidad de una democratización en los escritos y discursos del movimiento. Hubo incontables referencias a la necesidad de una Constitución, para restaurar el orden y el gobierno de la ley, pero la mayoría de los paulis-

tas guardaban silencio respecto de la democracia. En las pocas ocasiones en que hubo referencias, fue más que nada para ser cuestionada. Así tenemos la excepcionalmente burda afirmación de Vivaldo Coaracy, que en *O Caso de São Paulo* escribió: "La diferencia en sus ritmos evolutivos inevitablemente establece una jerarquía entre los Estados Brasileños. [...] La democracia proclama igualdad civil para todos los ciudadanos y busca conceder igualdad política. Pero es incapaz de crear igualdad natural". ⁶⁶

Desde esta perspectiva podemos apreciar más claramente el vacío político que existía durante los comienzos de 1930 en lo que respecta a la democracia, con Vargas ascendiendo hacia un autoritarismo populista que apela a las clases populares, y los supuestos liberales paulistas de clase media identificándose con una jerárquica y excluyente noción de derechos políticos.

Irónicamente, bajo estas circunstancias, fueron el dictador Vargas y sus aliados, y no los "constitucionalistas liberales" de São Paulo, quienes estuvieron más dispuestos a favorecer una eventual transición hacia una democratización política amplia. El regionalismo paulista *cum* nacionalista, tan intensamente identificado con los blancos de clase media y alta en São Paulo, tuvo muy poca capacidad para sostener una movilización popular, haciendo de la democratización un desafío implícito al propio dominio paulista. Tanto antes como durante la campaña constitucionalista, las elites paulistas señalaban a los habitantes de las regiones menos "avanzadas" de Brasil como impedimentos para formar una cultura nacional coherente y progresista. Pero yo sostengo que fue precisamente esta insistencia paulista en la *jerarquía* (más que en la diversidad) de las identidades regionales lo que generó el mayor impedimento para crear en los comienzos de los años 30 una cultura nacional más progresista y democrática.

Esta estructura jerárquica mayormente descansaba en conceptos *racializados*. Mientras la mayoría de los narradores y cronistas de la Revolución de 1932 no recurrieron explícitamente a ideas racistas para definir el carácter regional, elementos clave en la construcción de la identidad paulista –los tropos de civilización y modernidad– fácilmente se prestaron a discursos *racializados* sin recurrir a referencias explícitas de raza o color. En cualquier contexto São Paulo era presentada no sólo como la más próspera sino también como la más civilizada, la más culta y la más moderna. Y este tipo de representación dependía de un agudo contraste con otras regiones de Brasil, y especialmente el Nordeste, con su gran mayoría de población pobre y de color, representada como atrasada, analfabeta, semicivilizada.

Como sostiene Paul Gilroy en *The Black Atlantic*, en un mundo donde la modernidad está tan comúnmente unida con la cultura europea resulta difícil desplegar el concepto "blanquear" en términos racialmente neutros.⁶⁷ Algunos especialistas en ideologías raciales han intentado marcar una aguda distinción entre el racismo biológico y el cultural, este último visto generalmente como menos pernicioso que el "verdadero" racismo basado en las diferencias biológicas. Creo que este episodio en São Paulo nos provee de abundantes ejemplos del considerable deslizamiento de un lenguaje racista al otro y de la forma en que un discurso racista basado en procesos históricos y tendencias culturales puede ser más flexible y más durable.⁶⁸

Los reclamos paulistas de superioridad, por supuesto, no quedaron sin respuesta. Dada

la considerable competencia por el poder nacional vaciado por la Revolución de 1930, el momento se volvió auspicioso para los intereses regionales que competían por construir una identidad nacional en un abierto desafío al exclusivismo racial paulista. Nuevamente, sin ignorar las fallas y los defectos del concepto "democracia racial", se debe reconocer que en este particular contexto histórico el discurso de democracia racial imaginó una versión de la comunidad nacional brasileña mucho más inclusiva que la ofrecida por los intelectuales paulistas. Esto pudo haber sido un discurso nacionalista que ocluyó la discriminación racial en curso y desalentó la militancia alrededor de las identidades de color; en contraste con la visión paulista de la nación, no borró las etnias no europeas de la historia del Brasil colonial o poscolonial, ni imaginó una nación donde los blancos eran la única garantía de modernidad y progreso.

También es significativo que Gilberto Freyre, el principal arquitecto del concepto de democracia racial, no escribía desde un abstracto espacio suprarregional sino desde el contexto inmediato del regionalismo del Nordeste y con el claro objetivo de rehabilitar la posición cultural de su región de origen dentro de Brasil. Para Freyre, como para los intelectuales paulistas, imaginar una identidad nacional no requería rechazar lealtades regionales; mejor aún, las identidades regionales proveían los materiales básicos para construir las identidades nacionales. La diferencia es que el regionalismo de Freyre produjo una visión de la nación que hubo de resonar en las aspiraciones de la elite y en la de los sectores populares, en un sentido que la visión paulista, explícitamente racista, exclusivista y jerárquica, no podía. Para Freyre produjo de la podía.

Traducción: Andrés Levinson

Notas

¹ Véase Mário de Andrade, "Guerra de São Paulo" (manuscrito inédito), *Colecão Mário de Andrade*, Caixa Instituto de Estudos Brasileiros, Universidade de São Paulo.

² Curiosamente los estudios de política regional finalizan en 1937 con la declaración de Vargas por un "Estado Novo", una versión del régimen más centralizada y autoritaria. Véase Joseph L. Love, São Paulo in the Brazilian Federation, 1889-1937, Stanford University Press, 1980, y John D. Wirth, Minas Gerais in the Brazilian Federation, 1889-1937, Stanford University Press, 1977. Correctamente Love sostiene que federalismo y regionalismo no son sinónimos, pero el hecho de que los estudios políticos de casos regionales nunca van más allá de 1937 refuerza ciertamente la noción de que Vargas efectivamente centralizó la política brasileña. Véase J.L. Love, "A República Brasileira: federalismo e regionalismo (1889-1937)," en Carlos G. Mota (ed.), Viagem Incompleta, São Paulo, Senae, 200, pp. 121-160.

³ Para un resumen del impacto de los conceptos de Freyre en la identidad nacional brasileña, véase E. Bradford Burns, *A History of Brazil*, Nueva York, Columbia University Press, 3ª ed., 1993, pp. 329-331; también Peter Fry, "Politics, Nationality, and the Meanings of «Race» in Brazil", *Daedalus*, 129, 2, primavera de 2000, pp. 86-90; sobre *mestiçagem* y la identidad brasileña, véase Renato Ortiz, *Cultura Brasileira e Identidade Nacional*, São Paulo, Brasiliense, 1985. Para la ideología de

"blanquear la raza", véase Thomas Skidmore, *Black into White: Race and Nationality in Brazilian Thought*, Nueva York, Oxford University Press, 1974. La línea que va del pensamiento de Freyre a la idea de blanquear es a veces algo borrosa (véase Skidmore, ob. cit., p. 192). Freyre mismo sostenía que lo africano estaba "desapareciendo" de la sociedad brasileña, pero en los discursos sobre mestizaje ponía el énfasis en "amalgamar", no en la marginación o disolución mediante la inmigración y no promovió la extinción de los rasgos africanos de la cultura brasileña. Véase Gilberto Freyre, *Brazil: An Interpretation*, Nueva York, Alfred Knopf, 1945.

- ⁴ Es destacable el importante ensayo de Emilia Viotti da Costa, "The Myth of Racial Democracy: A Legacy of the Empire", en *The Brazilian Empire: Myths and Histories*, Belmont, Wadsworth, 1988, pp. 234-246, que actualiza históricamente el concepto de democracia racial. Para una crítica reciente, véase Frances Winddance Twine, *Racism in a Racial Democracy*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1998.
- ⁵ Según Carlos Hasenbalg (citado en Twine, *Racism in a Racial Democracy*, p. 6) "Freyre creó la más formidable arma ideológica contra los activistas antirracistas". ¿Fue éste el intento de Freyre? Resulta difícil creer que les haya dado alguna importancia a los activistas antirracistas cuando apareció su trabajo en los años treinta. Sin embargo no hizo esfuerzo alguno para que su trabajo no fuera usado por los apologistas del colonialismo portugués o del autoritarismo brasileño.
- ⁶ Estamos empezando a ver ciertos cambios en torno del concepto de democracia racial; menos textos de denuncias, contra acercamientos más complejos, incluso trabajos que hacen hincapié en los múltiples discursos utilizados (antes que descartarlos por tratarse de un "mito"). Véase Howard Winant, "Rethinking Race in Brazil," *Journal of Latin American Studies*, 24, 1992, pp. 173-192.
- ⁷ La mejor breve historia de la Revolución de 1932 es la de Maria Helena Capelato, *O Movimento de 1932: A Causa Paulista* (São Paulo: Brasiliense, 1982).
- 8 Véase Barbara Weinstein, "Brazilian Regionalism", Latin American Research Review, 17, 2, verano de 1982, pp. 262-76; Ruben George Oliven, A Parte e o Todo: A Diversidade Cultural no Brasil-Nação, Petrópolis, Vozes, 1992, cap. 2; Vera Alice Cardoso Silva, "O Enfoque Metodológico e a Concepção Histórica", en Marcos A. da Silva (coord.), República em Migalhas, São Paulo, Marco Zero, 1990, pp. 42-47.
- ⁹ Un caso comparable es el norte italiano; véase Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, International Publishers, 1971, pp. 70-71, 94.
- ¹⁰ Véase Pierre Vallieres, White Niggers of America: The Precocious Autobiography of a Quebec "Terrorist", Nueva York, Monthly Review Press, 1971. Sobre regionalismos en el contexto europeo, véase Celia Applegate, "A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times", American Historical Review, 104, 4, octubre de 1999, pp. 1157-1182
- ¹¹ Sobre regionalismo antioqueño, véase Nancy Appelbaum, "Whitening the Region: Caucano Mediation and «Antioqueño Colonization» in Nineteenth-Century Colombia", *The Hispanic American Historical Review*, 79, 4, noviembre de 1999.
 - ¹² Véase Th. Skidmore, ob. cit., cap. 2 y 3.
- ¹³ Véase George Reid Andrews, *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil, 1888-1988*, Madison, University of Wisconsin Press, 1991, cap. 3. Andrews señala que el entusiasmo por la inmigración declina en los años 20, junto con el aumento del nacionalismo y la intensificación de la agitación anarquista. Acompañando este declive, se realizó una campaña para valorizar al "trabajador nacional", pero de todos modos el alto racismo continuó, así como los términos laborales degradantes.

- ¹⁴ Véase Prasenjit Duara, Rescuing History from the Nation, University of Chicago Press, 1995, pp. 177-204.
- ¹⁵ Véase Maria Lígia Coelho Prado, *A Democracia Ilustrada: O Partido Democrático de São Paulo*, 1926-1934, São Paulo, Atica, 1986, pp. 97-114.
 - ¹⁶ Véase J.L. Love, São Paulo in the Brazilian Federation, pp. 119-121.
- ¹⁷ El libro de E. Bradford Burns sobre la revolución (A *History of Brazil*, p. 352) es un buen ejemplo de esta interpretación: "El significado de la revuelta fue rápidamente discernible, limitado geográficamente y con escaso apoyo popular. [...] La rebelión pareció ser una última acción de la oligarquía paulista que miraba el pasado y deseaba una restauración de sus privilegios y de su poder, y el gobierno lo trató como tal. Las fuerzas federales llegaron a la capital de São Paulo, y luego de tres meses de sitio y desordenada lucha la revuelta colapsó".
 - ¹⁸ Véase M.L. Coelho Prado, A Democracia Ilustrada, pp. 97-99.
- ¹⁹ Sobre los industriales que apoyaron el levantamiento contra Vargas, véase B. Weinstein, *For Social Peace in Brazil*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996, pp. 62-66.
- ²⁰ Ya en la década de 1880 el chovinismo paulista había producido un pequeño pero influyente movimiento separatista. Véase Cássia Chrispiniano Adduci, "A «Pátria Paulista»: O Separatismo como Resposta à Crise Final do Império Brasileiro", tesis de maestría, São Paulo, PUC, 1998.
- ²¹ Una vez más la literatura sobre el tema es vasta. Algunos de los mejores trabajos son Emilia Viotti da Costa, *Da Senzala à Colônia*, São Paulo, Ciências Humanas, 1982 [1966]; Warren Dean, *The Industrialization of São Paulo, 1880-1945*, Austin, University of Texas Press, 1969; Wilson Cano, *Raízes da Concentração Industrial em São Paulo*, São Paulo, Difel, 1977.
- ²² Realzando la singular trayectoria de São Paulo puede verse el estancamiento o el declive de regiones como Minas Gerais, el interior de Río de Janeiro y el Nordeste. La mayor difusión de métodos para guardar datos junto a la información estadística también creó una imagen donde se puede ver fácil y dramáticamente la "superioridad de São Paulo sobre el resto de las regiones". Véase Alfredo Ellis Júnior, Confederação ou Separação?, São Paulo, Paulista, 1934; T. de Souza Lobo, O Brasil Confedeado, São Paulo, Escolas Coração do Jesus, 1933.
- ²³ Véase Nicolau Sevcenko, *Orfeu estático no Metrópole: São Paulo, Sociedade e Cultura nos Frementes Anos 20*, São Paulo, Companhia das Letras, 1992.
- ²⁴ Para una discusión sobre el tema, véase Tânia Regina de Luca, A Revista do Brasil: Diagnóstico para N(ação), São Paulo, Unesp, 1999, p. 108. Nicolau Sevcenko dice que el carioca Euclides da Cunha, hacia el cambio de siglo, sostiene que "está establecido según datos válidos la hegemonía de Inglaterra sobre el mundo y la hegemonía paulista sobre Brasil"; Literatura como Missão, São Paulo, Brasiliense, 1983, p. 124.
 - ²⁵ Véase T.R. De Luca, A Revista do Brasil, p. 78.
- ²⁶ En otras palabras, estas regiones siempre estarán en un sentido histórico retrasadas respecto de São Paulo (y por lo tanto serán inferiores). Para una provocativa discusión sobre lo que ella llama "la idea imperial del tiempo lineal y el tiempo panóptico", véase Anne McClintock, *Imperial Leather: Ra*ce, Gender and Sexuality in the Colonial Contest, Nueva York-Londres, Routledge, 1995, pp. 9-11, 36-42.
 - ²⁷ Baptista Pereira, *Pelo Brasil Maior*, São Paulo, s/e, 1934, p. 347.

- ²⁸ T. de Luca, A Revista do Brasil, cap. 1.
- ²⁹ Por ejemplo, en 1954, durante las celebraciones por los cuatrocientos años, la ciudad de São Paulo organizó lo que una revista de Río llamó "la mayor procesión folclórica jamás realizada en América Latina", pero la mayoría de las representaciones eran "importadas" de otras regiones de Brasil. De hecho, de acuerdo con esta revista, "la mayor parte de esta gran variedad de presentaciones constituyeron una completa novedad para los paulistas"; *O Mundo Ilustrado*, 84, 8 de septiembre de 1954, p. 25.
- ³⁰ Véase Pierre Bourdieu, "Identity and Representation: Elements for a Critical Reflection on the Idea of Region", *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Harvard University Press, 1991, pp. 221-223.
- ³¹ Para ejemplos del mito de los *bandeirantes* en la construcción de la nación, véase Paulo Prado, *Paulística: História de São Paulo*, São Paulo, s/e, 1925; Alfredo Ellis Júnior, *Raça de Gigantes*, São Paulo, Novíssima, 1926. El mejor estudio histórico sobre la construcción del mito de los *bandeirantes* es el de Kátia Maria Abud, "O Sangue Intimorato e as Nobilíssimas Tradições: A Construção de um Símbolo Paulista. O Bandeirante", Ph.D. diss., USP, 1985.
- ³² Discuto este tema tan persistente en la historiografía esclavista en "The Decline of the Progressive Planter and the Rise of Subaltern Agency: Shifting Narratives of Slave Emancipation in Brazil", en *Reclaiming the Political in Latin American History: Essays from the North*, Durham, Duke University Press, 2001, pp. 81-101.
- ³³ Dalmo Belfort de Mattos, "A influência negra na alma paulista", *Paulistânia*, 3, octubre de 1939 [subrayado de la autora]. También sostuvo que el índice de la población blanca de São Paulo durante el período colonial era de tres a uno, estadística que parece poco menos que un deseo racista.
- ³⁴ En castellano, la combinación de 'disentir' y 'descendencia' se acerca lo más posible al sentido de esta palabra inventada por Duara. [N. del T.]
- ³⁵ Prasenjit Duara, "Historicizing National Identity, or Who Imagines What and When," en Geoff Eley y Ron Grigor Suny (eds.), *Becoming National*, Oxford University Press, 1996, pp. 151-74. Duara inventa la palabra 'discent' para expresar tanto descent (descendencia) como dissent (disentir). La frase "etnicidad ficticia" proviene de Etienne Balibar, "The Nation Form: History and Ideology", en G. Eley y R. Suny (eds.), ob. cit., pp. 132-149.
- ³⁶ De todas maneras, algunos políticos paulistas importantes encontraron dificultades para suprimir su desprecio por las otras regiones. Véase Paulo Duarte, *Que é Que Há?*, São Paulo, s/e, 1931, pp. 38-39.
 - $^{\rm 37}$ A Gazeta, 24 de agosto de 1932, p. 1.
 - ³⁸ M. de Andrade, ob. cit.
- ³⁹ Vivaldo Coaracy, *A Sala da Capela*, São Paulo, Livraria José Olympio, 1933, p. 14. Las imágenes evocadas por Coaracy son un pastiche interesante: dientes afilados era una práctica asociada a los sertanejos descendientes de africanos, pero las otras características (bajos, amarillos, ojos rasgados) parecen remitir más a un estereotipo descalificativo asociado con las tropas japonesas que recientemente (1931-1932) habían ocupado Manchuria.
 - ⁴⁰ P. Duarte, ob. cit., pp. 257-258.
- ⁴¹ Al final de *Os Sertões*, Da Cunha mismo muestra poca certeza respecto de cuáles son las fuerzas de la civilización, pero este aspecto de su obra maestra parece estar olvidado. (La versión en inglés se llama *Rebellion in the Backlands*, University of Chicago Press, 1944.) Algunos escritores

- paulistas en 1932 se hacen eco de la aversión de Da Cunha por los sertanejos, pero siempre describiendo el coraje de los hombres de esa tierra atrasada señalan la bravura irracional de ese hombre semiprimitivo. Véase "Viva o Sertão!", Folha da Noite, 15 de septiembre de 1932, p. 2. Algunos periodistas de hecho sostienen que las tropas federales fueron reclutadas de la región de los Canudos, así como del Contestado, sitio de otra gran rebelión milenarista, el gobierno habría reclutado "fanáticos irracionales" para pelear contra São Paulo. Véase A Gazeta, 7 de agosto de 1932, p. 3; 24 de agosto de 24, 1932, p. 1.
- ⁴² Racialized en el original; darle un contenido racial al discurso, lenguaje, identidad, etc. Traducimos *racializar*, inexistente en castellano pero que se acerca al sentido original. [N. del T.]
- ⁴³ En un intrigante artículo sobre la depreciación de la ciudadanía en un "universo relacional", Roberto da Matta sostiene que ningún brasileño aspira a ser un simple ciudadano, debido a que esto implica igualdad en contra de un trato privilegiado. "The Quest for Citizenship in a Relational Universe," en John D. Wirth *et al.*, *State and Society in Brazil*, Boulder, Westview, 1987, pp. 307-35. Su argumento considera sólo comportamientos individuales estructurados mediante relaciones de patronazgo y clientelismo. Yo sostengo que existen simultáneamente nociones de jerarquía que sitúan a ciertas colectividades dentro de Brasil con mayores privilegios que otras, merecedoras de *plena* ciudadanía.
- 44 C.R. Cameron a Walter C. Thurston [Chargé, RJ], São Paulo Political Report N° 49, 9 de agosto de 1932, Record Group 59, "Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Brazil, 1930-1939" (el subrayado es de la autora). Agradezco a James Woodard por esta información.
- ⁴⁵ Exploro los límites discursivos sobre la emancipación femenina durante esta campaña en "Inventing *A Mulher Paulista*: Politics and the Gendering of Brazilian Regional Identities in the 1932 São Paulo Revolution". texto inédito. Peter Wade señala correctamente que las construcciones sobre la "blancura" paulista "tendrían un sentido ligeramente distinto si se prestara atención a la realidad de la vida cotidiana", pero yo prefiero enfocarme en el nivel de las representaciones porque creo que fue allí donde se establecieron los términos del debate (si bien no resuelto), y nadie escapó de estos límites discursivos; habiendo acordado matar y morir por la "causa paulista", quienes participaron no tuvieron mucho lugar para oponerse a estas representaciones dominantes. Para una discusión sobre la "civilización" como metáfora que estructuró tanto los discursos hegemónicos como los opositores, véase Gail Bederman, *Manliness and Civilization*, University of Chicago Press, 1995.
 - ⁴⁶ Véase P. Duarte, Que é Que Há?, pp. 257-258.
- ⁴⁷ "Paulista, Não te Desanimes," Arquivo do Estado de São Paulo (AESP), Coleção Rev. de 1932, Pasta 357. Doc. 673.
- 48 São Paulo, 1932 (AESP, colección facsimilar). Ésta era una variante de la conocida imagen de São Paulo como la "locomotora" que empuja un desperdiciado tren de vagones vacíos.
- ⁴⁹ Para una discusión sobre la forma en que los discursos sobre racismo cultural y racismo científico se alimentan entre sí, véase Ann L. Stoler, "Sexual Affronts and Racial Frontiers: European Identities and the Cultural Politics of Exclusion in Colonial Southeast Asia", en Frederick Cooper y Ann L. Stoler (eds.), *Tensions of Empire*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. 198-237.
 - ⁵⁰ Véase B. Pereira, *Pelo Brasil Major*, p. 347.
 - 51 A. Ellis, Confederação ou Separação?, p. 20.
 - 52 A. Ellis, A Nossa Guerra, São Paulo, Piratininga, 1933, p. 128.

- ⁵³ Véase Menotti del Picchia, A Revolução Paulista, São Paulo, s/e, 1ª ed., 1932, pp. vii-viii.
- ⁵⁴ Ídem, p. x.
- ⁵⁵ A. Ellis, A Nossa Guerra, pp. 26-27.
- ⁵⁶ Vivaldo Coaracy, *O Caso de São Paulo*, São Paulo, Ferraz, 1932, p. 135. Resulta interesante saber que Coaracy no era nativo de São Paulo.
- ⁵⁷ Véase el capítulo "Os Dois Brasis," en V. Coaracy, *Problemas Nacionaes*, São Paulo, s/e, 1930.
- ⁵⁸ Coincido con Ann Stoler ("Sexual Affronts", p. 214) en que, incluso durante la mayor influencia del racismo cultural, las ideologías racistas tendían a hacer borrosos los límites entre lo cultural y lo biológico. Véase también Sidney Chalhoub, "The Politics of Disease Control: Yellow Fever and Race in 19th Century Rio de Janeiro", *Journal of Latin American Studies*, 23, 3, octubre de 1993, pp. 441-463.
- 59 M. de Andrade, ob. cit. Esto resulta aun más llamativo debido a que Andrade mismo era de origen mestizo.
 - 60 O Estado de São Paulo, 19 de julio de 1932.
 - ⁶¹ A Gazeta, 7 de agosto de 1932, p. 3.
- ⁶² AESP, Col. Rev. de 1932, Pasta 378, Doc. 1587, pp. 9-10. Nótese que la identidad "racial" de los nordestinos en la mirada paulista era bastante inestable. El "tipo racial" despectivamente señalado como "cabeça chata" puede ser vagamente descripto como una mixtura de portugués, indio y africano, mientras que en otro contexto a los norteños se los llama negro o mulato.
 - 63 "Paulistas", Jornal das Trincheiras, 5, 28 de agosto de 1932, p. 1.
- ⁶⁴ Sobre solidaridad horizontal como un aspecto clave de la identidad nacional véase Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983, p. 7.
 - 65 "Paulistas", Jornal das Trincheiras 5, 28, de agosto de 1932, p. 1.
 - ⁶⁶ V. Coaracy, O Caso de São Paulo, p. 18.
- 67 Véase Paul Gilroy, The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness, Cambridge, Harvard University Press, 1993, p. 2.
- ⁶⁸ Sobre la manera en que la identidad cultural permite la fusión de raza y nación, véase P. Gilroy, "One Nation Under a Groove", en G. Eley y R. Suny, ob. cit., p. 357.
- ⁶⁹ Para una rica discusión sobre la relación entre el regionalismo de Gilberto Freyre y sus ideas sobre la modernidad y la identidad nacional, véase R.G. Oliven, "O nacional e a regional na construção da identidade brasileira", en *A Parte e o Todo*, pp. 31-45. Sobre los esfuerzos regionales para "blanquear" al "hombre del nordeste", véase Stanley E. Blake, "The Invention of the Nordestino: Race, Region, and Identity in Northeastern Brazil, 1889-1945", Ph.D. diss., SUNY at Stony Brook, 2001.
- 70 Ibídem. Para estar seguro, el propio Vargas (trabó batalla con los intereses regionales en São Paulo y Rio Grande do Sul) presentó esto como una cuestión de "o lo uno o lo otro", simbolizado en

la quema ceremonial de las banderas del estado en 1937. Sobre Vargas y el regionalismo, véase su Diário, especialmente vol. II, 1937-1942, Río de Janeiro, Siciliano-FGV, 1995, pp. 9-101.

⁷¹ Una vez más, no necesitamos focalizar todas nuestras energías en desterrar el "mito" de la democracia racial; ahora podemos considerar el sentido y la circulación de este discurso, tanto entre las elites como en los sectores populares. Para una estimulante discusión sobre el tema, véase Sueann Caulfield, *In Defense of Honor: Sexual Morality, Modernity, and Nation in Early 20th Century Brazil*, Durham, Duke University Press, 2000, cap. 5. Sobre Gilberto Freyre, regionalismo, e identidades nacionales, véase Hermano Vianna, *The Mystery of Samba: Popular Music and National Identity in Brazil*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999, pp. 40-42.

Artículos



Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar

Daniel Dicósimo*



Introducción

n este artículo nos proponemos analizar el comportamiento sindical du-■ rante la última dictadura militar. En particular, estudiaremos el papel de los dirigentes de las seccionales o filiales de dos grandes sindicatos industriales, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y la Asociación Obrera Minera Argentina (AOMA), en su rama del cemento, durante las luchas que protagonizaron sus afiliados por aumentos de salarios y contra la intensificación del trabajo en la provincia de Buenos Aires. Lo haremos a través de un análisis comparativo de las filiales AOMA Barker y UOM Tandil, ubicadas en el sudeste de la provincia de Buenos Aires.¹ La mayoría de los afiliados de la primera eran obreros de la fábrica Loma Negra, construida por Alfredo Fortabat en 1955 a siete kilómetros de Barker, en lo que se llamaría Villa Cacique, que en 1974 ocupaba a 1.060 personas y en 1980 a 966. Por su parte, el padrón de la segunda se nutría de un heterogéneo sector metalmecánico, cuyo baluarte era Metalúrgica Tandil, una fundidora creada en 1949 cuyo plantel evolucionó de 1.400 en 1976 a 913 en 1980.²

El interés de tomar estos casos para la comparación reside en las diferencias exis-

tentes entre uno y otro, tanto en el comportamiento de los dirigentes seccionales como en el de los trabajadores frente a fenómenos semejantes de racionalización del trabajo. Por un lado, los líderes locales de AOMA optaron por autolimitarse a una función administrativa después del golpe de Estado, lo que no impidió que fueran atacados y jaqueados por Loma Negra a través del despido de sus miembros más combativos y aun de los moderados; al mismo tiempo, los obreros de la cementera permanecieron pasivos ante iniciativas empresariales de flexibilización y de reducción de los costos del servicio de salud e higiene en la fábrica, aunque el aumento de la demanda de cemento entre 1977 y 1979 obligaba al empleador a retener la mano de obra y facilitaba la ejecución de medidas de fuerza. Por otro lado, en el otro caso, el secretario general de la UOM Tandil fue convocado por la fundidora más importante de la ciudad como el "delegado de los obreros" ya en 1978 y actuaba, según las circunstancias, como mediador, moderador y asesor de los trabajadores y sus delegados; mientras que el colectivo obrero de aquélla resistió activamente, aunque en circunstancias desfavorables, los intentos empresariales de eliminar los regimenes especiales por insalubridad y de prolongar la jornada laboral.

^{*} IEHS, UNCPBA, Tandil.

En términos generales, elegimos estos sindicatos industriales porque se insertan en un sector de la economía donde se registró, entre 1976 y 1982, la mayoría de los conflictos por los motivos mencionados,³ lo cual nos permitirá aproximarnos a la comprensión de un fenómeno más general como es el de la resistencia obrera a políticas estatales coactivas. En este sentido. optamos por centrarnos en los dirigentes intermedios cuvos mandatos fueron prorrogados por el gobierno militar, por su influencia e intervención directa en la compleja trama de relaciones sociales y de poder en los lugares de trabajo, lo que pone de relieve la naturaleza paradójica del sindicalismo: ser parte del sistema capitalista al mismo tiempo que representa intereses antagónicos a él.4 Y, en última instancia, porque miramos a los actores sindicales, sus lógicas y prácticas, no desde una historia del movimiento obrero sino de los trabajadores. En ella la experiencia cotidiana en el lugar de trabajo es fundamental, en la medida en que entender las relaciones de producción y las tradiciones, los sistemas de valores, las ideas y las formas institucionales que se originan en ella permite al historiador recuperar al sujeto trabajadores, es decir, diferenciarlo de categorías demasiado generales y homogéneas como clase obrera o movimiento obrero y, al mismo tiempo, identificar el proceso en que se constituye como actor colectivo.⁵

Como es sabido, el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 tenía como uno de sus propósitos fundamentales resolver lo que se percibía como conflictos constitutivos de la sociedad argentina: la movilización social que se originó en el Cordobazo; las protestas obreras que, derivadas de

aquél, cuestionaron la autoridad de los empleadores sobre la producción y la de los "burócratas sindicales" sobre las organizaciones que presidían, y las pujas sectoriales por la distribución del ingreso nacional entre las grandes corporaciones de empresarios y trabajadores. Para cortar este nudo gordiano, el gobierno de facto desencadenó una "política estatal coactiva": detenciones, secuestros y desapariciones de dirigentes, delegados y activistas; intervencio-

nes de sindicatos y de la Confederación General del Trabajo (CGT), y elaboración de una legislación antiobrera. Esta ofensiva contra la clase obrera y sus organizaciones buscaba fragmentarla y controlarla, y era funcional a la posibilidad de ordenar el Estado, así como desregular y abrir

A pesar de un contexto tan desfavorable, hay indicios de que la resistencia apareció tempranamente en los lugares de trabajo; poco después del golpe reaparecieron los conflictos, que alcanzaron su punto culminante en 1981. No obstante, la protesta tuvo dimensiones cualitativa y cuantitativamente

la economía.

diferentes de las que podemos encontrar antes de 1976: su carácter fue molecular, y se limitó a establecimientos aislados o a conjuntos locales o regionales, cuyos obreros trataron de no atraer la represión de las fuerzas de seguridad. Fue una lucha empecinada en reconstruir las organizaciones sindicales de fábrica, que los empresarios prohibieron o desmembraron cada vez que pudieron, y sus protagonistas centrales fueron los delegados "provisorios", elegidos por sus compañeros sin autorización del empleador o, en algunas ocasiones, designados por éste para tener un "interlocutor válido". Levantó demandas defensivas,

sostenidas en prácticas novedosas, de corta duración, extensión limitada, permanencia en los lugares de trabajo y desarrollo intermitente, y su evolución durante el período no presenta una trayectoria lineal sino que parece haber seguido el curso errático de la coacción, la economía, los intentos de centralización de la protesta y las relaciones entre los dirigentes sindicales y el gobierno.

La principal motivación de los conflictos colectivos fue salarial, en un segundo orden las condiciones de trabajo y la falta o disminución del trabajo, seguida por la defensa de la organización sindical, el rechazo de las represalias patronales, la defensa contra la represión estatal v los reclamos en torno del comedor de planta.⁷ Las tres primeras pueden explicarse como producto de los esfuerzos del gobierno militar por estabilizar la economía. El salario real industrial cayó 32 por ciento sólo en el segundo trimestre de 1976, debido a la eliminación de todo control de precios y al congelamiento de los salarios, y se recuperó con un ritmo más lento que en otros sectores de la economía, probablemente porque el control salarial se aplicaba en forma más estricta en la industria manufacturera.8 Asimismo, el aumento de las importaciones, debido a la sobrevaluación del peso, provocó una caída del producto industrial de 20 por ciento y la pérdida, sólo en la Capital y el Gran Buenos Aires, de 128 mil puestos de trabajo durante el período.9

No obstante, en las relaciones entre producción, empleo y productividad podemos observar diferencias entre los sectores en los que se ubican nuestros casos de estudio: las industrias del cemento y metalmecánica. Mientras que la primera estuvo, según Luis Beccaria y Gabriel Yoguel, entre las que aportaron al incremento de la ocupa-

ción, la segunda se localizó entre las que redujeron su empleo y su producción. En la metalmecánica, el desempleo estuvo asociado al aumento de la productividad relativa; a diferencia de las ramas que disminuyeron su ocupación al mismo tiempo que incrementaban la producción, ésta no incorporó tecnología moderna sino que se valió de "cambios en la intensidad del uso del factor trabajo, producto de las modificaciones en las condiciones en las que se enmarcan las relaciones laborales", 10 que le permitieron amortiguar el impacto de la reducción de la demanda.

Esto nos indica hasta qué punto se habían cumplido, al menos en esta rama de la industria, dos objetivos empresariales anteriores al golpe de 1976: la recuperación del control sobre las fábricas y el incremento del ritmo de trabajo. El problema de la productividad nos presenta aquí las dos caras de la disciplina: el control por el control mismo, es decir la autoridad indiscutible sobre la organización laboral, era un requisito indispensable para exigir y conseguir un aumento de la carga de trabajo. 11 El ausentismo afectaba la productividad desde 1974, pero los empresarios no tenían el poder suficiente para solucionar el problema, debido a que su autoridad era cuestionada en los grandes establecimientos y núcleos industriales por el sindicalismo clasista y de liberación.

Es poco lo que sabemos sobre este dramático período de la historia de la clase obrera argentina y su movimiento sindical. Entre 1976 y 1982 los conflictos fabriles merecieron una referencia en varios estudios realizados por sociólogos y politólogos, pero un análisis profundo de esos conflictos fue soslayado destacando, en cambio, la inmovilidad v desmovilización de la clase obrera y sus sindicatos. Los análisis más enriquecedores han sido aquellos que cuestionaron esa tesis desde interpretaciones diferentes, como los de Ricardo Falcón y Pablo Pozzi. 12 En ellos, la resistencia emerge como un fenómeno dominantemente molecular y defensivo, manifestando una gran capacidad de adaptación para defender lo que se consideraban las "conquistas históricas" del movimiento obrero, y como un proceso de acumulación de fuerza v de incubación de un provecto de sociedad concreto, que frustró la conformación de la "red de relaciones de fuerza" donde pretendía apoyarse la dictadura, respectivamente.

Según los estudios de que disponemos hov, los sindicatos intervenidos, como la UOM, participaron escasamente en los conflictos que surgieron poco después del golpe de Estado, debido a que estaban presididos por militares, no tenían injerencia sobre las negociaciones en las fábricas y se abstuvieron de manifestarse abjertamente. Asimismo, los dirigentes nacionales de organizaciones no intervenidas, cuyos mandatos habían sido prorrogados y recibieron un trato "amigable" desde el Ministerio de Trabajo, como AOMA, habrían optado por limitarse a la administración de sus obras sociales. 13 En este trabajo nos permitimos dudar sobre la posibilidad de generalizar estas afirmaciones a todos los niveles de la estructura sindical y nos preguntamos qué papel desempeñaron los dirigentes más cercanos a las fábricas en conflicto, como los de las seccionales, con respecto de los nuevos delegados, que surgieron espontáneamente al calor de esas disputas, y de los empleadores con quienes ya habían compartido el esquema de mediación entre trabajo y capital anterior al golpe de 1976.

Queremos saber si fueron solamente "correas transmisoras" de las políticas coactivas del Ministerio de Trabajo, que prorrogaba sus mandatos, o si tuvieron un papel activo en la dinámica del conflicto.

"Prisioneros políticos en la villa..." 14

El 24 de marzo de 1976, el Comando de la 1ª Brigada de Caballería Blindada, cuvos cuarteles estaban en la cercana ciudad de Tandil, envió unidades militares que ocuparon sorpresivamente la delegación municipal y el destacamento policial de Barker v la seccional de AOMA en Villa Cacique, dos localidades cercanas y ligadas laboralmente a la fábrica de cemento Loma Negra. 15 Asimismo allanaron las casas de los trabajadores de la empresa "que el ejército consideraba de izquierda, removieron sus cosas y les dieron un susto a sus familias"; 16 establecieron una guardia armada en la entrada de la planta, cuyo gran edificio se alza sobre Villa Cacique, que controlaba la identidad de guienes ingresaban y salían de ella; clausuraron la sede sindical, fajando sus puertas, y ordenaron a sus dirigentes que solicitaran autorización a la policía cada vez que fueran a abandonar estas localidades.

Pocos días después, las autoridades militares comunicaron a la Comisión Directiva del sindicato que sólo una parte de ella seguiría en funciones, limitadas a la administración de la obra social. A fines de 1976 los mandatos de sus miembros fueron prorrogados, cuando se acercaba su vencimiento, en virtud de la ley 21.356 dictada por el gobierno de facto y que consagraba la continuidad "de la vida institucional" de los sindicatos. Sin embargo, los que sobrevivie-

ron a ese primer recorte sufrirían un progresivo desgranamiento, entre 1977 y 1978, a medida que Loma Negra despidió o forzó a renunciar a quienes se habían manifestado combativos en lo gremial y críticos de la ortodoxia peronista antes del golpe de Estado.

Entre el 24 de marzo de 1976 y el mismo mes de 1977 se interrumpieron casi todas las actividades gremiales; la única iniciativa registrada más allá de lo puramente administrativo fue la avuda económica a trabajadores con salarios caídos por motivos de enfermedad o accidentes. 19 Lo que predomina, en cambio, es la cautela, la moderación y hasta la aprensión respecto de llevar a cabo otras acciones, que habían sido habituales antes del golpe de Estado. Por ejemplo, la Comisión Directiva fue invitada, en los primeros días de junio de 1976, a una reunión de la CGT regional Tandil con el obieto de considerar la solicitud de una audiencia al comandante de la 1ª Brigada de Caballería Blindada, la principal unidad militar radicada en la región, donde los dirigentes plantearían la situación de los sindicatos intervenidos. Luego de una discusión interna decidieron no concurrir, "hasta que AOMA tome cartas en el orden nacional, porque puede traer problemas más graves que los que hay hasta la fecha. [...] En AOMA nos dijeron que nos mantuviéramos al margen de toda clase de reuniones".20

Además de estas directivas nacionales, que AOMA bajaba a sus filiales, el despido de uno de sus compañeros de comisión y de algunos delegados en junio de 1976, y en última instancia la huella psicológica que debieron dejar en ellos los recientes allanamientos de sus domicilios, los volvió

más sensibles a las posibles consecuencias de desobedecer las órdenes del gobierno militar. Así lo sugiere la advertencia del secretario general en el sentido de pedir autorización de la policía para sesionar, "porque en el diario *Clarín* se reafirmó el decreto de la Junta de Comandantes, que prohíbe todo tipo de reunión". ²¹ Un mes después, una nueva irrupción de las fuerzas de seguridad en el local sindical era esperada por la Comisión Directiva, como lo indica el hecho de que adoptaran la precaución de esconder el mimeógrafo del sindicato en el domicilio de uno de sus dirigentes. ²²

En un intento de no provocar suspicacias de la empresa que pudieran causar represalias, desconocieron hasta los intersticios que ofrecía la administración estatal del trabajo, insospechada de llevar adelante acciones prohibidas por el gobierno mi-

litar, para desarrollar algunas acciones

gremiales.²³ En ese mes de julio de 1976 recibieron una notificación del Ministerio de Trabajo delegación Tandil, según la cual había varios

expedientes iniciados antes del golpe que involucraban a obreros de Loma Negra y estaban pendientes de resolución. Aunque los funcionarios del ministerio les garantizaron que el trámite estaba permitido por la nueva legislación laboral y sindical, los dirigentes cementeros decidieron "dejarlo en suspenso hasta que aclare este mal momento que pasa la clase trabajadora argentina". ²⁴ Asimismo, reforzaron esas señales de moderación reduciendo las visitas del asesor legal (que viajaba desde Tandil) de una frecuencia semanal a otra quincenal. ²⁵

Pero un año después, en junio de 1977, las nuevas cesantías y renuncias for-

zadas de miembros de la Comisión Directiva y delegados de la fábrica de cemento los obligaron a denunciar a la empresa ante el Ministerio de Trabajo, considerando que los despidos eran injustificados v un abuso.²⁶ La displicente respuesta de un vocero de Loma Negra, quien prometió que "en adelante no tomarían esas medidas sin justificación", 27 el silencio de la administración del trabajo y el descubrimiento de que el empleador no estaba reteniendo la cuota sindical de los salarios de sus afiliados²⁸ desmoralizaron a tal punto a los dirigentes que éstos llegaron a dudar si completarían su mandato.

En esa situación les llegó el rumor de que la empresa otorgaría a todo el personal un aumento salarial de 40 por ciento, con la condición de que renunciaran por escrito a sus categorías de convenio y aceptaran realizar "cualquier trabajo". 29 En 1977 la demanda de cemento había aumentado v el nivel de producción parecía en vías de recuperarse, luego de una leve disminución entre 1975 y 1976, y se iniciaba un ciclo de crecimiento que se prolongaría hasta 1979.30 Este contexto expansivo debe haber incentivado a la empresa para eliminar las trabas a un uso flexible del personal que ponía el convenio colectivo al establecer correlaciones estrictas entre categorías profesionales, tareas y remuneraciones. Así lo recuerda el secretario general de la época: "Un soldador ha-

cía el trabajo que le de-

terminaba el convenio y nada más, si no quería hacer otro trabajo durante la jornada, no lo hacía" y "si un ofi-

cial de primera no es-

taba v lo reemplazaba un medio oficial, tenían que equipararle aunque fuera por unas horas el sueldo más alto".31

Lo cierto es que la flexibilización no alcanzó a todo el personal sino sólo a los empleados administrativos. Hasta ese momento esa categoría, que era muy numerosa en la planta, estaba contemplada en el convenio v representada por AOMA. lo cual incomodaba a la empresa. Para "liberarlos" ésta recurrió a su jerarquización, ascendiéndolos a categorías que no estaban incluidas en el convenio, pero sin un aumento proporcional de salarios. La resistencia sindical fue desalentada enseguida, por un lado debido a la actitud de resignación que los dirigentes locales encontraron en la central de AOMA, donde les advirtieron que "la seccional no podía poner ni siguiera un comunicado alertando a los compañeros", y por el beneplácito que los ascensos tuvieron entre muchos empleados.

Pocos días después, el 15 de diciembre de 1977, Loma Negra anunció que eliminaría la guardia médica que funcionaba en la fábrica de cemento. Este servicio había sido demandado por el sindicato en la primera mitad de los años 70 y habilitado luego de un acuerdo con la empresa.³² La Comisión Directiva rechazó formalmente la medida en el Ministerio de Trabajo por violar la ley 19.587, de Higiene y Seguridad;³³ pero la denuncia no prosperó y la empresa tomó represalias despidiendo a uno de sus miembros más combativos. mientras corría el rumor de que haría lo mismo con otros dos.³⁴

Convencidos de que si "Loma Negra continuaba en forma progresiva con estos despidos"35 la representación sindical en Barker quedaría reducida a una mínima expresión o desaparecería, los dirigentes mineros denunciaron el "despido injustificado"

ante la autoridad administrativa del trabajo e iniciaron un juicio a la empresa en el fuero laboral de la Justicia provincial, para obligar a aquélla a pagar la llamada "doble indemnización". 36 Sin embargo, lo más significativo es que se propusieron defender a los dos potenciales despedidos haciendo valer el fuero sindical mientras realizaban gestiones en la central de AOMA;³⁷ para ello ampliaron sus interlocutores más allá de los funcionarios locales del Ministerio de Trabajo. apuntando a las autoridades regionales y nacionales de la intervenida CGT. Ello se entiende como parte de la táctica oportunista de los dirigentes nacionales de AOMA, quienes integraban la conducción de la Comisión de los 25 y tenían buenas relaciones con el Ministerio de Trabajo.³⁸

En abril de 1978 los dirigentes de Barker fueron recibidos por un funcionario de la intervención nacional de la CGT, un coronel "encargado del sector laboral" de la región central de la provincia, ante guien denunciaron los abusos de la empresa y la ineficacia de las autoridades locales del Ministerio de Trabajo. El militar otorgó "amplias facultades" al interventor de la CGT Tandil, que los había acompañado, "para recorrer las plantas industriales de la zona denunciando todo tipo de hechos anormales".39 A su regreso hicieron un balance optimista sobre el futuro sindical: "El trámite en la CGT no sólo será beneficioso para los miembros de la Comisión Directiva, sino que además servirá para salvaguardar al obrero de la planta y darle seguridad de mantener el trabajo con garantías".40

Decididos a explotar este factor de presión sobre Loma Negra, elaboraron un informe sobre la situación laboral en esta empresa u le confiaron al interventor de la CGT Tandil su presentación ante las autoridades nacionales de la confederación. Asimismo, iniciaron gestiones en Tandil para conseguir una entre-



vista con un mavor del comando de la 1ª Brigada de Caballería Blindada, quien según les habían informado tenía "estrecha relación laboral en lo que concierne al Ministerio de Trabaio v a los gremios" 41

Pero no todos en la Comisión Directiva sentían el mismo optimismo sobre la posibilidad de ampliar los límites de la actividad sindical, como lo indica el hecho de que a la hora de decidir si prolongaban las licencias gremiales de guienes estaban amenazados con el despido prevaleció el criterio de no usarlas como medio individual para "preservar el trabajo", ya que todos los dirigentes del sindicato local estaban expuestos a perderlo. 42 Como se suponía, los dos dirigentes en cuestión fueron despedidos entre mayo y agosto de ese año y el secretario general de la seccional, el 30 de junio de 1981.43 En total, desde el golpe de Estado habían sido expulsados nueve de los catorce titulares elegidos en 1975.

El "delegado de los obreros" metalúrgicos

Poco después del golpe de Estado, el interventor militar de la UOM, el coronel Horacio De Stéfano, 44 prorrogó los mandatos del secretario general y del secretario administrativo de la seccional Tandil. El primero de ellos había sido elegido para el cargo en 1968 y reelecto en tres oportunidades. Sin embargo, sus relaciones con los delegados de las fábricas más grandes de la ciudad, entre ellas Metalúrgica Tandil, 45 cambiaron entre 1974 y 1976 a causa de su negativa a apoyar sus demandas sobre salarios y condiciones de trabajo. La tensión política interna de la

seccional se volvió incontrolable entre el segundo semestre de 1975 y el 24 de marzo de 1976, en el contexto de una atmósfera industrial explosiva: las suspensiones y la caída de los salarios provocaron diversas medidas de fuerza y malestar entre los obreros, que se movilizaron hasta el sindicato y forzaron al secretario general a presentar su renuncia el 22 de marzo. 46

No obstante, el interventor militar lo citó para comunicarle que su mandato sería prorrogado y que la actividad gremial quedaba reducida a la administración de la obra social; luego rompió el telegrama con su renuncia y le dijo que "si había estado en las buenas, ahora debería aquantar en las malas". 47 Durante dos años, a partir de entonces, la seccional local no desarrolló otra actividad que no fuera administrativa; estaba constreñida por una legislación que suspendía la acción sindical, prohibía el derecho de huelga y los fueros sindicales, y por un Ministerio de Trabajo que podía reemplazar a los delegados de fábrica cuando guisiera. Además, la estructura de delegados de fábrica fue desarticulada poco después del golpe militar; en Metalúrgica Tandil el núcleo sindical más experimentado, los combativos, fue obligado a renunciar por el directorio de la empresa y se paralizó toda la seccional. El propio secretario general, aunque reconocido por la intervención militar, sufrió amenazas y presiones: en su testimonio recuerda que dos oficiales superiores del comando de la 1ª Brigada de Caballería Blindada le prometieron "triturarlo" a golpes si promovía la actividad gremial. 48

Sin embargo, volvió a entrar en una fábrica como mediador entre los obreros v la gerencia casi dos años después, en oportunidad de producirse un conflicto en la sección novería de Metalúrgica Tandil. En 1978 el gerente de Relaciones Industriales de esa empresa solicitó al Ministerio de Trabajo una pericia técnica sobre la salubridad en esa sección⁴⁹ con el obieto de eliminar o reducir la vigencia del régimen laboral de seis horas y plus salarial por calorías e insalubridad, que el sindicato le había impuesto en 1975. Cuando llegaron los inspectores del ministerio, acompañados por un alto oficial del Ejército, el secretario general se apersonó en la planta y fue presentado como "delegado de los obreros" por la misma gerencia. Esto es interesante porque después de dos años de "ostracismo" su papel de mediador era reconocido nuevamente debido, según el propio sindicalista, a la confianza que la gerencia depositaba en él luego de un trato mutuo de veinte años. Al parecer, ese atributo de "confiable" era revalorizado después de un fallido intento empresarial de modificar unilateralmente las condiciones de trabajo. 50 El secretario general adquiría el perfil de lo que Ricardo Falcón llamara "interlocutor válido", es decir alguien con guien negociar si las decisiones empresariales causaban una reacción entre los obreros perjudicados.⁵¹

Según la pericia, existía insalubridad en sólo dos puestos de trabajo de noyería, es decir que el régimen laboral especial debería acotarse y la mayoría de los noyeros volverían a una jornada laboral de ocho horas. Éstos se opusieron declarando un paro por tiempo indeterminado, a pesar de los consejos del secretario general a favor de

parar sólo dos horas por jornada: "A los compañeros los reuní y les dije: «¡Muchachos no sean tontos, trabajen las seis horas como venían haciendo hasta ahora, no innoven!». Salieron de la reunión diciendo que me había vendido, pero yo estaba en la justa, porque usted debe reclamar lo que le quitaron pero las seis horas debían trabajarlas. Pararon noyería y causaron un perjuicio enorme, porque entonces paró automáticamente fundición, es decir que también enterraban a sus compañeros fundidores porque la empresa los suspendía por falta de trabajo". ⁵²

Después de quince días de paro, una parte de los noyeros aceptó el cambio y una oferta de un plus salarial de 20 por ciento y volvió al trabajo, y quienes se opusieron, alrededor de sesenta, fueron despedidos.

El secretario general se desempeñó nuevamente como interlocutor en 1979, durante un conflicto en la misma empresa por el nivel de los salarios. ⁵³ En marzo el pedido de un incremento en el ticket de la merienda fue respondido con evasivas, lo que provocó un paro general de dos horas en el que intervinieron unos 435 obreros y empleados. ⁵⁴ "Se pasó la comunicación entre toda la gente y nos reunimos en los lugares de trabajo y después en una asamblea", re-

cuerda uno de los participantes, y esa asamblea eligió tres delegados que representarían a todo el personal en una reunión con la Gerencia General. El secretario general participó en esta última convocado por la empresa, no para salvar un vacío organizacional sino para mediar frente a los delegados; así, recomendó a los delegados que aceptaran la oferta empresarial, un aumento del ticket de merienda y un ajuste de 10

por ciento en los salarios, porque era prefe-

rible en todo caso a la intervención militar, con la cual lo habían amenazado los jefes del comando de la $1^{\rm a}$ Brigada de Caballería Blindada. 55

Esto no sirvió para apurar un acuerdo entre las partes, ni para impedir que el paro resurgiera con mayor apoyo, y la mediación del secretario general no fue convocada nuevamente. En su lugar, el presidente del directorio y fundador de la empresa apeló a un llamado al diálogo con cada obrero, sin delegados de ningún tipo, prometiendo que los militares no intervendrían mientras el paro fuera levantado. Tras diez días de tensa espera, una cifra incierta de despedidos (entre treinta y tres y noventa) y una manifestación silenciosa del personal en paro frente a la planta, se llegó a un acuerdo.

La actuación más intensa y prolongada del dirigente seccional en un conflicto, aquella donde es más difícil distinguir entre su papel como mediador y cierta iniciativa de *conducir* la acción gremial, se produjo en el paro de 1980 contra la prolongación de la jornada a nueve horas en Metalúrgica Tandil. Éste tuvo varias particularidades respecto del de 1979: primero fueron elegidos los delegados y organizado el paro, que duraría dos meses; ⁵⁷ cada sección

designó su representante, reconstru-

yendo así la estructura de "cuerpo" anterior al golpe; en este caso es posible identificar que la iniciativa provenía de una de las secciones con mayores antecedentes gremiales: usinado;⁵⁸ y, por último, los empleados administrativos no participaron en el

conflicto, porque las nueve horas incluían el horario corrido y éste ahorraba, almorzando en la planta, dos viajes diarios hasta sus hogares. A diferencia de los conflictos anteriores, los delegados escucharon los consejos del secretario general en el sentido de impugnar el nuevo

horario cumpliendo sólo el vigente, es decir las ocho horas, algo semejante a lo que había recomendado para el problema en noyería.⁵⁹ El propósito de esa táctica parece haber sido conducir la protesta por un estrecho margen de legalidad, entre el derecho consuetudinario a las ocho horas de labor y la legislación que ratificaba el derecho patronal a modificar los horarios según su conveniencia, evitando exponer a los trabajadores al rigor de las sanciones y la represión. Sin embargo, no pudo evitar que la empresa despidiera a veintinueve operarios, "por reiterado abandono del trabajo e incumplimiento de horarios" durante marzo de 1980. Esto reforzó su posición conciliadora: persuadió al gerente de Relaciones Industriales de no seguir despidiendo trabajadores y discutir la situación de los veintinueve, mientras recomendaba a los delegados que aprovecharan las audiencias de conciliación para evitar que hubiera nuevos despidos y reincorporar a los despedidos.60

Sin embargo, otra decisión unilateral de la empresa agudizó el conflicto: una reasignación de tareas y traslados de sección, con el objeto de equilibrar y compensar las dotaciones debilitadas por las recientes bajas, provocó que los delegados ratificaran su desobediencia. Tres días después, el 15 de marzo, Metalúrgica Tandil despidió a veinte operarios más; por entonces el sindicato parecía haber renunciado no sólo a la resistencia sino también a la reincorpo-

ración y recomendaba, implícitamente, a los despedidos que rechazaran las razones del despido e iniciaran una demanda en la justicia laboral. En abril desapareció la expectativa de que el Ministerio de Trabajo apoyara la resistencia, cuando éste reconocía la facultad empresarial para establecer los horarios de trabajo en su planta industrial, sin necesidad de pedirle consentimiento ni autorización. 61

La resistencia se había debilitado, además, por la deserción de la planta de aluminio, donde se cumplieron horas extras durante el conflicto, y por la suspensión del premio por asistencia. El secretario general recuerda cómo se manifestaba ese cambio: "El problema empezó cuando la gente ya no aguantaba más. Venían a decirme que tenían familia, que era lo mismo trabajar nueve horas que ocho si después había un fin de semana largo [recordemos que la semana laboral quedaría reducida a cinco días]. Pero no se animaban a decirlo en público". 62

En este contexto, convocó una asamblea de operarios en la sede gremial, recuperando la iniciativa del conflicto. Estas discretas visitas individuales o de pequeños grupos al sindicato, cuyo dirigente hacía ya dos meses que estaba marginado del conflicto, sugieren que posiblemente el cuerpo de delegados que lo había conducido también se había debilitado. Frente a ese vacío aquél les dio la oportunidad de justificar el abandono de la resistencia. Durante la asamblea, una de las pocas realizadas durante la dictadura en el gremio metalúrgico local, los escasos asistentes aprobaron la moción de cumplir la jornada de nueve horas y la semana laboral de cinco días. La mayoría del plantel obrero acató la resolución con excepción de usinado. cuyos operarios habían liderado la resistencia, donde el nuevo horario fue introducido más tarde. ⁶³

El secretario general recuperó el papel de "delegado de los obreros", que la empresa le había reconocido durante el conflicto de novería, y negoció un aumento retroactivo de 25 por ciento sobre los básicos, una remuneración equivalente a una semana laborable de seis días, el reintegro del premio a la asistencia y un estudio de cuáles eran las tareas "de mayor esfuerzo". Lo más significativo es que hubiera aceptado la reincorporación selectiva de quienes "no registraban actuaciones descalificantes" ni hubieran sometido a "intereses distorsivos v maliciosos de un sector, la suerte de todo el personal". Además de un ahorro en sus costos de producción. 64 la empresa eliminaba a los delegados que habían conducido la resistencia y restablecido un sistema de representación vigente hasta el golpe de Estado.

Un intento de interpretación

En resumidas cuentas, la seccional de la UOM que estudiamos fue incorporada al esquema de negociación empresa-trabajadores ya en 1978. Su dirigente era convocado por Metalúrgica Tandil, como "delegado de los obreros", cada vez que era necesario y actuaba, según las circunstancias, como mediador, moderador y asesor de los delegados. En cambio el sindicato minero fue debilitado por Loma Negra, a través del despido de sus miembros más combativos a pesar de que éstos habían optado por limitarse a una función meramente administrativa. Esta posición diferencial de los sindicatos en las relaciones entre obreros y empresas puede comprenderse observando no sólo los alineamientos sindicales frente al Estado y los empleadores sino también teniendo en cuenta las características de las relaciones sociales en los lugares de trabajo donde tenían sus raíces.

Como va dijimos, en Loma Negra el nivel de producción tuvo entre 1977 y 1979 un ciclo de recuperación v la ocupación se mantuvo estable en el mismo período, consecuencia de lo cual hubo una gran oferta de horas extras, al tiempo que en Metalúrgica Tandil la producción y el empleo se manifestaron a la baja entre 1976 y 1980, acusando el impacto de la sobrevaluación del tipo de cambio en 1978. Es interesante mirar a la luz de esos indicadores la resistencia obrera (o su ausencia) a la intensificación del trabajo, producto de medidas que tendían a flexibilizar el uso de la fuerza laboral. En la primera consistieron en jerarquizar a los empleados administrativos, sacándolos así de los límites impuestos por el Convenio Colectivo de Trabajo, y en la segunda se apuntó a eliminar los regímenes especiales de un grupo de trabajadores y a prolongar la jornada laboral. De manera inesperada la resistencia a esas iniciativas estuvo presente sólo en la empresa metalmecánica, donde las condiciones materiales eran menos propicias, si es que debemos suponer que la caída del empleo es incompatible con el aumento de la conflictividad.

No obstante, la resistencia de los metalúrgicos se vuelve más comprensible si tenemos en cuenta la particular situación del mercado de trabajo entre 1978 y 1983, y los tradicionales valores de la conciencia práctica de sus protagonistas. En primer término, el despido como represalia del empleador no tuvo en ese período el mismo efecto disuasivo que en otras circunstancias, porque para muchos trabajadores se presentaba la oportunidad de abandonar este sector específico, donde los salarios se recuperaban lentamente, e incorporarse rápidamente al sector de bienes no comerciables, que ofrecía más empleos y mejores salarios. Además, cualquiera fuera el tiempo esperado de búsqueda de un nuevo empleo, éste era compensado por la indemnización de un mes de remuneración por cada año de antigüedad, que garantizaba el régimen de despido anterior a 1976 todavía vigente. 65

En segundo lugar, las acciones colectivas que describimos en este caso estaban orientadas a defender las "conquistas históricas" de la clase obrera: un salario digno, ocho horas de trabajo y condiciones de trabajo soportables. La presencia de estos valores de la conciencia práctica, que como es sabido se originaron antes de 1976, quizá nos permita especular sobre cómo se adaptó al contexto represivo impuesto por el golpe de Estado.

El 24 de marzo de 1976 los metalúrgicos parecen haber aceptado con alivio la disciplina que exigía el nuevo gobierno de facto, la misma que le habían negado hasta entonces a la patronal: el 24 y el 25 de marzo, el ausentismo disminuyó en Metalúrgica Tandil de 12 por ciento antes del golpe a sólo 5 por ciento. 66 Si bien hubo señales claras de cuál sería el costo de oponerse, como la detención en días previos de seis delegados sindicales de la empresa, amenazas e incluso breves secuestros contra miembros de la Comisión Interna, el consenso hacia el golpe de Estado parece haber tenido mucho de voluntario: los testigos recuerdan que la planta funcionaba a pleno esa mañana, luego de un paro solidario con los detenidos el día anterior, y que el comentario general era que "ahora vamos a estar meior. se va a acabar el despelote, vamos a poder trabajar".⁶⁷ Esto no impidió que un año después hubiera un primer acto de indisciplina, ante el intento de suprimir las pausas reglamentarias de treinta minutos para el descanso.

¿Cuál es la delgada línea que separaba disciplina e indisciplina en el comportamiento cotidiano de estos obreros? Estas actitudes contradictorias, como la reducción consentida del ausentismo y la oposición a que cambiaran las regulaciones, escritas o consuetudinarias, del tiempo productivo (descansos de treinta minutos, jornadas de ocho horas, jornadas reducidas por insalubridad), nos recuerdan que la disciplina no es sólo una imposición sino tam-

bién un aprendizaje, como lo afirmaba E.P. Thompson para los obreros ingleses del siglo XIX.⁶⁸

La empresa tandilense había sostenido una dura ofensiva por incrementar el tiempo de trabajo a comienzos de la década de 1960, aprovechando la derrota sindical de 1959: en esa crítica covuntura los metalúrgicos aprendieron la lección, parafraseando a Thompson, de que "el tiempo es oro" y a partir de entonces lucharían no contra sino con esa categoría empresarial. En otras palabras, quienes se disciplinaron voluntariamente el 24 de marzo de 1976, conscientes del valor que la empresa otorgaba al ausentismo, posiblemente esperaron que a la recíproca ésta preservaría las regulaciones vigentes sobre el tiempo productivo, fueran acordadas o producto de recientes luchas. La ruptura de esa reciprocidad en tres ocasiones llevó a otros tantos conflictos, en los que fue reconstituida la organización sindical en fábrica y el sindicato seccional recuperó un papel importante como mediador en las negociaciones.

Éste tuvo, no obstante, un significado ambivalente para cada una de las partes enfrentadas. Aunque los activistas más combativos va no estaban en la fábrica en 1978, quienes reconstituyeron el cuerpo de delegados tenían bien presentes las tensiones v los conflictos que sus predecesores habían tenido con el líder seccional, debido a su reticencia a darles apoyo respecto de la insalubridad en novería. Sin embargo, aceptaron su presencia como mediador convocado por la empresa, y hasta sus consejos, en algunos momentos bien precisos de los conflictos, probablemente porque su propia conciencia práctica había sido formada por el sindicato. 69 Para los empresarios era un mediador válido, porque compartía con ellos la noción de que las relaciones entre obreros y patronales debían estar mediadas por un esquema reducido de representación, en el que no había lugar para los delegados de fábrica; un amargo aprendizaje que unos y otro habían compartido durante los años previos al golpe de Estado.

El contraste es evidente si observamos el caso Villa Cacique y Barker. Aunque el aumento de producción del cemento obligaba al empleador a retener la mano de obra, facilitando la ejecución de medidas de fuerza, los trabajadores permanecieron pasivos ante las iniciativas de flexibilización y de reducción de costos; asimismo, la seccional cementera actuó en el vacío, como parece revelar la ausencia de referencias a conflictos y protestas en las actas sindicales. La demanda creciente de cemento fue afrontada con un aumento de horas extras; quienes las aceptaron no tuvieron impedimentos para trabajar todo el día, incluso durmiendo en la fábrica, y consiguieron una ganancia superior a la que, en comparación, obtenía un trabajador de la "zona minera" de la escala salarial que regulaba AOMA. 70 Predominó la ilusión de una bonanza interminable: las familias amueblaban sus hogares, se daban "el lujo" de comprar joyas y pieles a vendedores que venían especialmente a Villa Cacique, los trabajadores solteros gastaban sus extras durante el fin de semana en Tandil y existía un ausentismo consentido porque la necesidad de mano de obra era tan grande que no se castigaba a quienes no se presentaran a trabajar el lunes. 71

Al prolongar voluntariamente su jornada laboral, esos trabajadores se sometieron a nuevos problemas o agudizaron los ya existentes. Las ausencias durante días enteros de sus hogares alteraron la convivencia familiar y el aumento de la carga de trabajo también incrementó la exposición a los factores de riesgo habituales: el ruido ensordecedor de la molienda de piedra caliza, el polvo que afectaba los ojos y las vías respiratorias de los embolsadores, y la temperatura v el peso de las bolsas con las que lidiaban los cargadores al pie de los vagones de ferrocarril. Los ingresos adicionales originados por la abundancia de horas extras v el fascinante consumo que ellas provocaron

contribuyeron a disimular o justificar los

riesgos personales y familiares que asumían los trabajadores, a través de la intensificación voluntaria del trabajo y la eliminación del servicio médico en la fábrica. Pero otro elemento de juicio significativo es la particular trama de relaciones sociales establecida entre la empresa, los trabajadores y sus familias, definida por Federico Neiburg a través

del concepto de "sistema de fábrica con villa obrera", en el cual "la empresa invade y domina no sólo la esfera de la producción sino también la esfera de la reproducción de los trabajadores". 72

Una parte importante de la fuerza de trabajo de Villa Cacique fue incorporada a través de "contratadores" que recorrían canteras de piedra caliza o de cal en vías de agotamiento, como la de El Caján en Santiago del Estero, o recogían a los trabaiadores desplazados por la mecanización de otras plantas de Loma Negra, como la fábrica de cemento de Catamarca. Para retenerla, v siguiendo la experiencia de su planta de Olavarría, facilitó a los trabajadores solteros o con familia el acceso al uso de viviendas, que la empresa construvó con créditos del Banco de la Provincia de Buenos Aires, y formaron los barrios obreros. 73 Ésta fue la base de una relación personalizada entre los trabajadores y los individuos con "posiciones determinadas en la estructura jerárquica de la empresa".

desde los jefes de sección hasta Alfre-

do Fortabat. Esta relación, que Neiburg define como "paternalista", ⁷⁴ estaba presente no sólo en la actitud de la empresa sino también en las prácticas de los trabajadores quienes, además de *aceptar* los beneficios otorgados.

como el acceso a la vivienda y las horas extras en cantidad ilimitada, *buscaron* esos beneficios, como parece ser el caso de la renuncia de los empleados administrativos a sus categorías de convenio. Este sistema de relaciones alcanzó su punto culminante entre 1977 y 1979, cuando el sindicato fue desplazado como un actor relevante en las relaciones entre fuerza de trabajo y empleador.

Para esto hicieron falta no sólo la coerción estatal, los despidos y renuncias forzadas, que tuvieron mucho de revanchismo,

sino también que disminuvera la importancia de su papel en el vínculo paternalista al que hicimos referencia. Si bien la organización sindical planteaba, con su solo accionar, una alternativa a las relaciones personales patrón-obrero, en la medida en que representaba v defendía intereses colectivos, también aceptó los beneficios que aquél otorgaba periódicamente, como testimonia su secretario general: "Cuando guisimos levantar nuestra sede lo invitamos a don Alfredo a que viniera a Barker. Vino, nos atendió v cuando presentamos los planos, que eran asombrosos para esa época, nos preguntó qué queríamos, vo le respondí que el primer esfuerzo lo pondríamos nosotros. En una asamblea habíamos decidido descontar un jornal a cada obrero, para empezar la obra. Después volveríamos a hablar con él. Loma Negra finalmente donó casi todo el dinero que costó el edificio" (nuestro subrayado).

Pero más importante todavía, la empresa concedió al sindicato la tarea, con indudables réditos políticos, de adjudicar las viviendas a los trabajadores y sus familias, para lo cual realizaba un censo previo de potenciales propietarios. No hay referencias a esa función en las actas sindicales posteriores al golpe de Estado, y esto es significativo porque nos sugiere que se había interrumpido un canal a través del cual los dirigentes de AOMA podían influir en la esfera de la reproducción de sus bases institucionales. El valor social, y ya no sólo gremial, del sindicato probablemente decayó entre ellas, cerrándose un espacio más de construcción de legitimidad. En este sentido, los contactos de sus dirigentes con los interventores militares de la CGT v los mandos del Ejército que ejercían alguna influencia, aunque no fuera más que con el terror, sobre los gremios y la administración del trabajo, podría interpretarse como la búsqueda en actores jerárquicos alternativos a la empresa del reconocimiento que ésta les negaba.⁷⁵

Notas

¹ La problemática de los sindicatos frente a la coacción estatal y a las medidas empresariales de racionalización es una de las dimensiones de nuestra tesis doctoral en curso, sobre la resistencia obrera en la última dictadura militar en el contexto del sector industrial de la provincia de Buenos Aires.

² La ocupación de Loma Negra es citada por Elsa Marcela Guerrero, "Reestructuración económica e impacto de las nuevas tecnologías en asentamientos de rango menor. Estudio de caso: Barker y Villa Cacique", tesis de licenciatura, UNCPBA, 1994, y la de Metalúrgica Tandil proviene de los balances de la empresa. A diferencia de esta última, los archivos de Loma Negra están cerrados a los investigadores; la información proviene de fuentes sindicales, judiciales y orales, que hemos comenzado a trabajar con la profesora Luciana Díaz, del Programa Actores, Ideas y Proyectos Políticos en la Argentina contemporánea (IEHS, UNCPBA).

³ Véase Ricardo Falcón, "La resistencia obrera a la dictadura militar. (Una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)", en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens, 1996.

⁴ Véase Arturo Fernández, *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 24.

⁵ Véase Mirta Zaida Lobato, *La vida en las fábricas*, Quilmes, Prometeo-Entrepasados, 2001, p. 7.

⁶ Véanse Daniel James, Resistencia e integración. La clase trabajadora y el peronismo,

1955-1976, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Juan Carlos Torre. Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; Mónica Gordillo, Córdoba en los 60. La experiencia del sindicalismo combativo, Córdoba, Biblos-Fundación Simón Rodríguez, 1999; James Brennan, El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976, Buenos Aires, Sudamericana, 1996: entre otros.

⁷ Véase R. Falcón, ob. cit., p. 126.

⁸ Véase Héctor Diéguez y Pablo Gerchunoff, "La dinámica del mercado laboral urbano en la Argentina, 1976-1981", en *Desarrollo Económico*, vol. 24, N° 93, 1984, pp. 9-10.

⁹ Véase Jorge Katz y Bernardo Kosacoff, El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina-CEPAL, 1990, p. 61; Jorge Schvarzer, La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina, Buenos Aires, Planeta, 1996, pp. 288-294; P. Gerchunoff y J. Llach, El ciclo de la ilusión y el desencanto, Buenos Aires, Ariel, 2003, p. 363.

¹⁰ Véase Luis Beccaria y Gabriel Yoguel, "Apuntes sobre la evolución del empleo industrial en el período 1973-1984", *Desarrollo Económico*, vol. 27, N° 108, Buenos Aires, 1988, pp. 601-602.

¹¹ Véase Silvia Simonassi, "Productividad y disciplina en las fábricas metalúrgicas del Gran Rosario: una mirada desde el periódico de la Asociación de Industriales Metalúrgicos de Rosario, 1974-1981", *Papeles de Trabajo*, Rosario, CESOR, 1996, p. 15.

¹² Véase Pablo Pozzi. *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

¹³ El Ministerio de Trabajo, a cargo del general Tomás Liendo, dispuso la suspensión de toda la actividad gremial mediante el decreto 9 del 24 de marzo de 1976, y la intervención de las principales organizaciones sindicales. Esta última directiva fue formalizada recién en julio de ese año,

con la ley 21.356, que facultaba a ese organismo para intervenir y prorrogar mandatos, así como para desplazar a los delegados y las comisiones internas de fábrica.

- ¹⁴ La expresión es del ex secretario general de AOMA Barker y refiere a los controles militares sobre las poblaciones cementeras, que dificultaban el desplazamiento de los dirigentes sindicales.
- ¹⁵ Estas localidades están unidas por la ruta 80, separadas entre sí por siete kilómetros y rodeadas por serranías. Según el Censo Nacional de Población, en 1980 Barker tenía 1.396 habitantes y Villa Cacique 3.167. De las dos poblaciones es la última la que tiene vínculos más estrechos con Loma Negra, porque su propio origen se debe a la necesidad de fijar la mano de obra mediante la provisión de viviendas.
- ¹⁶ Testimonio del secretario general de AOMA Barker durante el período estudiado. Villa Cacique, 2004.
- ¹⁷ AOMA Barker, Libro de Actas de la Comisión Directiva, 3 de abril de 1976.
- ¹⁸ Anales de Legislación Argentina, t. XXX-VI-C, Buenos Aires, 1976, p. 2027; AOMA, ob. cit., 29 de diciembre de 1976.
- 19 AOMA-Baker, ob. cit., 16 de marzo de 1977 y 1 de junio de 1977.
 - ²⁰ Ídem, 1 de junio de 1976.
 - ²¹ Ídem, 8 de junio de 1976.
 - ²² Ídem, sin fecha.
- ²³ La delegación Tandil del Ministerio de Trabajo, que incluía en su jurisdicción a Villa Cacique y Barker, fue intervenida por el ejército a seis días del golpe de Estado. Asumió como responsable un teniente coronel. *Nueva Era*, 9 de abril de 1976.
 - ²⁴ Ídem, 6 de julio de 1976.
- ²⁵ Testimonio del abogado laboral que asesoraba a la seccional en esos años. Tandil. 2004.

- 26 AOMA, ob. cit., 24 de junio de 1977, p. 173.
 - ²⁷ Ídem, 7 de julio de 1977.
 - ²⁸ Ídem, 30 de noviembre de 1977.
 - ²⁹ Ídem, 5 de diciembre de 1977.
- ³⁰ El aumento en la demanda de cemento correspondía al fuerte aumento de la construcción durante el trienio 1977-1979, en particular la efectuada por inversiones públicas; asimismo, la protección que beneficiaba al sector de la construcción privada estimuló movimientos especulativos, que conllevaron un fuerte incremento de la misma durante el mismo período. Véase Juan Sourrouille, Bernardo Kosacoff y Jorge Lucángeli, Transnacionalización y política económica en la Argentina, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina-CET, 1985, pp. 150-151.
- ³¹ Testimonio recogido por el autor, Villa Cacique, 2004.
- 32 AOMA, ob. cit., 15 de diciembre de 1977 v 10 de enero de 1978.
- ³³ La ley 19.587, de Higiene y Seguridad en el Trabajo, que por entonces no estaba reglamentada, establecía que era obligación del empleador "disponer de medios adecuados para la inmediata prestación de primeros auxilios"; E. Colotti y H. Candal, *Leyes usuales del trabajo*, Buenos Aires, Macchi, 1980, vol. 1, pp. 361 y ss.
 - ³⁴ AOMA, ob. cit., 22 de marzo de 1978.
 - ³⁵ AOMA, ob. cit., 28 de marzo de 1978.
- ³⁶ Además de la indemnización por "despido injustificado", debería considerarse su derecho a percibir los salarios por todo el tiempo que restaba para cumplir su mandato sindical y por un año más desde la finalización del mismo. Véanse artículos 49 y 50 de la ley 20.616, de Asociaciones Profesionales de Trabajadores; y E. Colotti y H. Candal, ob. cit., p. 271.
- ³⁷ La Ley de Asociaciones Profesionales (promulgada en 1973 y todavía vigente en

- 1978) obligaba a la empresa a reservarles el empleo en tanto durara su licencia gremial. Capítulo X, artículo 51, de la ley 20.615 de Asociaciones Profesionales de Trabaiadores de 1973.
- ³⁸ La agrupación sindical "de los 25" representó la confrontación al proyecto político y económico de la dictadura dentro del sindicalismo peronista, no obstante a fines de 1977 se había acercado al gobierno militar, que la consideraba representante legítimo del movimiento obrero y le dio preferencia en la delegación argentina a la OIT. Véase Álvaro Abós, *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, pp. 36-37.
 - ³⁹ AOMA, ob. cit., 6 de abril de 1978.
 - 40 Ibídem.
- ⁴¹ En una reciente entrevista con el entonces secretario general de AOMA-Barker preguntamos sobre el resultado del informe y el contacto con ese oficial del Ejército, pero el entrevistado no recordaba ninguno de los dos hechos. Asimismo, las actas sindicales que conseguimos se interrumpen en este punto, no obstante ese oficial aparecerá nuevamente cuando hagamos referencia al otro caso en estudio.
 - ⁴² Véase AOMA, ob. cit., 6 de abril de 1978.
- ⁴³ Tribunal del Trabajo de Tandil, expediente titulado "Indemnización por violación de estabilidad gremial contra Loma Negra", 1982.
- ⁴⁴ De Stéfano fue interventor en la UOM nacional entre el 24 de marzo de 1976 y el 2 de febrero de 1979, y fue reemplazado por el coronel Juan Carlos Tejeda (hasta el 28 de enero de 1980). Véase R. Cárpena y C. Jacquelin, El intocable. La historia secreta de Lorenzo Miguel, el último mandamás de la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 207.
- ⁴⁵ Como ya dijimos, Metalúrgica Tandil era la fundición de hierro gris más importante de la ciudad (en 1975 ocupaba más de 1.700 personas), dedicada a las autopartes y subsidiaria de Renault Argentina.

- ⁴⁶ En la asamblea del 22 de marzo de 1976 el secretario general fue acusado, además, de "entendimiento con la patronal" y de haber denunciado a varios operarios como provocadores y subversivos.
 - ⁴⁷ Testimonio del secretario general al autor.
- ⁴⁸ En su testimonio nombra, entre quienes lo amenazaron, a un mayor del comando de la 1ª Brigada de Caballería Blindada que es el mismo a quien pensaron entrevistar los dirigentes de AOMA-Barker, debido a su "estrecha relación laboral en lo que concierne al Ministerio de Trabajo y a los gremios".
- ⁴⁹ Noyería es la sección de una fundición de hierro gris donde se elaboran los moldes internos de las piezas, mediante tareas manuales y mecanizadas. La resina fenólica, adicionada a la arena de noyería, se utilizaba desde los años sesenta para fabricar noyos según el sistema de "caja caliente". Cuando la mezcla se cocía a altas temperaturas despedía un gas muy agresivo, que exponía a los maquinistas al efecto de ardor de garganta, nariz y ojos.
- ⁵⁰ En marzo de 1977, la gerencia de Relaciones Industriales intentó suprimir las pausas reglamentarias de treinta minutos para el descanso, condensando la iornada de trabajo de 8 a 7.30 horas corridas; como los operarios desobedecieron y continuaron descansando treinta minutos, se interpretó que estaban realizando una medida de fuerza y fueron despedidos por lo menos diez de ellos. Nueve denunciaron a la empresa ante el Ministerio de Trabajo, cuestionando los fundamentos de la cesantía; rechazaron la reincorporación que se les ofreció, así como una indemnización, e iniciaron una demanda judicial en el Tribunal del Trabajo, ante la cual se allanó la demandada. El cambio de horario fue abandonado, no sólo por la resistencia que había encontrado sino por las críticas que despertó entre los mandos militares locales, que lo veían como una provocación al personal.
 - ⁵¹ R. Falcón, ob. cit., p. 134.
 - ⁵² Testimonio del secretario general al autor.

- ⁵³ El estímulo que recibieron las importaciones con la liberación del tipo de cambio, en 1978, afectó a Metalúrgica Tandil con una caída en la producción de hierro gris y en el empleo.
 - ⁵⁴ El Eco de Tandil, 10 de marzo de 1979.
- ⁵⁵ La advertencia no carecía de fundamento, como lo indica la creciente presencia de patrullas militares en los alrededores de la planta mientras duró el conflicto. Testimonio de uno de los delegados que estuvo en la reunión.
- ⁵⁶ Con la prolongación de la jornada, complementada con la reducción de la semana laboral a cinco días, la empresa se proponía mejorar sus precios, reducir costos y aumentar su capacidad de producción de cara a su competencia con las principales firmas de la industria autopartista. Documentos de la empresa hallados en un expediente del Tribunal del Trabajo de Tandil.
- ⁵⁷ En el conflicto intervinieron los operarios de las plantas de hierro y de aluminio, que sumaban cerca de novecientas personas.
- ⁵⁸ Esta sección, donde se terminaban las piezas mediante tornos, fresas y otras maquinarias, exigía un personal con mayor calificación que el promedio del área de producción.
- 59 Tribunal del Trabajo de Tandil, expediente N° 1051, legajo 144.
- ⁶⁰ Carta del gerente de Relaciones Industriales al Ministerio de Trabajo, 18 de marzo de 1980, en Tribunal del Trabajo de Tandil, expediente N° 1051; El Eco de Tandil, 7 de marzo de 1980. La posición del gerente era clara: no negociaría si el personal no aceptaba las nueve horas, cuyo incumplimiento había denunciado ante los funcionarios públicos como una "medida de fuerza" penada por la ley, "una actitud convulsiva de un grupo medrando en el desconcierto y la confusión".
- 61 Tribunal del Trabajo de Tandil, expediente $\ensuremath{N^{\circ}}$ 1051, foja 159.

- 62 Testimonio del ex secretario general
- ⁶³ Según un testimonio, la gerencia utilizó el recurso de incorporar a un grupo de operarias, a quienes forzó luego a cumplir las nueve horas.
- ⁶⁴ Si bien el volumen de producción había aumentado respecto de 1978, el crecimiento de la productividad posibilitaba la reducción de personal
- ⁶⁵ Véase H. Diéguez y P. Gerchunoff, ob. cit., pp. 13-14.
- 66 Nueva Era, 25 de marzo de 1976. Documentos de la empresa.
- ⁶⁷ Testimonio de un empleado de suministros, Tandil, 2000.
- ⁶⁸ Véase E.P. Thompson, "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en *Tradición*, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial, Barcelona, Crítica, p. 280.
- 69 Véase Mónica Gordillo, "Los sindicatos mecánicos de Córdoba en los 60: el ámbito del trabajo y la dimensión cultural", en L.M. Rodrigues et al., Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina-Brasil. Buenos Aires, Biblos, 1992, pp. 150.
- 70 Testimonio de un operario del cemento, Tandil, 2004.
- ⁷¹ Testimonios del ex secretario general de AOMA y del ex abogado de la seccional, Tandil, 2004.
- Neiburg aplicó este concepto a la primera fábrica de cemento de Loma Negra en Olavarría, provincia de Buenos Aires, porque permite comprender "los procesos sociales que tienen lugar en sistemas fabriles correspondientes a industrias que se establecen en zonas en las que no existe un mercado de trabajo previamente formado y que, por lo mismo, se transforman en polos de atracción de fuerza de trabajo que es inmovilizada a través de la vivienda"; Federico Neiburg, Fábrica y villa obrera: historia so-

cial y antropología de los obreros del cemento, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988, p. 20

- 73 Testimonios de obreros de Loma Negra Villa Cacique, Tandil, 2004.
 - ⁷⁴ F. Neiburg, ob.cit., t. 2, p. 118.

⁷⁵ Cabe agradecer las sugerencias que sobre el particular nos hiciera la doctora Mónica Gordillo, al comentar este texto en las últimas Jornadas de Historia Económica celebradas en San Martín de los Andes en 2004.

La Revolución de Mayo en el discurso del régimen rosista*

Fabio Wasserman**



Introducción

A comienzos de 1847, y en el marco de una discusión sobre la posible pertenencia de Paraguay a la Confederación Argentina. el político y publicista unitario Florencio Varela advertía desde su exilio en Montevideo que "tan antigua como la dictadura de Rosas es la persuasión en los que estudian sus medios y sus fines, de que ella es una reacción meditada y completa contra los principios de la gran revolución de 1810; un retroceso al gobierno irresponsable de una sola persona, y al estado social de la vida del colono. Si se exceptúa la independencia política, todos los otros dogmas, todos los objetos de aquel glorioso movimiento, han sido combatidos por Rosas con perseverancia diabólica".1

La referencia a la Revolución de Mayo no era casual. Por un lado, porque muy rápidamente se la consideró un acto fundacional que cifraba el sentido de la experiencia histórica rioplatense, convirtiéndose así durante el siglo XIX en un punto de partida ineludible a la hora de dar forma y legitimar cualquier proyecto o intervención política.² Por el otro, porque la caracterización del régimen rosista como un intento por retornar al antiguo orden era uno de los escasos motivos que gozaba de consenso entre sus opositores.³

Lo notable de esta última interpretación es que, surgida al calor de los conflictos facciosos, también logró mostrarse exitosa en el largo plazo: no sólo se impuso con facilidad tras la caída del régimen sino que además siguió informando una porción sustancial de la producción literaria, ensayística e historiográfica del siglo XX. De ese modo, quienes retrospectivamente continuaron mostrándose críticos del rosismo, sólo pudieron considerarlo un paréntesis en el proceso abierto por la Revolución de Mayo; vale decir, una anomalía extraña a la vida pública inaugurada en 1810. Aunque alegando razones diversas, ese carácter excepcional también fue subrayado por quienes promovieron su reivindicación, primero en forma subterránea y marginal, y desde media-

^{*} Este trabajo retoma el capítulo noveno de mi tesis doctoral "Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2004, mimeo, realizada bajo la dirección de José C. Chiaramonte. Una versión preliminar fue presentada en el seminario de doctorado "Historia de los conceptos y procesos de independencia: el debate sobre las formas de gobierno en el Río de la Plata", dictado por la profesora Noemí Goldman. Agradezco a ambos sus comentarios.

^{**} Instituto Ravignani (UBA, CONICET).

dos del siglo XX con notorio éxito al propiciar una revisión del pasado argentino que logró aceptación en vastos sectores de la sociedad.4 Ambas líneas de interpretación dieron vida así a numerosos debates políticos e ideológicos que, por cierto, no constituyeron un hecho aislado, pues el recurso a la historia como argumento polémico constituyó una de las características distintivas de la vida pública argentina durante gran parte del siglo XX. Pero en este caso esa tendencia fue aun más exasperada y las posiciones asumidas más rígidas, con la agravante de que tendía a confundirse a Rosas con el régimen como si éste sólo hubiera sido emanación de una personalidad excepcional, sea que se la considerara genial o monstruosa.

Esta descripción puede parecer injusta pues soslaya aportes sustanciales que desde fines del siglo XIX iluminan diversos aspectos del rosismo. Sin embargo, estos trabaios no lograron modificar el eje en torno del cual se planteaban las discusiones y, en general, tampoco lo pretendieron. No es el caso de algunos estudios recientes que sí procuraron dar vida a nuevas interpretaciones del orden rosista, y que en verdad deben inscribirse en un marco más amplio, pues es la propia historia del siglo XIX la que está siendo sometida a una profunda revisión.⁵ Estas investigaciones conforman, sin embargo, un movimiento heterogéneo, va que tienen diferencias sustanciales en cuanto a sus interrogantes, hipótesis y conclusiones. Comparten, eso sí, algunos presupuestos, entre los cuales hay dos que quisiera destacar pues constituyen un punto de partida del presente trabajo. Por un lado, la necesidad de tener en cuenta la complejidad del régimen prestando atención a sus diversos momentos y componentes, lo cual lleva

a dejar de considerarlo como un bloque homogéneo siempre igual a sí mismo y carente de contradicciones internas. Por el otro, la existencia de rasgos en común con otras fuerzas políticas e ideológicas, razón por la cual, si bien se reconoce su carácter singular, ya no se lo considera como una anomalía en todo extraña a la experiencia política posrevolucionaria.

Pese a todo, siguen siendo numerosos los aspectos del orden rosista que todavía no merecieron estudios en profundidad, hecho que favorece la pervivencia de apreciaciones que les deben más a los prejuicios que a la indagación histórica, sobre todo en ámbitos como la enseñanza y los medios de comunicación. Una de estas cuestiones es precisamente la caracterización de la Revolución de Mayo hecha por políticos y publicistas del régimen, tema que constituye el objeto de este trabajo.⁶ Existen además otras razones que ameritan esta indagación. En primer lugar, porque se trata de un tema que permite iluminar aspectos generales del discurso y la ideología del régimen. En segundo lugar, porque la reivindicación de la Revolución y su valoración como un punto de partida ineludible para legitimar acciones y discursos eran compartidas por todos aquellos que participaban de la vida pública rioplatense. Esto provocó constantes discusiones sobre sus hechos, sus protagonistas y su sentido, con lo cual sus representaciones constituyen un objeto privilegiado para examinar algunos rasgos comunes entre las diversas fuerzas en pugna, así como también sus particularidades.

Esta indagación se centró en una serie de textos y debates producidos a partir de 1835, año en que Rosas asumió por segunda vez la gobernación de Buenos Aires con la suma del poder público. La razón es que

de ahí en más se produjo un afianzamiento del régimen que extendió su influencia hacia el resto de las provincias y Uruguay, provocando a su vez una fuerte polarización que se tradujo no sólo en acciones políticas y militares sino también en una disputa discursiva más intensa en la cual se pusieron en juego diversas representaciones sobre la revolución.

El pasado colonial

Aunque no es el tema de este trabajo, resulta de utilidad comenzar examinando las representaciones del pasado colonial hechas por los publicistas del régimen.⁷ Lo primero que llama la atención en ese sentido es la ausencia de narraciones significativas sobre esa experiencia con el fin de legitimar el gobierno, sus políticas o sus ideas, a diferencia de lo sucedido con otras fuerzas políticas de Chile, Brasil o México que sí lo hicieron. Pero eso no es todo, ya que ese pasado tampoco era especialmente reivindicado, o al menos no lo era del modo planteado por sus opositores y por una buena parte de la historiografía. Es que se trataba de una reivindicación esporádica que, además, no pasaba de referencias vagas a una suerte de edad dorada ubicada en un pasado atemporal.

Estas invocaciones apuntaban a resaltar los males desencadenados por la revolución: desconocimiento de las jerarquías, desorganización de las actividades económicas y cambios en los vínculos sociales y políticos. Sin embargo, esto no implicaba en modo alguno que el rosismo planteara una vuelta al antiguo orden. De hecho, una parte sustancial de su producción discursiva se mostraba crítica de esa experiencia por considerarla opresora de los americanos.

Así, el máximo escriba del régimen, el napolitano Pedro de Angelis, se permitía lanzar este desafío: "Quéjense cuanto quieran los escritores españoles de las justas reconvenciones hechas á su nacion y sus gobiernos; afánense en buscar razones para justificarlos, nunca conseguirán borrar la nota de iliberales que la mano de la posteridad ha impreso sobre su memoria".8

Pero no era sólo De Angelis quien se pronunciaba en ese sentido, hecho que puede apreciarse en la prensa incluso en momentos en los que no existía margen alguno para mostrar disidencias, ni tan siquiera ambigüedades, con relación a la línea política oficial. Es el caso de un articulo publicado en 1844 por una "Sociedad de Argentinos Federales (en que no entra ningún miembro heterogéneo)" que pretendía hacerse cargo de la actividad teatral cómica porteña. Estos empresarios lamentaban que tan importante actividad para el entretenimiento, la sociabilidad y la moralidad pública no hubiera tenido mayor desarrollo en América, así como tampoco lo habían tenido otro tipo de empresas e instituciones. Entendían que en gran medida esto había sido así porque "los que la dominaron por tres centurias con el objeto de explotarla para sí solos, y de conservarla en coloniage tan prolongado como ser pudiera, no les convenia sino tenerla siempre como recien salida de las manos de la creación; esto es, en estado de naturaleza. Todo lo que condujese á ilustrar y socializar á sus hijos, debia ser proscripto en el consejo de los conquistadores porque así se retardaría al menos la época de su necesaria emancipación".9

Este tipo de expresiones no escasearon en el discurso del régimen. Su contrapartida, a veces implícita pero muchas veces enunciada en forma explícita, era que la revolución había empezado a poner fin a ese aciago estado al promover el progreso de la región. Ello nos lleva a examinar cuáles eran las representaciones y valoraciones que se hacían al respecto.

La interpretación de Rosas

Si bien en la introducción planteé la necesidad de diferenciar a Rosas del régimen rosista, sería necio desconocer la impronta singular que éste les imprimió a sus gobiernos. Por eso, para examinar las representaciones de la revolución en el discurso del régimen, parece apropiado comenzar por la interpretación que hacía su primera figura. Durante los primeros años de su carrera pública sólo hizo referencias esporádicas que carecen de mayor interés, hasta que el 25 de mayo de 1836 pronunció la siguiente arenga ante las corporaciones de Buenos Aires: "¡Qué grande, Señores, y qué plausible deber ser para todo Argentino este día consagrado por la nación para festejar el primer acto de Soberanía popular que ejerció este gran pueblo en Mayo el célebre año de 1810! ¡Y cuán glorioso es para los hijos de Buenos Aires, haber sido los primeros en levantar la voz con un orden v con una dignidad sin ejemplo! No para sublevarnos contra las autoridades legítimamente constituidas, sino para suplir la falta de las que, acéfala la Nacion, habían caducado de he-

cho y de derecho. No para sublevarnos contra nuestro Soberano, sino para conservarle la posesión de su autoridad de la que había sido despojado por un acto de perfidia. No para romper los vínculos que nos ligaba a los Españoles sino para fortalecerlos más por el amor

y la gratitud, poniéndonos a disposicion de auxiliarlos con mejor éxito en su desgracia. No para introducir la anarquía sino para preservarnos de ella, y no ser arrastrados al abismo en que se hallaba sumida la España. Estos, Señores, fueron los grandes y plausibles objetos del memorable Cabildo abjerto celebrado en esta ciudad el 22 de Mayo de 1810, cuyo acto debería grabarse en láminas de oro para honra y gloria eterna del Pueblo Porteño... pero ah!... ¡Quién lo hubiera creído! Un acto tan heroico de generosidad y patriotismo, no menos que de lealtad y de fidelidad a la Nación Española y a su desgraciado Monarca; un acto que ejercido en otros pueblos de España con menos dignidad v nobleza, mereció los mayores elogios, fue interpretado en nosotros malignamente como una rebelión disfrazada por los mismos que debieron haber agotado su admiración v gratitud para responderlo dignamente". 10

Rosas recuperaba en forma literal argumentos esgrimidos por los dirigentes revolucionarios, en especial los planteados en el cabildo abierto del 22 de mayo. En tal sentido sostenía que no se había tratado de un levantamiento contra las autoridades sino de una acción destinada a cubrir la acefalía y cuidar la posesión de Fernando VII; que no había sido un intento de romper con España sino de ponerse en mejor disposición para auxiliarla, y, fundamentalmente, que había tenido como propósito resquardar el orden para no ser arrastrados por la crisis de la Corona. Con lo cual si bien compartía con las interpretaciones dominantes sobre la revolución la centralidad que tuvo la crisis monárquica como desencadenante del proceso, se diferenciaba de ellas en el hecho de que éstas hacían énfasis en la libertad y la independencia, mientras que Rosas destacaba la necesidad de resguardar el orden.

Quizá sea por eso que deja en un segundo plano el cambio de gobierno realizado el 25 de mayo para centrarse en lo sucedido el 22, deplorando que la junta creada ese día hubiera sido malinterpretada por las autoridades como una rebelión encubierta, ya que lo resuelto se basaba en una tradición compartida con los otros pueblos de España que habían tomado esa misma decisión.

De ese modo, el recurso a mecanismos institucionales más o menos ortodoxos, la no declaración de la independencia y el mantenimiento de la lealtad al monarca, vale decir, lo que hasta entonces era considerado en forma casi unánime como una estrategia prudente que había permitido el tránsito revolucionario, Rosas lo juzga como el verdadero propósito de sus protagonistas. Esto permite entender por qué, más allá de sus acciones de gobierno, podía ser considerado por sus enemigos como un nostálgico del orden colonial. Ahora bien, aunque sus opositores no pudieran o no quisieran percibirlo, su exposición no sólo prosigue sino que lo hace de modo tal que le permite cobrar otros sentidos: "Y hé aguí, Señores, otra circunstancia que realza sobremanera la gloria del pueblo Argentino, pues que ofendidos con tamaña ingratitud, hostigados y perseguidos de muerte por el Gobierno Español, perseveramos siete años en aquella noble resolucion hasta que cansados de sufrir males sobre males, sin esperanza de ver el fin; y profundamente conmovidos del triste espectáculo que presentaba esta tierra de bendicion anegada en nuestra sangre inocente con ferocidad indecible por quienes debían economizarla aun mas que la suya propia, nos pusimos en manos de la Divina Providencia, y confiando en su infinita bondad y justicia, tomamos el único partido que nos quedaba para salvarnos: nos declaramos libres independientes [sic] de los Reyes de España y de toda otra dominacion extrangera. El Cielo, Señores, oyó nuestras súplicas. El Cielo premió aquel constante amor al órden establecido, qe había excitado hasta entonces nuestro valor, avivado nuestra lealtad, y fortalecido nuestra fidelidad para no separarnos de la dependencia de los Reyes de España, a pesar de la negra ingratitud con que estaba empeñada la Corte de Madrid en asolar nuestro pais."

Al igual que lo habían hecho y lo seguirían haciendo numerosos políticos y publicistas a lo largo del siglo XIX, Rosas distinquía dos momentos en el proceso revolucionario. Por un lado el del cambio de autoridades que tenía causas específicas -la acefalía- y propósitos inmediatos -resquardar el orden-. Por el otro, el de sus secuelas, en este caso haciendo énfasis en la acción desagradecida de los españoles que había provocado la guerra y, finalmente, la declaración de la independencia en 1816.11 Por cierto que esta distinción no era sólo una exquisitez propia de alguien afecto al resguardo de las formas legales: también le permitía recuperar el legado revolucionario e independentista de modo que no se vieran cuestionadas la defensa del orden y la obediencia a las autoridades, transmitiendo a su vez esos valores a la causa de la Federación como heredera de ese movimiento.¹²

Esta interpretación portaba, en suma, varias ventajas para Rosas. En primer lugar, porque al plantear que se trató de una necesidad de hacerse con el poder ante el estado de acefalía, la revolución podía ser reivindicada en un marco de respeto al orden y a las autoridades. En segundo lugar, porque también permitía recuperar tradiciones, valores o instituciones del antiguo régimen sin tener por qué promover una vuelta a ese orden. En tercer lugar, porque ponía en pri-

mer plano el papel destacado que tuvo Buenos Aires. Finalmente, porque podía afirmar que la Federación era la continuadora del proceso revolucionario y, por lo tanto, su más legítima heredera.

La "Arenga" en el discurso del régimen rosista

La importancia de la "Arenga" se debe no sólo a quien la pronunció sino a la centralidad que adquirió en el discurso del régimen –claro que de no haber sido Rosas su autor, difícilmente hubiera logrado esa posición–. Como en tantas otras cuestiones, esto no implicó que todos los funcionarios y publicistas acordaran con el gobernador, pero sí que tuvieron que adecuarse a esa nueva perspectiva o callar.

Consideremos a modo de ejemplo lo sucedido con dos altas figuras del elenco diplomático que además habían sido testigos y protagonistas del proceso revolucionario: Manuel Moreno y Tomás Guido. El primero publicó en Londres una colección de escritos de su hermano Mariano, secretario de la Primera Junta, precedidos por una biografía sin firma que era de su autoría. Ese trabajo, publicado también en 1836, difícilmente hubiera podido adecuarse a la visión promovida por Rosas ya que destaca enfáticamente el accionar de grupos patriotas en pro de la independencia durante las invasiones inglesas e incluso antes. 13 Con lo cual se entiende por qué no pareció insistir en el tema durante los años siguientes. Lo mismo sucedió con Guido, quien en esos años no hizo mayores referencias públicas sobre lo sucedido en el proceso revolucionario. Mantuvo este silencio hasta la caída del régimen, cuando dio a luz varios escritos en los que, al igual que Rosas, sostenía que los revolucionarios habían actuado bajo el manto de la legalidad vigente sin apuntar a una separación absoluta. Sin embargo su interpretación era bien diferente pues entendía que esos no eran los objetivos del movimiento de Mayo, sino que se había actuado así por temor a las resistencias que podía haber provocado el proyecto independentista que animaba a sus protagonistas. 14

En cuanto a la necesidad de adecuarse a la versión oficial, merece destacarse el caso de Pedro de Angelis, quien en noviembre de 1836 dio a publicidad por primera vez las Actas del Cabildo de mayo de 1810 en su Colección de obras... El carácter escueto de esos documentos v el hecho de tratarse de textos que debían guardar las formalidades y la legalidad vigente favorecen de por sí la versión que enfatizaba la continuidad institucional. Pero para que no quedaran mayores dudas, el editor añadió un prólogo que orienta la lectura en esa misma dirección. Más aún, se remite explícitamente a la "Arenga" hecha por Rosas medio año antes, notando que ésta había llamado la atención de la opinión pública por esos documentos casi desconocidos que le fueron facilitados por Tomás M. de Anchorena. 15 La publicación de las Actas dio así mayor consistencia y legitimidad a la interpretación que hacía el rosismo de la revolución. Esto permite entender por qué sus publicistas insistirían en remitir todo relato o representación de ella a esa fuente, aunque también se debe tener presente otro dato insoslayable: el carácter escrupuloso de Rosas en lo que hacía al mantenimiento de las formalidades legales e institucionales.

En cuanto a la valoración que hacía De Angelis de la revolución, se destaca su repetitivo afán por dar relieve a todo aquello que apuntara a la moderación, la confianza en la autoridad y el resguardo del orden,

cualidades que cifra en la proclama hecha por el Cabildo el 22 de mayo. Se esfuerza, además, en mostrar que la revolución no había implicado una ruptura en el orden público dado el carácter pacífico de los porteños y el juicioso comportamiento de su representación capitular: imbuido de un espíritu moderado y de conservación, el pueblo legalmente convocado había decidido el cambio de autoridades. Quizá por tratarse de breves comentarios sobre documentos muy precisos. De Angelis no profundizó en el planteo de Rosas según el cual la independencia había sido consecuencia del accionar desagradecido de las autoridades peninsulares. En cambio agregó algo que la "Arenga" casi no había tratado, pero que formaba parte de la caracterización que hacía el régimen de los conflictos desatados tras la revolución: considerar que su rumbo pacífico y ordenado se había extraviado por el accionar de guienes confundían patriotismo con exaltación y frenesí: "Al espíritu de conservacion, sucedió el desórden, y Buenos Aires tuvo tambien que lamentar sus víctimas". 16 Esta interpretación buscaba homologar lo sucedido al desatarse la revolución con las luchas facciosas: de un lado se encontraba el pueblo de Buenos Aires representado por el Cabildo o por el Restaurador de las Leyes; y, del otro, una minoría de exaltados que había extraviado el rumbo pacífico y legal de la revolución como lo harían tiempo después los unitarios al romper el orden institucional desatando la guerra civil.

Ahora bien, la transformación de la "Arenga" en la versión oficial del régimen fue también posible porque proveía de un esquema que era lo suficientemente flexible para poder soportar variaciones significativas que dependían del carácter de los textos, de sus autores y de los propósitos que éstos

tenían. Interpretaciones que, como podrá apreciarse a continuación, podían incluso contradecirse entre sí.

La Gaceta Mercantil de Buenos Aires v el Comercio del Plata de Montevideo entablaron a fines de 1846 una áspera discusión por la publicación que hizo el general Gregorio Aráoz de Lamadrid de unos documentos sobre la actuación de diversas figuras durante la crisis de 1820.17 Resulta notable el consenso que generó esa publicación, ya que los documentos fueron unánimemente repudiados por considerárselos apócrifos -¡cómo no hacerlo, además, si en uno de ellos aparece la firma de Lamadrid que él mismo señalaba como falsa!-. La otra cara de este consenso era que cada uno de los contendientes consideraba al otro como autor de esa operación con el fin de perjudicar su causa. Esto llevó a muv diversas consideraciones, entre las cuales se hallaba la necesidad de hacerse cargo de las tendencias monárquicas en la década de 1810. La Gaceta sostenía que desde el inicio de la revolución los pueblos habían adoptado el gobierno republicano representativo y que esta adhesión se había afianzado al declararse la independencia. Pero también notaba que los americanos habían esperado mayor justicia de España y que la independencia fue el resultado de habérselos privado de sus derechos y libertades, asegurando además que las propias leves españolas legitimaban la ruptura del lazo.18

Pocos meses más tarde el mismo diario publicó una nota necrológica con motivo de la muerte de Tomás M. de Anchorena quien probablemente, como señaló Julio Irazusta, ¹⁹ haya sido el mentor de la interpretación que su primo Juan Manuel de Ro-

sas hizo de la revolución. El artículo repasa su extensa trayectoria pública recordando que en 1810 había sido uno de los firmantes del acta del 25 de mayo. Este acto, que el articulista consideraba una "expresión energica de la libertad Argentina" y el "primer acto de soberanía popular que ejerció la República", era interpretado como consecuencia de la acefalía en cuya resolución se había apelado a las formas institucionales hispánicas. Ello no resulta de por sí significativo, pero cobra mayor sentido cuando se atribuye la ruptura a la obstinación del gobierno peninsular que había provocado la guerra al no aceptar un acuerdo en base a la "igualdad de representación y de derechos" dada su pretensión de "considerar á los Americanos no como súbditos sino como esclavos. Las leyes divinas y humanas, la razon y las luces del siglo, concurrian á reprobar semejante exceso".20 Como podrá advertirse, estas invocaciones no le impedían al autor de la necrológica plantear que los americanos hubieran podido continuar siendo súbditos de la Corona mientras ésta respetara sus derechos, o al menos suponía que así lo habían considerado los revolucionarios. Sin embargo, recordemos, ese mismo periódico había sostenido pocos meses antes que el pueblo y los gobiernos patrios habían hecho suvo el régimen republicano representativo y abjurado del monárquico ya en 1810.

Éstas no eran las únicas apreciaciones sobre el proceso revolucionario provenientes de publicistas o políticos del régimen que, aunque podían divergir entre sí, compartían la distinción entre lo sucedido en 1810 como un acto legal surgido en el seno de la legitimidad monárquica que más que una ruptura promovía alguna forma de continuidad, y sus consecuencias, fueran provocadas por la oposición egoísta de las

autoridades españolas que desencadenó la guerra y la declaración de la independencia o por la propia dinámica que tomaron los acontecimientos provocando ese desenlace. Sin embargo, como veremos a continuación, no era sólo desde el rosismo como las cosas podían ser así consideradas.

Alberdi y Varela ante la Revolución de Mayo

El énfasis en plantear la continuidad institucional que habían tenido los sucesos ocurridos entre el 22 y el 25 de mayo de 1810 permite explicar, al menos en parte, por qué sus opositores consideraban que el régimen rosista no hacía más que traicionar el espíritu y los propósitos de la Revolución de Mayo. Pero antes de examinar esas imputaciones resulta necesario detenerse en un fenómeno significativo al que sin embargo se le prestó escasa atención: me refiero al hecho de que el esquema interpretativo de Rosas no era sólo de él o de sus allegados.

Por ejemplo, el cónsul inglés Woodbine Parish escribió una extensa obra sobre las provincias rioplatenses argumentando que los sudamericanos habían permanecido leales a la Corona, cuyo dominio cesó por su propia crisis, pero sobre todo porque España trató a las nuevas autoridades como insurgentes. Pero el caso de Parish, influido en buena medida por informes aportados por el rivadaviano Ignacio Núñez, no resulta tan revelador y significativo como el de dos de los más destacados opositores al gobierno de Rosas: Juan Bautista Alberdi y Florencio Varela.

Alberdi publicó en 1839 una obra de teatro sobre la revolución en la que deja en claro que sus protagonistas, aunque vacilantes y algo confundidos, habían promovido una ruptura con el antiguo orden. ¿Pero Alberdi también lo creía? O, más precisamente, ¿creía que ése había sido el objetivo consciente de los revolucionarios? La obra da una respuesta positiva, pero su autor parecía entender las cosas de otro modo. En una nota agregada al final, es decir, destinada a sus pares letrados y no a los potenciales espectadores de la obra, llama la atención sobre el hecho de que "la Revolución de Mayo, en la imaginacion del pueblo, es una epopeya: en la realidad histórica, no es, por su forma, mas que una evolucion parlamentaria, como las que se hacen todos los dias en Inglaterra y los Estados Unidos".²²

Por eso estima que, de haberla pintado tal cual fue, habría lucido descolorida y marchita. Su tesis era que hechos posteriores como las guerras y la declaración de la independencia vistieron retrospectivamente de esplendor a la revolución. De ese modo, y al igual que Rosas, distinguía entre dos momentos. Por un lado los sucesos de Mavo en los que se destaca la continuidad institucional. Por el otro, sus consecuencias en las que se destaca la ruptura: las guerras, el accionar de los gobiernos patrios y la declaración de la independencia. De todos modos, y para no tergiversar su pensamiento, se debe tener presente que para Alberdi esa continuidad era tan sólo un aspecto superficial de un proceso histórico más vasto, pues tras ella actuaban fuerzas históricas que promovían mutaciones radicales de las que sus protagonistas no podían ser del todo conscientes.

Fue en relación con la conciencia de los actores, un tema caro a la interpretación de ésta y de toda revolución, como Florencio Varela realizaría un planteo aun más cercano al de Rosas. A mediados de la década de 1830 Varela había comenzado a proyectar la escritura de una historia argentina. Esto lo

llevó a realizar indagaciones documentales y a entrevistarse con testigos y protagonistas del proceso revolucionario, así como también a intercambiar información e impresiones con otros escritores y políticos. En una carta escrita en Río de Janeiro donde procuraba meiorar su salud mientras profundizaba sus pesquisas, le comentaba a Juan M. Gutiérrez que "a medida, amigo querido, que avanzo en el estudio de los monumentos de nuestra revolución se hace más espeso el círculo de dudas que me ciñe; dudas, Jan Ma., que no es posible satisfacer estudiando los documentos públicos y que sería preciso aclarar escudriñando correspondencias íntimas u ovendo relaciones sinceras de los hombres de aquella época, porque realmente son de inmensa trascendencia, si ha de escribirse con probidad v con deseo de ser útil. ¿Creerá V. que la más grave y más oscura de esas dudas es acerca de las verdaderas intenciones de la Primera Junta revolucionaria? Hablo del cuerpo, no de un hombre. ¿La Junta del 25 de Mayo empezó a marchar determinada a emancipar el país de la tutela peninsular o siguió solamente al principio un impulso igual al que había movido a las Provincias españolas y a Montevideo mismo año y medio antes?".23

Aunque planteada como una duda y con la nada secreta esperanza de estar equivocado, la impresión que tenía Varela sobre la revolución y sus objetivos no parecía diferir demasiado de lo que sostenía Rosas. Claro que no la hizo pública, quizá porque podría haber afectado las imputaciones que hacía al régimen rosista. Varela murió asesinado en 1847 sin haber podido escribir su historia argentina, por lo que no sabemos si logró aclarar tan inquietantes dudas. Sin em-

bargo es probable que, como señalara Bartolomé Mitre años más tarde, hubiera dudado de los propósitos de los revolucionarios hasta el final de sus días.

La revolución en el debate faccioso

La discusión pública de posiciones como ésta sólo pudo ser posible, y aun con limitaciones, una vez caído el régimen rosista. En efecto, y dado que toda intervención quedaba subordinada a los enfrentamientos facciosos, las dudas de Varela podían afectar objetivos inmediatos como lo era acabar con el régimen rosista al que machaconamente se acusaba de traicionar la revolución.

Pero el rosismo no abjuraba de la revolución, hecho que les habría facilitado las cosas a sus enemigos, sino que proponía otra valoración de esos sucesos, sus causas y sus consecuencias. Además, eran varios

los puntos en los que coincidían los sectores en pugna; por ejemplo, en la rei-

vindicación de la revolución como contracara del despotismo colonial. Por eso las intervenciones polémicas tendían a acentuar las diferencias, procurando alinear los hechos y figuras de la revolución con los conflictos más recientes, vale decir, acusando al enemigo de haber abandonado o tergiversado los principios re-

volucionarios mientras se reivindicaba para sí su defensa y continuación. En ese marco, el rosismo caratulaba a sus adversarios como unos licenciosos anarquistas que atentaban contra todo orden y como unos traidores a la independencia por aliarse con fuerzas extranjeras. A su vez, los publicistas an-

tirrosistas caracterizaban a su gobierno como un régimen despótico que prolongaba el dominio colonial e impedía recoger los frutos de la emancipación. Por cierto que ambas caracterizaciones tomaban datos de la realidad, aunque los estilizaban en función de sus propósitos, así como también omitían otros que podían tornar incoherentes o invalidar sus argumentos.

La consideración del conflicto faccioso como una actualización de los principios enfrentados en 1810 recorre la prensa del período, sobre todo la opositora al gobierno de Rosas que transformó esta cuestión en uno de sus caballitos de batalla, particularmente en los momentos en que se conmemoraba la Revolución. Así, un periódico editado en Corrientes por miembros de la Nueva Generación sostenía en mayo de 1840: "El triunfo de la revolucion que nos aseguraba, bajo todos aspectos el desarrollo progresivo de las nuevas ideas hijas de aquel hecho, no solo es reprobado por él [Rosas] y sus malvados consejeros, sino atacado de frente v con teson. A sus ojos ese triunfo no debe producir una mutacion radical en las ideas é intereses nacionales: antes si habrá de continuar el sistema colonial, siendo él un nuevo eslabon de la cadena de los virreyes; y con menos responsabilidad que estos disponer á su arbitrio de los destinos del pais".24

De ahí que al autor le pareciera natural que Rosas y sus imitadores en las provincias quisieran seguir manteniendo en la ignorancia a los pueblos, pues si éstos cobraran conciencia de sus derechos ya no podrían seguir siendo "el triste juguete de palabras huecas": se lograría la unidad, la sociedad prosperaría y se institucionalizaría una república democrática. Este artículo permite apreciar cómo se cifraban en el régimen rosista los males atávicos que afectaban a la

sociedad rioplatense: bajo otros nombres, y a veces ni siquiera, el combate entre los principios revolucionarios y los coloniales seguía siendo el mismo.

Ahora bien, dado que el rosismo también festejaba el aniversario de la revolución, sus opositores trataban de desacreditar ese recuerdo considerando que se trataba de una burla, una broma siniestra o una tergiversación de su verdadero sentido para engañar a un público crédulo. El mismo artículo llamaba la atención sobre el hecho de que "un tirano sin titulos para con la revolucion, apoyado en el servilismo y el terror ha convertido este solemne aniversario en un grosero é inmundo pasatiempo. Hordas desnudas de africanos rodean la piramide del 25 de Mayo, y con horrible algaraza y danzas indecentes profanan la magestad de aquel monumento. Las cárceles se cierran sobre ciudadanos ilustres. El 25 de Mayo ya no es dia de gracia. Es dia de persecuciones y tormentos. Es el dia del verdugo. Es dia de lagrimas para todos. Su memoria solo recibe culto en el secreto de los corazones, y ningun labio se desplega hoy en la ciudad mártir para entonar el himno sublime de 1810. Por ventura el tirano ha ennoblecido el cadalso. La revolucion según la prostitucion de su lenguaje ha sido una merienda de negros".

Un año antes, Alberdi había publicado un artículo mucho más zumbón afirmando: "Es curioso ver á Rosas, cada 12 meses, cara á cara con el SOL de MAYO; [...] Intenta agasajarlo, incensarlo; pero en vano; le cuesta un mundo, no sabe ejecutarlo, lo hace con repugnancia; y por lo mismo, lo hace mal, frio, insípido, tonto; dejando traslucir su indiferencia, mas bien lo insulta, que lo festeja. No conoce la historia de su pais, ó bien la quiere mal; la oscurece, la depraba, la adultera; olvida de intento sus grandes

dias, sus grandes hechos, y el verdadero espíritu suyo: olvida los grandes nombres, los grandes servicios pasados, todo lo que es pasado, todo lo que no pertenece á su momento de él: egoismo y estrecho, para él no es nada la historia toda de la Revolucion: la Restauración, es todo. Depraba la historia en su provecho, prostituye el verdadero carácter de sus hechos, de sus dogmas, de sus designios: lo corrompe todo, todo lo infesta, pasado, presente y porvenir".

Para ejemplificar sus dichos, llama la atención sobre la interpretación hecha por Rosas de la revolución y la utilización de su recuerdo al servicio de la facción federal: "Hace 4 años, que en una arenga pública, presentó a la Revolucion como un paso de fidelidad, de subordinacion colonial, hácia la dominacion de Fernando VII, y no como una insurreccion de libertad y de independencia americana. Dio la espalda á su verdadero sentido, y no vió en Mayo mas que el costado parlamentario y diplomático; [...]. En este año habla de la causa americana, no va como ahora 4 años; ahora está haciendo el papel de patriota; y sin embargo dice en ella «fue sellada en Ayacucho, consolidada en Yungay y Pago-Largo»". 25

Pues bien, ese "costado parlamentario y diplomático" es precisamente el destacado por el propio Alberdi en la nota final a su obra de teatro, con la agravante de que ambas apreciaciones habían sido publicadas con pocos días de diferencia en la *Revista del Plata*. Esta *inconsecuencia* sólo puede entenderse si se sitúan los textos en el marco de la crítica al orden rosista, propósito al cual quedaba subordinada toda otra consideración.

Como bien advertían sus opositores, el rosismo promovía el recuerdo de la revolución en clave facciosa apelando entre otros recursos a las fiestas cívicas o patrióticas que

permitían interpelar a públicos amplios de la ciudad y la campaña. Llama la atención en ese sentido que a principios de la década de 1830, e invocando el estado de guerra civil v la ausencia de Rosas de la ciudad, no se festejó en Buenos Aires o se lo unificó con el del 9 de julio. Esto pudo haber obedecido al hecho de que este recuerdo permitía afianzar la idea de independencia nacional, tan cara al rosismo, en desmedro de la más conflictiva que era la de la revolución. Sobre todo si se considera que el festejo del 25 de Mavo se retomó a partir de 1836, cuando Rosas pronunció su "Arenga" sentando una interpretación oficial. Otra hipótesis es que hubiera sido hecho para provocar un acercamiento con las provincias del interior donde el 9 de Julio parecía ser más valorado que el 25 de Mayo.²⁶ Sin embargo, hubiera tenido más sentido en el segundo mandato de Rosas cuando procuró y logró tener un mayor control del interior.

Durante este segundo gobierno, y más particularmente en la década de 1840, los publicistas del régimen buscaron articular un discurso americanista que apuntaba a diferenciarse de sus enemigos a guienes imputaba como traidores por su alianza con fuerzas extranjeras. Ese argumento era utilizado también por sus aliados como el gobierno del Cerrito presidido por Manuel Oribe, cuyo periódico oficial festejaba en 1846 un nuevo aniversario de la revolución haciendo notar que la dirigencia de la sitiada Montevideo la había traicionado al aliarse con Francia e Inglaterra. Pocos días después reafirmaba esta prédica llamando la atención sobre lo sucedido en esa ciudad al celebrarse el 25 de mayo. pues el periódico alegaba que había sido festejado con la participación de los cuerpos ingleses que habían tocado su himno y dado gritos de viva a su reina sin que se hiciera mención alguna a la independencia americana.²⁷

Imputaciones como estas u otras similares resultaban corrientes. Lamentablemente fueron pocas las ocasiones en las que se debatió explícitamente sobre la revolución. Entre esas excepciones se encuentra una discusión producida en 1844 entre El Nacional de Montevideo dirigido por José Rivera Indarte y La Gaceta Mercantil que había sido desatada por la publicación de unas "Cartas sobre la América del Sur" en la Presse de París, un periódico adicto al régimen rosista.

Una vez más ambos bandos coincidían en varios puntos fundamentales; entre ellos, la reivindicación de la revolución y del régimen republicano. Las divergencias versaban sobre el sentido de la revolución y la forma en que se adoptó el republicanismo. Para La Gaceta Mercantil éste debió ser improvisado sobre la marcha ante la ausencia de hábitos de gobierno propio como consecuencia del despotismo español. José Rivera Indarte sostenía, por el contrario, que el Río de la Plata gozaba de condiciones que hacían casi natural la adopción del régimen republicano y democrático; entre ellas, la ausencia de hambre y la presencia de una población ilustrada. Inaugurando un tópico que gozaría de una larga vida, notaba que la posibilidad de progreso estaba al alcance de todos "porque en el Rio de la Plata no es propietario sino el que no quiere serlo. Asi hasta la clase infima del pueblo del Rio de la Plata con solo que se la deje en paz y que un gobierno bien intencionado no estravie sus sentimientos y ponga obstáculos a su dicha, concurrirá al gobierno republicano representativo, para el que tiene admirables disposiciones".28

Esta caracterización era también compartida por el rosismo, aunque sus publicis-

tas alegaban que esas condiciones favorables no habían podido desarrollarse plenamente por el accionar del régimen colonial que había coartado toda iniciativa en ese sentido, con lo cual difícilmente hubiera podido estar extendido también el deseo de emancipación. Rivera Indarte contestaba en otro artículo que en 1810 este anhelo había madurado, ya que por su propia naturaleza la población rioplatense no soportaba más el yugo colonial. De ese modo rebatía las interpretaciones corrientes sobre la revolución, al asegurar que la invasión de Napoleón a la península sólo había dado la oportunidad para que ésta se verificara, sin que debiera otorgársele mayor importancia.²⁹

Rivera Indarte ponía en entredicho las interpretaciones corrientes que consideraban el proceso revolucionario como consecuencia de la crisis monárquica. a la vez que se enfrentaba con la que intentaba imponer el rosismo que hacía del mantenimiento de la fidelidad a la Corona uno de sus pilares. En defensa de sus dichos invocaba la prensa de la época, la correspondencia, los documentos oficiales y los actores que aún vivían, pero sin hacer ninguna precisión al respecto. Esto motivó una nueva réplica de La Gaceta destacando su falta de atención hacia las Actas del Cabildo y el reemplazo del análisis de documentos por elucubraciones, mofándose por lo tanto de su pertenencia al Instituto Histórico montevideano fundado el año anterior. Rivera Indarte recién respondería meses más tarde al conmemorarse un nuevo aniversario de la revolución, citando para ello al Deán Funes para sostener que las Actas habían disfrazado las verdaderas intenciones de los revolucionarios.30

En cuanto a los argumentos presentados por *La Gaceta Mercantil*, el articulista retoma la tesis de Rosas al afirmar que "el pensamiento de Mayo no fue de tumulto y rebelión contra el Gobierno Español, sino de proclamación y ofensiva de los derechos de estos paises a regirse por Juntas Gubernativas en la acefalía de la Monarquía".

En ese marco debe entenderse el interés que le atribuve al Acta del 25 de mayo, a la que considera única fuente válida mientras que critica a quienes basan sus juicios en los dichos que circulaban en los "clubes". El artículo finaliza señalando una vez más que es erróneo plantear que los pueblos hubieran querido emanciparse en 1810, hecho que había sido consecuencia de la injusta agresión española que desconoció sus derechos y su fidelidad.³¹ Esta posición sería reafirmada pocos meses después al conmemorarse un nuevo aniversario de la revolución: "En la acefalía de la Monarquía Española se consideró este país con titulos á ejercer sus derechos políticos para regirse por una junta propia durante la cautividad del Monarca Español y en nombre de este. Tan justa determinación solo encontro opositores en los envejecidos órganos de las antiguas preocupaciones que desdeñaban asociar á los Americanos al goce de los derechos comunes de las demas Provincias integrantes de la Monarquía Española en los que miraban en ellos hombres inertes y estúpidos. Voto injusto, voto cruel que costó a la España la pérdida de sus colonias". 32

Como ya noté, las diversas valoraciones de la revolución estaban estrechamente relacionadas con los análisis que se hacían de los conflictos que le sucedieron. La explicación ofrecida por *La Gaceta* era en ese sentido bastante convencional: el despotismo

colonial había impedido a los americanos no sólo imaginar la posibilidad de ser independientes sino también desarrollar hábitos de libertad responsable, por lo que al estallar la revolución ésta se confundió con una libertad licenciosa que puso en crisis los vínculos sociales v el principio de autoridad. Esta interpretación era criticada por Rivera Indarte, aunque concedía que quizá debió adoptarse una marcha más lenta.³³ La Gaceta insistía en que el sistema representativo debió improvisarse dada la ausencia de antecedentes: "Era planta nueva que debia aclimatarse bajo un cielo borrascoso. y en un terreno sin preparación". Por eso decía sorprenderse de la necedad del articulista del El Nacional en su negativa por aceptar la falta de hábitos de libertad, pues "en el antiguo régimen los Americanos sobrellevaban el peso del coloniage mas extricto. Toda idea, todo hábito de representación nacional, toda practica representativa estaban cuidadosamente proscriptos, y celado con suma suspicacia cualquier destello que las presagiase. Negar esto es exponerse a un ridículo vulgar".34

Lo notable de este enunciado es que podría haber sido suscripto por casi cualquier opositor al régimen rosista. Lo mismo en cuanto a cuáles habían sido sus consecuencias: poco tiempo después, y en una discusión que mantendría con De Angelis, Esteban Echeverría afirmaría que el problema que aquejaba a los pueblos americanos era que habían pasado "del más abyecto y oscuro vasallaje al ejercicio de la más desenfrenada libertad", apreciación con la que su polemista coincidía plenamente aunque no del todo con sus causas precisas y, menos aún, con sus soluciones.³⁵

De ese modo, y como habrá podido advertirse, no puede argüirse una causalidad directa que permita deducir cuáles eran las

interpretaciones de la revolución según el bando en el que militaran sus autores. Pero esto no era necesariamente percibido por aquellos que estaban involucrados en esa lucha, y aunque pudiera serlo se lo pasaba por alto para no enturbiar los propósitos más inmediatos. De ahí que la caracterización del proceso revolucionario estuviera condicionada por la necesidad de diferenciarse de los enemigos, razón por la cual algunas apreciaciones no siempre podían mantenerse más allá de la discusión circunstancial que la promovió. El trasfondo de estas discusiones era, qué duda cabe, la legitimidad del gobierno de Rosas y sus políticas, cuestión frente a la cual quedaba subordinada toda otra consideración. Mientras que para sus defensores se trataba de un régimen excepcional que había puesto fin a los extravíos provocados por el rumbo faccioso que había tomado la revolución profundizado luego por los unitarios, para sus opositores se trataba de una contrarrevolución.

Ahora bien, que la lucha facciosa condicionara las interpretaciones de la revolución no puede seguir ocultando la existencia de ideas y representaciones compartidas por gran parte de la elite rioplatense. En este caso no sólo la defensa del republicanismo y del proceso revolucionario sino también algo que permite entender mejor esa reivindicación: el juicio crítico que merecía el orden colonial. Como quise argumentar, este marco político e ideológico fue también hecho suyo por el régimen rosista. Claro que, como con tantas otras cosas, lo hizo de un modo tan singular que aún hoy sigue provocando asombro y discusión.

Notas

- ¹ Y sigue: "La verdadera libertad del sufragio municipal v politico, fuente del sistema democrático; el establecimiento del gobierno de si mismo, que es mas un perfecto resultado; el respeto á los derechos del individuo: la igualdad legal, la union de todos los arjentinos en un cuerpo politico, cuyos esfuerzos se dirijiesen á mejorar la condicion material, intelectual y relijiosa de las que dejaban de ser Colonias: todo eso se ha frustrado completamente por los esfuerzos del gobierno despótico, inmoral y corruptor, que fundó Rosas, y de que se ha declarado representante y mantenedor"; Comercio del Plata, Nº 405, Montevideo, Imprenta del Comercio del Plata, 19 de febrero de 1847. En esta v en todas las citas se respetó la ortografía y los destacados originales.
- ² Esta cuestión la desarrollé en mis trabajos "De Funes a Mitre: imágenes de la Revolución de Mayo durante la primera mitad del siglo XIX", *Prismas. Revista de Historia intelectual*, № 5, Universidad Nacional de Quilmes, septiembre de 2001, y en "¿Pasado o presente? La Revolución de Mayo en el debate político rioplatense", en Fabián Herrero (comp.), *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*, Lanús, Edunla Cooperativa, 2004.
- ³ Dada la fuerte identificación entre facción y gobierno, me permito utilizar en forma indistinta rosismo, régimen rosista y orden rosista.
- ⁴ Al respecto pueden consultarse de Alejandro Cattaruzza, "El revisionismo: itinerario de cuatro décadas", en Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujandro Eujandro, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003; Diana Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé. 1995.
- ⁵ Son varios los estudios de historia política que propusieron una reinterpretación del rosismo y, a la vez, del período posrevolucionario. Entre ellos los de José C. Chiaramonte, Ciudades, provincias, Estados: los orígenes de la nación ar-

gentina (1800-1846). Buenos Aires, Ariel. 1997: Noemí Goldman v Ricardo Salvatore (eds.), Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema. Buenos Aires, Eudeba-Facultad de Filosofía v Letras, 1998: Pilar González Bernaldo, Civilidad v política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001: Tulio Halperín Donghi. Argentina: de la Revolución de la Independencia a la Confederación Rosista, Buenos Aires, Paidós, 1972; Jorge Myers, Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995: Marcela Ternavasio, La Revolución del voto. Política v elecciones en Buenos Aires, 1810-1852, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002. Éstos y otros aportes recientes fueron recogidos en Noemí Goldman (dir.), Revolución. República, Confederación (1806-1852), t. III de Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

- ⁶ Para las características del discurso rosista –géneros, formatos, públicos, enunciadores, delimitación espacial y temporal, etc.– me remito al trabajo de J. Myers, *Orden y virtud...*
- ⁷ Traté en profundidad esta cuestión en mi trabajo "El antiguo orden en el discurso del régimen rosista", presentado en el simposio "Actores, representaciones e imaginarios: nuevas perspectivas en la historia política de América Latina: homenaje a François Guerra", Universidad Nacional de 3 de Febrero, 25-26 de junio de 2004, e/p.
- 8 "Discurso preliminar del editor al Diario de un viaje á la costa de la Patagonia por D. Antonio de Viedma", en Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, 1838, t. VI, p. II.
- ⁹ "Programa de la nueva empresa sobre los teatros", *La Gaceta Mercantil*, N° 6132, Buenos Aires, 23 de marzo de 1844.
- ¹⁰ La "Arenga" era reproducida por la prensa en todos los aniversarios de la Revolución junto con documentos de 1810. En este caso la cita

corresponde a La Gaceta Mercantil, N° 7653, 24 de mayo de 1849.

- ¹¹ Para un examen de esa distinción me remito nuevamente a mi trabajo "¿Pasado o presente?...".
- ¹² La "Arenga" concluía así: "Sea, pues, nuestro regocijo tal cual lo manifestais en las felicitaciones que acabais de dirigir al Gobierno en tan fausto dia; pero sea renovando aquellos nobles sentimientos de órden, de lealtad y fidelidad que hacen nuestra gloria, para egercerlos con valor heróico en sosten y defensa de la Causa Nacional de la Federacion que ha proclamado toda la República, de esa causa popular bajo cuyos auspicios en medio de las dulzuras de la paz y de la tranquilidad podemos dirigir nuestras alabanzas al Todo-Poderoso, y exclamar, llenos de entusiasmo y alegría, ¡Viva el Veinte y Cinco de Mayo!, ¡Viva la Confederación Argentina!, ¡Mueran los impíos unitarios!".
- ¹³ Véase Colección de Arengas en el Foro, y escritos del Dr. Mariano Moreno, Abogado de Buenos Ayres y Secretario del Primer Gobierno en la Revolucion de aquel estado, t. 1, Londres, Jaime Pickburn Impresor, 1836.
- ¹⁴ Véase Tomás Guido, "Reseña histórica de los sucesos de Mayo", *El Plata Científico y Literario*, t. VI, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1855.
- ¹⁵ Véase P. de Angelis, "Prólogo a las Actas Capitulares del Mes de Mayo de 1810", en Colección…, t. III, 1836, pp. II y III.
 - 16 Ibídem
- ¹⁷ Véase Gregorio Aráoz de Lamadrid, Origen de los males y desgracias de las Repúblicas del Plata. Documentos curiosos para la historia, Montevideo, Imprenta 18 de Julio, 1846.
- 18 La Gaceta Mercantil, N° 6996, 10 de febrero de 1847.
- ¹⁹ Véase Julio Irazusta, *Tomás M. de Anchorena*, Buenos Aires, Huemul, 1962.

- 20 La Gaceta Mercantil, N° 7053, 4 de mayo de 1847.
- ²¹ Resulta notable que esas apreciaciones no merecieran corrección alguna de su traductor, Justo Maeso, quien añadió numerosas notas aclaratorias o críticas del original, superándolo a veces en extensión. W. Parish, Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata, desde su descubrimiento y conquista por los Españoles, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 125 [Buenos Aires, t. I, Imprenta de Benito Hortelano, 1852, t. II, Imprenta de Mayo, 1853].
- ²² Juan B. Alberdi, *La Revolución de Mayo.* Crónica Dramática, Buenos Aires, Honorable Concejo Deliberante, 1960, p. 126 [Montevideo, *Revista del Plata*, 1839].
- ²³ F. Varela a J. M. Gutiérrez, Río de Janeiro, 24 de agosto de 1841, en Juan M. Gutiérrez, *Archivo: Epistolario*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso, t. 1, 1979, p. 226.
- 24 "25 de Mayo", *El Pueblo Libertador*, N° 40, Corrientes, 28 de mayo de 1840.
- ²⁵ "Mayo y Rosas", *Revista del Plata*, N° 16, Montevideo, 4 de junio de 1839.
- ²⁶ Esta hipótesis fue planteada por Lía Munilla Lacasa en su presentación "De mayo a julio: estrategias políticas en las fiestas cívicas del primer Rosas", Jornadas "Rupturas y continuidades: de Mayo a Pavón, 1810-1862", Universidad Torcuato Di Tella, 25 y 26 de junio de 2001.
- ²⁷ El Defensor de la Independencia Americana, Miguelete, Imprenta Oriental, N° 113, 26 de mayo de 1846, N° 115, 1 de junio de 1846.
- ²⁸ "Cartas sobre la América del Sur", El Nacional, segunda época, N° 1535, Montevideo, Imprenta de El Nacional, 27 de enero de 1844.
- ²⁹ El Nacional, segunda época, N° 1537, Montevideo, Imprenta de El Nacional, 30 de marzo de 1844.
 - ³⁰ El Nacional, segunda época, N° 1634,

Montevideo, Imprenta de El Nacional, 26 de mavo de 1844.

- ³¹ "Sofismas, embustes, calumnias ridículas, romances lúgubres y patrañas del *Nacional* de Montevideo en enero último", *La Gaceta Mercantil*, N° 6116, 5 de marzo de 1844.
- ³² "Veinte y cinco de mayo de 1810", *La Gaceta Mercantil*, N° 6181, 24 de mayo de 1844.
 - ³³ El Nacional, segunda época, N° 1576,

Montevideo, Imprenta de El Nacional, 16 de marzo de 1844.

- ³⁴ "Sofismas, embustes, calumnias ridículas, romances lúgubres y patrañas del Nacional de Montevideo en marzo último", *La Gaceta Mercantil*, N° 6137, 30 de marzo de 1844.
- ³⁵ E. Echeverría, "Cartas a Don Pedro de Angelis, editor del Archivo Americano", en *Obras completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora, p. 402 [Montevideo, Imprenta 18 de Julio, 1847].

Galería de textos



Modas y continuidad en la investigación histórica

Ezequiel Gallo*

El profesor Ezequiel Gallo obtuvo su doctorado en Modern History en la Universidad de Oxford. Ha sido profesor visitante en Columbia University (donde fue honrado como *Tinker Profesror*), en Oxford University, en el University College de Londres, en la Universidad Hebrea de Jerusalén, en la University of Melbourne y en el Instituto Universitario Ortega y Gasset de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor permanente (en calidad de Lecturer) en la Universidad de Essex, en la Universidad Nacional del Litoral, en el Instituto Di Tella y, desde 1997, *full-time* en la Universidad Torcuato Di Tella, en la que fue honrado con la cátedra Bemberg. En 2004 fue nombrado profesor plenario de la universidad.

Las publicaciones del profesor Ezequiel Gallo han sido numerosas y de gran importancia cualitativa para el campo historiográfico. En 1968 publicó (en colaboración con Roberto Cortés Conde) *La formación de la Argentina moderna*, libro en el que se analizaba por qué en el período que va de mediados del siglo XIX hasta la crisis de 1930 se sentaron las bases de una economía capitalista en los mercados de factores (tierra, trabajo y capital) y a través de la inserción del país en el mercado internacional.

En 1970 el profesor Gallo lanzó a la discusión académica una nueva perspectiva para analizar la historia económica y social argentina: su pionera aplicación del modelo explicativo de la Staple Theory, que dio como resultado la publicación de "Agrarian expansion and industrial development in Argentina (1880-1930)" en 1970, en la serie de artículos sobre América Latina que dirigía Raymond Carr en Oxford. "Agrarian expansion" marcó un hito en la historia económica argentina. Hasta entonces se consideraba que la expansión agropecuaria argentina en el período previo a la crisis de 1930 había impedido el desarrollo industrial. Este planteo ofrecía una situación de juego de suma cero en la cual no podía haber crecimiento industrial y agropecuario al mismo tiempo: hasta 1930 el agro había dominado la economía y castigado a la industria, mientras que desde entonces había ocurrido lo contrario. La publicación de "Agrarian expansion" mostró, a través de un análisis empírico y la aplicación de la Staple Theory, que el crecimiento agropecuario y el industrial podían darse de manera paralela y complementaria. Desde la primera publicación de "Agrarian Expansion" y hasta el presente la vieja visión de economía de suma cero ha dejado de prevalecer en los medios académicos; justamente, la importancia de este aporte llevó a su traducción al

^{*} Universidad Torcuato Di Tella.

castellano y publicación en el *Anuario del IEHS* (Instituto de Estudios Históricos y Sociales) en 1998.

El uso de la *Staple Theory* llevó a Ezequiel Gallo a interesarse en el método comparativo para estudiar la historia económica argentina. La comparación que pareció más acorde fue con aquellos países llamados "new settlement countries", como Estados Unidos, Canadá y Australia. Por el tamaño de su población y la lejanía de los mercados, Gallo encontró que la comparación más útil para la Argentina era la que se podía realizar con Australia. Ello llevó a su asociación con el profesor John Fogarty de la Universidad de Melbourne y a la publicación de una serie de trabajos, como el libro *Argentina y Australia*, compilado junto con Fogarty y Héctor Diéguez, publicado en 1979. En esa obra resulta especialmente destacable el artículo de Ezequiel Gallo "El método comparativo en historia: Argentina y Australia (1850-1930)" por su análisis metodológico sobre las posibilidades que brinda esta perspectiva en la investigación académica.

Gallo ha contribuido a proveer una nueva mirada sobre la historia social argentina. En su libro *Farmers in Revolt. The Revolutions in 1893 in the Province of Santa Fe, Argentine*, publicado por The Athlone Press of the University of London en 1976, estudió las motivaciones de los colonos del centro de la provincia de Santa Fe, de origen extranjero y con poca participación en la política más allá de la esfera municipal, para lanzarse a una lucha armada y sangrienta que va a desarrollarse en distintos momentos de 1893. *Farmers in Revolt*, que proponía una nueva forma de analizar la acción colectiva, fue la base de su libro *La pampa gringa*, publicado por Editorial Sudamericana en 1983 y reimpreso por Edhasa en 2005. En este libro, reconstruye de manera brillante la vida social, económica y política de la provincia que más cambios relativos sufrió en el período del auge exportador: Santa Fe.

El profesor Ezequiel Gallo ha realizado investigaciones en historia política. En el artículo que escribió con Silvia Sigal, "La formación de los partidos políticos contemporáneos: la UCR (1890-1916)", publicado por *Desarrollo Económico* en 1963, realizó un estudio pionero sobre la composición de votantes en los orígenes del radicalismo a través del análisis empírico. La conclusión a la que llegaba en este artículo era que –contra lo que la historiografía había venido proponiendo hasta entonces—no había relación fuerte entre el radicalismo y los sectores inmigrantes; asimismo, mostraba que este partido nuevo conservaba importantes rasgos de la política tradicional.

Ha realizado aportes de gran importancia a la historiografía argentina a través del

género de la biografía. En 1997 publicó su *Carlos Pellegrini, orden y reforma*, libro que ha merecido críticas elogiosas por la forma en que maneja la vida privada y pública del personaje, así como sus matices. Actualmente se encuentra escribiendo una biografía de Leandro N. Alem, figura diferente de la de Pellegrini, pero sobre la cual se han escrito innumerable cantidad de libros que no hacen más que repetirse y renovar el dogmatismo de este personaje que estuvo en la oposición.

Otra área en la que ha investigado es la historia de las ideas políticas. La publicación, junto con Natalio Botana, del libro *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, en la colección Pensamiento Argentino dirigida por Tulio Halperín Donghi en 1997, ha tenido un impacto decisivo en la historiografía de los últimos años. La obra reveló un complejo entramado de ideas que ha dejado sin sustento las viejas tesis sobre la inflexibilidad ideológica que habría imbuido a los líderes políticos de la llamada



"generación del 80". Allí Ezequiel Gallo volvía contra la idea de la existencia de tal grupo homogéneo, que él mismo había propuesto en "La generación del 80 y su proyecto, antecedentes y consecuencias" (publicado en *Desarrollo Económico* en 1961) y que había encontrado sus primeras reelaboraciones en la compilación realizada con Gustavo Ferrari, *La Argentina del 80 al Centenario*, publicada en 1980.

Ha escrito sobre la historia del pensamiento político argentino y latinoamericano en varios artículos que publicó sobre el liberalismo. Sus "Notas sobre el liberalismo clásico", "La tradición liberal argentina" y "La llustración escocesa", aparecidas en *Estudios Públicos* de Santiago de Chile entre 1986 y 1987, son sólo una muestra de este interés por estudiar la influencia del liberalismo.

Finalmente, el análisis metodológico también ha estado entre las áreas de interés de Ezequiel Gallo, que ha publicado varios artículos en defensa de la "human agency" frente al determinismo histórico. Entre ellos, cabe destacar "Lo inevitable y lo accidental en la historia" (*Revista Latinoamericana de Filosofía*, 1980), "La división del conocimiento en la sociedad" (*Revista de Occidente*, 1986) y "Hayek y la investigación histórica: algunas reflexiones" (*Estudios Públicos*, 1993).

El 3 de noviembre de 2005 el doctor Ezequiel Gallo fue designado profesor emérito de la Universidad Torcuato Di Tella. Precedida por un breve relato de su trayectoria, reproducimos la conferencia pronunciada por Gallo en esa ocasión

asi medio siglo es un respetable período. Fueron muchos años en los que me tocó asistir a la irrupción de distintas novedades ("modas") en el quehacer historiográfico. A algunas de ellas me referiré, desde una perspectiva personal, ubicadas en el contexto argentino. Una primera idea de la intensidad de estas "modas" se ilustra con la serie de palabras hoy en uso dentro de la profesión y prácticamente inexistentes en los años 50: "imaginario", "género", "contrafactual", "memoria", "giros lingüísticos", etc., son unas pocas muestras de esas irrupciones semánticas. La mayoría de ellas denotan nuevas orientaciones; confieso que a muchas de ellas no he podido analizarlas con el detenimiento que seguramente merecen. Me dedicaré, por lo tanto, a algunas de las tendencias que se generaron a partir de otras "propuestas" que agitaron el mundo historiográfico en el último medio siglo.

A algunas de ellas me referiré rápidamente, aunque haya dedicado algún tiempo a su estudio. Es el caso del largo, y a veces tedioso, debate entre "monistas y dualistas" acerca $\frac{1}{2}$

de la cercanía o distancia entre las ciencias naturales y las humanidades. Hay ciertas cosas que aún rescato de aquellas lecturas, entre las cuales debo mencionar a título de ejemplo la *Autobiografía* de Robin Collingwood y el artículo de Karl Popper "Nubes y relojes" ("Clouds and Clocks"), que rescatan lo mejor de ambas tradiciones epistemológicas.



Un derivado indirecto de esta discusión fueron los debates acerca del método comparativo y de las hipótesis contrafactuales. Al segundo me referiré más adelante pero del primero, al que sigo remolonamente ligado acicateado por Pablo Gerchunoff, quiero aquí rescatar un punto que creo de interés general. En casi todas las novedades significativas no es difícil encontrar que éstas reconocen un origen bastante lejano. Ya en el *Treatise* que David Hume publicara entre 1739 y 1740 puede leerse que "juzgamos los objetos más por comparación que por su valor intrínseco. Y sólo comparamos con los de la propia especie". Y a renglón seguido: "Una montaña no magnifica ni empequeñece a un caballo. Pero esto sucede si cotejamos un caballo flamenco con uno galés". Pocas palabras que sintetizan largas disquisiciones contemporáneas.

En la época en que me inicié estaban de moda los trabajos de historia económica y social. Entre mis colegas historiadores era notoria la influencia de la escuela francesa ligada a la revista Annales y, dentro de ella, de las formulaciones más teóricas de Fernand Braudel. Poco después hicieron su aparición los historiadores ingleses de raíz marxista, de los cuales corresponde ubicar los todavía hoy muy populares ensayos generales de Eric Hobsbawm y las más localizadas investigaciones de Edward Palmer Thompson. Por razones ligadas a los períodos a los que se dedicaban estos últimos, su influencia fue más importante en mi formación que la de sus prestigiosos colegas franceses. Mi interés principal en esa época residió, sin embargo, en trabajos provenientes de economistas y sociólogos. El crecimiento económico v la modernización social eran los temas predominantes. A la segunda la incorporé en mi primer trabajo escrito, que versaba sobre la emergencia de la clase media en la Argentina. Su recuerdo me retrotrae a la incomodidad que sentí cuando leí que, para David Fischer, la emergencia de las clases medias era el mejor ejemplo de lo que denominaba "la falacia interminable", dado que distintos historiadores la han visto emerger desde el siglo XII en adelante. Esta vocación espacial, concluía, la estaba convirtiendo en un objeto más propio de la astronomía que de la indagación histórica. Me pareció, entonces, más sequro retornar al más pedestre debate sobre obstáculos al crecimiento económico que agitaba parte del medio académico latinoamericano.

En un primer momento, de breve y limitada duración, mi curiosidad giró alrededor de los trabajos originados en la CEPAL, como los de Aníbal Pinto Santa Cruz, Celso Furtado, Aldo Ferrer, Fernando Henrique Cardoso, entre otros. Una derivación posterior de estos ensayos fue la polémica que giró en torno de la "teoría de la dependencia". Mi interés por ella fue limitado porque me pareció una versión provinciana e inferior de la vieja teoría del imperialismo y de poca aplicación al análisis de procesos históricos singulares. Muy pronto el centro de la escena fue ocupado por la contribución de Walt Whitman Rostow sobre las etapas del crecimiento económico. Es difícil imaginar hoy la repercusión que tuvo este ensayo. Basta recordar que la influyente Asociación Internacional de Historia Económica dedicó un congreso entero para discutir sus conclusiones. Sus eta-

pas, especialmente la del "despegue" (take off), la del crecimiento autosostenido y conceptos como el de los "sectores líderes" llenaron las discusiones de la época. Su "modelo" fue introducido con suerte variada en el análisis de varios casos nacionales. Uno de ellos fue el que aplicó Guido Di Tella para nuestro país. Un intento éste que tenía un toque novedoso, con la introducción de una etapa sui generis, "gran demora", solo válida para el caso argentino. Esas discusiones se ligaron de alguna manera con las que surgían de las tentativas de comparación con Australia y, en menor medida, con Canadá. Todo un período que recuerdo con mucha nostalgia y donde el Instituto Di Tella jugó un papel estimulante y bastante central.

Ese mundo creado por Rostow incluyó, también, el trabajo de uno de sus críticos, Alexander Gerschenkron. Este último se alejaba de algunas implicancias de la propuesta de Rostow pero giraba, con más amplitud, dentro de su mismo eje de preocupaciones. Fue, sin embargo, otro de sus críticos el que lo desplazó definitivamente del lugar dominante que ocupaba en la historiografía económica.

A mediados de los años 60 apareció el ensavo de Robert Fogel sobre el papel del ferrocarril en el desarrollo económico estadounidense. En este ensavo Fogel refutaba la idea de Rostow de que el ferrocarril había desempeñado el papel de sector líder en la historia del país del norte. Al hacerlo introdujo dos dimensiones consideradas muy novedosas. La primera se refería a la presencia de la teoría económica en el análisis histórico, una relación que Fogel subrayó especialmente en un artículo titulado "La reunificación de la teoría económica con la historia económica". En rigor, se trataba más específicamente de la teoría neoclásica, puesto que la influencia de teorías económicas en los trabajos históricos se remonta a los tiempos de Adam Smith, Karl Marx, Josef Schumpeter, John Maynard Keynes, y, por qué no, Max Weber. En segundo término, y ésta fue la innovación más polémica, el trabajo introducía una metodología experimental basada en la utilización de hipótesis contrafactuales. Fue esta segunda dimensión de su contribución la que produjo, y sigue produciendo, mayor impacto. No pasó mucho tiempo antes de que lo que había sido una herramienta utilizada para analizar comportamientos económicos no invadiera territorios vecinos, primordialmente los ocupados por la historia política. Así la expresión historia virtual se ha convertido en el estandarte de una nueva escuela historiográfica. Volveré sobre el tema más adelante.

La propuesta de Fogel requería un manejo algo sofisticado de técnicas econométricas. Confieso que la exigencia resultaba excesiva para mis conocimientos del momento y, también, para mis gustos. Comenzó así mi giro hacia una nueva etapa donde el interés residiría en la historia de las ideas, la de las instituciones y los procesos políticos. El giro no fue brusco porque en el momento en el que comenzaba irrumpió en el escenario la, para mí, interesante propuesta de Douglass North sobre el papel crucial de las instituciones en el proceso de crecimiento económico. Como muchas de estas "novedades", la tesis de North reconocía también un origen bastante antiguo, en este caso las contribuciones de

Adam Smith y de otros miembros de la llamada "escuela escocesa". Adam Smith, por ejemplo, señalaba que las tres condiciones básicas para el progreso de las naciones eran típicamente políticas: "paz, impuestos bajos y una tolerable administración de justicia". Para su colega, el mencionado David Hume, ese



terceto debía completarse con instituciones jurídicas, como la protección a la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos. No está de más señalar aquí que la repercusión de los trabajos de Fogel y North quedó reflejada cuando ambos fueron acreedores al Premio Nobel de Economía.

En casi todo este período, especialmente en los ámbitos en los que me tocó moverme, la historia política y la de las ideas habían pasado a ocupar posiciones secundarias. Eran tiempos de cierto desdén hacia el "acontecimiento", la biografía y la historia narrativa. La supremacía de la historia social se reflejaba, a veces, en las frases que la definían con alguna arrogancia como "history with politics left out". Esta situación tuvo su ilustración melancólica en un trabajo que Gertrude Himmelfarb publicó en *The New Criterion* en 1982, adecuadamente titulado "Quién lee hoy a lord Macaulay".

No tardó en producirse la esperada reacción, que como todas pecó de algunos excesos. Lo que había sido dejado fuera pasó en poco tiempo a ser definido como el eje central del relato histórico y, además, la narrativa se convirtió en la técnica adecuada para exponerla. Este retorno de la política al centro de la escena se expresó a través de distintos canales y tuvo, en algunos casos, su manifiesto liminar; a la *New Economic History* de Robert Fogel siguió la *New Political History* de Alan Bogue. En esta línea aparecieron trabajos influidos metodológicamente por la historia económica con temas (elecciones, actos legislati-

vos, etc.) susceptibles de experimentación numérica. Otra línea se expresó en la renovación de los estudios de historia de las ideas donde sobresalió el casi monumental *Machiavellian Moment* de John Greville Agard Pocock (publicado en 1975), las distintas contribuciones de la escuela de Cambridge y la innovadora reflexión de François Furet sobre la Revolución Francesa. En este caso creo que los avances de esta disciplina específica han sido realmente muy importantes.

La última vertiente que quiero recordar dentro de la historia política es la ya mencionada *historia virtual* que tiene a Niall Ferguson como su principal figura.

Como se ha dicho anteriormente, ésta es otra aplicación de una técnica nacida en la historia económica al campo político. Como aquélla, a mi parecer, tiene virtudes y defectos. Las primeras giran alrededor de fortalecer la idea de que no hay nada inevitable en el decurso histórico y que cada giro en la marcha de los acontecimientos ha estado siempre abierto a alternativas igualmente plausibles. Esta noción tiene un ilustre antecedente en ese gran historiador que fue Johan Huizinga: "El historiador debe mantener frente a su tema un punto de vista indeterminado. Debe continuamente ubicarse en un punto del pasado en el cual los factores ya establecidos permiten esperar un resultado diferente. Si escribe sobre el golpe de Estado de Brumario debe hacerlo como si Bonaparte no estuviera por ser ignominiosamente rechazado por sus compatriotas".

La utilización sensata del contrafactual puede así iluminar mejor la alternativa diferente. Al hacerlo, da ciertamente una versión más ajustada de lo ocurrido. Más allá de este objetivo, me parece que podemos estar en un terreno bastante más apropiado para la ficción que para el análisis histórico. No vaya a ser que por este camino terminemos dando la razón a ese personaje de Jane Austen en *La abadía de Northanger* que, refiriéndose a los libros de historia, decía que la "maravillaba que fueran tan aburridos porque la gran mayoría deben ser pura invención".

Me he asomado, desde luego, a otras innovaciones. A algunas de ellas las he dejado de lado rápidamente, quizá porque el trabajo que debía introducirme a ellas no era el más adecuado. Me refiero a la llamada "psicohistoria", una tentativa para aplicar conceptos psicoanalíticos a la investigación del pasado. Esa introducción provino de un ensayo de Bruce Mazlish sobre James Mill y John Stuart Mill publicado en 1975, cuya lectura me disuadió de persistir en el esfuerzo. En otras ocasiones la falta de persistencia se debió a la impresión de que la discusión bajo análisis no resultaba productiva. Es el caso de la polémica entre dos muy buenos historiadores como Lawrence Stone y Eric Hobsbawm sobre las ventajas relativas del tratamiento analítico o del enfoque narrativo. Me pareció, y sigo pensando lo mismo, que no hay ninguna diferencia metodológica entre ambos caminos y que los dos pueden generar buena o mala historia. Esta observación, dicho sea de paso, la extiendo a esas posiciones epistemológicas -como las de William H. Walsh o William H. Dray en sus Philosophy of History publicados en 1951 y 1964- que piensan que a través del uso de la narrativa se puede superar algunos problemas que surgen de la utilización de leves generales. Cualesquiera sean estos problemas, estoy convencido de que la narrativa no los supera. Sus ventajas están en otras dimensiones muy respetables: verbigracia, la evocación del ritmo pertinente y, en algunos casos, el mayor caudal de información que transmite.

Hasta aquí he recordado algunas de las modas y polémicas que agitaron la profesión en el último medio siglo. Ciertamente el cuadro que surge de estos recuerdos es terriblemente incompleto y muy personal. Creo, sin embargo, que refleja, de alguna manera, la irrupción constante de nuevos enfoques y temas a los que en homenaje a la brevedad he denominado "modas". Frente a este panorama cambiante corresponde preguntarse si existen elementos de continuidad sobre los que pueda descansar la legitimidad de la disciplina. Resulta obvio que si he aceptado conmovido esta distinción es porque la respuesta al interrogante es claramente afirmativa. ¿Cuáles son, entonces, esos elementos? Una respuesta general apuntaría a dos: el primero referido a una vocación y el segundo, a la actitud con la cual se la encara.

Un encumbrado analista de estos temas como Michael Oakshott llegó a afirmar que el historiador debe amar al pasado como a "una amante de la que nunca se aburre y a la que le permite algunos deslices". Estoy consciente de los riesgos que asumo al decir que comparto buena parte de esta definición. Agregaría, sí, que además de la tolerancia frente a los deslices es necesario añadir fuertes dosis de respeto hacia el objeto querido. Volver a aquella vieja definición del siglo XVIII, que me recordó hace tiempo Francis Korn, que daba de la historia Samuel Johnson en su famoso diccionario: "The narrative of events done with dignity".

Esta actitud de respeto, este otorgamiento de dignidad, estriba sencillamente en evaluar y analizar hechos y personajes dentro de los límites y el clima del período en que los primeros tienen lugar y dentro del cual los segundos actúan. En otros términos, en no incurrir en anacronismos basados en las circunstancias, valores e ideas del historiador. En rigor, éste ha sido siempre el estandarte de la buena historia. No está de más ir cerrando esta exposición con un pasaje central en los ensayos ya clásicos de lord Macaulay: "Quisiera ilustrar este principio con la obra de dos conocidos historiadores de nuestro tiempo: sir James

Mackintosh y míster James Mill. Difieren en casi todos los temas pero en uno están totalmente de acuerdo. Sir James es benevolente, míster Mill severo. Pero ninguno de los dos omite cuando elogia o censura otorgar amplio espacio al estado de la política o de la moral en los períodos históricos que analizan".

Muchas de las "modas" que he mencionado cumplen con estos requisitos. En muchos casos, también, incorporan enfoques y conceptos que provienen de quienes fueron sus antecesores. Creo que algo parecido ocurrirá con parte de sus propuestas, que integrarán, quizá con menos estridencia, el ancho caudal en que descansa la continuidad de esta magnifica disciplina; disciplina que he tratado de ejercer con dedicación y afecto dentro de esta generosa institución.

Referencias

Bogue, Allan G., "The New Political History in the 1970's", en M. Kammen (ed.), *The Past Before US*, Ithaca, Cornell University Press, 1980.

Burkhardt, Jacob, Reflections on History, Londres, Allen and Unwin, 1943.

Burrow, J.W., A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past, Cambridge University Press, 1981.

Collingwood, R.G., An Autobiography (1939), Oxford University Press, 1978.

Di Tella, Guido y Zymelman, Manuel, Las etapas del desarrollo económico argentino, Buenos Aires, Eudeba, 1967.

Fergunson, Niall, Historia virtual, Madrid, Taurus, 1997.

Fischer, David Hackett, Historians' Fallacies. Toward a Logic of Historical Thought, Nueva York, Harper Collins, 1971.

Fogel, Robert, "The Reunification of Economic History and Economic Theory", *The American Economic Review*, 55, 1965.

Furet, Francois, Penser la Révolution Française, París, Gallimard, 1978.

Gerschenkon, Alexander, Continuity in History and other Essays, Cambridge, 1968

Hayek, F.A., "The Facts of the Social Sciences", en *Individualism and Economic Order*, Chicago, 1980.

Himmelfarb, Gertrude, "Who now reads Macaulay", en *The New History and The Old Critical Essays and Reappraisals*, Cambridge University Press, 1987.

Hobsbawm, E.J., Labouring Men Studies in the History of Labour, Nueva York, Basic Books, 1964.

Hume, David, A Treatise of Human Nature (1739), Oxford University Press, 1968.

Macaulay, Thomes Babington, Critical and Historical Essays, 1844.

Mazlish, Bruce, *James and John Stuart Mill Father and Son in the Nineteenth Century*, Nueva York, Basic Books, 1975.

Oakeshott, Michael, On History and Other Essays, Oxford University Press, 1983.

Pocock, J.G.A., *The Maquiavelian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton University Press, 1975.

- Popper, Karl, "Of Clouds and Clocks", en *Objective Knowledge. An Evolutionary Approach*, Oxford University Press, 1972.
- Rostow, W.W., The Stages of Economic Growth, A Non Communist Manifesto, Cambridge University Press, 1960.
- Thompson, E.P., The Making of the English Working Class, Londres, Penguin, 1963.
- Véliz, Claudio (ed.), Obstacles to Change in Latin America, Londres, Oxford University Press. 1965.
- (ed.), The Politics of Conformity in Latin America, Nueva York, Oxford University Press. 1968.

Archivos



"No se debería desconectar la historia de los temas contemporáneos"

Entrevista a Antonia Byatt

Cecilia Belej*

ntonia Byatt es la directora de The Women's Library, un centro que documenta e investiga sobre la vida de las mujeres en Gran Bretaña. La institución fue establecida en 1926 como la biblioteca de la London Society for Women's Service bajo la conducción de Millicent Fawce, está orientada a la difusión, tanto al público académico como general, de la historia de las mujeres. Las colecciones informan sobre una variedad de temas relacionados con derechos femeninos, sufragio, sexualidad, salud, educación, empleo, derechos reproductivos, familia v hogar. Antonia Byatt visitó Buenos Aires invitada por el Archivo Palabras e Imágenes de Mujeres (APIM) del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía v Letras de la Universidad de Buenos Aires. con el apoyo del British Council. En esta ocasión dio dos conferencias sobre la conformación de redes de datos entre bibliotecas y archivos en el British Council y en la Facultad de Filosofía y Letras como parte de las actividades de las Jornadas de Fotografía, Memoria y Género.

Cecilia Belej: –Es muy interesante el origen de The Women's Library y su vin-

culación con la militancia política femenina. Me gustaría que nos cuente cómo se crea la biblioteca.

Antonia Byatt: -Hacia fines del siglo XIX, principios del XX, las mujeres inglesas se organizaron y lucharon por sus derechos políticos: demandaban mejor educación para las niñas y el voto femenino. Las organizaciones de sufragistas se extendieron por todo el territorio inglés y se conformarían dos corrientes principales dentro del movimiento: aquellas que luchaban por el sufragio femenino por las vías constitucionales y las que empezaron una lucha mucho más militante y se escindieron del grupo en 1903. La historia de nuestra biblioteca está relacionada con las sufragistas constitucionales, quienes habían atesorado material de sus campañas, por ejemplo, papeles de las mujeres que habían librado luchas por el voto, las pancartas que llevaban a las movilizaciones, etc. Al principio se trataba de unos pocos libros, afiches y material de las campañas. Más tarde, decidieron fundar una biblioteca para albergar esta pequeña colección, especialmente útil para las mujeres que, por aquella época, se empezaban a insertar en la vida profesional y necesitaban herramientas para encontrar su lugar en la vida pública. Entonces crearon la biblioteca

 $^{^{\}ast}$ Profesora en Historia, miembro del equipo de investigación de APIM, IIEGE, FFYL, UBA.

v contrataron a una bibliotecaria. Vera Douie. Ella fue la bibliotecaria durante cuarenta v dos años... me encantaría ser una bibliotecaria como ella.... Vera Douie empezó a construir la colección. Se contactó con escritoras y con gente relacionada al movimiento sufragista v consiguió que escritoras como Virginia Woolf, entre otras, donaran libros o dinero para comprarlos. Y mucha otra gente que participó del movimiento de mujeres donó sus archivos personales. Más adelante se fusionó con otras bibliotecas. como la actual colección Cavendish-Bentick que contiene material previo a 1850, como libros de conducta de los siglos XVII y XVIII u primeras ediciones de los libros de Maru Wollstonecraft, Virginia Woolf y las hermanas Brontë. O la colección Josephine Butler que comprende material sobre prostitución, esclavitud y tráfico de blancas. Por último, la colección Sadd Brown con libros y periódicos sobre mujeres de los distintos países de la Commonwealth. El material se trans-

formó en una gran masa y la biblioteca se llenó. En la actualidad, la biblioteca posee más de sesenta mil libros y panfletos y una hemeroteca que cuenta con 24 mil periódicos, que incluye desde revistas populares hasta publicaciones aca-

démicas. Las colecciones especiales incluyen papeles personales y archivos de asociaciones sufragistas. La colección abarca distintos temas: derechos de las mujeres, sexualidad, salud, educación, empleo, derechos reproductivos y familia, entre otros, y va desde el siglo XIX hasta el presente.

C.B.: –¿Cómo se manejan con esta "gran masa" de publicaciones con las que cuenta hoy en día la biblioteca?

A.B.: –Éste es un tema delicado, ya que tenemos que ser muy cautelosos con el modo en que incorporamos nuevos materiales.

En la década del 50 la misión de la biblioteca era reunir material de todo el mundo. Pero el mundo de hoy es distinto del de 1950. Nos damos cuenta de que es imposible e inapropiado seguir reuniendo material de todo el mundo. Los materiales del movimiento de mujeres de la Argentina deberían estar en la Argentina. Con el material de revistas tenemos de alguna manera cubierto el panorama internacional. Porque sabemos que lo que ocurre en Gran Bretaña está relacionado con lo que ocurre en otras partes del mundo. Igualmente seleccionamos el material de manera consciente.

C.B.: –El fondo de The Women's Library no son sólo libros. ¿Con qué otro material cuentan? ¿Cómo utilizan este material con relación a la difusión de la historia de las mujeres?

A.B.: -Tenemos una importante colección de fotografías tomadas por las mismas sufragistas durante las campañas. Éstas eran utilizadas muy efectivamente para ha-

cer públicas sus acciones y muchas de estas fotografías se publicaron en la prensa. Pero también tenemos fotos de la segunda ola del feminismo y de las campañas por la paz de las décadas del 70 y

del 80. También contamos con fotografías de organizaciones de mujeres. Además, la biblioteca posee más de cinco mil objetos, por ejemplo, una colección muy importante de carteles y pancartas. Las pancartas, realizadas por las sufragistas para las movilizaciones, tienen mucho valor porque eran muy creativas y originales, pero al mismo tiempo se ven allí claramente las consignas y los objetivos del movimiento sufragista. Es decir que se trata de una colección muy ecléctica, que tiene en su corazón material de las sufragistas pero que también cuenta

con otros soportes como posters, postales, pinturas, grabados y textiles.

C.B.: -¿Cómo es la trayectoria política y académica de The Women's Library durante la segunda ola del feminismo?

A.B.: -The Women's Library fue por mucho tiempo parte de lo que luego se transformó en la Sociedad Fawcett, así que la organización original era políticamente activa todavía v realizaba campañas por los derechos de las mujeres. Pero en 1977, año que supongo podemos considerar como mediados de la segunda ola del feminismo, The Women's Library pasa a ser parte de la London Metropolitan University. En ese momento se separa de las organizadoras activistas y ha sido así desde entonces. En la actualidad The Women's Library se ocupa de documentar la historia del movimiento y las publicaciones de mujeres, así que no es militantemente activa, pero sí atesora el material producido por las organizaciones.

C.B.: –En la conferencia que dio en la Facultad de Filosofía y Letras usted mencionó que en este momento están intentando atraer a un público más amplio a través de actividades. ¿Por qué esta preocupación en la actualidad?

A.B.: –Durante mucho tiempo The Women's Library funcionó en el sótano de la universidad y el material era consultado por académicos de todo el mundo, pero nunca contó con muchos fondos. El sótano se inundaba ocasionalmente y esto era un problema serio ya que se trata de una colección muy valiosa. En Gran Bretaña, el material de las sufragistas es un gran negocio; en los remates este tipo de material se vende a precios muy elevados. Pues bien, hace unos años la lotería estaba donando grandes sumas de dinero para actividades relacionadas con el arte y la cultura. Entonces, la univer-

sidad se presentó para pedir dinero v construir un nuevo edificio que albergara la colección de la biblioteca v lo obtuvo. El nuevo edificio, que queda frente al anterior sótano, nos ha permitido una planificación completamente distinta. Claramente, el dinero con el que se remodeló este vieio inmueble, donde funcionaba una lavandería del siglo XIX, viene de la gente. La política en Inglaterra, en este momento, es retribuir a la gente e intentar incluirla en las agendas culturales. Así que mucho de lo que hacemos es para ampliar el público que nos visita. La biblioteca sigue siendo una fuente para académicos e investigadores de todo el mundo, pero realizamos actividades para ampliar el público a personas que no se encuentran en la educación formal o que tal vez lo estarán en un futuro, como chicos de escuelas primarias que se pueden beneficiar con el uso de la colección.

C.B.: -¿Qué grado de éxito tienen estas políticas de ampliación de los usuarios de la biblioteca? ¿Quiénes visitan la biblioteca a partir de estas nuevas actividades?

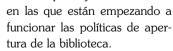
A.B.: -En realidad va a llevar mucho tiempo ver resultados porque no se puede caer como paracaidista en un barrio y esperar que de repente todo el mundo quiera venir. Son políticas a largo plazo. Como la biblioteca nunca tuvo un grupo de gente trabajando en este sentido, ni tampoco había espacio físico, nunca se habían realizado este tipo de actividades. La biblioteca, al funcionar en el sótano, era como si estuviera escondida. Nadie se podía imaginar todo lo que había dentro

a menos que fuera específicamente. En este momento, vienen alrededor de tres mil personas por



año, un número bastante alto para un archivo, v dieciocho mil personas que asisten a las exposiciones. Al mismo tiempo estamos construvendo una audiencia: ofrecemos conferencias sobre las muestras y los objetos que allí se exhiben. Ahora, por ejemplo, estamos desarrollando un programa de cursos cortos sobre historia moderna de las mujeres. En este momento estamos experimentando con el primer curso destinado a mujeres que no trabajan o que están jubiladas. Y también estamos empezando a trabajar con colegios primarios y secundarios. La mayoría de las actividades que realizamos es para estos últimos. La biblioteca está ubicada en los límites entre un barrio rico v uno pobre del East End de Londres con una comunidad asiática muy grande. Es muy interesante la respuesta del público local. Por ejemplo, el otro día vino un hombre a la exhibición y estaba muy interesado en lo que teníamos porque, como inmigrante, a él le preocupaban mucho los temas referentes a la desigualdad.

En el currículo de las escuelas secundarias hav actividades relacionadas con la contribución a la democracia y a la participación política. Con ese objetivo muchas veces nos visitan, y utilizan el material para pensar, por ejemplo, en formas de participación en el gobierno o igual salario por igual trabajo o representaciones del cuerpo y demás. De modo que hay varias maneras



C.B.: -¿En qué consisten las exhibiciones que organiza The Women's Library?

A.B.: -La primera que realizamos en la primera mitad de 2002, "Cocineras y militantes". fue con objetos de la colección.

Se eligieron objetos de nuestra colección evocando las campañas y las vidas de las muieres en los últimos trescientos años. La muestra incluía revistas del hogar, posters de mujeres de la década de 1970 y 1980, sobre el aborto, la violencia doméstica y pancartas de las sufragistas. Por primera vez se exhibían todos juntos. Luego hicimos otra muestra, "Ropa sucia", donde se presentaba una historia visual de cómo se les ha enseñado a las mujeres a lavar la ropa. Desde las casas de lavado victorianas hasta la obsesión diaria, moderna, del blanco más blanco que el blanco. También realizamos "Crecer", que aborda los consejos dados a las niñas desde la década de 1880 hasta la actualidad para prepararlas física y mentalmente para ser mujeres a través de manuales de conducta y otras publicaciones.

en qué consiste el provecto Génesis. ¿Cómo se inicia y de qué manera contribuye a la difusión de los archivos y bibliotecas ligados a las mujeres?

A.B.: -Aunque la colección de nuestra biblioteca da cuenta de gran parte de la actividad política de las mujeres durante los siglos XIX y XX, claramente, el nuestro no es el único archivo que tiene información sobre ellas. Somos conscientes de la existencia de material relacionado con la historia de las mujeres en otros repositorios, en otras colecciones del Reino Unido. como algunos de los archivos principales y bibliotecas de altos estudios, la British Library, el Imperial War Museum, entre otros. Además, a pesar de que existe mucho material sobre mujeres, por el modo en que está catalogado no es tenido en cuenta. Es decir, es como si estuviese escondido. Por ejemplo, en la Universidad de Durham hay un archivo que se llama el Archivo Sudán, que comprende material de fines del siglo XIX y

las personas comprendidas en ese archivo son mujeres y allí se puede encontrar mucho material sobre cómo las muieres trabajaron en las misiones en las colonias inglesas, pero por cómo está ingresada la información normalmente no se accede a ese archivo buscando temas relacionados con mujeres. Así que lo que quisimos hacer fue construir algún sistema para que la biblioteca pudiera ubicar fuentes que eran de difícil identificación. Nos pusimos a trabajar con otros cuarenta v seis socios en el Reino Unido. Algunos eran grandes instituciones y otras eran pequeñas colecciones especializadas en algún tema específico y por lo tanto de gran valor para la historia de las mujeres que, una vez más, no están bien administradas ni bien mantenidas en la mayoría de los casos. Así que resolvimos que el punto de partida sería una pequeña descripción de todo ese material. De algunas instituciones había mucha información disponible, mientras que de otras algo muy breve. Así que le pedimos a cada institución que identificara colecciones que tuvieran gran contenido en historia de las mujeres o actividades de mujeres. Una vez hecho esto, solicitamos una beca para obtener fondos para crear la base de datos que le permitiera a la gente buscar a través de la red. Es decir que, en vez de ir a la institución para ver si tienen material o no sobre un tema específico, simplemente se ingresa al sitio y se escribe por ejemplo "mujeres en la cerámica" y se accede al listado de las instituciones que tienen material sobre el tema. En algunos casos se puede acceder al catálogo de la institución. A veces con mucho detalle v otras sólo la mención de que existe material sobre el tema, según el nivel de descripción con que se maneje cada institución. El proyecto Génesis reúne, de esta manera, los catálogos v las descripciones de materiales de archivos, bibliotecas y museos en todo el Reino Unido, información que estaba dispersa v en muchos casos era de difícil acceso, a menos que se fuera directamente al lugar.

C.B.: -¿Usted considera que mucha gente se interesa por los estudios de muieres?

A.B.: -Creo que probablemente los estudios de género no son tan populares como hace diez años. También pienso que si alguien está estudiando la historia de 1914 a 1918 y no sabe qué estaban haciendo las mujeres, se está perdiendo una parte de las historia. Las bases de datos también son una muy buena manera para que la gente que trabaja en otras disciplinas pueda identificar material nuevo. Incorpora otra parte de la historia que es muy importante. Estos temas funcionan en un gran número de disciplinas como el derecho, la historia de la medicina, el diseño, entre otras. En este momento, por un lado los estudios de mujeres ya no están de moda en el ámbito académico; pero en un ambiente más popular esto no es así. Además, personalmente, pienso que particularmente las mujeres están interesadas en ellas mismas.

C.B.: -¿Cómo empezó a trabajar en The Women's Library? ¿Cuál es su formación?

A.B.: -Bueno, mi recorrido es bastante peculiar porque mi formación no es de bibliotecaria. Yo me formé en administración de eventos artísticos y curaduría y trabajé en el London Cultural Centre, el centro cultural más importante de Londres, a cargo del programa cultural y de la biblioteca de poesía. Es decir, tenía experiencia en la formación de audiencias y en hacer que las cosas "serias", o consideradas de alta cultura, se popularicen. Así que cuando reabrió la biblioteca, en su nuevo edificio, si bien era importante la parte académica había mucho por hacer en este otro sentido. Por eso estoy yo ahí.

C.B.: –¿Considera usted que existe una relación entre la historia del sufragio y la actividad política de las jóvenes inglesas en la actualidad?

A.B.: -La muestra que tenemos en este momento es sobre las sufragistas y sus luchas. Al mismo tiempo, tenemos proyectados una serie de talleres sobre ciudadanía v gente que trabaja en política. No se debería desconectar la historia de los temas contemporáneos. Hace sólo cuarenta y cinco años que las mujeres votan y las chicas jóvenes no tienen idea de que el tema de los derechos políticos femeninos es una cuestión importante y de lucha política. Se sorprenden cuando ven que las sufragistas, es decir mujeres de la edad de sus abuelas, estuvieron decididas a dar su vida por el sufragio femenino y se asombran de las cosas de las que fueron capaces de hacer. En 1903 Emmeline Punkhurst decidió que para obtener más publicidad debían extremar sus acciones. Sabotajes, incendios -entre otras prácticas-, resultaron formas de llamar la atención. Hacían huelgas de hambre al ser arrestadas. Cuando estaban muv débiles las dejaban en libertad y luego, cuando estaban mejor, las encarcelaban nuevamente. En otros casos eran violentamente forzadas a comer. Emily Davison, una sufragista, en 1913 se arrojó a los



pies del caballo del rey en el Derby y murió en ese acto. Se le organizó un funeral espectacular. Es un momento que sobresale en la historia por la lucha por el sufragio femenino.

Una proporción muy pequeña de las muieres jóvenes vota en la actualidad, aunque en realidad los jóvenes en general votan muy poco. Por el contrario, las mujeres de sesenta y cinco años todavía se sienten políticamente activas. Yo no soy una experta, pero dudo que sea una cuestión de comportamiento por la edad sino más bien una cuestión de desencantamiento. Por ejemplo, es muy difícil conseguir que las jóvenes participen en los centros de estudiantes. Hay muchas organizaciones que están preocupadas por esta apatía y consideran que las mujeres sí tienen una voz que importa. Es interesante cómo el hecho de la guerra en Irak ha atraído nuevamente a muchas mujeres jóvenes a participar en política y a manifestarse.

Lecturas



Sobre Cándido López, los campos de batalla

Andrés Levinson*

a relación entre el cine y la historia ha cobrado importancia en los últimos años. Ya no debemos remitirnos exclusivamente a los trabajos de Marc Ferro para hablar sobre el tema. Otros autores han ampliado y profundizado el debate a la vez que se han abierto nuevas líneas de investigación y una nueva forma de mirar el cine y utilizarlo como fuente histórica. Hayden White, Robert Rosenstone, Pierre Sorlin y Philip Rosen, por mencionar a los más conocidos, se encuentran entre los autores que han renovado el uso del cine y la mirada de los historiadores.

Conviene detenerse, brevemente, en este punto. ¿Qué ve un historiador cuando mira un film histórico? O mejor, ¿qué ve sencillamente cuando mira un film? ¿A qué aspectos presta atención? Un historiador no es un espectador común y corriente, como no lo es un psicólogo, un sociólogo, etc.; cada uno mira desde su propia disciplina. Quiero decir que el historiador está atento a cuestiones que a otros espectadores se le pasan por alto, porque probablemente no se encuentren dentro de su campo de interés. Por muchas razones podemos considerar que la mirada del historiador es relevante en una sociedad, como sostiene Eric Hobsbawm: "En esta suerte de presente perpetuo [...] el historiador debe ocuparse de recordar, hoy más que nunca, lo que otros olvidan", 1 pero recordar no es suficiente sino que debe señalar cómo recordar y qué recordar. El historiador-espectador analiza un film desde su disciplina, así sea un film ambientado en la actualidad o incluso uno de ciencia ficción que parece tener poco que ver con la realidad que nos rodea. Todos

los filmes, de algún modo, nos hablan de la sociedad que los produjo, de sus puntos de interés, de las preguntas y las respuestas que circulan alrededor del pasado y del presente. A su vez el análisis formal del lenguaje cinematográfico descubre claves sobre la actualidad del arte, del cine, de la música: la forma remite a un momento histórico, como las actuaciones y la temática del film. La temática es importante. ¿Por qué se elige contar en ese momento determinada historia? Esto habla de los intereses de esa sociedad. Habla del público y de los realizadores. El historiador suele estar atento a estas cuestiones: no es un espectador relajado, y mucho menos si se trata de un film "histórico": allí aguza la mirada, presta más atención porque efectivamente es su campo de interés y es de lo que más sabe. Lo primero que registra son las fallas históricas respecto del vestuario,

^{*} Universidad de Buenos Aires.

neral. Cuesta imaginar, por ejemplo, una Grecia antiqua donde en casi cualquier ámbito reine la absoluta pulcritud, limpieza. orden, armonía en los rostros, cuerpos que parecen exhalar suaves perfumes o cabelleras perfectamente higiénicas, como suelen mostrar la mavoría de los filmes sobre el período. O programas de televisión donde se nos muestran héroes patrios bien parecidos, de prolijos uniformes, gestos nobles y siempre dignos a la hora de la muerte, capaces de pronunciar graves palabras destinadas a perdurar, donde nadie se ensucia en el barro durante las batallas. En fin, estas cuestiones son lo primero que exaspera y critica el historiador-espectador, pero no es lo único, porque suele estar atento a otras cuestiones aun más importantes y menos visibles para la mayoría del público. Tiene que ver con la elección historiográfica del director. ¿Qué tipo de historia cuenta, en qué clave? En el caso argentino, si es oficialista, revisionista, o un poco más compleja. Ningún espectador normal asiste a un film y, mientras transcurre el momento más intenso de la batalla, intenta desentrañar las lecturas históricas del director o de su asesor, o está buscando la corriente ideológica del film, o se pregunta por la elección de la mirada, por qué muestra esto y no otra cosa, por qué lo muestra de este modo y no de otro; en definitiva, el historiador es un espectador que no tiene paz cuando va al cine, que no se deja llevar por el relato, que está tenso, atento, listo para saltar sobre el film y desarmarlo, vencerlo. Por estas razones muchas veces conviene detenerse en otros aspectos y tener clara conciencia de que prácticamente ningún film es realizado pa-

ra el ínfimo público que componen los his-

el vocabulario, la puesta en escena en ge-

toriadores. El público es más amplio y menos riguroso. El film es un artefacto comercial que necesita de la mayor cantidad de espectadores para que funcione. Son pocas las películas que se oponen al público. Entonces ¿qué sentido tiene para el historiador? Justamente establecer qué narra el

film y cómo lo narra dice muchas cosas sobre la sociedad y sobre la construcción de la historia que se tiene en ese momento, aporta rica información sobre el sentido común de esa sociedad. Sobre la circulación y difusión de la historia y de una determinada mirada sobre la misma. El film histórico construye una mirada sobre el pasado y elige una versión del pasado. Resulta interesante ver cuál es esa elección y cuáles son los elementos que utiliza para narrarlo. Y es de especial interés la respuesta del público frente a esa narración.

La historia, un campo de batalla

El film analizado, Cándido López, los campos de batalla, resulta un buen ejercicio para poner en práctica estas cuestiones.

Realizado a partir de los cuadros de Cándido López, repasa la historia de la guerra del Paraguay y la vida del pintor. José Luis García, durante muchos años director de fotografía para Martín Rejtman, Fernando Spiner, Mario Levin y otros, dirige su película buscando una mirada fotográfica, que para él es la mirada de Cándido López. Trata de encontrar los lugares precisos desde donde López pudo haber bocetado los cuadros. Durante el recorrido encuentra otras cosas que lo van desviando, cada vez más, de su objetivo inicial, tanto que hacia la mitad del film otra búsqueda se ha impuesto y es la del otro López, Francisco Solano. Las

múltiples narraciones sobre la guerra desplazan del centro de interés los cuadros de Cándido López y éstos aparecen como un documento, principal sin duda, entre muchos otros que narran la guerra.²

El film tiene varios niveles o capas que se entrecruzan. Por un lado la biografía de López, por el otro los sucesos de la guerra, y a la vez la propia realización del film que incluso abre nuevas vías que luego no recorre: fragmentos del Paraguay actual construido mediante las entrevistas a familiares de los hombres que participaron de la guerra o gente que vive en los lugares donde ocurrieron los hechos. En este punto se destaca un tema de especial interés para el historiador: las narraciones sobre la historia. Qué narran estas personas, qué saben sobre la guerra. Cuál es la historia que circula sobre un episodio que no ha sido olvidado. En su recorrido por la zona de la triple frontera García encuentra distintas versiones sobre el conflicto aunque un mismo principio las unifica: "La culpa la tienen los ingleses, los brasileños y los porteños"; alguien menciona la locura de Solano López pero pasa bastante desapercibido. La versión "oficial" argentina: "Paraguay invadió el territorio nacional v esto desató el conflicto", es la versión porteña, la de García al comenzar el viaje.

"«Muero con mi patria», dijo Francisco Solano López antes de morir, y es cierto: había matado a Paraguay con su locura, Solano López fue un canalla", afirma Juan José Cresto mientras observa y describe uno de los cuadros de la guerra pintado por Cándido López. Así comienza esta película; la elección de Cresto por supuesto que no es casual, el director del Museo Histórico Nacional representa en buena medida la historia oficial sobre el conflicto. Luego de

ciento dos minutos de metraje el film cierra nuevamente con la voz de Cresto quien, frente al mismo cuadro, se pregunta si esa pequeña gente que se ve son soldados: "Nos gustaría señalar un contraste: hay cuadros de Cándido que describen campamentos, cruces de ríos, marchas hacia obietivos. v todos ellos podrían ser escenas pacíficas de obreros de una represa, de un nudo caminero, o de tantas obras públicas trabajando al aire libre. Son soldados en guerra v son cuadros de paz, de personas, gentes, hombres, que hacen cosas diversas", sostiene, mientras vemos planos detalle de los cuadros que, no hay duda alguna, son de querra y ésta es, como toda guerra, violenta. Para entonces otra versión de la historia es la que se ha impuesto y la voz de Cresto resulta inverosímil. Mediante los cuadros de la guerra, los diarios de la época, las imágenes del Paraguay actual y las entrevistas a los pobladores (incluidos historiadores) -que fácilmente pueden ser identificados con el "pueblo" – podemos acceder a otra historia, una donde queda desestimada la historia oficial. Las causas de la guerra y de la miseria paraguaya ya no hay que atribuírselas a Solano López, devenido héroe v mártir, sino al imperialismo inglés, a la ambición brasileña y al egoísmo porteño. ¿Qué pasó en el medio? Una batalla, desigual, por la narración de la historia, por el discurso de la historia, y la mirada revisionista se impone casi como un hecho natural. Las palabras

del comienzo, "López fue un canalla", quedan sin efecto luego de casi dos horas de película. Cabe preguntarse cómo se produce esta transformación, cómo a lo largo del film la ver-

sión revisionista se impone y confirma un saber previo; sigue siendo el discurso predominante, forma parte del sentido común de la sociedad. En algún momento del viaje García se cruza con una escritora inglesa, Jean Rigg, que ha escrito un libro sobre Elisa Lynch, la mujer de Solano López. Rigg se sorprende cuando le hablan del imperialismo inglés como una de las causas de la guerra; entre otras cosas, sostiene que el imperialismo nada tiene que ver con el comercio y se explaya sobre los orígenes de la deuda

externa de los países latinoamericanos: "Paraguay no tenía deuda externa, pero un país para desarrollarse necesita de crédito externo", sostiene con irreprochable
lógica capitalista, pero más que
los dichos de Rigg interesa la reacción del público que se ríe de la escritora,

divertidas del film. De esta manera se confirma un saber que parece común e incuestionable: buena parte de los males latinoamericanos, entonces igual que ahora, son producto del imperialismo, antes inglés, hoy norteamericano. Que García deje hablar a Rigg y le otorgue una larga secuencia tiene un sentido claramente provocador, y no hace otra cosa que acentuar la mirada revisionista.

haciendo de esa secuencia una de las más

Al comienzo García recuerda un episodio de su infancia sobre Solano López, cuando le pregunta al padre quién es ese López: "Era uno que, si no lo paraban, Buenos Aires hubiera terminado siendo la capital del Paraguay". García luego comenta: "Solano López nunca invadió Buenos Aires". Un poblador explica la importancia del quebracho, fuente del preciado tanino que ambicionaban los ingleses, que sería una causa más del conflicto. Un correntino, con razón, se pregunta: "¿Qué hace que los correntinos seamos argentinos y no paraguayos?", y menciona que los por-

teños habían prohibido la navegación del río, que se enriquecían con el puerto y perjudicaban a Corrientes. Segundos después la cámara recorre lentamente desde arriba hacia abajo una estatua de Bartolomé Mitre y se detiene en la placa donde se lee "Corrientes a Mitre, fue el camino de la victoria y de la nacionalidad". Qué se narra mediante este plano es evidente: la versión oficial

de la historia (las estatuas, por ejemplo) no coincide con las que circulan entre el pueblo.

Los críticos de cine tienen menos dudas que un historiador-espectador de cine. Horacio Bernades escribió en el diario *Página 12*: "El resultado: un documental sobre Cándido López, sobre la guerra del Paraguay, sobre la historia misma del Paraguay y el Cono Sur, sobre el salvajismo porteño, sobre el imperialismo inglés, sobre las marañas de la historia, sobre lo que fue y

no será y sobre lo que fue y sigue siendo. Una gran película, en la que la información se vuelca tal y como la recibe el viajero: de forma fragmentaria y dispersa, como si se tratara de un fascinante rompecabezas para armar".³

La película no se construye sola, la información no se vuelca como la recibe el viajero; esto es una ingenuidad, es creer en lo que se está viendo, es dejarse llevar por la narración como un lector del siglo XIX. Si por algo se ha caracterizado el relato en el siglo XX es por los cambios introducidos en la forma de narrar, la distinción entre enunciación y enunciado se ha vuelto borrosa. García narra en primera persona y esta elección no es inocente. En algún sentido es la historia de la realización de una película sobre la matriz de un gran relato, el de la guerra del Paraquay.

Parece obvio decirlo, pero en un film es el director quien elige mostrar a determinadas personas y no a otras, es guien elige hacer determinadas preguntas v seleccionar unas respuestas por sobre otras, elige planos y contraplanos, planos detalle de algo que prefiere acentuar en un cuadro del pintor. Y en este caso es aun más claro porque el protagonista es el propio director, incluso por encima del obieto de estudio: los dos López. García se muestra a sí mismo arriba de una escalera buscando el punto de vista del pintor, se filma frente a un espejo cámara en mano, su voz es la que prevalece en la narración en off, lo mismo que su figura durante todo el viaie. En el afiche de promoción nuevamente ocupa el centro de la escena; está clarísimo que no son los entrevistados, ni los historiadores que opinan con mayor o menor rigor, ni los cuadros de Cándido López, ni las fotos de la guerra, los que construyen la historia sino García, que ha reunido todos estos elementos para darles un sentido. Las fuentes no están desparramadas y dispersas sino ordenadas y cuidadosamente tratadas.

El problema es justamente la mirada sobre la guerra que si bien por momentos, mediante las distintas narraciones, intenta ser más compleja o al menos trazar más de una teoría termina cavendo en un revisionismo bastante llano y conocido: Paraguay era un país sin deuda externa, autónomo, que se resistía a los oscuros intereses británicos (a los que la Argentina -guiada por Mitre- rendía pleitesía) y ni Brasil ni la Argentina estaban dispuestos a permitir que se desarrollara ampliamente. Incluso va más lejos y parece sugerir que el origen de todos los males del Paraguay actual hay que buscarlos en la guerra; el origen de la deuda externa, que los dueños de un aserradero paraguayo sean brasileños y los empleados paraguayos, o que un hombre muera en su casa mientras buscaba un tesoro enterrado de los tiempos de la guerra ("la guerra sigue cobrándose víctimas", dice la voz en off). Sostener algo semejante no es muy distinto a decir que la deuda externa argentina nace con el préstamo de la casa Baring o atribuirle a Lavalle el primer golpe de Estado en diciembre de 1828.

El público en general aplaude el film, recibe con naturalidad esta mirada de la historia, y por supuesto con cierta indignación.⁴

En líneas generales, el discurso no difiere del que ya sostenían los revisionistas hacia los años 50: la teoría del complot, de los intereses oscuros, de una historia que nadie nos quiere contar sigue teniendo su efecto, sigue resultando atractiva, ofrece una explicación simple, lógica y tranquilizadora; la sociedad ha sido víctima, una vez más, de los poderosos de turno.

Hacia el final vemos una imagen (plano general) de Asunción, se observan algunos edificios no muy altos y bastante viejos; una pobre ciudad latinoamericana, luego una imagen de las modernas torres de Retiro en Buenos Aires vistas desde el puerto (detrás de ellas, cualquier porteño lo sabe, se encuentra la Villa 31 que en el film no se ve ni se menciona), ambas imágenes parecen sugerir algo, algo que tiene que ver con la historia que acabamos de ver y escuchar. Algo que parece unir casi mecánicamente, por causa y efecto, el pasado con el presente.

Conclusión

En definitiva, se trata de un film histórico singular, con algunas características formales que podríamos llamar "modernas": la presencia del director como protagonista, el cruce entre los diversos relatos, la intención de contar muchas historias a la vez que se encuentran superpuestas, la idea de mostrar la propia realización del film y sus dificultades. Por supuesto que no es García el primero en hacer esto (Alcides Greca lo llevó a

hacer esto (Alcides Greca lo llevó a cabo ya en 1918), pero se inscribe dentro de las nuevas tendencias que han renovado el interés del público por el género documental. Esta modernidad formal no condice con el planteamiento ideológico ya señalado, anclado en un discurso que ya era viejo hace cuarenta años.

Igualmente el film resulta interesante ya que permite tres tipos de discusión: la primera, sobre un episodio histórico en particular del que hay poca bibliografía nueva. la segunda sobre los modos y usos de la historia, y especialmente sobre cómo se narra la historia en el cine, sobre los discursos que circulan a niveles más amplios que exceden el espacio académico v al que los académicos rara vez acceden. El éxito de crítica y público, en este caso, dice mucho sobre lo que piensa una sociedad de su pasado, sobre las construcciones que reconoce como verosímiles, sobre un discurso que no es discutido porque en buena medida resulta sencillo y tranquilizador y que en definitiva le otorga un sentido muy concreto a la historia: explicar sin fisuras la relación entre el pasado y el presente y a su vez descubrir que hay otra historia que los poderosos de turno (siempre los mismos) no quieren contar.

¿Por qué estas narraciones son exito-

sas? Esto es materia de la tercera discusión, que es más amplia y pública, que el film también permite pero excede el objetivo de esta reseña.

Notas

- ¹ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1998.
- ² A la manera de una *road movie*, García sigue el mismo camino recorrido por Cándido López; éste retorna al país luego de la batalla de Curupaity (1866), donde es herido en la mano derecha. García, en cambio, continúa su viaje, persigue la figura, algo evanescente, de Solano López hasta su muerte en Cerro Corá en 1870.
 - ³ Página 12, 18 de abril de 2005.
- ⁴ "Las dos presentaciones de la película que hicimos hasta ahora en la Argentina (Bafici Buenos Aires y Bafici Rosario) tuvieron una excelente repercusión por parte del público. Hubo mucha curiosidad por un tema que la mayor parte de la gente desconocía, v también reconocimiento por tratar un tema que a muchos indigna por lo que fue y por el hecho de que no se haya divulgado. El público se relaciona mucho con la película durante la proyección y eso me emociona verdaderamente. Escuchar que la gente se ríe, que la gente se pone a comentar algo que acaba de escuchar. Sentir que se emocionan. Es lo más gratificante que me pueda pasar como realizador. Se produce la comunicación y en un tema histórico que podría ser áspero pero no lo es. También fue gratificante recibir precisamente el Premio del Público en el Bafici": entrevista al director realizada por Fernando Varea, en www.citynema.com.

Reseñas



María Teresa Constantin y Diana Beatriz Wechsler

Los surrealistas. Insurrectos, iconoclastas y revolucionarios en Europa y América

Buenos Aires, Longseller, 2005, 184 páginas

os surrealistas. Insurrectos, inococlastas y revolucionarios en Euro-→ pa y América, de María Teresa Constantin v Diana Wechsler, se propone el estudio de algunos de los recorridos del surrealismo en la historia del arte moderno del siglo XX, en un período que se abre en 1914, con el inicio de la Primera Guerra Mundial, v se cierra en 1941, con la ocupación de Francia. El libro avanza sobre tres andariveles, en los que se vinculan la historia del movimiento surrealista en Europa -tanto de sus obras como de las principales redes de relación y de intercambio entre sus artistas-, la trayectoria artística y política de André Breton, y los desplazamientos de artistas y de ideas entre distintas ciudades europeas y americanas.

El primer gran acierto del libro es la elección de una perspectiva histórica y política para abordar la historia del surrealismo, sin abandonar por ello un preciso análisis estético e iconográfico de las obras. Esta perspectiva, que combina historia y los saberes propios de la crítica de arte, permite articular el estudio de las resoluciones formales de las obras de arte con los planteos estéticos que las sustentan y las polémicas políticas en las que se inscriben. Por lo tanto, el libro sitúa el movimiento artístico con relación al contexto histórico y político, y en este sentido el surrealismo se estudia tanto como una vanguardia estética que se caracterizó por una concepción del arte determinada y una suma de procedimientos formales –que el libro analiza muy cuidadosamente–, como también como un movimiento artístico a través del cual es posible reflexionar sobre las relaciones entre arte y política en el siglo XX.

El segundo gran acierto es, y ya desde el título, pensar el surrealismo, a sus artistas y sus obras como un movimiento que trasciende las fronteras nacionales. Se trata, entonces, como plantea Pascale Casanova en La república mundial de las letras, de comprender el funcionamiento del universo literario y artístico partiendo de la premisa de que sus fronteras, sus capitales, sus vías y sus formas de comunicación no están superpuestas a las del universo político v económico. 1 En este sentido, Los surrealistas se detiene en el modo en que el surrealismo nace y se afianza en París, una de las grandes capitales del arte -por no decir, la gran capital de las artes y las letras hasta la primera mitad del siglo XX-; la ciudad dotada del prestigio literario más grande del mundo, que combinó y simbolizó la revolución, el derrocamiento de la monarquía, la invención de los derechos del hombre -imagen que la convirtió en sede de extranjeros y en asilo de refugiados políticos-, la capital de la literatura, el arte, el lujo y la moda. A lo que se sumó, como analiza Casanova, la fe en su internacionalismo artístico. La proclama de lo universal, la conversión de París como lugar universal del pensamiento, es central para pensar, como bien lo describe el libro de Constantin y Wechsler, la enorme afluencia de artistas extranjeros en París.

Considerar el surrealismo como un movimiento estético v político que trasciende las fronteras nacionales permite entonces un abordaje crítico sobre las migraciones de imágenes e ideas surrealistas por fuera de Francia. Con esta perspectiva de análisis, en la segunda parte del libro se realiza un recorrido del surrealismo en América v de los artistas americanos en la París surrealista de los años XX. En esta segunda parte, el libro describe las migraciones, los viajes estéticos de artistas desde la periferia a los centros internacionales, la circulación de imágenes y textos, el tránsito de escritores, artistas y poetas. Con estas premisas, el texto se detiene tanto en los viajes reales e imaginarios de los artistas latinoamericanos a París, en la circulación de sus obras y de sus ideas, como también en la emigración de artistas franceses hacia tierras americanas, después de la ocupación nazi.

En su consideración del surrealismo como un movimiento que trasciende las fronteras nacionales, Constantin y Wechsler arriban a una de las hipótesis más atractivas del libro. Después de reseñar la trayectoria artística y política de André Breton, con sus acercamientos y tomas de distancia del Partido Comunista Francés. Los surrealistas concluye que es en México - y no en Parísdonde Breton encontró una alternativa para la resolución de la tensión entre práctica artística y práctica política. Porque es en México donde entra en contacto tanto con Diego Rivera y Frida Kahlo como también, y principalmente, con León Trotsky, quien estaba exiliado en ese país, al amparo de la hospitalidad del matrimonio Rivera-Kahlo. De este encuentro nace el Manifiesto por un arte revolucionario e independiente,

escrito en 1938 por Breton v Trotsky, v firmado por Breton y Rivera, un documento capital y sin precedentes en la historia de las relaciones entre el arte v la política. Un documento que, en oposición al papel revolucionario que, desde la Unión Soviética, se le atribuía al realismo socialista, define el verdadero papel revolucionario del arte en su fidelidad a sí mismo: "La oposición artística constituve hov una de las fuerzas que pueden contribuir de manera útil al desprestigio y a la ruina de los regímenes bajo los cuales se hunde, al mismo tiempo que el derecho de la clase explotada a aspirar a un mundo mejor, todo sentimiento de grandeza e incluso de dignidad humana". Por ello, "la necesidad de expansión del espíritu no tiene más que seguir su curso natural para ser llevada a fundirse y fortalecer en esta necesidad primordial: la exigencia de emancipación del hombre".2

El Manifiesto por un arte revolucionario e independiente, nacido del encuentro de un artista francés, dos artistas mexicanos y un político y teórico soviético, es una de las respuestas más inteligentes a la instauración del realismo socialista como estética de la revolución, a partir del Primer Congreso de Escritores Soviéticos de agosto de 1934. Hasta ese momento, aunque cada vez con mayores oposiciones, la vanguardia estética había convivido con el movimiento literario del Proletkult. Si bien los años que siguieron a la Revolución rusa se caracterizaron por la libertad y la profusión de escuelas literarias diferentes -de vanguardia, formalistas, proletarias-, esta libertad estética disminuve a partir de 1925, cuando se inicia una reacción contraria a las tendencias vanguardistas.³ Ese año, en el XII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética se emite una declaración del Comité Central que si bien mostró una disposición a tolerar la

multiplicidad de enfoques de la literatura, al mismo tiempo sancionó con fuerza de ley "la superioridad ideológica" del arte soviético y confirió a la "crítica marxista el rol de comando en la literatura". ⁴ Tres años después, en 1928, el Comité Central del partido promulga un decreto que pone todas las publicaciones bajo el control del partido y del Estado; desde entonces, en arte y en literatura, se cuestiona el experimentalismo de los primeros años de la revolución y se propugna un retorno a los modelos rusos tradicionales.

Este debate ideológico-estético que se dio en el período comprendido entre 1928 v 1934 en torno de las vinculaciones entre arte y política o, para decirlo más precisamente, entre la experimentación formal y el mandato soviético sobre el rol de la literatura, no fue sino una de las resultantes de un período político al que Eric Hobsbawm caracteriza como el de una creciente divergencia de intereses entre la Unión Soviética y el movimiento comunista: "Prevalecieron los intereses de Estado de la Unión Soviética sobre los afanes de revolución mundial de la Internacional Comunista, a la que Stalin redujo a la condición de un instrumento al servicio de la política del Estado soviético bajo el estricto control del Partido Comunista Soviético".5 La puesta en marcha del primer plan quinquenal -que significó el primer paso en la realización del socialismo en un solo paísfue acompañada con un llamado a los escritores donde se insistió en el principio del imperativo social. Este impulso, que se consolida en abril de 1932 con la fundación de la Unión de Escritores Soviéticos (creada por el Partido Comunista de la Unión Soviética), la disolución de las asociaciones de escritores independientes y la afiliación de los escritores a la Unión de Escritores Soviéticos, 6 concluyó en 1934, con la instauración del realismo socialista como la única opción válida del arte revolucionario. A esta opción, entonces, responden Breton y Trotsky con el Manifiesto por un arte revolucionario e independiente de 1938.

A su vez, muchos aspectos de los vínculos entre arte y política desarrollados por Constantin y Wechsler permiten reflexionar sobre la historia del surrealismo, no sólo en las artes plásticas, sino también en la literatura argentina del período. Si bien Los surrealistas menciona los dos números de Qué, la primera revista surrealista argentina dirigida por Aldo Pellegrini en 1928, también ilumina algunos de los procedimientos de la poesía de Raúl González Tuñón, quien descubre al surrealismo en su primer viaje a Europa. Poeta de la vanguardia martinfierrista. González Tuñón gana el segundo Premio Municipal de Poesía con su libro Miércoles de ceniza, de 1928; con el dinero del premio, viaja a Europa, con su amigo Sixto Pondal Ríos, en julio de 1929. A lo largo de ese viaje, González Tuñón envía sus notas periodísticas a La Nación y Crítica, y escribe los poemas que luego integrarán La calle del agujero en la media, publicado en 1930, poemas escritos en una mesa de Montparnasse, poemas enamorados de París, sus mujeres, su bohemia y el surrealismo. Con estos poemas, el surrealismo ingresa en la literatura argentina, ausente en los poemas ultraístas, cubistas o futuristas de Jorge Luis Borges, Eduardo González Lanuza y Oliverio Girondo, de los años 20. En su poesía, entonces, González Tuñón incorpora muchos de los procedimientos que Constantin y Wechsler analizan en las artes visuales surrealistas (pinturas, fotografías, collages, etc.). Porque La calle del agujero en la

media parte de una poética del collage, donde se vinculan elementos disímiles, que provienen de zonas diferentes: elementos de la cultura popular, como los títeres y las marionetas, el cine, el paisaje urbano, la cita literaria.

De este modo, Los surrealistas de María Teresa Constantin y Diana B. Wechsler constituye un gran aporte para el estudio de obras de arte, textos literarios, poemas, pues acepta el desafío de pensar al arte y a la literatura, no como entes autónomos, sino en su diálogo con la política, las ideas y las corrientes ideológicas que los concibieron.

Sylvia Saítta

Notas

- ¹ Véase Pascale Casanova, La república mundial de las letras, Barcelona, Anagrama, 2001.
- ² André Breton, León Trotsky y Diego Rivera, *Manifiesto por un arte revolucionario e independiente*, Prólogo y edición de José Gutiérrez, Madrid, El Viejo Topo, 1999.
- ³ Véase Henri Arvon, *La estética marxista*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- ⁴ Jean Kanapa, "Lenine et le Proletkut", *La Nouvelle Critique*, N° 52, París, 1954.
- ⁵ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 78.
- ⁶ Véase E.H. Carr, La Revolución rusa. De Lenin a Stalin, 1917-1929, Madrid, Alianza, 1999.



Graciela Batticuore

La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870

Buenos Aires, Edhasa, 2005, 366 páginas

l auge de los estudios sobre la lectura, inicialmente surgido en Francia en un marco de renovación historiográfica y de propagación creciente, ha venido presenciando un necesario interés en el campo de los estudios literarios latinoamericanos. Es en ese panorama donde se inserta La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870 de Graciela Batticuore, quien ya había incursionado en el tema con El taller de la escritora. Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti (1999). Más allá de su engañoso nombre, el libro sólo tiene como telón

de fondo la configuración y las características de la "mujer romántica" para, antes bien, reconstruir tramas y redes culturales en la Argentina de mediados del siglo XIX atendiendo a sus escenarios de contacto y convivencias, de sociabilidades e interlocuciones: de la lectura con la escritura, de los libros con la prensa, de la política con la cultura, de las mujeres con los hombres. A partir de esa especie de reconstrucción material, particularmente sensible a las prácticas culturales, Batticuore propone responder las preguntas sobre cómo se forma una lectora y cómo se hace una autora en la Ar-

gentina de entonces, y analiza el pasaje de la lectura a la autoría femeninas, que es una de las tesis centrales de su libro.

A grandes rasgos, en La mujer romántica pueden identificarse dos partes: mientras la primera se acerca a la historia cultural entrando a su objeto a través de la producción periodística de la época, sea de la llamada generación del 37 o de la prensa hecha por mujeres entre los 40 v los 70. la segunda toma como eje las figuras de Mariquita Sánchez de Thompson, Eduarda Mansilla y Juana Manuela Gorriti y se apova más en la crítica literaria. Quizá sea un episodio que anima la última parte del primer capítulo de La mujer romántica el que, leído a contraluz, sirva para ilustrar mejor las operaciones críticas del libro. En un periódico chileno, en 1842, se publican algunas cartas de la correspondencia entre dos amigas, Rosa y Emilia, distanciadas por el viaje de la primera a la capital. En ellas, la amiga que vive en la ciudad le cuenta a la otra, previsiblemente, las novedades de la escena cultural urbana. Los temas tratados en las cartas no son ni políticos ni económicos ni exponen un programa de ideas; sin embargo, desde su particular perspectiva femenina las cartas procesan algunas cuestiones que también han sido objeto del intercambio epistolar entre hombres: no sólo hablan de vestidos y de paseos sino de teatro, de tertulias, de costumbres. Y hablan también de qué se lee y de cómo la lectura, en los hombres, está sustituyendo el interés por las mujeres. Con particular sagacidad, y resguardadas tras el seudónimo, estas mujeres vienen a decir cosas que otros parecen no poder decir, y saben cómo hacerlo. Sólo que Rosa y Emilia, y de esto nos enteramos más tarde, no son Rosa y Emilia, sino Domingo Faustino Sarmiento, escribiendo desde el exilio en el periódico *El Progreso*, el mismo en el que hace con su nombre crítica teatral, el mismo en el que escribe biografías y necrológicas de personajes de su tiempo, el mismo en el que publicaría, de hecho, un par de años después, el *Facundo*.

Si el episodio sarmientino resulta revelador de la propuesta crítica de Batticuore, lo es, por una parte, porque en él aparecen las problemáticas de la lectura, de la escritura. de los publicistas, del público, de la autoría y de la seudonimia. Y también porque, por otra parte, estas problemáticas se abordan en su inflexión femenina pero siempre posicionándose en la escena cultural mixta, de hombres v muieres, en la que se produce esa inflexión y en la que esa inflexión produce, a su vez, efectos generales y particulares. Sarmiento haciendo de muier en la prensa es una figura que no sólo sirve para complejizar los modos de leer de mediados del siglo XIX en la Argentina y para anunciar la clasificación de la autoría de las mujeres por entonces (escondida, exhibida o intervenida, propone Batticuore en el capítulo dos), sino para escribir sobre Sarmiento de nuevo. No se trata, en La mujer romántica, de leer únicamente a "la mujer romántica". Se trata más bien de releer a través de esa suerte de ideologema tanto los márgenes del canon de la literatura argentina del siglo XIX como su (masculinizada) centralidad. Por todo esto, resulta tan nodal a este libro el abordaje de las figuras y la producción de Mariguita Sánchez, Eduarda Mansilla y Juana Manuela Gorriti, a quienes están dedicados los últimos tres capítulos, como el entramado de discursos y de prácticas de la llamada "generación del 37" protagonizado por Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez y Sarmiento, o las vicisitudes de la prensa rioplatense en relación con mujeres publicistas como Rosa Guerra o Juana Manso, aspectos a los que se dedican, respectivamente, el primero y el segundo capítulos.

Ahora bien. La muier romántica es algo más que un aporte a los estudios sobre la mujer en la Argentina o un aporte a la historia cultural. La mujer romántica, también, viene a contribuir significativamente a la urgente (v postergada) relectura de la literatura argentina del siglo XIX, sumándose a un conjunto de trabajos de reciente o inminente publicación que obligan a armar un nuevo estante en la biblioteca. Ese nuevo estante, cuvos libros no se mezclan con los de la crítica literaria pero tampoco están al costado de los libros de historia, permite hablar de una nueva crítica sobre el siglo XIX argentino. Se trata de una crítica que desde la literatura, pero usando todas las herramientas transdisciplinarias necesarias y abierta al continuo diálogo interdisciplinario, vuelve a interrogar a la cultura argentina decimonónica para construir nuevos objetos y para buscar respuestas que no son ni fragmentarias ni ocasionales, que no se dejan tentar ni por efectismos ideológicos ni por efectismos retóricos. Es una crítica que ha apostado a la investigación, descubriendo o reinterpretando las fuentes, y que ha releído bajo esa luz el repertorio canónico y los corpus marginales. Pero que lo ha hecho sin renunciar ni a las iluminaciones sobre los textos que sólo entrega la imaginación crítica, ni al placer de la escritura crítica que sólo una buena crítica logra conocer. La mujer romántica, en definitiva, invita a la reconciliación con una zona de la tantas veces vapuleada crítica académica que ha comenzado, en los últimos años, a redefinir seriamente sus requisitos, sus criterios, sus postulados, como ya lo venían demostrando muchos estudios literarios sobre el siglo XX argentino o estudios provenientes del campo de la historia y de las artes. Porque si gran parte de la deuda con una lectura incisiva del entramado textual había sido saldada –su culminación es el libro sobre la gauchesca de Josefina Ludmer–, no había sucedido lo mismo con el imprescindible abordaje histórico-cultural del campo literario –perspectiva sostenida casi solitariamente por Adolfo Prieto en las últimas décadas y que tiene El discurso criollista en la Argentina moderna como ejemplo magistral–.

Para elucidar mejor los rasgos de lo nuevo de esa crítica habría que subrayar dos aspectos: el abandono de las conclusiones inferidas de lo que podríamos llamar una "crítica de la sospecha" (de la mano de la investigación) y el énfasis en la lectura, antes que en la escritura propiamente dicha (atendiendo al estudio de las prácticas). A partir de mediados del siglo XX dominó en los estudios sobre el siglo XIX argentino la idea de que su literatura era ante todo un desfile de máscaras e impostaciones. El origen de clase de quienes privilegiadamente practicaban la escritura impulsó la necesidad de descubrir esas máscaras y develar ideologías, orientando las lecturas y generando una suerte de "crítica de la sospecha", para la cual casi siempre la escritura era un síntoma de esa misma hegemonía de clase, y un arma del poder y el control del Estado. Aunque muchos estudios posteriores intentaron desarmar esa tautología, leyeron en otras direcciones o recortaron otros corpus, produciendo en ciertos casos importantes insights, no llegaron a generar un aparato de lectura alternativo a lo que terminó siendo, con el tiempo, un reduccionismo ideológico. Asimismo, y no necesariamente en contradicción con la perspectiva ideológica anterior, la formación de los críticos literarios pareció estar signada por un textualismo

que encontraba en la interpretación las claves de una literatura. Y que a sus expensas terminaba muchas veces, por el mismo protagonismo otorgado al texto y por cierto desdén hacia otros aspectos del campo cultural, reforzando el canon.

Para enfrentar estos dos aspectos de los estudios literarios sobre el siglo XIX argentino, el recurso a la investigación, el trabajo de archivo y el relevamiento de las prácticas culturales resultan fundamentales. Y esto no implica en absoluto, como se puede observar en el libro de Batticuore, privilegiar el dato por sobre la hipótesis ni la información por sobre la argumentación; en cambio, supone el manejo de todas las

fuentes, pero sometiéndolas a revisión y poniéndolas en sintonía con la lectura de los textos. Por todo esto, aparte de leer en *La mujer romántica* modalidades y representaciones de la lectura y la autoría femeninas, habría que leer también un gesto, una elección, para intervenir desde los estudios literarios en el campo de la crítica cultural sobre la Argentina del siglo XIX. O, poniéndolo en otros términos: tal vez no se trate tanto de que hay que hacerse de un nuevo estante en la biblioteca, sino de que había un estante vacío que ahora está encontrando sus libros.

Alejandra Laera



Diego Armus (compilador)

Avatares de la medicalización en América Latina 1870-1970

Buenos Aires, Lugar, 2005, 304 páginas

n los años recientes, la historia de la salud y la enfermedad experimentó ■ una profunda renovación en la Argentina. A partir de los aportes de Leandro Gutiérrez al estudio de las condiciones de vida de los sectores populares surgieron investigaciones que se centraron en la descripción de las dramáticas situaciones de salubridad de los grupos más postergados, los efectos ocasionados por la carencia de infraestructura, las percepciones asociadas a las epidemias y las consecuencias sociales de las enfermedades en el mundo urbano. Esta novedosa agenda se benefició por las indagaciones que incluyeron el estudio de la formación de los grupos profesionales, su

papel en la construcción del Estado y en el diseño de políticas públicas. Asimismo, contribuyó a esta tendencia la inclusión de la perspectiva teórica de las relaciones de género para comprender la diferenciación realizada en el pensamiento político y social de una época sobre los roles, las funciones y el poder determinado por las diferencias biológicas.

Estos esfuerzos estudiaron los espacios urbanos más desarrollados, esto es Buenos Aires, Rosario y Córdoba entre el período de la formación del Estado nacional y los años 40 del siglo XX. El libro de Diego Armus, al incorporar trabajos sobre la Argentina, Brasil y México entre fines del siglo

XIX y los años 70 del siglo XX, ilumina sobre el examen de procesos que en apariencia son similares pero que están atravesados por especificidades locales.

Este conjunto de artículos tienen en común que se proponen distanciarse de la historia natural de las enfermedades y recrean cómo se van enhebrando las historias políticas, sociales e institucionales con la participación de una diversidad de fuerzas sociales y políticas. Estos trabajos, que en su mayoría ya fueron publicados anteriormente en revistas académicas, ofrecen una muestra de los nuevos enfoques, temáticas y metodologías de este renovado campo de la historia social.

La compilación está ordenada siguiendo una lógica espacial. Primero los textos que se refieren a la Argentina, luego a Brasil y por último a México. Paralelamente a esta elección, la obra plantea tres preocupaciones centrales que funcionan como vertebradoras de las investigaciones. Una, la reconstrucción de cómo los sectores populares, los enfermos o los locos perciben los dispositivos normativos e intentan buscar los mecanismos individuales o colectivos para hacer escuchar sus voces y sus percepciones. Segunda, la constitución de un campo profesional especializado y cómo éste consolida -tempranamente- su presencia en el aparato estatal y su influencia en la delimitación de políticas sanitarias concretas. Por último, la variedad de problemas que dejan al descubierto las reapropiaciones y reelaboraciones en el mundo latino del darwinismo, la eugenesia y la biotipología.

Dentro del primer eje se encuentra el texto de Laura Malosetti Costa, quien utiliza la exposición de la pintura *Un episodio de la fiebre amarrilla en Buenos Aires* (1871) de Juan Manuel Blanes como disparador para reflexionar sobre el lugar de las imáge-

nes en la historia cultural. La hipótesis de la autora es que la exposición y las reflexiones que suscitaron ese cuadro lograron condensar el tremendo impacto generado por la peste y crear una nueva sensibilidad respecto de la enfermedad y la muerte en la sociedad porteña. En este sentido. Malosetti Costa se centra en la repercusión del cuadro en la prensa periódica y analiza detalladamente las diferencias entre el boceto original v el lienzo definitivo. Una de las apuestas de la autora es explicar la repercusión de la obra tanto para la alta sociedad como para los sectores populares. A la primera, el cuadro le dio un protagonismo destacado. Los dos hombres de levita, que ocupan un lugar central, representan a dos médicos muertos a causa de la peste -Roque Pérez y Cosme Argerich- que, además, eran miembros de la Comisión de Salubridad. Este lugar de los médicos en cuanto a su rol de funcionarios públicos refuerza el costado "heroico" de estos profesionales y legitima su posición en el entramado social y estatal porteño de fines del siglo XIX, momento en el cual se hicieron más presentes pues comenzaron a regular una amplia red de instituciones de atención, tradicionalmente en manos de sociedades filantrópicas o asociaciones étnicas. La autora intenta, también, demostrar cómo repercutió ese cuadro entre los sectores populares. Esta apuesta metodológica es interesante ya que abre el debate en torno de cómo los grupos subalternos interpretan los diferentes artefactos culturales. Pero este tipo de documentación parece ser suficientemente ambigua para sostener interpretaciones alternativas. Tanto las fuentes periódicas, el boceto original y la pintura definitiva no alcanzan para dimensionar cómo operaba en la sensibilidad popular el ver la imagen de una mujer idealizada (dignamente representada en la desgracia), de un tierno bebé y de un muchacho que miraba con respeto a los médicos mártires.

Diego Armus rescata los reclamos v las protestas de los enfermos tuberculosos en Buenos Aires y en la ciudad cordobesa de Cosquín de los años 40 del siglo XX. Desde una indudable posición de subordinación, se las ingeniaron para lidiar con el saber y las prácticas de los médicos. Así pues, tras su inquietud por develar los reclamos de los pacientes tuberculosos -que giraban alrededor de la comida, el orden en las instituciones de internación y el derecho a acceder a ciertos tratamientos-, el autor se preocupa en analizar cómo estas demandas eran parte de una renovada agenda social que apuntaba a ampliar y a reforzar los contenidos de la ciudadanía social. En esta trama de negociaciones y apelaciones a la prensa, a los médicos y al Estado, esos pacientes colaboraron en definir los alcances y el significado del "derecho a la salud". Indudablemente esta indagación matiza y problematiza la tradicional asociación que vincula la ampliación de la ciudadanía social sólo a las reformas sociales iniciadas en 1943 por Juan Domingo Perón.

Luego, el ensayo de Eric Van Young actualiza y difunde bibliografía acerca de la historia de la locura ya que sintetiza los argumentos de tres artículos sobre la historia del Manicomio General de la ciudad de México. Asimismo, desliza algunas reflexiones epistemológicas y metodológicas sobre la dificultad de abordar la historia de grupos subalternos debido a la ambigüedad o a la ausencia de fuentes primarias. Además, señala las limitaciones que poseen los registros psiquiátricos a la hora de reconstruir la experiencia subjetiva de la locura.

El segundo nudo de problemas examinados en la compilación apunta a comprender cómo los médicos organizados en términos corporativos y vinculados con redes académicas nacionales e internacionales intentaron dar respuesta a los problemas de la población local por medio de la propuesta de instituciones y políticas sanitarias concretas. Dentro de esta inquietud podemos reseñar el trabajo de Susana Belmartino, quien postula dos ejes de análisis. Por un lado, comparar los servicios de salud en la Argentina, Brasil y Chile entre 1920 y 1970 y, por otro, enfocarlos a partir de los aportes teóricos del neoinstitucionalismo. Esta corriente de la ciencia política se distancia del estructuralismo ya que entiende que el desarrollo institucional se debe a múltiples intereses y no sólo se explica por las modificaciones en la estructura económico-social o por las presiones de algún grupo social. Pero esta opción teórica parte del supuesto implícito de que una institución liderada por "técnicos" posee mayor racionalidad y coherencia administrativa y por lo tanto puede limitar los efectos de la decisiones políticas asociadas a las presiones electorales y a las relaciones clientelísticas. Esta perspectiva corre el riesgo de invisibilizar las variadas y densas alianzas políticas que permitieron a muchos "técnicos" ocupar puestos en la administración pública y desde esas plataformas vincularse con proyectos ideológicos más amplios.

Nisia Trinidade Lima y Gilberto Hochman se introducen en el movimiento médico-higienista de la primera república brasileña (1889-1930). Los autores advierten que ese movimiento tuvo un papel medular en la reconstrucción de la identidad nacional a partir de la comprobación de que la enfermedad reinante en Brasil era el mayor estorbo para lograr la civilización y la modernización anhelada. El movimiento higienista propuso una activa presencia del Estado en

la eliminación de las endemias rurales. La primera expresión de este movimiento fue la Liga Pro-Saneamiento del Brasil y luego sus demandas se instalaron en los debates en el Congreso Nacional y en la prensa periódica. El eje principal de su propuesta era centralizar los servicios sanitarios baio la forma de un Ministerio de Salud con atribuciones y mecanismos de financiamiento amplios. Esta aspiración profesional se vio concretada hacia fines de 1919, luego de los estragos ocasionados por la peste española. Los autores demuestran cómo este grupo de profesionales a partir de sus redes, saberes y prácticas idóneas obtuvieron un marcado protagonismo en la definición e implementación de políticas públicas.

Complementando esta mirada, el artículo de Simona Petraflia Kropf, Nara Azevedo y Luiz Otavio Ferreira se centra en los diferentes grupos científicos que permitieron los sucesivos descubrimientos de la enfermedad de Chagas. Según los autores, los límites para conformar un mapa epidemiológico de la enfermedad y una mayor presencia estatal provinieron de las dudas existentes en torno de la realidad clínica y de la falta de recursos técnicos. Recién a mediados de 1940 estuvieron dadas las condiciones científicas y técnicas para la creación de instituciones estatales que pudieran desplegar políticas sanitarias. Desde esta perspectiva, el conocimiento técnico se comporta de manera relativamente autónoma de los conflictos sociales y políticos de la época. A pesar de que los autores enuncian que los conflictos políticos que tuvo que enfrentar Carlos Chagas "debilitaron su autoridad científica y su capacidad de movilizar una red de aliados suficientemente amplia y fuerte para sostener un hecho científico" (p. 206), no explotan esta perspectiva, lo que da lugar a una interpretación centrada en la propia dinámica "racional" de la ciencia. No obstante este señalamiento, el texto logra visibilizar a otras figuras que tuvieron una activa colaboración en el proceso de producción de conocimiento científico desplazándose de las tradicionales historias laudatorias.

Claudia Agostini coloca la sanción del Código Sanitario de los Estados Unidos Mexicanos (1891) como una excusa para mirar el discurso de modernización sanitaria auspiciado por la ciencia médica. La autora pone el acento en cómo este conjunto de ideas plasmadas en políticas públicas intentaron cambiar el sentido común de la población e influir sobre las costumbres sanitarias consideradas "irracionales". En esta operación las mujeres, en tanto madres, fueron convertidas pronto en las responsables y (también culpables) del cumplimiento (o no) de estas modernas normativas higiénicas. Agostini señala que este interés de fomentar una cultura higiénica no sólo estaba centrado en dar pautas modernas sino que estaba atravesado por un discurso moralizante que posicionaba a la mujer en un único lugar ideal: la maternidad responsable. En esta mirada también se barajaba una apuesta política, ya que salvaguardando la familia se estaba salvando la salud de la nación. Pese a este aporte, faltaría explotar las idas y vueltas a que se vieron sometidas todas estas iniciativas. Los desajustes o las líneas de fuga entre la teoría propagada por la ciencia médica y la práctica de las mujeres no aparecen indagados con la profundidad que podría esperarse.

El tercer eje que vincula los textos es qué reapropiaciones se hicieron en el ámbito latino del darwinismo social, la eugenesia y la biotipología. Esta perspectiva se inscribe en el cuestionamiento a las teorías difusionistas, según las cuales la ciencia de

América Latina es pensada como marginal v atrasada, produciéndose una adhesión automática de conocimientos desde los países centrales a los periféricos. Dentro de este anclaje teórico, Sérgio Carrara se aboca a desanudar el núcleo de ideas de los científicos brasileños que reaccionaron contra las posturas racistas. Éstas sostenían que la "inferioridad" del brasileño se debía a causas climáticas y raciales imposibles de ser modificadas. En oposición, la intelligentsia emergente durante las décadas de 1920 v 1930 reformuló esta mirada pesimista. La decadencia física v moral de Brasil no se debía a factores raciales y climáticos sino a ciertos factores ambientales pasibles de ser erradicados por medio de una activa intervención estatal. Así, el neolamarckismo proporcionó una visión optimista según la cual, por medio de reformas sociales se podría lograr no sólo el mejoramiento de la población existente sino, también, la construcción de una "raza" sustento del "ser nacional". En este modelo dicotómico -heredado de las investigaciones de Nancy Stepan-1 la teoría ambientalista es vista como superadora de la teoría darwinista centrada en el determinismo biológico. Si bien el autor señala que el obietivo de este grupo de pensadores era "ser tan blanco o europeo como fuera posible, si no en el cuerpo, al menos en espíritu" (p. 188), su estudio ganaría en profundidad si explorara los vasos comunicantes entre ambos conjuntos de ideas.

Probablemente sea la contribución de Alexandra Minna Stern la que permita reflexionar sobre las complejas ambigüedades de la eugenesia en América Latina que, como afirma la autora, dio lugar a un terreno racial variado y tortuoso (p. 298). Su interés

se ancla en estudiar cómo el discurso biotipológico durante las décadas de 1940 v 1950, tradicionalmente asociado a la modernidad v al avance de la medicina, estuvo estrechamente vinculado con el legado eugenésico. Este aporte es sustancial ya que se aleia de las interpretaciones que analizan el horror del nazismo como un divisor de aguas para el racismo. Según Stern, el discurso biotipológico operó como una teoría de diferenciación que, entrelazada con la demografía v la eugenesia, sirvió para controlar, tabular y diferenciar a la población. Al plantear las relaciones entre el legado eugenésico y el biotipológico se aleja de los modelos dicotómicos y brinda una mirada cargada de matices y de una marcada actualidad al advertir que "el lenguaje abstracto y medicalizado de los biotipólogos fue (y todavía es) mucho más obstinado e insidioso que las etiquetas del darwinismo social del pasado" (p. 298).

En suma, el atractivo de Avatares de la medicalización es múltiple ya que dada su riqueza documental y el abordaje de nuevos problemas y marcos teóricos enriquece tanto el campo historiográfico como el de la historia de la ciencia médica. Además, permite acercarnos a líneas de investigaciones locales y tiene el valor de difundir estudios de otros países de América Latina.

Karina Inés Ramacciotti

Nota

¹ Véase Nancy Leys Stepan, *The Hour of Eugenics. Race, Gender and Nation in Latin America*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1991.



Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga (compiladores)

Historia, memoria y fuentes orales

Buenos Aires, Asociación Memoria Abierta-CeDInCI, 2006, 165 páginas

Tistoria, memoria y fuentes orales es una obra colectiva editada por Memoria Abierta -entidad creada por distintas organizaciones de defensa de derechos humanos para preservar y difundir sus propios acervos documentales y otros archivos personales sobre el terrorismo de Estado- y el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI). Se trata de un libro surgido con la voluntad de homenajear a la recientemente fallecida Dora Schwarztein, pionera en la difusión de la historia oral en la Argentina e impulsora del Archivo Oral sobre el Terrorismo de Estado cuya construcción promovió Memoria Abierta.

Al igual que La historia oral, obra compilada por Dora Schwarztein publicada en 1991, el presente volumen aborda distintos debates teóricos y metodológicos relacionados con la historia oral y las problemáticas de la memoria. Como señalan los compiladores en la introducción, otros lazos que los vincula con las preocupaciones de la autora de Entre Franco y Perón son la voluntad de intervenir como historiadores en el espacio público, en particular en la construcción de una memoria colectiva sobre el terrorismo de Estado, y de reflexionar sobre los problemas del testimonio v su incidencia en la construcción de las miradas sobre los genocidios y la violencia extrema desarrollada por distintos Estados en el siglo XX.

El libro se abre con un artículo de reflexión teórica, metodológica y política: "Memoria y política en la situación de entrevista", de Pittaluga, Carnovale y Lorenz. Se relatan allí los problemas y dilemas que conllevó la construcción del archivo de testimonios sobre el terrorismo de Estado iniciado en 2001. Estructuran el texto las reflexiones en torno del establecimiento de una periodización que, comenzando en la década de 1960 y avanzando hasta hoy, permita dar inteligibilidad al archivo; a la necesidad de incluir en él una multiplicidad de voces y testimonios significativos, y al desciframiento de las implicancias éticas -que no dejan de reflejarse en prevenciones metodológicas- del reconocimiento de la explícita politicidad de las prácticas en que se implicaron como entrevistadores. De esa asunción se derivan criterios acerca del contenido y los modos de formulación de las preguntas, que parten de la doble decisión de documentar los discursos de la memoria y contribuir a reparar las consecuencias de la catástrofe y a restablecer los lazos sociales quebrados por el terror estatal. De ahí también se desprende la decisión de establecer claros límites a las preguntas en aquellas áreas en las que se podría restituir a los entrevistados los momentos y figuras del horror.

"Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica en los relatos de mujeres que participaron de las organizaciones políticomilitares de los 70", es un texto donde

Alejandra Oberti da cuenta de la organización de los relatos de las ex militantes y de las características particulares de la construcción narrativa de sus identidades en la situación de entrevista. En el conjunto de estos testimonios surgen de modo no intencional unas travectorias vitales organizadas en tres momentos: el ingreso a la militancia, la etapa de las acciones y la clandestinidad v el final: el momento de las detenciones, el exilio y las muertes. En todos los casos, en el relato de este último momento el posicionamiento subjetivo se diluye casi por completo, la identidad queda "si no perdida, momentáneamente suspendida". Siguiendo a Ernst Van Alphen. la autora sostiene que existen procesos -como los que provocaron estos efectosque por su naturaleza pueden fragmentar la capacidad narrativa, ya que el lenguaje disponible no ofrece los términos para narrar tales experiencias. En "La narrativa personal de lo «invisible»" Elizabeth Jelin aborda desde un recorrido por distintas contribuciones teóricas relevantes las mismas temáticas, ya que el artículo constituye una reflexión sobre los límites de lo decible en los testimonios de los sobrevivientes de situaciones enormemente traumáticas. Si el primero de esos límites reside en la existencia de vivencias imposibles de narrar y que imponen a su vez un deber delegativo de memoria, otros se derivan de la variabilidad temporal de la voluntad social de escuchar y de la incapacidad semiótica para dar cuenta -desde el mismo momento en el que ocurren- de acontecimientos enormemente traumáticos, imposibles de ser simbolizados.

Un segundo grupo de artículos, de autores extranjeros, presentan una serie de investigaciones empíricas basadas en el empleo de fuentes orales. En "Voces de la

oposición. Dictadura v transición política en Brasil" Marieta de Morães Ferreira considera la minimización del rol de los opositores de izquierda al régimen militar que no emprendieron la lucha armada y permanecieron en el país -pese a la importancia que estos mismos actores atribuveron a sus prácticas en sus relatos autobiográficoscomo un resultado de la estrategia de los líderes exiliados de crear nuevas formaciones políticas, lo que motivó que la experiencia de la resistencia interna perdiera peso en las memorias acerca del tránsito a la democracia. Muy distinta es la colaboración de Mercedes Villanova, titulada "Rememoración y fuentes orales". El trabajo aborda, en un plano de lectura, las relaciones entre memoria y escritura; entre rememoración y trabajo historiográfico en la era de las catástrofes, y sus vínculos con la identidad e integridad personal. Pero, en un segundo plano, el texto se desplaza hacia los efectos subjetivos que crean los encuentros de entrevistados y entrevistadores, como la empatía y la confianza, el dolor o el afán de reivindicación.

Los últimos dos capítulos tienen en común la referencia a testimonios en los que el orgullo ocupa un lugar eminente en la narración identitaria. Se trata de "El Estado dentro del Estado. Un artesano recuerda su identidad en Mauthausen" de Selma Leydesdorff y "Éramos pobres pero... Representaciones de la pobreza en la cultura apalachiense" de Alessandro Portelli. El trabajo de Leydesdorff relata la historia de Paul, un trabajador, no judío, que pasó por la experiencia de la internación en un lager nazi. Paul conoce la obra de Primo Levi, pero no acepta que su supervivencia sea el resultado de la muerte de otros sino, por el contrario, un producto de la solidaridad. que se puede relatar con orgullo. En el capítulo de Portelli los relatos acerca de la pobreza de comunidades blancas de los montes Apalaches no son el resultado de la asunción de la estigmatización, sino que aparecen como expresión de hondos sentimientos de autonomía personal, orgullo y supervivencia colectiva.

Historia, memoria y fuentes orales se publica en un momento en el que la historia oral parece alcanzar una creciente legitimidad entre los historiadores argentinos. Simultáneamente, v en consonancia con una tendencia presente en buena parte de Occidente, la Argentina vive una verdadera explosión de los discursos de la memoria, en especial los referidos a la última dictadura militar, desplegados al calor de un clima político favorable y una creciente disposición a la escucha de sectores amplios de la población. El libro surge a la luz, además, en momentos en que resulta ampliamente compartida entre los investigadores la convicción acerca de la necesidad de tratar los testimonios -independientemente de su carácter de verdad eminentemente personal y subjetivo- con las mismas herramientas críticas que requiere la consideración de cualquier otro documento. Una cantidad importante de libros v tesis abordan en los últimos años temáticas vinculadas con la memoria; el uso de la historia oral como herramienta se ha difundido significativamente y sus métodos se han sofisticado, al tiempo que se multiplican los seminarios y cursos dedicados a estas temáticas.

El libro compilado por Vera Carnovale, Federico Lorenz v Roberto Pittaluga aparece entonces en un medio en el que seguramente despertará un marcado interés. Ouienes lo lean encontrarán en este texto algunas investigaciones empíricas breves pero relevantes, capaces de inspirar otras pesquisas, y en las que se logró resolver sin estridencias los problemas vinculados a la articulación entre escalas de observación restringidas y estructuras -políticas, sociales, económicas- muy amplias. Los lectores también encontrarán en el libro un actualizado repaso de los más importantes debates teóricos sobre los temas abordados y podrán hallar en sus páginas un conjunto de reflexiones, planteadas en distintos tonos v modos, acerca de las implicancias ético-políticas de las entrevistas destinadas a la producción de fuentes orales, que constituyen una contribución enormemente significativa y una verdadera invitación al debate.

Daniel Lyovich



María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (editores)

Instituciones y formas de control social en América Latina. 1840-1940. Una revisión

Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Universidad Nacional de La Pampa-Prometeo Libros, 2005, 219 páginas

esde la década de 1990, las historias del control social han venido a producir una saludable renovación de los estudios sobre las relaciones entre el Estado y la sociedad en la Argentina, allí donde otrora campeaban otros relatos, concentrados en problemas y objetos ligados a la composición social de las elites políticas y estatales, las orientaciones intelectuales de aquellas, las articulaciones entre el Estado, la acumulación económica y la estructura social. Al igual que en otras oportunidades, esta renovación historiográfica resultó de la influencia de corrientes de pensamiento emanadas de las academias centrales que, por su parte, previamente se habían apropiado de la innovadora perspectiva de análisis del poder y el control social que Michel Foucault cultivó en Vigilar y castigar, y que encontró campo fértil en el heterodoxo contexto intelectual argentino de los últimos veinte años. Sin embargo, como señalan los editores de Instituciones y formas de control social..., la fortaleza hermenéutica de esta renovación historiográfica amenaza con derivar en la negativa consolidación de una nueva ortodoxia, toda vez que se hace foco de atención casi exclusiva en los proyectos de las elites sociales, atribuyéndoles a priori y univocamente el dominio de unas "capacidades materiales y simbólicas a todas luces imbatibles" (p. 9).

Dando continuidad a estas observaciones e incorporando definiciones programáticas de otros autores latinoamericanos,

norteamericanos y europeos, María Silvia Di Liscia, Ernesto Bohoslavsky v los demás participantes del libro contribuyen a desarrollar un vigoroso enfoque crítico en este debate, partiendo de investigaciones monográficas sobre situaciones históricas localizadas, que permiten poner en suspenso interpretaciones unilaterales de la historiografía del control social. Por un lado, demuestran que las elites difícilmente diseñaron unas estrategias perfectamente conscientes, únicas, coherentes y sistemáticas de control de las poblaciones subalternas. ni las aplicaron consecuentemente a rajatabla sometiendo a cuerpos y almas dóciles moldeados a imagen y semejanza de aquellas intenciones. Por otro lado, no sólo dan cuenta de la existencia de una diversidad de estrategias de control de los sectores dominantes y variadas estrategias de resistencia de los dominados sino, sobre todo, también reconocen una pluralidad de formas de apropiación y resignificación de esas orientaciones en estos últimos, atendiendo al estudio de los espacios de enfrentamiento y negociación, establecidos entre unos y otros y al interior de cada uno de estos segmentos sociales.

De esta forma, los autores evitan cualquier dualismo abstracto, irreconciliable y compartimentado entre la agencia de dominantes y dominados, mostrando incluso que las orientaciones de los primeros se construyen invariablemente en interlocución (solidaria o reactiva) con las orientaciones de los segundos, v destacando que es imposible discernir la agencia social y política de ciertos actores (no importa si dominantes o dominados), negando cualquier potencialidad a la agencia de sus interlocutores. Además, observan que esa oposición analítica entre dominantes v dominados se despliega en un continuo de relaciones sociales, que comprende a una serie de sujetos localizados en posiciones intermedias, que no son ni los más encumbrados de la jerarquía social legítimamente reconocida en cada Estado y sociedad (como señores de esclavos, o elites políticas, intelectuales y estatales), ni tampoco se cuentan entre los más depreciados (esclavos, humildes trabajadores rurales, enfermos mentales, prostitutas, presos). Así pues, en esa trama social continua también intervienen abogados, jueces de paz de campaña, médicos, psiguiatras, enfermeros, monjas, maestros, escolares, policías, quardiacárceles.

Tomando en consideración estas premisas, las dos partes que conforman el libro se organizan privilegiando dimensiones analíticas específicas, pero que en los procesos sustantivos se revelan indisolubles. Al decir de los editores: "Se procura señalar tanto las prácticas coercitivas de las dirigencias estatales y sociales como las prácticas de los sujetos sobre los que esta coerción se ejercitó" (p. 13). En consecuencia, las contribuciones de la primera parte se centran en las elites, sus proyectos y en la configuración de las instituciones de control social; mientras que en la segunda se intenta reconocer las múltiples formas en que el control se ejerce efectiva y cotidianamente sobre los dominados, así como las formas de empowerment que los últimos despliegan en procesos de resistencia activa o pasiva, en conflictos manifiestos o velados, en variadas formas de apropiación, negociación y resignificación de los dispositivos de control.

Las contribuciones demuestran que la aplicación de versiones ortodoxas del control social replican -aunque haciendo foco en otras lógicas sociales- vicios ya cultivados por otras corrientes historiográficas concentradas unilateralmente en reconocer alguna fuerza motriz subvacente en la reproducción social (sea una matriz "estadocéntrica", determinaciones de clase social, el proceso de valorización del capital o la división internacional del trabajo). Desde unas perspectivas igualmente mecanicistas, las ortodoxias del control social se comprometen en la empresa de realizar por cielo y tierra el programa teórico de Vigilar v castigar describiendo v asumiendo -de forma algo ingenua- como socialmente eficientes las declaraciones programáticas de transformación proclamadas públicamente por las elites políticas, estatales e intelectuales de los períodos que estudian. Por el contrario, toda vez que se incorpora un enfoque analíticamente más heterodoxo y se comprenden escenarios sociales complejos, el desafío consiste en reconocer cómo esa poderosa agencia de los dominantes entra en interlocución con la de los dominados, y cómo se logra poner insistente atención en lo que Di Liscia y Bohoslavsky definen como "las contradicciones de las instituciones estatales y el funcionamiento cotidiano de los «aparatos de control», más allá de la orgullosa autonarración de los intelectuales involucrados en su gestión" (p. 15). Puede decirse, pues, que cuando se pone un excesivo énfasis analítico en la eficacia social de esa "orgullosa autonarración", se termina escribiendo una historiografía que, tras una remozada jerga teórica foucaultiana, produce un relato que nada han de envidiarle

las historias institucionales y políticas de pretensiones menos innovadoras.

Los editores nos recuerdan, al fin, el valor interpretativo de aquella sentencia popular que reza "Del dicho al hecho hay un largo trecho". Y si bien, seguramente, esta primitiva recomendación no alcanza para dar forma a un renovado tratamiento metodológico, sí habilita a indagar las fuentes documentales desde una mirada que no las reifica como expresivas de las perspectivas de los diversos actores sociales a los que aluden. Esto es. a la hora de aproximarnos a través de esas fuentes a los proyectos y a la orientación de la acción de una pluralidad de individuos v grupos del continuo dominantes-dominados en las instituciones educativas, policiales, judiciales, de salud mental y del servicio penitenciario, los autores del libro se interrogan no sólo por aquello que las fuentes enuncian o dicen sino, también, por sus productores, por el contexto institucional de producción y circulación, y por los interlocutores a los que esa información está dirigida o destinada a ser consumida. Ahora bien, y a pesar de estos reparos, es posible afirmar que el corpus de fuentes regularmente consultadas por los estudios del control social (fichas médicas y psiquiátricas, manuales escolares, edictos policiales, jurisprudencia penal, normativa del servicio penitenciario y del sistema educativo) suelen expresar mejor las preocupaciones e intenciones de los actores involucrados en su producción (médicos y psiquiatras, pedagogos, policías y abogados, elites estatales y políticas) que las voces de las poblaciones a las que se destinan esos dispositivos y tecnologías sociales. Vale decir, toda vez que el investigador se enfrenta a esas fuentes debe establecer numerosas mediaciones para aprehender en ellas las perspectivas y experiencias de los sujetos subordinados. De he-

cho, en un reciente trabajo de Lila Caimari¹ que tiene por objeto los saberes referidos a la administración de instituciones penitenciarias y de castigo a delincuentes, y las representaciones de la sociedad sobre esas prácticas, la autora reconoce las dificultades que se presentan para captar desde los testimonios disponibles aquello que denomina "la gris rutina de las prácticas institucionales". Esa gris pero compleja cotidianidad de las instituciones penitenciarias, escolares, médicas, psiquiátricas, de administración de justicia, sólo se nos ofrece a retazos en las fuentes disponibles y habitualmente consultadas. Se trata de una experiencia social que sólo se objetiva en ellas desde el reconocimiento, la percepción v la traducción en una determinada escritura que es -más bien-propia de los sujetos que disponen de alguna forma y grado de participación en la dirección de las instituciones de control social, como médicos, psiquiatras y enfermeros, religiosos, maestros, jueces, abogados, agentes penitenciarios y de seguridad.

En este punto, vale señalar que el recorrido por casos correspondientes a la Argentina, Chile, Brasil, México y, a su vez, por situaciones sociales metropolitanas y periféricas argentinas permite configurar un escenario de procesos sustantivos e interpretaciones analíticas que no son estrictamente originales de un Estado y sociedad nacional. Es decir, si bien es indudable que cada situación es original en su configuración histórica, es posible pensar problemas comunes, ejercitar comparaciones sistemáticas y obtener resultados factibles de ser confrontados. Los editores circunscribieron las colaboraciones a investigaciones que se ocupan del período 1840-1940. De este modo, buscaron "poner en tela de juicio la magnitud y periodización del éxito de los profesionales del control social en los tiempos de la constitución de las sociedades agro-minero-exportadoras en el conteniente" (p. 10). Más aún, están interesados en abordar no sólo aquellos proyectos de las elites que alcanzaron una relativa objetivación en instituciones, en la configuración de identidades y en la agencia de actores sociales, pues también caen bajo su interés otros proyectos que fracasaron o quedaron truncos, no con el objeto de alimentar un pensamiento contrafáctico sino preguntándose por las causas que tornaron incapaces su despliegue histórico pleno.

En este sentido, algunos de los participantes del libro se ocupan de analizar políticas públicas comprendidas a escala nacional. Así, se hace foco en el rol de las casas correccionales de mujeres administradas por las religiosas de la Congregación del Buen Pastor, describiendo una trayectoria de la política penitenciaria chilena que va, entre 1864 y 1940, del predominio de concepciones morales del control a otras fundadas en una legitimidad científica (María José Correa Gómez), o se atiende a las tensiones desplegadas en la política e instituciones educativas mexicanas entre el porfiriato y la Revolución, producto del sostenimiento de una pedagogía que estimulaba, simultáneamente, el fomento del control y la libertad en la formación de los niños-futuros ciudadanos (Patience Schell), en tanto que los otros autores se ocupan de instituciones y actores sociales más específicos y localizados. Tal es el caso de las reflexiones sobre la inconsistente aplicación de la criminología positivista en el contexto de débil desarrollo del poder estatal y de porosidad de las instituciones carcelarias en el territorio nacional de Neuguén, en la Patagonia argentina, entre 1890 y 1930 (Ernesto Bohoslavsky). También se aborda la difícil e inestable institucionalización de

la política nacional eugenésica de creación de colonias y escuelas de niños débiles en el territorio de La Pampa en la primera mitad del siglo XX (María Silvia Di Liscia) v las distancias existentes, durante el mismo período, entre la afirmación del control en el discurso psiquiátrico v sus condiciones de realización programática en un contexto institucional cotidiano de predominio de prácticas de desatención y abandono de los enfermos mentales (Daniela Bassa). Asimismo, al desplazar la mirada de las economías esclavistas de plantación hacia pequeñas propiedades en una región del Brasil imperial, se reconoce la específica relación interpersonal que construían señores y esclavos, v sus consecuencias en la reproducción cotidiana de la dominación esclavista y en el sistema de administración de justicia local (Ricardo Ferreira). Por último, se analizan las relaciones entre ley y costumbre, norma v práctica jurídica, derecho, sociedad y opinión pública, desde el estudio de un proceso judicial centrado en el duelo entre un coronel diputado y un administrador general de la renta del timbre, en la ciudad de México en 1894 (Elisa Speckman Guerra) y se inscribe la historia de las instituciones e ideas psiquiátricas en una historia social más amplia y sensible a la observación de las perspectivas, experiencias, relaciones de alianza y conflicto trabadas entre médicos, enfermeros, pacientes y sus familias, e incluso abogados y otros agentes de justicia (Jonathan Ablard). Estas últimas seis contribuciones, que se concentran en profundidad en instituciones y actores específicos, permiten construir escenarios más complejos y diversos que aquellos representados por otras perspectivas de vocación macrosociológica, que suelen nacionalizar sus hipótesis y resultados aun cuando hayan sido logrados desde unas investigaciones localizadas en instituciones y elites metropolitanas.

Finalmente, quisiera señalar que el análisis comparado de las políticas e instituciones de control social en el marco del Nation Building revela que, en términos relativos, los autores comprenden situaciones correspondientes a cuatro casos bien sucedidos. donde es posible reconocer una estatalidad que consigue imponer ciertas formas de regulación en diversos espacios y sobre distintos segmentos sociales. No obstante, esta afirmación no debe llevarnos a concebir la eficacia social del Estado-nación como una lógica impuesta de forma definitiva e implacablemente homogénea en diferentes regiones, instituciones y actores de la sociedad nacional. Más bien, debe permitirnos reflexionar no sólo sobre el carácter construido del control estatal sobre la sociedad sino. también, apostar a reconocer su permanente actualización histórica por la vía del conflicto y la negociación entre múltiples individuos y grupos sociales, ya que la causa por la cual se torna imposible la aplicación taxativa del enfoque de Vigilar y castigar a los problemas y objetos analizados en el libro no reside en ningún fatal destino de imperfección social asociado a la condición periférica latinoamericana. Definitivamente, no es que la sustancia de los Estados y las sociedades nacionales latinoamericanas sea reactiva al enfoque; por el contrario, son los presupuestos y alcances de la perspectiva teórica foucaultiana los que deben ser revisados (en América Latina, en el mundo anglosajón y en la Europa occidental), o bien pasar a servirse de ellos a modo de orientaciones generales e hipótesis siempre verificables situacionalmente, antes que comprenderlos como unas premisas ideales que permiten, indefectiblemente, ordenar en cualquier circunstancia la inmensa diversidad del mundo social. En este sentido, anclándose en la riqueza de sus investigaciones monográficas, estos autores ponen en cuestión esos presupuestos teóricos, sin comprometerse en la tarea de esbozar o enunciar las virtudes de una nueva teoría sistemática que venga a reemplazarlos. Una teoría sistemática que, por lo demás, ¿sería necesario y legítimo exigirles que produzcan?

De modo que, sea por los enfoques analíticos desarrollados, por las precisiones metodológicas en el tratamiento heurístico de las fuentes documentales o por los resultados sustantivos obtenidos, *Instituciones y formas de control social...* interpela, sin dudas, no sólo a los especialistas en la historia latinoamericana y argentina del período 1840-1940 sino a todos aquellos interesados por comprender los procesos de producción y actualización del control social en otras circunstancias y latitudes del pasado y el presente.

Germán Soprano

Nota

¹ Véase Lila Caimari, Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004.



Pilar Calveiro

Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70

Buenos Aires, Norma, 2005

os trabajos destinados a indagar sobre los años previos y posteriores al ■ golpe militar de 1976 se han multiplicado en los últimos años. El interés por indagar acerca de aquel período por demás conflictivo hace que, poco a poco, se completen las hojas de un capítulo cuya historia aún no logró alcanzar un debate completamente maduro. Sin embargo, todo objeto histórico al distanciarse en el tiempo obliga de alguna manera a modificar nuestra mirada de lo sucedido, a preguntarnos sobre nosotros y sobre aquellos hechos cuyas marcas siguen aún hoy vigentes. A tal fin. el reciente trabajo de Pilar Calveiro. Política y/o violencia, nos propone volver sobre los acontecimientos ocurridos durante la década del 70 y así contribuir a la reflexión y a la memoria de nuestra historia reciente.

En su anterior ensayo *Poder y desaparición*, ¹ Calveiro sostenía que el gobierno militar de 1976 significó una novedosa reorganización de los mecanismos de represión con la creación de los campos de concentración. En este nuevo ensayo, la autora completa el análisis de esa década iniciado con aquel libro (*Política y/o violencia* es en realidad la primer parte de aquel trabajo publicado en 1998), donde intentará buscar la génesis de los factores que condujeron a una supremacía de la violencia y a una anulación de la política. De tal modo, centrando su atención en aquellos procesos sociales e históricos que llevaron a la conforma-

ción de un Estado altamente represivo y a la formación de grupos guerrilleros, la autora nos irá introduciendo en un proceso cuya trama se centrará en un crecimiento de la violencia, tanto por parte del gobierno como por parte de las fuerzas sociales contestatarias. Para tal fin va a desarrollar dos dimensiones: la primera, una genealogía del poder desaparecedor; la segunda una (auto) crítica de las organizaciones armadas, centrando su análisis principalmente en Montoneros.

Si en Poder v desaparición Pilar Calveiro se sitúa en el interior de los centros clandestinos de detención para poder detallar desde tal lugar la trama represiva y así iniciar un proceso explicativo desde dentro hacia fuera, es decir, partiendo del funcionamiento de un campo de reclusión hacia el de una maquinaria de engranaje mayor encargada de implantar el terrorismo estatal, en Política v/o violencia trazará un camino en sentido contrario. Aquí irá desde fuera hacia dentro, es decir que iniciará su reflexión a partir de procesos históricos, políticos y sociales para explicar el surgimiento de aquella fuerza que terminará en llamar el "poder desaparecedor". La conformación de dicho poder será central para Calveiro ya que éste dará el contexto por el cual surgirían las organizaciones armadas como desobediencia a un orden social e institucional que fue "haciendo desaparecer" la política. Calveiro comenzará a describir este surgimiento a partir del golpe de 1930, donde va se advertirá el uso de la violencia como instrumento dispuesto a reemplazar a la política. Después del golpe de 1955 esta violencia impuesta desde el Estado irá en un creciente aumento y construirá una visión política de ideología totalitaria (aniquilación del otro) siendo ejemplo de esto la proscripción y represión del peronismo que significó "un verdadero proceso de desaparición".2 La maduración de este proceso tendrá su momento clave para Calveiro bajo el golpe de 1966, tanto por la implementación de una fuerza represiva mayor como por la anulación concreta del espacio político. De tal modo, para Calveiro la agregación militarista al campo político fijó en el seno social un sistema en el cual "el Estado se confunde con las Fuerzas Armadas, la política aparece como guerra, los adversarios como enemigos".3

Como parte de esta nueva configuración política Calveiro notará cómo irán cobrando fuerza movimientos sociales cada vez más radicales, claramente visibles en las organizaciones obreras y en el movimiento estudiantil, advirtiendo que "la violencia militar comenzaba a reproducirse y a encontrar respuesta, también violenta, desde otros sectores de la sociedad".4 Luego advertirá cómo el hecho de intentar "desaparecer" a la política por medio de la violencia propiciará que ésta resurja en modos más frontales de acción y contestación civil, siendo el accionar guerrillero la expresión más extrema de tal movimiento. A esto sumará el clima político mundial, pero sobre todo resaltará cómo la teoría del foguismo por un lado y el discurso de Perón por otro harán que amplios sectores de la izquierda se inclinen a la lucha armada como única vía posible de cambio. Para Calveiro la acción armada representará una disputa directa al monopolio de la violencia estatal por parte del sector más radicalizado de la sociedad civil. La autovaloración de estas organizaciones como "ejército revolucionario" o "fuerzas armadas", así como su disputa al Estado por la posesión y el uso de las armas, dará cuenta de su decisión de conformar un poder paralelo a éste.

Si bien la noción de un sistema político altamente represivo como potenciador de un proceso de radicalización social no se diferenciará de otros trabajos como el de Cristina Tortti o Liliana de Riz,⁵ Calveiro introducirá dentro de esta visión general una veta distinta. Prestará atención al vínculo dado entre la política, las instituciones armadas y el Estado. Asociará, de tal modo, la fuerte disciplina impuesta al conjunto del cuerpo social por parte de las Fuerzas Armadas con la disciplina que éstas ejercen hacia los integrantes de su institución. Advertirá así cómo la disciplina se manifiesta en primer lugar hacia adentro, para luego exteriorizarse a través de aquellos en los que el poder disciplinario ha dejado su impronta. Así va a advertir cómo un Estado represivo se genera y reafirma mediante la creación de un autoritarismo social que funciona como base y sustento de éste.

Para dar cuenta de la desobediencia armada, Calveiro introduce un aspecto significativo en su ensayo al intentar comprender las formas interpretativas que los grupos guerrilleros tenían de la política. Resaltará aquí cómo los jóvenes radicalizados de los años 70 habían aprendido el "valor político de la violencia" en una sociedad que se valía de ella reiteradamente desde mucho tiempo atrás. Para la autora las características sociopolíticas que acunaron a estos jóvenes y los acontecimientos revolucionarios de la época construyeron una identidad juvenil que, lejos de una locura transitoria,

formó parte consecuente de un país v un momento histórico particular. Esta reflexión servirá a la autora para marcar posteriormente la responsabilidad de las acciones llevadas a cabo por las organizaciones armadas, fundamentalmente Montoneros. De tal modo, si en un trabajo de ineludible referencia como el de Richard Gillespie el carácter social de los integrantes de Montoneros junto a su escaso apovo obrero explican el fortalecimiento de su estructura verticalista v militar, Calveiro resaltará los factores culturales, políticos y sociales presentes en la historia nacional como causantes de este proceso. Por lo tanto, nos dirá que los grupos armados pueden entenderse "como respuesta y continuación de la lógica violenta que predominó en la política argentina a lo largo del siglo XX".6

Pilar Calveiro señala que al transformarse en un aparato militar, Montoneros terminó corroyéndose por dentro mientras era aniquilado por fuera, en un combate de significativa desigualdad. Sin embargo, esta explicación no termina de dar cuenta por sí misma del mesianismo que inspiró a la guerrilla y particularmente a Montoneros. Como dirá Carlos Altamirano, no necesariamente se desprende la forma de pensar y creer de Montoneros del pasado político nacional, recurrente a utilizar la violencia como instrumento para dirimir los conflictos. Se advierte que el ensayo de Calveiro deja abierta la cuestión del componente católico en la formación ideológica de sus integrantes y, por lo tanto, su fe en una revolución redentora que incidirá en su análisis maniqueísta de la realidad política. También deja abierta la relación de éstos con Perón, cuva trama discursiva de alguna manera validaba y alentaba su accionar para convertirlos en un actor principal dentro del partido, razón que los impulsará tras su muerte a una frontal demostración de fuerza por la disputa en la conducción del movimiento.

Para Calveiro, la guerrilla y especial-

mente Montoneros quedarán atrapados entre la represión estatal y su propia dinámica interna autoritaria, por lo que se irán aislando cada vez más del campo popular. Para explicar este proceso señalará aspectos políticos, militares y organizativos que contribuveron en su conformación, entre ellos, el pragmatismo, la predominancia de una lógica revolucionaria o la falta de democracia en la toma de decisiones por parte de la conducción. En este punto Política v/o violencia no se diferencia de otros trabajos que advierten cómo las visiones interpretativas de la política bajo la lógica de la guerra por parte de las organizaciones querrilleras "imprimieron su sello a la movilización popular". 7 Tanto Gillespie como Lucas Lanusse señalan cómo Montoneros nace bajo una concepción militarista que ira en aumento.8 Calveiro finalmente afirmará que la permanente lucha de aquellos militantes decididos a quedarse en el país estaría ligada a no renunciar a los principios que los movilizaban, y a su compromiso de lucha ligado con sus compañeros caídos. De alguna manera formulará que estos jóvenes semiintelectuales de clase media, idealistas revolucionarios, ya habían interiorizado la noción de haber iniciado un camino sin retorno.

En el trabajo de Calveiro se hará fundamentalmente hincapié en señalar que, si bien el terrorismo de Estado fue un factor decisivo en el momento de preguntarse por la aniquilación de la izquierda revolucionaria en general y la izquierda peronista en particular, no se debe menospreciar el modo en que las prácticas de estas organizaciones contribuyeron a su propio aniquilamiento. Sobre este marco interpretativo, Pilar Calveiro centrará su obietivo en abordar a la guerrilla de los años 70 en torno al grado de responsabilidad que deben enfrentar aquellos militantes a la hora de preguntarse por el horror durante los años de lucha y la posterior derrota. Calveiro va a distinguir en este proceso la actitud del PRT-ERP de la de Montoneros: mientras que Santucho va a plantear que el PRT debía haberse replegado cuando la movilización popular retrocedió hasta la espera de un nuevo auge, Firmenich va a elegir el camino opuesto. De este modo se explica la contraofensiva de los años 1979 y 1980, que llevaba a una muerte segura a los militantes de esa organización: el tratamiento de enemigo para los disidentes, las sentencias de muerte para los desertores o los juicios internos.

Política v/o violencia se inscribe dentro de aquellos trabajos denominados "autocríticos" en torno al abordaje de las organizaciones guerrilleras, para colocarse, además, dentro de la línea interpretativa comúnmente conocida como "teoría del desvío". Esta perspectiva explica el aislamiento de Montoneros de sus bases populares y del trabajo político de superficie por causa de un desvío de corte militarista que, ideológicamente, irá absorbiendo a la comandancia. Además, como la mayoría de los trabajos destinados a resaltar la autoculpabilidad, buscará en el pasado las raíces legitimadoras de la violencia y del accionar guerrillero para destacar un "clima de época" que enmarcará el origen de las organizaciones armadas, mientras que se criticará a quienes detentaban el mando y tomaban las decisiones. Pilar Calveiro intenta retroceder así a un capítulo doloroso para aquellos militantes que formaron parte de esos años convulsionados, no sólo para quitarles el velo de inocencia y heroicismo al colocarlos en una situación concreta de aciertos y errores,

sino además para marcar un examen de conciencia a la hora de revisar sus acciones. Puede advertirse así una exhortación para aquellos que formaron parte de la conducción montonera que aún hoy se niega a asumir su deuda con lo sucedido. A diferencia de otros textos, en el de Calveiro la invitación a la reflexión se desliga de la propia experiencia personal como argumento de verdad, para recurrir a categorías retóricas y explicativas propias de las ciencias sociales.

Finalmente, es una obra destinada a todo aquel que desee indagar nuestro pasado desde una óptica reflexiva y polémica. La pregunta con la cual Calveiro cerrará su trabajo, "¿O a nosotros no nos cabe responsabilidad alguna?", forma parte de una interpelación directa a sus compañeros de militancia, al mismo tiempo que los sitúa como actores políticos cuyas decisiones tuvieron implicancias directas en los acontecimientos de la época. Así, a partir de sus palabras nos invita a realizarnos nuevas preguntas: ¿Qué rol cumplió la sociedad en este proceso de violencia política? ¿Qué grado de responsabilidades cabe diferenciar a la hora de analizar la violencia durante los años 70? ¿Bajo qué visiones de culpables e inocentes hemos construido nuestra memoria del pasado? El trabajo de Pilar Calveiro intenta ampliar la mirada acerca de nuestra historia reciente, para entender a gran parte de una generación mediante sus motivaciones, sus virtudes, así como sus falencias y errores.

Diego Hernán Benítez

Notas

¹ Pilar Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2004.

⁷ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 183.

⁸ Richard Gillespie, Soldados de Perón. Los montoneros, Buenos Aires, Cántaro, 1987; Lucas Lanuse, Montoneros. El mito de sus 12 fundadores, Buenos Aires, Vergara, 2005.



Robert Gellately

No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso

Barcelona, Crítica, 2002

o sólo Hitler es un importante y esclarecedor examen de la compleia roleción. la dictadura nazi entre la sociedad alemana y el poderoso sistema represivo impuesto por el régimen. El principio central de explicación del estudio es la existencia de una íntima relación, durante la existencia de la dictadura nazi, entre consentimiento y coerción. El autor, que extiende una documentada argumentación que abarca los doce años del Tercer Reich, echa nueva luz sobre el vinculo entre la sociedad y el régimen al afirmar que, en oposición a lo que se sostenía tradicionalmente, "los alemanes no se limitaron a aceptar lo que de «bueno» trajo el nazismo (la economía, por ejemplo) y a rechazar sus instituciones más perversas. Antes bien. Hitler logró, de un modo u otro. obtener en gran medida el apoyo de la in-

mensa mayoría de los ciudadanos. El consenso se alcanzó rápidamente, pero fue en todo momento plural, diferenciado, y en algunos momentos inestable" (p. 9). Además, este consentimiento "asumió diversas formas, y fue más fluctuante que firme, más activo que pasivo, vino determinado por distintos factores según el contexto y el tema, y estuvo en todo momento en proceso de formación" (p. 15).

El texto se sitúa dentro de la perspectiva historiográfica que se ha desarrollado durante las últimas tres décadas en torno al análisis de las *actitudes sociales* en regímenes de tipo autoritario, que encuentra su punto de partida a mediados de la década de 1970, en la monumental biografía de Mussolini realizada por Renzo De Felice, donde a contramano de la interpretación tradicional, el historiador italiano recurre al

concepto de consenso como categoría explicativa para la conformación del régimen italiano entre 1929 y 1936.¹ De manera semejante al proceso de debate e innovación desatado por el trabajo de De Felice en Italia, comenzaron a surgir en el campo historiográfico de Alemania occidental, en estrecho vínculo con el contexto político del momento, nuevas y enriquecedoras aproximaciones al fenómeno nazi. Éstas terminarían por socavar el modelo explicativo hegemónico, que propugnaba centralmente la ubicuidad feroz del régimen nacionalsocialista ante la exculpatoria pasividad del pueblo alemán.²

Conjuntamente al avance de estas nuevas perspectivas de análisis para las dictaduras europeas, se fueron gestando en las últimas décadas importantes debates alrededor del estudio de los comportamientos sociales. De manera particular, la sustancial categoría de consenso fue, y aún hoy lo es, objeto de variadas observaciones que hicieron foco sobre dos puntos centrales: su delimitación semántica y su viabilidad para el análisis de las actitudes sociales en dictadura. Dentro del cúmulo de discusiones teóricas, podemos mencionar a autores como Nicola Tranfaglia, Philippe Burrin y Luisa Passerini, como los protagonistas centrales que pusieron en debate el grado de pertinencia y utilidad del concepto. En la presente obra de Gellately, aunque la categoría consenso se presenta como concepto central, carece de una delimitación clara y precisa, lo que produce una permanente fluctuación en su uso que abarca desde las situaciones de pasividad a las formas claras de colaboración.

A través de una profunda indagación de las fuentes, especialmente de los archivos policiales de diferentes zonas de Alemania, Gellately establece las diferentes

"formas" y "causas" de la participación ciudadana durante el nazismo. El análisis se organiza en tres fases continuas que se encuentran separadas entre sí por momentos disruptivos en la historia de la dictadura alemana. La primera comienza en 1933 con la llegada del nazismo al poder. Ésta es la etapa de la vuelta a la "normalidad", la restauración del equilibrio perdido durante el período democrático que se hallaba representado en el colectivo social como una etapa de fracaso. Esta decepción es la que permite la apertura originaria que posibilita el sostén inicial, a través de la confianza y comprensión en la persona que promete recobrar para la nación "los elementos más sanos de la tradición alemana". Éste es el punto de partida que establece Gellately en el proceso de generación de apoyo hacia el régimen que permanecerá hasta el final de éste, donde "la mayoría de la gente parecía dispuesta a aceptar la idea de vivir en una sociedad vigilada y a prescindir del ejercicio de las libertades que normalmente identificamos con las democracias liberales, a cambio de unas calles sin delincuencia, una vuelta a la prosperidad y lo que consideraba un buen gobierno" (p. 344).

La segunda etapa surge con el inicio de la contienda bélica, en 1939. A partir de aquí el nacionalsocialismo se torna, ante amplios sectores de la ciudadanía, en un factor importante debido a que "muchos de los que quizá tenían reparos o discrepancias con el gobierno de Hitler dejaron de lado las mismas y colocaron la patria por delante de cualquier consideración" (p. 349). Pero no sólo cambia la percepción que tenían los ciudadanos de la dictadura, sino también el régimen mismo, ya que "la guerra revolucionó la revolución", y a partir de este momento el gobierno nazi pudo sacar réditos

² Pilar Calveiro, Política y/o violencia, p. 28.

³ Idem, p. 45.

⁴ Idem, p. 37.

⁵ María Cristina Tortti, Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del gran acuerdo nacional, en Alfredo Pucciarelli (editor), La primacía de la política, Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN, Buenos Aires, Eudeba, 1999; Liliana De Riz, La política en suspenso 1967-1976, Buenos Aires, Paidós, 2000.

⁶ Pilar Calveiro, *Política...*, p. 97.

de la situación y poner en marcha la consecución de sus objetivos más radicales. El terror se tornó más público y extenso. Se manifestó expresamente desde el poder en la persecución de todo elemento extraño a la mítica "comunidad del pueblo", y obtuvo una amplia aceptación por parte de la población.

Finalmente, en el trabajo se establece como último tramo de análisis el período transcurrido entre el inicio de la invasión a Alemania, por parte de los aliados en 1944. v la inminente derrota nazi en 1945. Es el momento "más dramático y sangriento de la dictadura", donde tuvo lugar la ampliación general del tipo de víctimas, que se generalizó bruscamente hasta llegar a "los alemanes que no seguían las pautas marcadas o mostraban el más ligero indicio de no guerer seguir adelante". La inminente caída de la dictadura, remarca Gellately, esparció profundas dudas sobre la población y provocó un paulatino desgaste del consenso social de Hitler y el nacionalsocialismo. No obstante la delicada situación, y a pesar de los enormes costos, gran parte de la población continuó apovando al régimen.

Sobre estas tres fases analíticas presentadas en el trabajo se observan los diferentes grados de causalidad, extensión y profundidad del apoyo social al régimen. El consenso social y la acérrima represión se articulan de forma variada, y esto se manifiesta y corrobora fundamentalmente mediante dos factores. Por un lado, el alto grado de conocimiento que tenía la sociedad sobre el sistema represivo, en especial sobre los campos de concentración, que además de ser publicitados y justificados por los medios de comunicación, inundaban el paisaje alemán. Por otro lado, y fundamentalmente, por la colaboración activa por

parte de muchos de los ciudadanos corrientes a través de la delación. Es así que, por medio de un minucioso examen de archivos regionales de la Gestapo. Gellately llega a sostener la existencia evidente de un modelo nacional de interacción entre el sistema policial nazi y la población de Alemania. Tal aserción lo lleva a indagar sobre los "usos de la policía" y establecer que durante el período de guerra el "factor Gestapo", que implicaba la omnipresencia e infalibilidad de la agencia estatal en el imaginario social, estuvo sustancialmente incentivado por la información suministrada por los ciudadanos de a pie.* Este colaboracionismo del ciudadano común, sea por motivos sentimentales (afinidad ideológica con el gobierno) o instrumentales (dirigidos por un fin egoísta), o en la combinación de ambos, denota una fuerte actitud activa de la población hacia el poder que permitió su expansión, permanencia y consolidación. Frente a la cristalizada representación de una sociedad pasiva y manipulada, asaltada por una cruel dictadura, los hallazgos expresados en el trabajo de Gellately, acerca del papel desempeñado por las denuncias en las operaciones cotidianas de las fuerzas represivas, manifiestan una actitud policial reactiva que dependía fuertemente de la colaboración de los ciudadanos. Esto ubica en entredicho "algunas de las ideas que nos hemos forjado en torno al concepto de «Estado policial» y a la utilidad de ese concepto a la hora de explicar en que consistió la dictadura de Hitler".

Finalmente, cabe resaltar el valor altamente positivo de la obra de Robert Gellately, que sin dudas representa un sustancial aporte –informativo y metodológico– para los estudios historiográficos, europeos y latinoamericanos que se desarrollan en torno a la problemática del poder y la sociedad en contextos autoritarios.

César Mónaco

Notas

- ¹ Renzo De Felice, *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Giulio Einaudi, 1974.
- ² Ian Kershaw, *La dictadura nazi: problemas y perspectivas de interpretación*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004, pp. 253-255.

^{*} El término hace referencia a todos los ciudadanos alemanes que no se encontraban vinculados oficialmente con el régimen nazi.

Premio Estudios Sociales

La revista ESTUDIOS SOCIALES, de la Universidad Nacional del Litoral, organiza el CONCURSO DE TESIS DOCTORALES EN ESTUDIOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS, creando el PREMIO ESTUDIOS SOCIALES con el objeto de reconocer el aporte realizado por jóvenes investigadores y difundir los resultados de sus trabajos.

Se otorgarán dos premios. Cada premio consiste en: la suma de 2.000 pesos; la publicación de la tesis; y el 10% de la edición en reconocimiento de los derechos de autor.

PARTICIPANTES:

Podrán participar en este concurso los graduados doctorados en Universidades argentinas o argentinos graduados en el exterior, con tesis doctorales cuyas temáticas puedan ser enmarcadas como ESTUDIOS HISTÓRICOS O ESTUDIOS POLÍTICOS, que hayan defendido su tesis entre el 01 de enero del año 2004 y el 31 de diciembre del año 2005, y cuya edad no exceda los treinta y cinco años al momento de haber efectuado esa defensa.

INSCRIPCIÓN:

El plazo para la inscripción a este concurso se extenderá del 01 al 17 de marzo del año 2006.

Bases y condiciones completas en:

www.unl.edu.ar

estudios sociales revista universitaria semestral

Consejo Editorial: Darío Macor (director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Hugo Quiroga, César Tcach, Darío Roldán

N° 29 segundo semestre 2005

ARTÍCULOS

EDGARDO MOCCA: El incierto futuro de los partidos políticos argentinos.

MARÍA PAULA PAROLO: Conflictividad, rebeldía y transgresión. Los sectores populares de Tucumán en la primera mitad del siglo XIX.

Gabriel Di Meglio: Dorrego y los descamisados. La construcción de un liderazgo popular urbano en la Buenos Aires posrevolucionaria.

SANDRA GAYOL: Honor y política en la Argentina moderna: el duelo entre Lucio López y Carlos Sarmiento.

ROBERTO LUIS TORTORELLA: Las brechas del discurso. Positivismo y reforma moral en El hombre mediocre de José Ingenieros.

ISABELLA COSSE: Filiación ilegítima y familia en la Argentina de la primera mitad del siglo XX. Una aproximación desde la producción y la interpretación estadística.

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, CC 353, Correo Argentino (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: suspia@fcjs.unl.edu.ar

COMPRAS Y SUSCRIPCIONES: Centro de Publicaciones, UNL, 9 de Julio 3563 (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: editorial@unl.edu.ar www.unl.edu.ar/editorial

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA AVÁ

Nº 7

Prólogo

En homenaje a Eduardo "Lali" Archetti

Artículos

"En defensa de la salud y la vida". Demandas e iniciativas de salud de agrupamientos sociales de la Ciudad de Buenos Aires y Conurbano Bonaerense –2001 a 2003–. Por Mabel Grimberg

La investigación transcultural. Por Héctor Vázquez

Conflicto sociorreligioso y representaciones simbólicas entre tobas mormones y evangélicos. Por César Ceriani Cernadas

Antropología e multimeios: O corpo como interface entre artes visuais e humanidades. Por Stéphane Malysse

El trabajo femenino en una empresa petrolera privada patagónica. Cambios y continuidades durante el siglo XX. Por Graciela Ciselli

Entrelazando memorias: cuándo, cómo y qué recuerdan un grupo de ex prisioneras políticas de la "cárcel de Villa Devoto". Por Ana Guglielmucci

Pasos judiciales hacia la internación psiquiátrica: reflexiones y posibles aportes desde la aproximación antropológica. Por Ana Silvia Valero

Antropologia, Estado moderno e poder: perspectivas e desafios de um campo em construção. Por Ana Paula Mendes de Miranda

El análisis del discurso: de cómo utilizar desde la antropología social la propuesta analítica de Jesús Ibáñez. Por María Isabel Jociles Rubio

De expertos y profanos: la construcción del testimonio judicial. Por Cecilia Inés Varela

Reseñas

La Morada de la Vida. Trabajo familiar de pequeños productores del noreste de Brasil. De Beatriz Heredia. Por Gabriela Schiavonni

Cuidar, controlar, curar: esaios históricos sobre saúde e doença na América Latina e Caribe. De Gilberto Hochman y Diego Armus. Por Alina Esther Baez

Agenda

Revista avá es una publicación del Programa de Posgrado en Antropología Social. Universidad Nacional de Misiones

Para mayor información dirigirse a: revistava@hotmail.com; Tel/fax: 0054 (3752) 426341 Distribución: Ed. Antropofagia; www.eantropofagia.com.ar

mona

Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

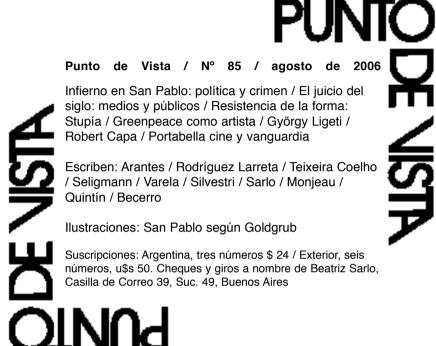
Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires

Nº 11 / 2005

Dossier. Las lectoras y el público en Latinoamérica del siglo XIX. Figuras. tramas y debates. Presentación de Graciela Batticuore, Lectoras en la trama. Proyecciones americanas en el mapa / Marcel Velázquez Castro, Género, novelas de folletín e imágenes de la lectura en la llustración y el romanticismo peruanos / Alexandra Santos Pinheiro. Jornal das Familias (1863-1878): al sevicio de las lectoras del siglo XIX / Graciela Batticuore, La mujer lectora en el imaginario romántico. Proyecciones y debates en Argentina / Juan Poblete, Literatura, lectura y género en la construcción de la nación decimonónica en Chile // ARTÍCULOS. Kif Augustine-Adams, Ella consiente implícitamente. La ciudadanía de las mujeres, el matrimonio y la teoría política liberal en Argentina a finales del siglo XIX v comienzos del XX / Miguel Andreoli. El feminismo de Vaz Ferreira / María José Bruña Bragado. Las miradas de Delmira Agustini: dandismo y fotografía en el Montevideo del Novecientos / Alejandra Ciriza, Escribir de política, escribir en clave de amor. Breves consideraciones a propósito de Mary Wollstonecraft & William Godwin / Omar Acha. El psicoanálisis y la teoría queer: entre la historicidad del orden simbólico y el más allá de la perversión / Claudia Lozano, La vida es un racimo de ilusiones: género, sexualidad y violencia en Catamarca // Entrevista a Josefina Birulés. Me inclino por la diferencia. Mabel Campagnoli, Mayra Leciñana y Rocío Pérez // Debate sobre el Código Contravencional de la Ciudad de Buenos Aires // RESEÑAS



Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: Instituto Interdisciplinario de Estudios de género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Puán 480, 4º piso, Of 417 (1406) Capital Federal. República Argentina Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: revmora@filo.uba.ar



)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XIII - NÚMERO 26 - PRINCIPIOS DE 2004



Dossier: Bialet Massé, cien años después /

La huelga ferroviaria de 1991 / Los jesuitas y el matrimonio indígena / Para una reconciliación entre historia, memoria social y análisis narrativo / Los historiadores y la enseñanza de historia en la Argentina de entreguerras / Entrevista a Eduardo Archetti

Escriben: Lagos / Palermo / Prieto / Teruel / Fleitas / Gordillo / Imolesi / Visacovsky / Cattaruzza / Alexandre

DOSSIER

Bialet Massé cien años después:

La mirada etnográfica del Informe

Ciencia, reformismo y los derechos del trabajador-ciudadano

El socialismo indiano

Sobre las preocupaciones en torno de los trabajadores y conflictos sociales en los ingenios de Jujuy.

ARTÍCULOS

Reforma del Estado y acciones colectivas: la huelga ferroviaria de 1991

Menos averigua Dios y perdona: los jesuitas y el matrimonio indígena

Para una reconciliación entre historia, memoria social y análisis narrativo

Entrevista a Eduardo Archetti

EDUCACIÓN

Los historiadores, la enseñanza de la historia y el folklore en la escuela en la Argentina de entreguerras

ARCHIVOS

La construcción de archivos y la memoria de la izquierda: la experiencia del centro Sérgio Buarque de Holanda

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XIV - NÚMERO 27 - PRINCIPIOS DE 2005



Dossier: Historia social y fútbol. El profesionalismo deportivo y sus alcances sociales / La Argentina reciente desde la revista *Fierro* / Política, religión y teatro en el Buenos Aires de 1820 / Médicos e instituciones sanitarias a fines del siglo XIX / Historia, retórica y prueba

Escriben: Lanfranchi / Diestchy / Freire Rodrigues / Frydenberg / Di Meglio / Franco / Silva Aras / Gallo / González Leandri / Ginzburg

Dossier
Los artistas sudamericanos en Europa

El fútbol italiano durante el fascismo

Modernización en el fútbol brasileño

La profesionalización del fútbol argentino

ARTÍCULOS

La Argentina reciente desde la la revista *Fierro*

Política, religión y teatro en Buenos Aires, 1821-1827

Médicos e instituciones sanitarias en Argentina a fines del siglo XIX

GALERÍA DE TEXTOS Historia, retórica, prueba. Sobre Aristóteles y la historia hoy

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA AÑO XIV - NÚMERO 28 - FINES DE 2005



La plebe urbana de Buenos Aires y el problema de la legitimidad posrevolucionaria / Iglesia y sociedad porteñas en la década de 1920 / Viejos y nuevos abordajes de las historias latinoamericana y mundial / Memorias guerrilleras / Acerca de La Argentina en la escuela /

Dossier: Los años setenta. Memoria y militancia

Carnovale / Franco / Levin / Lorenz / González / Suriano / Di Meglio / Lida / Adelman / Nofal / Piccolini

Dossier: Los años setenta. Memoria y militancia

Mandatos y construcción identitaria en el PRT-ERP

Derechos humanos, política y fútbol

Algunas reflexiones a propósito de Los vecinos del horror

Por una revisión de la vulgata procesista

La historia argentina reciente en la escuela media

ARTÍCULOS

La plebe urbana de Buenos Aires y la legitimidad posrevolucionaria

El proceso de parroquialización de la arquidiócesis de Buenos Aires

GALERÍA DE TEXTOS
Viejos y nuevos abordajes de
las historias latinoamericana y mundial

LECTURAS
Memorias guerrilleras
Acerca de *La Argentina en la escuela*

Nota para los autores y colaboradores

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse a Cuenca 1449 (1416), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" deben ser originales y serán evaluados por árbitros externos, mientras las reseñas y las notas de la sección "Lecturas" serán sometidas a la evaluación de los miembros del Consejo de Redacción.

Los autores deberán observar las siguientes recomendaciones:

- a) Deberán enviarse dos copias impresas y un disquete.
- b) La extensión de los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" no debe exceder los 65 mil caracteres incluidos los espacios en blanco, las citas y notas bibliográficas.
- c) Las citas y notas bibliográficas deben ubicarse de la siguiente manera: 1) nombre y apellido del autor; 2) título de la obra en cursiva (en caso de citarse artículo, éste irá entrecomillado y escribiendo en cursiva la publicación en donde fue incluido); 3) lugar de edición; 4) fecha.
- d) Los artículos deben ir precedidos de un resumen en castellano y otro en inglés que no debe ser menor de cien palabras ni mayor de ciento cincuenta.